

A black and white photograph of a snowy landscape. In the foreground, a large group of swans is gathered on a snow-covered bank, with some swimming in the water. Two people are standing on the bank, one of whom appears to be holding a camera. The background shows a vast, flat, snow-covered area under a pale sky. The overall mood is quiet and serene.

Monika Zgustova  
*La mujer silenciosa*

Lectulandia

Bajo la dramática coyuntura de la Praga sometida a la invasión nazi y a la barbarie soviética, Sylva, una mujer enigmática y reservada de origen aristocrático, comprueba en su vejez que pocas cosas en la vida dependen de nuestros deseos. Una boda sin amor, la pérdida de sus seres queridos y el exilio forzoso de su único hijo jalonan un sufrimiento que sólo el hecho de vivir en el recuerdo y la esperanza del reencuentro con su antiguo amor pueden mitigar.

En este libro, Monika Zgustová se confirma como una de las voces más singulares de la narrativa europea contemporánea.

Lectulandia

Monika Zgustová

# La mujer silenciosa

ePub r1.0

Titivillus 28.02.17

Monika Zgustová, 2005

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

A los setenta años la vida se acaba. O comienza una nueva. Eso pensé poco después de cumplirlos, cuando recibí su carta. La primera carta que me enviaba. Nunca antes había recibido una, ni siquiera entonces, hace años. Hace veinticinco años, o más.

La noción de un cuarto de siglo me ha sacudido de tal modo que he esbozado una sonrisa involuntaria. Una madre joven que pasaba con un cochecito junto a mí me ha mirado y, al no ver nada que fuera digno de una sonrisa, me ha mostrado su desprecio.

Entre el vapor que llena la estación distingo una puerta de cristal. Se refleja en ella una mujer. Sobre su pelo parece haberse derramado leche, su cara es una finísima telaraña, y estilizados hilos serpean sobre sus manos. Esta mujer no es aquella Sylva, la que vivió en París y fue tratada como *Madame l'Ambassadrice*. No, ya no es la musa de los surrealistas; la Sylva de setenta años, que coinciden casi por completo con los del siglo, es otra persona. ¿Quién es esta mujer con un puñado de narcisos blancos sobre su cabeza? Es ella, Sylva, y no es ella: entramos en los mismos ríos y no entramos en ellos.

No me siento vieja, sino más bien inmortal, y tengo ganas de reír.

Para algunos no hay otra prueba de que han vivido que el hecho de haber muerto. Éste no es mi caso. Pero han sido muchos los momentos en los que envidié a personas así.

La nueva vida comenzó hace medio año, cuando recibí su carta. ¡Cómo esperé aquella carta entonces, hace mil años! Y llegó mucho más tarde, cuando hacía tiempo que había dejado de esperarla. Al girar el sobre y comprobar el remitente, me detuve un instante en aquellas letras y me dije: ¡Por fin! ¡Ha tardado bastante! Y me sentí joven, con una melena larga, con la vida por delante. Una vida en la que estaría él también. Comienza una nueva vida, pensé.

Luego tomé conciencia de que él no se había puesto en contacto conmigo al cabo de unos meses, sino después de veinticinco, no, treinta años. Y mientras tanto, de manera imperceptible, inesperada, silenciosa, como una bailarina que se desliza de puntillas, sin avisar ni llamar a la puerta, la vejez había llegado.

—Espere, no sacuda la puerta con tanta violencia, la ayudaré —digo a aquella madre joven—. El tren está oxidado, y este andén está desierto.

Un ferroviario salió de un despacho y, al ver a dos mujeres intentando inútilmente abrir la puerta del vagón, volvió a desaparecer en un santiamén. En aquel momento por el altavoz se oía una voz masculina que parecía provenir de algún mundo mejor que el de ese lugar: ¡Atención, atención! En breves instantes el tren número uno-cuatro-dos, proveniente de Benešov, Čerčany, Řícany hará su entrada por el andén tres, vía veintidós. El tren finaliza aquí su recorrido.

—¿Sabe lo que podemos hacer? —aconsejo a la joven madre—. Intentaremos abrirla entre las dos: haga fuerza hacia la izquierda, yo la haré hacia la derecha. Uno,

dos, ¡tres!

Se deshace en agradecimientos mientras la ayudo a introducir el cochecito con el niño. En su mirada se lee un sentimiento de culpa, seguramente por haber pensado, hace un momento: esta vieja chiflada sonrío sin motivo alguno. Sí, ahora me haces señas desde el otro lado del cristal sucio, pero apuesto a que piensas que soy una viejecita bondadosa. Te equivocas. Nada es como nos lo imaginamos. No soy ni bondadosa ni estoy chiflada. Soy vieja y nada más, es una enfermedad y hay que luchar contra ella. Tú de esto aún no sabes nada, ni comprendes los motivos de mis acciones. Te he ayudado sólo porque estoy esperando. ¿Sabes cómo se siente una persona que espera? ¿Que no sabe cómo será lo que espera? ¿Alguna vez has tenido que esperar a un amante que creías perdido desde hace tiempo?

A los setenta años, ¿puede comenzar una nueva vida? ¿Y si esa nueva vida depende de otra persona que es impredecible?

Anoche tuve escalofríos. Al atardecer encendí el fuego y me acomodé junto a la estufa, con un vaso en el que me había servido dos dedos de cerveza. Dicen que tranquiliza el ánimo. En la estantería, detrás de los libros, tenía escondidas las hojas mecanografiadas de una novela del *samizdat*; mañana debería pasarla al siguiente lector, me decía. Pero más bien pensaba en la ropa que me pondría. Había poco donde elegir; con este tiempo lluvioso me pondría una gabardina, por supuesto. Y una bufanda de color marrón claro. Tengo unos zapatos a juego, aunque ya están muy gastados. Del mueble japonés lacado saqué un par de pendientes. Un regalo que me había hecho él. Desde entonces, hace treinta años, sólo me los he puesto en una ocasión. Sí, una única vez, hace siete u ocho años.

Son del color de mi pelo, me dije. Antes resaltaban, ahora se confunden. Me recogí el pelo por encima de la nuca: perfecta. Es un peinado elegante y moderno. La gabardina tiene el mismo color que los pendientes; está vieja y gastada, pero las perlas brillan y resplandecen.

Desear una vida nueva, ¿no es una falta de modestia?

Al sentirme débil, ayer por la noche, recordé que no había cenado. En un platito me serví dos rebanadas de pan a las que quité la corteza, el vaso con la cerveza restante estaba al lado. Una pequeña luz iluminaba mi cena, y de repente perdí el apetito mientras contemplaba, con los ojos de un pintor, aquella naturaleza muerta. Después de treinta años volví a observar las cosas con esa mirada. Dos rebanadas de pan y un vaso de cerveza, iluminados por una bombilla de luz tenue oculta bajo un paño de color tierra.

Esto es el mundo. Dos rebanadas sin la corteza y un vaso de cerveza desbravada a medio beber. No necesito nada más.

Vivo a mi manera, y por eso no soy pobre. Cuando vivía rodeada de lujo, según el orden y las preocupaciones de la gente, no era rica.

No soy pobre. Cada día me trae un regalo. El de hoy me ha ofrecido esta naturaleza muerta. Tengo mis pequeñas alegrías y ya no espero otras mayores.

Ayer vino un electricista y apenas podía pasar entre mis grandes armarios tapizados y las armaduras que decoran mi pequeño comedor y mi recibidor. Señora, me dijo, vive usted en un piso minúsculo y lo tiene lleno de muebles de castillo. Le respondí con toda sinceridad: llévese estos muebles si le gustan, a mí ya no me hacen falta.

Ya no me hacen falta. Ahora quiero un par de rebanadas de pan y un vaso de cerveza. Nada más, nadie más. Pero ¿es suficiente para comenzar una nueva vida?

Esta mañana, al amanecer, no sé si me ha despertado la luz o el gorjeo de los pájaros. Desmenucé la corteza y ofrecí las migas a los gorriones en un platito sobre el alféizar, bien resguardado del viento y protegido de la lluvia. El geranio estaba empapado. Cerré la ventana y con las rebanadas que me habían quedado de la cena acompañé mi vaso de té de cada mañana.

Después, cuando salí del bloque donde vivo, la muralla de edificios de paneles prefabricados, habitualmente amenazadora como una hilera de guerreros, se escondía tras el velo gris de la humedad. Lloviznaba, así que me senté en mi banco. El rojo. Enseguida un gorrión vino volando hacia mí, hasta la punta de mi zapato. Entonces me di cuenta de que me había puesto una media ligeramente diferente en cada pierna. Y de que las manos me temblaban.

De camino hacia el metro sonreía a mis medias. La gente se giraba de mal humor. Y eso me hacía reír todavía más.

Un día recibí una carta. Hace cosa de medio año. Alguien me buscaba. Un hombre. Le respondí con aspereza, no quería que supiera lo que pasaba en mi interior. Y recibí su respuesta:

Querida Sylva,

¡Me alegra mucho que haya contestado mi carta! Me hace pensar que usted también se acuerda de mí y de la felicidad que compartimos hace tiempo. «Querido», esta manera tan habitual de dirigirse a una persona suena maravillosa salida de sus labios, mejor dicho, de su pluma. Mientras leía la palabra sentí un calor físico.

Ha mencionado los recuerdos. Por mi parte le aseguro que los momentos que pasé con usted fueron los más hermosos de todo cuanto he vivido hasta ahora. Entonces pensaba que siempre estaría tan bien como en esos momentos.

¿Recuerda aún el regalo que me ofreció? ¿Quizá no? Se lo recordaré yo: una tarde, en un café, el Café Louvre que hay en el centro de Praga, yo

admiraba su guante de encaje negro y a usted que jugaba con él. Durante muchos años lo he guardado. Siempre que sentía el deseo, sacaba su larguísimo guante de encaje negro con los dedos manchados de sangre y lo extendía ante mí. Siempre que veo aquel encaje negro salpicado de sangre seca, la siento a usted, Sylva, la veo y la siento cerca de mí.

Me gustaría estar informado de más detalles de su vida y, naturalmente, espero volver a verla. Iré a buscarla donde sea desde cualquier parte del mundo.

No vuelva a desaparecer. Se lo suplico de todo corazón.

Suyo.

Arbol viejo.

P.S. El árbol viejo ya no tiene ramas ni hojas, pero de todos modos el viento de la primavera ha removido sus raíces y han brotado flores.

En cuanto leí estas palabras, en el jardín de mi vejez despuntó una flor blanca.

El tren no acaba de llegar. Lo único que oigo es la joven voz masculina que anuncia por el altavoz: «¡Atención, atención! ¡En breves instantes una locomotora de carga hará su entrada en la vía diecinueve!». La locomotora resopla, ronca. ¿Qué hora será? Después de todo, no es cuestión de llegar tarde al tren. Este reloj cuadrado, nuevo, que cuelga sobre el andén uno debe de ir con retraso. Indica las once y media. Se ha parado. Es nuevo y ya no funciona. Tengo que preguntar la hora e ir a buscar el andén en el que llegará su tren.

La madre con el cochecito me saluda desde el vagón y me hace un gesto para que suba a hablar con ella.

—Debo preguntarle algo. ¡Es muy importante!

—No, de verdad que no puedo. En un instante el tren que estoy esperando...

—Por favor, se lo ruego...

En ese tren llegará... él, el que viene a verme. A los setenta años ha comenzado para mí una nueva vida, no puedo perder ese tren por nada del mundo..., estoy a punto de decirle, pero esa madre ya me ha hecho sentar delante de ella.

—Le quería preguntar —dice sin aliento—, sabe, mi abuela, ¡necesito su consejo!, mi abuela me asfixia.

Cuando deja de escucharse un nuevo anuncio por el altavoz: «Atención, por favor, aviso para el conductor de la locomotora», le respondo:

—Dígale a su abuela que los jóvenes tienen que estar con la gente de su edad. Y que siga mi consejo: que cada día dé de comer a los pájaros y que riegue las plantas y las flores, nada más. Que no haga nada, y, aun así, cada año volverá a estallar la



primavera. Y que...

Entonces me doy cuenta de que el ferroviario acaba de hacer una señal con la bandera roja y oigo su silbato. Salto del tren, que poco a poco se ha ido poniendo en marcha. Salto y, tambaleándome, pierdo el equilibrio. Me siento mareada y tengo la impresión de que voy a caer bajo las ruedas, como Ana Karenina. Las ruedas giran, gruesas, amenazantes. Me caigo... pero una voz interior me ordena: ¡No te puedes caer! ¡Debes reponerte! ¡A la fuerza! ¡Tienes que ir hacia el otro tren! ¡Quizá ahora mismo ya esté entrando en la estación, ahora, en este preciso instante! Todo pende de un hilo, ¡tienes que hacerlo si no quieres perderlo todo!

Y en ese momento el ferroviario se me acerca a toda prisa y me ayuda a levantarme. Del bolsillo saca un gran pañuelo a cuadros marrones y amarillos y me seca el sudor de la frente.

—¡Vaya ahora a tomar un buen trago para reponerse! —me ordena y se da un golpe en la frente como quien dice: Vieja chalada, ¡qué es esto de saltar de un tren en marcha!

Pero tenía que saltar, le respondo mentalmente, era muy importante que saltara porque el tren llegará y traerá a alguien, me traerá a alguien, a mí. Me limito a sonreír con una mezcla de agradecimiento y de culpa.

Sigo mareada. Pienso que en todo el día no he comido más que un par de rebanadas y he bebido un poco de té.

Estoy en una mesa tomando chocolate caliente. El calor se extiende por mi cuerpo hasta las puntas de los dedos. Hace tiempo que he aprendido a ignorar el humo de los cigarrillos y de los puros y el hedor de los ceniceros rebosantes de colillas en los cafés de Praga. La cuestión del ruido es más complicada: los hombres con una jarra de cerveza en la mano gritan a voz en cuello con plena satisfacción; sólo las parejas de enamorados que se despiden hablan aquí en voz baja. Y además de todo este estruendo, el ritmo loco de la música; en verdad, el ruido del café es tan ensordecedor que no reconozco qué están tocando.

¡Mi peinado!, me he asustado. Al saltar del tren seguro que el recogido se me ha deshecho. Lo toco con los dedos, parece que todo está en su sitio. Ahora los paso por las perlas que me adornan las orejas y un placer recorre mi cuerpo. Me arreglo el cuello de la gabardina. Es demasiado ligera para este tiempo de abril, pero no me importa, ¡es tan elegante!

El café está lleno como mi cabeza, donde pululan fragmentos de frases, retazos de sensaciones y trozos de imágenes con escenas de mi vida, que ha durado mil años, y dos jovencitas se sientan en mi mesa y cuchichean. Continúo sonriendo, son bonitas, se estarán contando confidencias sobre los hombres y yo podré comparar sus historias con mis recuerdos de cuando tenía su edad.

Ahora ya lo sé, ellas aún no son conscientes de que el olor que adquiere un

cántaro recién estrenado es el que emanará para siempre.

¡Mi tren! ¡Y si pierdo el tren que estoy esperando!, me horrorizo. ¡Pero la oportunidad de escuchar la conversación de estas chicas es tan tentadora! Un poco más y me marcharé, lo prometo.

Soy incapaz de captar nada. Se dicen algo al oído y en seguida estallan de risa. De vez en cuando me miran. No intentaré leer sus labios, se darían cuenta.

Este café modernista es tan viejo como yo. Quizá de los dos yo sea la mayor. Mosaicos gigantes de la época de la secesión que representan flores y adolescentes. Esta joven de aquí es la primavera, ¿y aquella? No, no es el verano, es Fedra. Fedra, la enigmática, como estas dos jovencitas, y como quizá aún lo soy yo para ese hombre que, mientras saboreo el chocolate caliente y escucho los secretos del corazón de dos chicas, se precipita hacia Praga en un tren expreso, se peina si es que todavía le queda pelo, en cualquier caso se levanta y se vuelve a sentar, y de nuevo se levanta y permanece un momento de pie. Oh, ¡qué nervios está pasando!, sonrío.

En mi presencia los hombres siempre se han puesto un poco nerviosos. Murieron. Uno muere cada vez que pierde a sus seres queridos. Los míos murieron. Los muertos viven en la memoria de los vivos si en vida merecieron ser recordados, dijo alguien. ¿Es cierto? No. Me parece que no. La memoria de los muertos vivirá mientras yo continúe viva, fueran como fueran.

Murieron, las mujeres y los hombres: mi madre y mi abuela, mi padre y mi marido, y el elegante Bruno Singer. ¿Me recordaron antes de morir? Quizá sí. Y es posible que en absoluto. ¿Tiene alguna importancia? Lo único que merece la pena recordar es que permanecen intactos en mi memoria. La vida de los muertos se prolonga en la memoria de los vivos.

¿Y los vivos? Me quedan pocos. El hombre en el tren expreso que ahora se precipita hacia el rótulo que veo desde la ventana y que anuncia: Praga-Estación Central, el hombre que quizá ya está entrando en Praga, sí, ya es hora de ir a ver si su tren expreso ha llegado, tiene que entrar por el andén seis que está a un buen trecho de aquí y, además, con este ruido no se escucha el altavoz. También tengo a Petr, mi primer amor. Y a Jan, ¡por supuesto! Aunque ya nunca veré a mi hijo.

Las chicas sentadas en mi mesa también son enigmáticas como Fedra. Y mientras yo conversaba con la Fedra de la pared, ellas se han tranquilizado y ahora hablan más alto. Si quisiera, las oiría perfectamente.

—¿No deberías ir a buscarle al andén? ¿Es que ya no te hace ilusión ese chico? —dice la pelirroja.

—Mira, esto es como en un restaurante chino. Comienzas con un rollito de primavera y acabas con un cerdo agridulce. ¿Y tú, qué tal en la casa de campo de tu orejón?

—Chica, ¿cómo te lo diría?... Oye, vámonos de aquí. Esta vieja con esos ridículos pendientes tiene el oído puesto, menuda cotilla.

—Ay, sí, pero fíjate, ¡no tiene desperdicio! ¡Con esa gabardina de la época de los

dinosaurios! ¿No se ha mirado en el espejo? Venga, vámonos. Mira esas solapas redondas, ¡son ridículas! Y no te pierdas el moño blanco, es para morirse de risa, seguro que la vieja mete la cabeza en un cubo lleno de lejía. No la soporto más, ¡vámonos!

Con un gesto brusco me arranqué los pendientes. Los escondí en mi mano y después, para que nadie los viera, los oculté en lo más profundo de la gabardina. Como un ladrón. Como si me abrasaran. De repente me han avergonzado. Sentía que era la comidilla de todos los clientes. Me he cubierto la cabeza con la bufanda, en especial el moño. ¿De verdad es ridículo? Hace tantos años que lo llevo que ya ni me doy cuenta. Hoy me lo he peinado más suelto, más a la moda. ¿Mi moño blanco es para morirse de risa? ¿Una gabardina de la época de los dinosaurios? ¿Y si no voy a esperarle?

Me levanto. Iré a pagar al mostrador, para acabar cuanto antes.

—¡No ha pagado, señora! —grita alguien—. ¡Qué es esto de largarse sin pagar!

Eso va por mí, me doy cuenta; me gritan a mí. El camarero.

—¿Qué te hace berrear así, bestia? —grita otro camarero al anterior—. ¿Te has vuelto loco, animal? ¿No ves que es una persona mayor?

Soy un dinosaurio, quisiera corregirle, pero no me sale la voz. Vuelvo a sentarme en mi mesa. Y para tranquilizarme, hago como que busco el dinero en el monedero. Para ocultar el gesto rápido de secarme los ojos.

¿Qué ha pasado? ¿Ha salido el sol? Un barítono de voz aterciopelada se extiende por el café. Ha alejado el hedor, el ruido y las malas palabras. Una voz masculina, de puntillas, baila la mazurca. Al acabar, desciende volando hacia los tonos más graves y vuelve a flotar como las nubes estivales sobre un prado para descender de nuevo hacia las profundidades melancólicas.

—Su chocolate caliente, señora —me sonrío el camarero.

Ni me acordaba de que había pedido otro.

—¿De dónde sale eso? ¿Esa música?

—¿Se refiere a Schubert? —dice el camarero con una voz tan baja que me cuesta oírle—. Lo he puesto yo. Es la canción *An Sylvia*, que me gusta mucho. Sólo un momento —sonrío a modo de disculpa, y tengo la impresión de que se ha ruborizado.

La canción corre en mí. Ya no espero nada.

## 2

Pruebo otro poco del vaporoso chocolate; me hace volver a sentir las suaves yemas de los dedos de mi abuela. A través del humo del café, mi mirada se desliza hacia el suelo, hacia mis pies calzados con dos medias de diferente color. Una clara, la otra oscura.

No sé dónde tengo la cabeza. Como aquel día, hace mil años, cuando era joven, en el jardín del castillo, por el camino que bordeaba el río...

... Sobre nosotros un mirlo comenzó a cantar con alegría. Lo busqué entre las ramas para ver si llevaba en el pico algún gusano enlodado. Y yo misma me hundí en el barro. Con dificultad, Petr sacó mi zapato de tacón del charco y lo limpió. Después, me hizo sentar en una rama baja de un espino o de un plátano para desembadurnarme el pie con su pañuelo. Lo estuvo frotando largo rato. Y de repente dijo, sin darle mayor importancia:

—Sylva, su madre es una pobre mujer.

¿Mi madre? ¿*Madame la comtesse*? No le comprendí.

Petr me limpió el barro hasta más arriba del tobillo. Con el pañuelo envolvió mi pie. Como una madre que envuelve a una criatura recién nacida, pensé. Cuando el pañuelo quedó completamente sucio, fue sacando el barro de entre los dedos y me frotó la planta. Algo no se dejaba limpiar.

Por el camino de vuelta hacia el castillo nos reímos de mis pies, uno blanco, el otro negro. Ninguno de los dos volvió a mencionar el tema de mi madre.

Un anciano suele alabar los tiempos pasados.

Un pie negro, un pie blanco. De eso hace cincuenta... no, cincuenta y cinco años. Como si hubiera pasado un milenio. La mujer de los mil años recuerda. Así podrían titularse mis memorias, en caso de que alguna vez decidiera escribirlas. Las nubes de vapor han envuelto todos los andenes, sólo a la altura del techo brilla el cristal del reloj que se había parado.

Pruebo otro poco del chocolate; me hace sentir los dedos flexibles de mi abuela, los únicos dedos que podían tranquilizarme en aquel castillo...

...Por el camino de regreso del convento a casa de mis padres, en los márgenes de la carretera florecían margaritas blancas y amarillas, amapolas y achicorias, y también manzanos. Los recuerdos de mi viaje de ida me venían a la memoria, y también los motivos de mi partida. Los que nunca había confesado a nadie. Mi madre a menudo viajaba a Praga para ir a un baile, o al teatro, o a la ópera, o a un concierto.

Entonces se ponía un abrigo azul si iba al teatro, aquel de la piel blanca de armiño en el cuello y las mangas, y, si iba a un baile, entonces tocaba el vestido de encaje verde oliva, o el de satén rosa, sin mangas, y unos guantes larguísimos hasta más arriba del codo. A menudo ni siquiera se despedía, era yo quien la esperaba en el gran arco que hacía la puerta de la entrada, más allá del puente. Me arrojaba al cuello de *maman*, aspiraba el aroma de su perfume rosa pompadour y lloraba y le suplicaba que no se fuera. *Maman* siempre se desembarazaba de mí con frialdad y exclamaba:

—¡Qué niña tan consentida! ¡Venga, vete a casa!

Y la historia de mi padre, la de las zapatillas de ir por casa. Bordé pequeñas flores azules con el centro de color naranja y hojas verdes sobre un fondo negro. Fue algo muy laborioso; si no acertaba a poner bien una hoja, tenía que deshacer toda la flor. Después de unos cuantos meses lo tuve acabado. El zapatero se encargó de los últimos retoques, coloqué las zapatillas en una caja que envolví con papel de seda verde. A la mañana siguiente le entregué a mi padre aquel regalo decorado con una cinta dorada. Papá se probó las zapatillas y me dio las gracias, pero con gran frialdad. Por la noche, mientras todos dormían, tuve calor y abrí la puerta del pasillo. Desde la habitación de mi padre oí su voz que respondía a alguna pregunta de mi madre: «Qué tontería, ¡regalarme unas zapatillas! Me quedan pequeñas, incómodas. ¡Prefiero mis zapatillas de siempre, las de cuero, tan ligeras!». Me escondí debajo de la manta para que no se oyeran mis sollozos.

Cuando me fui de casa al convento, la noche era oscura, sin luna. ¡Pero el cielo estaba salpicado de estrellas! Pasamos por un paisaje silencioso, sólo el caballo relinchaba mientras sus pezuñas repicaban sobre las piedras del camino sin asfaltar. Los perros se saludaban a ladridos de un pueblo a otro y, con las ruedas chirriando, nuestro carruaje avanzaba. Los pueblos permanecían adormecidos entre los árboles y los arbustos oscuros, las casas blancas desprendían luz y me decía que en una noche como aquélla todo el mundo debía de ser feliz. El cielo estrellado sobre mí y el horizonte inalcanzable por delante me hacían reflexionar acerca de mi futuro en el convento, que imaginaba lleno de respeto, belleza y tolerancia, desbordante de magia, enigmas y silencio.

El retorno a casa de mis padres: en un coche de color marrón con chófer, avanzábamos por una carretera asfaltada. En sus márgenes crecían amapolas y violetas, y los manzanos estaban envueltos en niebla. Desde lejos, observaba las ruinas de un pequeño castillo en la colina, dos dedos que intentaban rozar las nubes de primavera, y enseguida apareció nuestro castillo. Habían pasado años. Al aproximarnos, parecía una caja de cristal de color vino, decorada con ornamentos blancos, como en las que las damas guardan los pañuelos perfumados y las cartas de amor en su *boudoir*. Cuando estábamos a un paso, advertí que durante los años de mi ausencia las paredes habían envejecido, el recubrimiento se había cuarteado como la superficie de un cruasán. Entramos por la puerta principal, aquel arco, pasamos por el pequeño puente; la gente del castillo me dio la bienvenida. No, no exactamente. Sólo

hacían como si me dieran la bienvenida, en realidad me observaban como si fuera el ogro de los cuentos.

*Maman* no estaba en casa. Papá tampoco.

En mi habitación habían colocado un piano grande y brillante con letras doradas: PLEYEL.

Al anochecer mi camarera me dio un recado: me esperaban arriba. Cumpliendo la orden, subí la escalera de palacio, arriba, arriba y aún un poco más arriba, y después subí por una escalera de caracol, y, cuando ya estaba tan arriba que no se podía subir más, vi la silueta de una mujer madura y bien formada. La señora me dio la espalda y giró hacia la derecha. No sabía qué hacer, de modo que la seguí. La señora entró en una sala, yo detrás de ella. Dio la vuelta a una mesa alargada, yo también. De esta manera dimos la vuelta a la mesa más de una vez, y más de dos.

La señora se acercó a la ventana y la abrió. Y entonces vi aquel espectáculo insólito.

Sobre el fondo turquesa del cielo que oscurecía se dibujaban decenas de volcanes, pequeñas y grandes colinas como una hilera de pirámides oscuras, y aquellos montículos volcánicos escupían hacia arriba nubes de fuego, azufre y lava. La señora se situó de modo que yo no le viera la cara, permanecía completamente en la penumbra... y de entre su pelo salían unas serpientes hechas de fuego. Una diosa egipcia. La diosa del fuego.

En aquel momento un hombre joven entró en la sala.

Me sirvieron la cena en la mesa de mi *appartement*. Tenía mucha hambre y sólo había un pequeño montón de arroz con gambas en medio del enorme plato. Me dio vergüenza pedir más. Entonces se abrió la puerta y el olor a chocolate inundó la sala. Detrás de la cortina aromática entró mi abuela con una bandeja de plata en las manos y una taza y unos cuantos libros sobre la bandeja. Tomé la taza de chocolate caliente de los dedos cálidos, flexibles de mi abuela. En silencio saboreaba el chocolate humeante.

Mi abuela me miró con unos ojos de ópalo que, inmóviles, indagaban. Solícitamente me acarició el pelo con sus manos blandas y suaves. Aunque quería sentarme en algún rincón sola y en silencio, hablaba a mi abuela de todo lo que, por el camino hacia el convento, había deseado encontrar en la vida religiosa y que, en realidad, no encontré.

Mi abuela suspiró:

—Sylva, pocas cosas en la vida dependen de nuestros deseos.

Y para confirmar sus palabras me narró algunos mitos de la antigua Grecia, mientras me mostraba en los libros que acababa de traerme las ilustraciones de los

héroes y las heroínas clásicos; eran grabados antiguos en papel de seda. Antes de ir a dormir me hizo la señal de la cruz. Sus dedos olían a chocolate.

Me sentí extraña en la cama, en medio de todo cuanto me rodeaba, y pensé en la diosa del fuego. Su imagen permanecía en mis ojos: un bellissimo perfil sobre el que, como una danza sensual, se agitaban los reflejos de la lava candente. Comencé a tocar la *Arabesca* de Schumann... *Leicht und Zart...*, pero no acabé de tranquilizarme.

Por la mañana me desperté al amanecer y subí en silencio por la escalera de caracol hacia la habitación adonde la noche anterior me había conducido aquella mujer exuberante que después me mostró la belleza de su perfil y de su figura con un fondo de cielo tempestuoso. No encontré nada extraño en aquella habitación. Sólo descubrí en una pequeña mesa redonda junto al sofá un par de horquillas pequeñas de las que sostienen el peinado decorándolo: las piedras incrustadas resplandecían en la claridad del alba como gotas de rocío...

... Las nubes de vapor han cubierto todos los andenes. El anciano es un adorador de los tiempos antiguos, me digo, ¿cuáles sino éstos han sido los suyos?, y me aproximo la taza a los labios. El vapor ha cubierto todos los andenes, sólo a la altura del techo brilla el cristal del reloj parado. ¿Qué hora será? Para no llegar tarde al tren que espero...

... En el silencio y la oscuridad del convento me quedaba de pie ante los cuadros que representaban escenas de la Biblia. Casi todos eran ejemplos de obediencia a los designios de Dios o de castigos para quien no los acataba. Aquellos cuadros me turbaban, me costaba comprenderlos y me rebelaba. Dios ordena al ángel que expulse — con malas maneras, por cierto — a Adán y Eva del paraíso. ¿Por qué? Por haber desobedecido la orden y haberse comido una manzana. O el diluvio: ¡qué horror! ¡Aquellos niños pequeños ahogados no tenían más culpa que la de haber nacido! ¿Por qué Dios los castigó? O la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal por algo tan nimio como haberse vuelto para ver su casa. Órdenes y prohibiciones. ¿Es necesario obedecer las órdenes por crueles que sean?

La historia más brutal y que no podía quitarme de la cabeza: Dios dijo a Abraham: «Abraham, toma ahora a tu hijo, tu único hijo, Isaac, al que amas, al que has estado esperando tantos años, vete y ofrécelo en sacrificio». Abraham estaba preparado para ejecutar lo ordenado. ¿Por qué? Por el simple hecho de que se trataba de una orden de su dios. Y Dios, cuando vio a Abraham tan obediente, quedó satisfecho y lo recompensó. ¿Está bien esa obediencia ciega? ¿Está bien que, para satisfacer a su dios, el hombre mate al ser que más quiere? ¿Está bien un dios tan egocéntrico como ése, un dios que es capaz de una prueba tan cruel?

En el castillo no había nadie con quien hablar de esto. Lo intenté con el mozo de cuadra.

El joven palafrenero Kuba era la única persona con quien, de vez en cuando, podía detenerme un momento y, ante los establos, desahogarme hablando por los codos.

—¿Por qué la enviaron al convento? —me preguntó un día, con un gesto de burla que yo no acababa de comprender—. Usted no es de las que se entretienen con las monjas de clausura; una chica tan guapa...

Y volvió a reír con aquellos ojos medio entornados que le hacían parecerse a un chino como los que había en el juego de té de mis padres.

—¿Por qué me enviaron al convento? No me envió nadie. Yo misma pedí ir allí —le expliqué sin pensar en su comportamiento extraño—. Me hacía ilusión la vida de Praga, los paseos por las callejuelas de Malá Strana, los ratos en los bancos de la isla de Kampa.

Eso decía a Kuba, un hombre fuerte y bronceado que emanaba hedor de establo. Sabía muy bien que no me escuchaba, y yo no le dije la verdad, al menos no mi verdad más profunda. ¿Cómo podía contarle que, antes de refugiarme en el convento, mi madre, de casada la condesa von Wittenberg, se iba a los teatros y a los bailes de Praga y que mi padre, desde siempre el conde Wilhelm von Wittenberg, pasaba semanas enteras en Alemania, mientras yo me sentía sola en aquel enorme castillo, sola y sin encajar en el mundo? ¿Cómo podía contarle que sentada en una silla miraba la pared y esperaba a que algo pasara? ¿Cómo podía contarle que anhelaba que viniera alguien, quien fuera, la muerte misma, y me llevara consigo a su reino?

Kuba fumaba un cigarrillo mientras le explicaba que me había ido al convento, a una escuela de monjas de clausura, esperando que las nuevas maestras respondieran a mis preguntas sobre el sentido de las cosas, que me explicasen qué era el mundo y qué hacía yo en él. Había ido a todas las misas, arrodillándome en invierno sobre la piedra helada, había deseado que el sufrimiento congelara mis preguntas, pero no dejaban de presentarse como el aire de la primavera que a través de las rendijas entra en una habitación fría y cerrada. Le contaba a Kuba que había querido ayudar a los pobres y a los enfermos, pero que me había dado cuenta de que a nadie le interesaba mi ayuda y de que las hermanas sólo buscaban el dinero de mi padre.

—Quería que el convento me ayudara a reflexionar —le dije a Kuba para acabar —, pero la iglesia me pedía una fe ciega. Y yo no quería ir a tientas.

Sé que la historia de mi desencanto le dejó del todo indiferente. No paraba de fumar y de comerme con sus ojos, aquellos ojos de chino.

—Ven, vamos, te quiero enseñar algo —me dijo, en una voz tan baja que me costó entender sus palabras.

Abrió la puerta del establo.

Abandoné el sol para entrar en una oscuridad impregnada del tufo de los animales.



—*Oh là là*, ¿qué le enseña este joven que acaba de salir de sus habitaciones con un montón de libros, *mon enfant*?

*Mademoiselle* Lamartine no sabía ocultar su curiosidad. De hecho, era *Mademoiselle* de Lamartine. Cada vez nos corregía, subrayando su «de». Martine de Lamartine, mi institutriz de lengua y literatura francesas, tenía debilidad por los perfumes. Acostumbraba a llevar vestidos de color azul marino, se recogía el pelo en la nuca, las gafas con la montura dorada se le balanceaban en la nariz, y toda ella emanaba un olor de invernadero.

—¿Le gusta el chico?

—*Mais ça alors!*

—Le gusta, ¡es evidente!

—*Pero ¡qué cosas dice, mon enfant, c'est honteux!*

—Le gusta.

—Pero ¡qué cosas dice!

—A mí también me gusta mi *Monsieur* Beauvisage.

—¿Es francés, *comme moi*? —le brillaron todos los dientes, habitualmente bien escondidos tras sus labios finos.

—*Monsieur* Beauvisage, el señor rostro hermoso, es Petr, que me enseña las obras de los poetas franceses, especialmente de Baudelaire.

—*Mais non!* ¡Soy yo quien le abre la puerta a la lengua francesa y a los poetas franceses, *ma fille!* Pero de Baudelaire, ni hablar, no es un poeta para señoritas. ¡Cuéntemelo todo!

Su lengua era como una fusta con la que acababa de golpearme el dorso de la mano.

No me apetecía en absoluto convertir aquella fusta en mi confidente. ¿Qué le importaba si Petr, es decir, *Monsieur* Beauvisage, era mi preceptor de literatura universal y de lengua checa, y si mi madre lo había encontrado para mí? Por cierto, a mi madre también le gusta nuestro *Monsieur* Beauvisage, ¡y tanto que le gusta! ¡Cómo entornaba los ojos cuando lo condujo a mi *appartement!*

—¿Qué le enseña *votre instituteur*? ¡Dígamelo!

La fusta ahora golpeaba la mesa.

—¿Qué me ha enseñado? Preste atención:

*Ven a mi pecho, alma sorda y cruel,  
tigre adorado, monstruo de aire indolente;  
quiero enterrar mis temblorosos dedos  
en la espesura de tu abundosa crin.*

Y añadí:

—Pero si usted no habla checo, *Mademoiselle* Lamartine, oh, *pardon*, de Lamartine. ¿Cuánto tiempo hace que está en nuestro país? Diez años por lo menos, ¿verdad?

—Me comunico en alemán, no necesito el checo.

—¿Qué nos importa el alemán? Hace tres años que somos un país independiente. ¿Quiere escuchar cómo suenan estos versos en francés? Escuche —dije, y se los recité en el original.

—*Mais que l'horreur!* ¡Qué versos tan impúdicos! ¿Su señora madre sabe lo que le enseña ese desvergonzado?

—No sólo lo sabe, sino que lo aprueba.

—Tengo que hablarle de su aprendizaje. ¿Y qué más ha aprendido de *votre instituteur*?

—Ajá, le gustaría saberlo, ¿verdad? Le ha gustado el poema, ¡claro que le ha gustado!

—Tengo que explicar todo este delicado asunto a su señora madre, y necesito conocer hasta el último detalle.

*Mademoiselle* de Lamartine caminaba de aquí para allá, erguida como un inquisidor.

Mordiéndose el labio, como si quisiera reprimir algo, me lanzó una mirada furtiva y dijo:

—Hoy practicaremos el pluscuamperfecto.

Por la tarde, antes del baile que mis padres ofrecían para sus amigos y conocidos, salí a pasear por el jardín. Estaba sentada junto al surtidor del lago y la roca, el lugar más recogido de todo el parque. Como Narciso, observaba en silencio mi imagen fragmentada sobre el agua donde caía el delgado chorro desde la roca. Esta soy yo, pensé; yo, rota, yo, partida, yo, hecha añicos como un cántaro caído sobre el pavimento.

Y recordé que un día, con mis compañeras del convento, habíamos salido a pasear por Praga; yo debía de tener unos trece años entonces, y vi una muchedumbre que en la calle quemaba la bandera austriaca. Corrí con todas mis fuerzas hacia aquella hoguera para sacar la bandera del fuego. La multitud me insultó, me lanzó gritos de amenaza y de reproche, y me expulsaron de su círculo. Pero había un señor muy bondadoso que me dijo: «Escucha, chica, escucha, ingenua»; y me explicó que habían cambiado muchas cosas, que la guerra se había acabado con la derrota de Austria-Hungría y que nosotros los checos ya no formábamos parte de aquel imperio, sino que vivíamos en un Estado independiente, en la República de Checoslovaquia.

No entendí nada.

Todo cambió: los nombres de las calles y los rótulos de las tiendas se escribían

ahora en checo. En los sellos de correos ya no aparecía aquel señor viejo con cara de pocos amigos, Francisco José, sino un señor con barba, también viejo, que se parecía a mi abuelo cuando aún vivía y me tenía en su regazo y jugaba conmigo a «Así viajan los señores, así viajan los labradores». La abuela me explicó que aquel señor era nuestro presidente y se llamaba Masaryk, que era un filósofo, un hombre sabio y, sobre todo, que era checo. «Como nosotros», dijo.

De la noche a la mañana, mi madre comenzó a hablarme en checo. No como antes, cuando mezclaba en su alemán dos palabras en checo o alguna exclamación en francés, como quien pone especias en una salsa. Ahora hablaba checo, y nada más. Mi madre comenzó a aprender a escribirlo y actuaba en un teatro checo de aficionados. Mi padre pasaba poco tiempo en el castillo, durante semanas enteras su trabajo le absorbía en Alemania.

Miré mi cara deforme por el delgado chorro del surtidor. Así soy yo. Yo, que me confesé al mozo de cuadra y le acompañé al establo. Después, como quien no sabe nada, me lavé las manos y toqué las polonesas de Chopin. Así era yo, la señorita condesa Sylva von Wittenberg.

Un día, cuando ya había regresado del convento a casa, mi madre me hizo subir a sus habitaciones. Me recibió como a una amiga, una igual. Entonces lo comprendí: la egipcia enigmática, aquel día en la sala oscura, era mi madre. Durante los años de mi ausencia había ganado un poco de peso, me parecía más femenina y con mejor figura que antes. ¿Y las montañas a su espalda? Eran volcanes, es cierto, pero apagados, y, sobre ellos, los rayos del sol serpenteaban en el cielo. Mi madre había preparado para mí un espectáculo inusitado. Para mí, ¿de verdad?

Sabes, Sylva, me dijo, perfumada con una colonia que aún no le conocía, fresca y suave, no como aquellos olores vulgares de *Mademoiselle* de Lamartine. Vestía una falda blanca plisada, deportiva, y una camisa azul celeste de corte masculino. Me costaba concentrarme en sus palabras porque la contemplaba en silencio, hechizada. Sabes, Sylva, me dijo, provienes de una familia célebre e importante, tu abuelo no sólo era un gran violinista, sino también un gran checo, es en parte su mérito que la cultura checa no haya caído en el olvido bajo la presión del imperio austrohúngaro, es decir, de la cultura alemana. Eso, Sylva, te hace diferente del resto, tu origen te hace elevada y noble. Tienes que hacerte valer, hija, tienes que hacerte valer tanto ante los ojos de los que te rodean como ante tus propios ojos, porque si te sabes valorar, los demás te respetarán y te tratarán como a una gran dama. Una bella y altiva aristócrata española, que murió hace más de cien años, acostumbraba a decir que cuando entraba en una fiesta los músicos no tenían más remedio que dejar de tocar deslumbrados por su belleza y su grandeza. Mira estas flores, si este jarrón lo hubiera llenado con un ramo de margaritas de las que crecen junto al río, o con un ramillete de amapolas y otras flores del campo, mis visitantes pensarían que soy una mujer vulgar además de mezquina. Y por eso cada día hago una nueva composición con dos docenas de orquídeas recién cortadas. Tú también has de ser como una orquídea, bella y noble,

fría e inaccesible, una flor que no regala su perfume al primero que pasa, sino que conserva celosamente su olor para sí misma.

Mi madre hizo una pausa mientras dedicaba su atención a las orquídeas en el jarrón y después continuó:

—La vida me ha enseñado un secreto que ahora compartiré contigo, Sylva. Escucha bien, hija: la mujer que exige que tanto la sociedad como su entorno más íntimo la respeten, tiene que poseer el arte de hacerse tan exquisita como una flor exótica. Por la mañana, a la luz del amanecer, hay que ser como una flor blanca, quebradiza e inocente, que un pintor retrataría al fondo de una fuente con melocotones recién cogidos. De modo que por la mañana, aunque también durante el resto del día, es necesario que seas una flor que un jardinero acaba de cortar de su huerto favorito, una flor de color blanco, como el mármol que un pintor colocaría sobre un mantel de damasco de color crema con cuyos pliegues, como ángeles barrocos, los rayos solares juegan, y a los que tiñen de las más tiernas tonalidades del color rosa. ¿Y por la tarde? Por la tarde y por la noche te transformarás en una flor oscura, y no por eso menos exótica. Sí, hija: por la noche es necesario que te transformes en una flor que exhala el perfume del sándalo y del opio, en una flor venenosa que un jarrón esbelto de cristal rojo sangre acoge. Como serpientes del paraíso, las joyas más antiguas y exquisitas envuelven la base del jarrón, y sus rubíes y diamantes proyectan sobre la flor su estallido enigmático y fascinante.

No podía apartar los ojos de aquel jarrón enorme lleno de orquídeas delicadamente rosadas, como si fuesen de mármol.

—Para que los demás te respeten —continuó mi madre—, debemos comenzar por la apariencia. Lo que te conviene es un nuevo peinado y un nuevo vestuario. Y la manera de hablar. Eres demasiado tranquila, hablas poco. No quiero que te conviertas en una mujer silenciosa. A partir de mañana darás clases de checo y literatura universal con un estudiante que, durante el verano, está de vacaciones y puede enseñarte estas materias.

Me lo repetí una y otra vez: Si te comportas como una noble orquídea, la gente te tratará del mismo modo, te admirarán y te respetarán, a ti, reservada, distante, inabordable, glacial. No dejaba de repetírmelo.

...El tren expreso procedente de Ostrava llegará con retraso, anuncia el hombre del altavoz. Esta voz es clara, amable y, a pesar de la urgencia del aviso, suave. Sin duda es un hombre sensible. El chorro de agua que sale del grifo oxidado de la pared ha llegado hasta mis pies. Difícilmente nadie se fijaría en él. Un chorro suave, delgado como una serpiente, que pasa inadvertido, pero que va allí donde quiere, se apodera de todo lo que quiere. Esta es la única verdad que conozco: la vejez. Ha entrado sin llamar, de puntillas y, ligeramente, como un copo de nieve, se ha posado sobre una silla, se ha acomodado y ya se ha instalado en mí...

Llegó un momento en que ya no lo pude soportar más. Mi padre me sacó de allí sin hacer preguntas y con una sonrisa irónica. Cuando regresé al castillo, ni mi padre ni mi madre estaban en casa. Y por la noche... La diosa egipcia... Un hombre joven. En silencio, la alumna del convento salió de la sala.

Siempre me voy de todas partes. Huyo. Silenciosamente, para pasar inadvertida.

¿Quién soy?, me pregunto mientras miro fijamente el agua. ¿Quién? ¿Alemana o checa? ¿Una condesa o una descendiente de un músico bien poco aristocrático, un hombre del pueblo? ¿Una pequeña margarita como las que guardo en los libros para que se sequen, o una orgullosa orquídea como querría mi madre? ¿Una futura carmelita o una joven aristócrata coqueta? ¿La esposa de un aristócrata o una pianista especializada en los nocturnos de Chopin que sólo ella toca como un ángel? ¿La amiga de los mozos de cuadra o Fräulein von Wittenberg?

Soy todo eso, pienso, y continúo contemplando la superficie desigual del agua donde observo decenas de fragmentos de mi cara.

A las seis de la tarde se presentó una señora con un peinado blanco, rococó. La peluquera. No la nuestra habitual, sino la que nos venía a hacer una creación especial digna de un baile en el castillo. A mamá y a mí nos rizaría el pelo, según dijo. Mi abuela rechazó dejárselo hacer; atentaba contra sus principios, afirmó. Entreví la mirada llena de desprecio que le lanzó mi madre. Las tenazas para encrespar el peinado nos dejaron el pelo seco, quemado y quebradizo; lo teníamos tan rizado que parecíamos un par de ovejas. A mi madre la peluquera le hizo en la nuca un recogido griego, según denominación suya, y corría a su alrededor con un espejo en la mano para que *maman* se viera desde todos los ángulos mientras gritaba con todas sus fuerzas: «¡Oh, qué perfil, parece la emperatriz, señora von Wittenberg, sí, clavada a la emperatriz Elisabeth!». Luego me volvió a quemar el pelo y las orejas, me sujetó el pelo con tanta fuerza que tenía los ojos fuera de las órbitas. Tenía la sensación de que mi aspecto era horrible, cada una de mis orejas era diferente: una acababa en pico, la otra estaba más baja.

La costurera me trajo el vestido de baile; era amarillo como el diente de león. Una vez puesto no podía respirar. Le había añadido tantos adornos que me hacían parecer una caricatura de *Madame* de Pompadour. Sonrojada de vergüenza y con los ojos rojos de haber llorado, me encaminé hacia la sala de baile.

¡Que resplandor! No distinguía las caras de las chicas, se fundían con las luces y los candelabros, y los vestidos multicolores se diluían entre los enormes ramos de flores exóticas. Tuve la impresión de que, esa noche, ante mí se había abierto un tesoro resplandeciente. Sentada en mi silla, observaba aquellos fuegos artificiales y

flotaba sobre las olas de los vales de Strauss. ¡Cómo pude haber dejado pasar tantos años arrodillada rezando en la penumbra de un convento!

Sentada silenciosamente en medio del ruido de la música, me di cuenta de que nunca había bailado con un hombre. Sólo con las chicas, pero a las mujeres no les gustaba hacer de hombre y me pisaban los pies. Mi madre volaba de unas manos a otras. Mi tía y mi prima también. Sólo yo permanecía sentada. Como de costumbre, mis padres no reparaban en mí. Me debería haber quejado, ¡era mi presentación en sociedad!, pero ¿a quién podía quejarme?

Me veía como un árbol alto, una esbelta palmera en el desierto. Todo el mundo me observaba, todo el mundo contemplaba mi vergüenza.

Estaba demacrada. No delgada, más bien huesuda. Mi madre sí era esbelta y femenina. Y bronceada de tanto jugar al tenis y hacer natación. Yo era blanca como un sorbo de leche. Mi pelo era castaño claro, ni rubio ni moreno. Toda yo era indefinida. Transparente. Cada una de las chicas que bailaban a mi alrededor era única. Tenían los hombros y los brazos redondeados, el escote como cortado de alabastro, las caderas y los pechos bien dibujados, un cinturón flexible y una sonrisa picante. Yo, en cambio, era un bastón, un tronco: una chica aburrida. Como un paje, como un niño disfrazado de niña. Era orgullosa, intentaba convencerme: una orquídea fría y distante. A mi alrededor todo era alegría, sólo yo, sentada, seguía esperando.

De aquí también huiré en silencio. Me sentaré al piano y tocaré una zarabanda de Bach. Pero ¿adónde iré? Al convento, completamente tapada, y viviré por una idea y nada más.

—Este es su primer baile, ¿verdad? —me dijo en alemán un hombre con el pelo rizado. Era más bajo y mucho más viejo que yo, el abdomen le sobresalía. Me miraba a través de unos vidrios sujetos en una montura dorada.

Bailamos sin pena ni gloria. Qué importaba. ¡Por fin alguien me había pedido bailar!

—¿Cómo lo sabe? —dije con sorpresa, pero a continuación ya me corregía mentalmente: una noble orquídea no reacciona así. Diría alguna cosa fría y elegante.

—Es evidente —dijo con indiferencia.

—No lo entiendo, señor.

Sí, es así como responde una flor orgullosa.

Él bailaba sobre sus cortas piernas con seguridad y aplomo. Miraba a su alrededor. Me apretó más contra su redonda barriga. Cuando le decía algo, no me miraba a la cara, sino que tenía los ojos clavados en mi escote. Eso me indignaba y me enorgullecía. Era el único hombre que se había interesado por mí. Me sostenía firmemente con sus manos. Me repugnaba y a la vez era reconfortante.

—Ya le he dicho, se ve a simple vista, vaya.

Suspiró:

—¡Qué calor! ¿Vamos a sentarnos?

Y se inclinó ante mí:

—Hasta la vista, señorita, que se divierta.

Para mí las luces se han apagado. ¡Quiero volver a casa!

¿A casa? ¡Pero si estoy en mi casa!

Quiero ir a casa, al convento.

Estaba a punto de echarme a llorar. ¡Al lavabo, deprisa! O mejor aún: huir a mis habitaciones.

Me abrí paso entre la multitud.

De repente alguien me cogió de la mano y me abrazó por la cintura. ¡Mi orondo compañero de baile! Sentí olor a cigarro y sudor. El pequeño hombre se puso de puntillas y se inclinó hacia mi oído. No me miraba a la cara. Observaba fijamente el escote de mi vestido de baile.

—¿Cómo se llama, señorita silenciosa?

—Sylva.

—Sylva, del latín. Significa bosque. Sí, este nombre le va bien a su personalidad.

No conocía el significado de mi nombre. Sonreí.

Él no podía apartar los ojos del escote de mi vestido. Y continuó en voz más baja:

—Aún es muy joven, pero un día se convertirá en un bombón de chocolate relleno de licor, ¡recuérdelo!

Una mujer con experiencia le habría dado una bofetada, no sólo por impertinente, sino por la poca gracia de la metáfora. Yo, una inexperta del convento, miraba al frente mientras pensaba: Es alemán, ahora ha hablado en checo, con un fuerte acento. ¿Sabe lo que está diciendo? Y me entraron ganas de golpearlo con los puños por la impotencia que sentí. Esa misma impotencia hizo que me echara a reír.

—¿Tiene calor, señorita Sylva?

Dejé de reír. ¿Qué pasa con el calor?

Me giré de mala gana.

¡*Monsieur Beauvisage*! Sentí que se me encendían las mejillas.

Me di cuenta de que mi acompañante miraba a Petr como si... con mucho cuidado, poco a poco le introdujera la mano en el bolsillo y le robara un valioso reloj de oro.

Bailamos otro vals, *Monsieur Beauvisage* me explicaba algo y me hacía preguntas, pero no lo escuchaba. Dejaba que me guiara. Con esa luz amarillenta tenía los ojos verdes con un matiz azulado, sus labios finos estaban a la altura de mi frente. Me decía que le gustaba pasar los veranos en una casa del bosque con su perro, que en el silencio del bosque se sentía mejor que entre la multitud de la ciudad. Evitábamos a las demás parejas, una vez dimos un codazo a alguien: era mi padre que me cogió por la cintura y me invitó a bailar, como un seductor mundano. Después volví a bailar con Petr, y me di cuenta de que desde algún lugar me devoraban aquellos gruesos vidrios de mi anterior acompañante. No me importa, pensé.

*Monsieur Beauvisage* y yo girábamos, y las luces y los candelabros encendidos abrasaban las caras resplandecientes de las chicas, y las llamas de los gladiolos en los jarrones se convertían en largas cintas que flotaban a nuestro alrededor y nos abanicaban.

Con un helado en la mano, caminamos por el jardín. Conduje a mi acompañante hacia la fuente. Advertí que allí había sentada una pareja y que les podíamos molestar. Pero ya era tarde.

Nunca había visto tantas estrellas, como si se lo hubiera pedido a San Pedro y él hubiera dispuesto que todo un ejército de ángeles encendiera pequeñas lámparas en el cielo y que fuesen encendiendo más y más.

Petr comenzó a hablar sin cesar. En ese momento me miró y recitó:

*¡Cuántas veces seguí a esas pequeñas viejas!  
Una, entre otras, a esa hora en que el sol moribundo  
el azul ensangrienta de bermejas heridas,  
pensativa sentábase en un banco apartado...*

—Coma, Petr, se le derretirá el helado —le interrumpí.

Apartó el platito.

—Petr —le dije—, ¿por qué me recita estos versos sobre unas viejas cuando hace una noche tan maravillosa?

—Precisamente por eso. Las viejas también son maravillosas, incluso más.

—¿Cómo dice?

—Lo admirable es su vida interior. Su sufrimiento. Muy pocas personas son capaces de captar su belleza.

—Escuche, Petr, ¿es absolutamente necesario hablar de las viejas revenidas que costean los muros precisamente ahora, cuando tenemos ante nosotros un jardín florido y el cielo estrellado?

Deseaba que estuviéramos sentados en silencio, sin hablar.

—Usted habla de la belleza evidente para cualquiera. Es una belleza banal, los malos poetas y los diarios de señoritas la han trivializado.

Enrojecí. Petr continuó:

—Lea a Baudelaire y a Božena Němcová, señorita Sylva, y se dará cuenta de que la verdadera belleza se esconde en lo más humilde y a primera vista más pobre y menos ostentoso.

Me dije que tendría que buscar también aquella belleza oculta. Y no podía apartar la mirada del banco donde estaba sentada aquella pareja de jóvenes que se abrazaban.



El chico acariciaba los brazos, los hombros, los pechos de la chica. Ella no se movía, ni respiraba para no estropear la magia de aquel momento. Giré la cabeza.

Mi mirada se deslizó hacia mi propio escote. Todavía soy una niña, pensé, y delicadamente, como quien no quiere la cosa, coloqué mi cabeza sobre el hombro de Petr. No se movió. Pero dejó de recitar versos.

Mi mirada volvió a volar hacia la pareja del banco, al otro lado de la fuente. La chica también había puesto su cabeza en el hombro de su enamorado, como si fuera mi reflejo. El chico continuaba acariciándola. Su mano había penetrado en el escote de la chica.

Miré a Petr de reojo, ¿lo veía también? Estaba sentado con los ojos entornados como si durmiera. Pero no dormía.

Se escuchó el croar de las ranas.

Continuaron croando durante mucho tiempo aún.

Ante nosotros apareció un fantasma blanco. Se movía deprisa, casi corriendo.

—Sylva, ¡ven, entra en casa! Ya está bien, no te quiero ver aquí.

Vi que Petr arqueaba las cejas. Se escuchó el relincho de un caballo, después los ladridos de un perro.

En la lejanía comenzaron a tocar un vals. Petr se incorporó. Me levanté lentamente.

—Señorita Sylva, ¿me permite acompañarla? —dijo en voz baja. Estas palabras iban dirigidas sólo a mí.

Sí, estuve a punto de decir.

—No, gracias, Petr —mi madre se me adelantó—. Sylva conoce el camino a casa; de hecho, apenas son dos pasos. Ve a bailar un poco más, hija —dijo con palabras tranquilizadoras, pero con voz gélida.

Petr me observó. Me siguió con la mirada mientras me alejaba.

A cierta distancia, me giré. Vi solamente los grandes troncos negros de las hayas y los robles.

El banco estaba desierto.

Los días pasaron, secos como un río sin agua. Tenía que hacer algo. No sabía qué.

Me hice anunciar en audiencia a mi padre. Me hizo esperar un buen rato hasta que me recibió en su estudio, impregnado de olor a cigarrillos. Vestía una bata de seda brillante que a cada movimiento cambiaba de color.

—No quiero molestarte, papá. Por favor, ¿serías tan amable de hacerle saber a *Monsieur Beauvisage* que no quiero más clases?

¿Qué he dicho? ¿Y por qué?

—¿A *Monsieur Beauvisage*?

Mi padre se detuvo bruscamente en medio de la sala y me miró con unos ojos llenos de dureza.

No tenía tiempo para reflexionar.

—Es un sobrenombre, papá —dejé escapar una risa nerviosa.

—¿*Monsieur Beauvisage*? ¿Tú también lo encuentras atractivo, al escritor?  
¿También?

—No sabía que fuera escritor —dije en voz alta.

—Un escritor de pacotilla, imagino.

—Papá, podrías...

—No me has respondido.

—Perdona, ¿qué es lo que no te he respondido?

—Bueno... Es igual. Eres la niña de mis ojos, Sylva.

No sabía qué contestar. Dicho así, de esta manera tan inesperada...

—Sí, eres preciosa, ¿verdad que lo sabes?

Algo parecido hasta ahora sólo me lo había dicho una monja carmelita en el convento. Y aquel hombre barrigudo con quien había bailado, y, viniendo de él, el cumplido no acababa de convencerme. Pero en boca de mi padre se trataba de una galantería de un hombre de verdad.

Me acarició el pelo.

Observé la alfombra de color vino con formas geométricas. Iba bien con el olor del cigarro, pensé. Y con mi padre, que volvía a atravesar la sala a grandes zancadas, de aquí para allá, de allá para aquí. La bata flotaba tras él.

En la sala sin ventilar, la sangre se me subía a la cabeza. Sentía que la situación era tensa, insostenible.

Crac, crac, se oyó. Mi padre se estiró los dedos para aflojar la tensión de las articulaciones. Percibí aquel ruido, tan característico, y no acababa de comprender mi propio mensaje. ¿Por qué no quería ver a *Monsieur Beauvisage*? ¿Cómo sería la vida sin mi maestro?

—Sylva —dijo mi padre en voz baja, mientras encendía un cigarrillo—, qué locura la de tu madre con la lengua checa, ¿no crees? Cuando menos te lo esperas, le da el arrebató de clases particulares, pero si ella es checa, de una familia de músicos, debe dominar bastante bien la lengua.

—No lo sé, papá. De verdad que no lo sé —repetí porque mi padre aguardaba con una mirada interrogativa—. Quizá duda de su gramática, o quizá no sabe escribirlo correctamente, recuerda que ella estudió en la escuela alemana. No te olvidarás de transmitir mi mensaje, ¿verdad, papá?

—Claro que no, *ma chérie* —me acarició.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Durante un rato, con el pie calzado con una zapatilla de piel, dibujó círculos sobre la alfombra, fijando su mirada en la ventana. Al final dijo:

—Espera, no te vayas aún. Quería decirte algo.

No me iba. Pero me di cuenta de que ésta era la manera que tenían las personas elegantes de decir: Sólo esto, ¡y después quiero que te vayas!

—Escucha, señora silenciosa —dijo mi padre en dirección a la ventana, como si su mensaje fuera dirigido a los manzanos y los ciruelos del huerto—, recuerda bien lo que te voy a decir: «Mientras que el resto de seres camina con la cabeza inclinada mirando al suelo, el ser humano dispone del rostro para mirar hacia el cielo, y de la cabeza, que puede elevar hasta las estrellas». Lo escribió Ovidio, un poeta lúcido con un final triste en el exilio. Recuérdalo, Sylva.

Pero yo ya estaba cerrando la puerta detrás de mí.

Caminé por el pueblo junto a mi casa buscando aquello que narraban los poemas que Petr me había recitado.

Vi ancianos y ancianas. Vi mendigos. Vi inválidos, hombres y mujeres. Vi cabañas indigentes, chozas deterioradas, barracones miserables. Entré en ellos, dejé algunas monedas. Sus habitantes me miraban con sorpresa y recelo.

Vi a un hombre que pegaba a un caballo con un látigo. El animal estaba quieto, con la cabeza baja y los ojos llenos de sufrimiento. Un caballo no puede defenderse. Me precipité hacia el caballo y lo abracé. Lo besé. En los ojos del caballo vi el sufrimiento de todos aquellos que han nacido para ser golpeados.

El carretero me miró con la cara enrojecida. Me marché cuando me hube asegurado de que aquel hombre feroz se había calmado. Nada más alejarme unos cuantos pasos, el carretero volvió a fustigar al caballo aún con más furia y brutalidad que antes.

Me dirigí hacia el jardín del castillo. Quería llamar a Kuba para que comprara todos los caballos fustigados. Atardecía. Se escuchaba el canto de los grillos, al que se superponía el croar de las ranas.

Me dirigí hacia el río para verlas. Paseaba arrastrando los pies por la orilla, más de una vez se me hundieron en el fango. Zumbaban nubes de mosquitos. Vi un mirlo que llevaba en el pico un gusano cubierto de barro. El gusano se enroscaba sobre sí mismo. Las ranas saltaron al río.

Cuando regresaba a casa, aquel mirlo se había posado sobre la rama de un haya y cantaba.

Oscurecía. Comencé a correr. Las ramas me golpeaban la cara. Al final encontré el camino que conducía al jardín del castillo. Me hubiera gustado evitar aquel lago artificial, no sabía bien por qué.

Era de noche. Una pareja estaba sentada en un banco, como la última vez.

Sentí un gran deseo de descansar en mi... quiero decir, en nuestro banco, mirar la superficie del lago y observar mi cara. Quizá con esta luz lechosa de media luna descubriría un cambio en relación con la última imagen.

Me senté en el borde del estanque. Desde su banco la pareja no me podía ver entre los arbustos. Me observé en el agua: veía la superficie brillante y, en ella, una mancha oscura. Mi cabeza. No se podía distinguir nada en la cara. En lugar de rasgos había un agujero como un sorbo de noche.

Me alejé. De reojo miré a la pareja. El hombre abrazaba a la mujer con pasión, ella le correspondía. Sin duda era una pareja del pueblo, desde hacía poco el jardín se había convertido en un jardín público.

Las ranas volvieron a croar. Me fui. Me llegó una oleada de olor a jazmín.

Por la mañana, mientras paseaba con *Mademoiselle* Lamartine repitiendo la lección, me aparté un momento del camino. En el banco descubrí dos horquillas pequeñas de las que aguantan el peinado decorándolo; las piedras incrustadas en ellas resplandecían tanto con la luz de la mañana que parecían brillantes. Entonces recordé la noche de los volcanes que arrojaban fuego y la mañana siguiente, que se parecía a la de hoy.

Sé que Kuba no me escuchaba. ¡Pero yo necesitaba tanto desahogarme!

—Vi a un hombre que pegaba a un caballo con un látigo —continué diciéndole al mozo de cuadra—. El animal estaba quieto, con la cabeza baja y los ojos llenos de sufrimiento. El carretero lo fustigaba con todas sus fuerzas. En la mirada profunda y triste del buen animal, vi el eterno sufrimiento universal.

El mozo de cuadra me miraba con indiferencia.

—¿Podríamos hacer algo? ¿Quizá comprar ese caballo? Ya se lo he dicho a mis padres, pero...

—¿Pero?

—Pero nada. Quiero decir que usted quiere a los caballos...

—Ya veremos —dijo con pereza.

Advertí que ahora, aparte de indiferencia, Kuba sentía aversión hacia una señorita caprichosa. Ya había encontrado esta expresión grabada en la cara de la gente, en los barracones miserables que había visitado en el pueblo.

—¿Verdad que intentará comprar ese caballo? —insistí.

—Ya veremos.

Solíamos comer entre las doce y las dos. La criada servía la mesa grande del comedor, y a la comida asistíamos todos, incluida mi abuela que por lo general prefería pasar el tiempo en sus habitaciones. Ese verano mi madre acostumbraba a presentarse a la comida fresca, lozana, juvenil, con los ojos llenos de ilusión.

Cada día, de dos a cuatro, Petr venía a casa para dar la clase a mi madre. Durante las dos horas que *Monsieur* Beauvisage pasaba en las habitaciones de *maman*, mi madre se encerraba con llave.

Un día pasé por delante del *appartement de maman*. No escuché nada. Ningún dictado. Ningún sonido chirriante de la puerta. Ni una palabra. Silencio. Al día siguiente repetí la acción a la misma hora. Nada. Como si detrás de la puerta no hubiera nadie.

El tercer día me prohibí pasar por delante de la puerta de *maman*.

Pero no lo podía soportar. Pasé de puntillas, descalza, de aquí para allá, una y otra vez. Nada, sólo una puerta pesada de roble.

Un día me topé ante la puerta de *maman* con mi padre. También él caminaba en silencio de aquí para allá, una y otra vez.

Un día tuve que cruzar aquel pasillo a las cuatro en punto de la tarde. Vi que *Monsieur Beauvisage* cerraba la puerta de roble detrás de él. Se dirigía hacia la escalera con la cabeza baja.

—¡Petr! —susurré.

No se volvió. Sólo bajó la cabeza un poco más.

—¡Petr! —repetí un poco más alto.

Su nuca acababa de desaparecer por la escalera.

Cuando llegué a la altura de la puerta de *maman*, por primera vez, escuché algo. Mi madre lloraba.

En la entrada encontré al mozo de cuadra. Le recordé la escena del caballo y su promesa.

—Ya veremos.

Nos dirigimos hacia los establos.

Abrió la puerta. Me tragó la oscuridad y una vaharada de olor animal.

El mozo de cuadra se me acercó. Me estaba acostumbrando a la oscuridad. Miré sus ojos. Eran verdes, brillaban como los de un gato. A través del tufo de caballo olí su sudor. Me cogió en sus brazos como troncos. Apreté mi cuerpo contra el suyo.

Me palpó brutalmente. ¿Así que es esto?, pensé mientras sus dedos expertos pasaban por mi cuerpo. ¿Esto y nada más? Me mantuve en silencio, inmóvil.

Lo aparté.

Dijo con voz ronca:

—¡Vete, contigo no quiero tener nada que ver, aristócrata podrida! Primero me incitas y luego pareces un pescado. ¡Desaparece de mi vista! ¡A ver si te aclaras!

Resoplando me empujó fuera del establo.

El sol me deslumbró. Me mareé.

Acaricié a un perro que vagaba por el camino. Aquella piel suave, aquel calor tierno... Pero el perro me respondió con unos ladridos violentos. Sentí que, en mi propia casa, era una extraña.

Me recogí el pelo con una cola de caballo y fui a sentarme en el banco que había frente a la puerta principal. Aún no eran las cuatro de la tarde.

*Monsieur Beauvisage*. La única persona con la que ahora deseaba hablar. En su presencia me sentía como cuando uno se quita el vestido de fiesta y los estrechos zapatos de gala para ponerse la ropa de ir por casa y las zapatillas confortables. No apartaba la vista del reloj del campanario.

Sonaron las campanas.

¡Allí estaba! ¡Era él!

Iba encorvado cuando caminaba. La cartera llena de libros y de manuales debía de pesar mucho.

Me dio la mano como si me la quisiera arrancar y ponerla en la cartera.

Salimos del jardín. En la orilla del río las ranas y los pájaros callaban, hacía bochorno. Sólo un gorrión piaba débilmente, como si nos diera la bienvenida. Nos faltaban ojos para contemplar todo aquel esplendor. Los sauces susurraban sobre el agua, las hayas centenarias en dos hileras formaban una cúpula sobre nuestras cabezas. Las paredes de aquel largo pasillo estaban tapizadas con pequeños frutos con los que el verano había adornado los matorrales.

—A veces vengo aquí al río, estoy tranquilo y me concentro bien en la lectura —dijo Petr mientras sostenía con cuidado las ramas de las lilas para que no me golpearan en la cara.

—Y también le gusta ir a la fuente, ¿verdad? —dije como sin darle importancia.

Petr tropezó con la raíz de un árbol.

Sobre nosotros un mirlo comenzó a cantar. Lo busqué entre las ramas para ver si llevaba en el pico algún gusano enlodado. Y yo misma me hundí en el barro. Con dificultad, Petr sacó mi zapato de tacón del charco y lo limpió. Después, me hizo sentar en una rama baja de un espino o de un plátano para desembarbarme el pie con su pañuelo. Lo estuvo frotando largo rato. Y de repente dijo, sin darle mayor importancia:

—Sylva, su madre es una pobre mujer.

¿Mi madre? ¿*Madame la Comtesse*? No le comprendí.

Petr me limpió el barro hasta más arriba del tobillo. Con su pañuelo envolvió mi pie. Como una madre que envuelve a una criatura recién nacida, pensé. Cuando el pañuelo quedó completamente sucio, fue sacando el barro de entre los dedos y me frotó la planta. Algo no se dejaba limpiar.

Por el camino de vuelta hacia el castillo nos reímos de mis pies, uno blanco, el otro negro. Ninguno de los dos volvió a mencionar el tema de mi madre.

Cerré suavemente la puerta detrás de nosotros.

En silencio conduje a Petr al baño. Se detuvo en el umbral.

—Limpiaremos mi pie —repetí más de una vez arrastrando a Petr de la manga.

Se apartó.

—Sylva, yo no puedo entrar aquí. Sólo puede entrar su marido.

—¿Marido?

Petr callaba.

—Y yo no lo soy —dijo en voz baja.

No nos movíamos. No podíamos.

El parqué de la antecámara parecía ahora negro. Caía la noche.

Desde lejos, de la calle, se oyó una música funeraria.

Permanecemos en silencio. La luz disminuía.

La marcha fúnebre se iba aproximando. Era de color púrpura. Llenó toda la antecámara. El sonido alargado de la trompeta, aquella melodía acababa y volvía a comenzar, una y otra vez. Nos mantuvimos inmóviles. Hechizados. Sólo la trompeta continuaba entonando el duelo.

Desde la puerta se oyó un sonido leve, giramos la cabeza.

*Maman*, resplandeciente, brilló en el umbral de la habitación. *Madame la Comtesse*, la Reina de la Noche, nos observó con altivez e hizo una mueca.

—Sylva, tengo algo urgente que comunicarte, por eso he irrumpido aquí de esta manera. Pero...

En ese momento mi madre abrió de par en par la puerta y añadió con una voz helada que contrastaba violentamente con el tono fríamente empalagoso y falsamente amistoso con el que se dirigía a mí:

—*Monsieur Beauvisage* tiene que irse de aquí. Ahora mismo. Lo que diré no es de su incumbencia.

Petr se quedó de piedra. *Maman* lo ignoró. Se dirigió a mí, ahora también con una voz demasiado dulce:

—Un señor, por cierto, una persona muy acomodada y muy rica, ahora embajador de Checoslovaquia en Budapest, ha pedido tu mano, Sylva. Después de meditarlo mucho, tu padre y yo hemos dado nuestra palabra al señor conde. Al señor conde Heinrich von Stamitz, que ya ha pedido el traslado profesional a Praga, al Ministerio de Asuntos Exteriores. Sé con toda seguridad que te sentirás, si no feliz, cosa que deseo, al menos contenta con el conde, quien, después de la creación de Checoslovaquia, utiliza la traducción checa de su nombre, Jindrich. Eres una flor que ha de ser cultivada en el invernadero más lujoso de todos.

Mi madre volvió a hacer el gesto de abrir de par en par la puerta que daba al pasillo.

—Hasta la vista, señor.

Pesadamente, con lentitud, Petr se dirigió hacia la puerta.

—Di algo, Sylva —dijo tartamudeando, con un hilo de voz, como si estuviera enfermo. En medio de la confusión, me estaba tuteando.

No supe qué decir. La señora silenciosa, me había llamado mi padre unos días

atrás.

—Si ni siquiera lo conozco —dije por fin a mi madre.

—Lo conoces, Sylva —me aseguró mi madre con aquella voz acaramelada—. Bailaste con él, *ma petite*. Después del baile que dimos aquí en casa, pidió tu mano.

Sonreí a Petr. ¡Si sólo bailé contigo!, indicaba mi mirada. Seguramente mi madre hace un poco la comedia y nos ha preparado una sorpresa.

Pero Petr no reaccionó. Estaba pálido y temblaba.

—Adiós, señor —dijo mi madre con una voz aún más gélida que antes. De sus palabras se desprendieron copos de nieve que fueron a parar a mi cuello y mis hombros. Petr me dio la mano y me dijo algunas palabras al oído. Incluso susurrando su voz parecía la de un anciano.

—Quiero que sea mi esposa, Sylva. Le escribiré —dijo como una exhalación.

El pomo de la puerta sonó tras él de una manera insegura.

—Eres una flor que ha de ser cultivada en un invernadero, Sylva. No permitiré que te cases con el primero que pase, un pordiosero, un vagabundo, un escritor de mala muerte —me dijo mi madre. Y repitió metálicamente—: Eres una flor que ha de ser cultivada en el invernadero más lujoso de todos.

El pomo de la puerta sonó tras ella de una manera clara y decidida.

Cuando me quedé sola, mi mirada se deslizó hacia mis pies, uno negro, el otro blanco. Sonreí. Entonces miré un jarrón enorme lleno de orquídeas fríamente blancas, como si estuvieran esculpidas en alabastro. Tanto el jarrón lleno de flores, que no lo eran del todo porque no exhalaban perfume, como la mesita que las sostenía pertenecían a mis padres.

Cerré los ojos con odio.

Vi a un carretero que en plena calle de nuestro pueblo fustigaba rabiosamente a un pequeño caballo sumiso. Los transeúntes lo miraban, unos con indiferencia, otros con una sonrisa. En el cuerpo humillado del animal había sangre.

Me entraron ganas de vomitar.

Tengo que irme de aquí, decidí.



### 3

«OK 2901 PRAGUE DELAYED 9 PM», está escrito en una pantalla del aeropuerto que anuncia las llegadas.

No hay problema, pienso; he esperado a Helena toda la vida, la esperaré aún dos horas más. Y tú, mamá, ¿has esperado alguna vez a alguien con esta mezcla de paciencia e impaciencia?

Esperar es desear. Desear con esperanza. Porque desear sin esperanza es un infierno.

Cuando era pequeño esperabas a mi padre aunque sabías que no regresaría nunca. ¿Lo sabías o no? No lo querías aceptar. Preferías vivir en la esperanza. Escuchabas y cantabas en voz baja esa música que te hacía pensar en él. Recuerdo nuestros paseos en silencio, las cenas calladas. Como un matrimonio anciano que ya hace tiempo que se lo ha contado todo.

¿Por qué no me enseñaste tú misma, si eras profesora de piano? Probablemente lo habrías hecho de haber tenido en casa un piano. Los pisos a los que nos destinaban eran cada vez más pequeños. En la casa de mi profesora me gustaba el tacto liso de las teclas. Me sentaba junto a mi profesora misteriosa e inhalaba su aroma de miel, mientras su pelo sedoso rozaba de vez en cuando mis dedos, si tocábamos a cuatro manos. Lo que más me gustaba de la música, aparte de la armonía y la exactitud teórica, eran las partituras, los sonidos, atmósferas y tonos que dialogan entre sí.

BE MOVED, «conmuévete», aconseja el rótulo que pende en la pared del edificio de conciertos en la ciudad universitaria donde vivo. Orfeo, primero, había seducido a Eurídice; más tarde sus melodías lánguidas conmovieron a ebrias mujeres desenvueltas que acabaron con su vida arrancándole la cabeza.

¿Es una casualidad que Helena sea violinista?

Una vez, recuerdo, comenzaba el nuevo curso escolar. El primer día de clase siempre me acompañabas hasta el edificio del colegio, ¿recuerdas? En aquella época, esa dependencia me avergonzaba ante mis compañeros, te pedía que te fueras, era el mes de septiembre y el aire estaba lleno de las primeras hojas que caían. Con el dedo pulgar me hacías la señal de la cruz en la frente. En el momento de entrar en el colegio mostraba un sentimiento de aversión, nada había cambiado, por todas partes brillaban los carteles del color de las fresas maduras que proclamaban la amistad eterna con la Unión Soviética. En el busto de Lenin, la calva resplandecía al sol matinal. Sólo había cambiado algo: el profesor de matemáticas. El del año anterior, joven, había gustado a las chicas del colegio; el nuevo parecía extraño, ridículo. Llevaba un traje gastado, una camisa blanca y una corbata fina, el pelo engominado y peinado hacia atrás. Desprendía olor de pipa y sus dientes recordaban la piel de una patata. Era diferente al resto de profesores, quizá porque había vivido en Argentina, donde había hecho vida de canónigo. Así le llamaban, El Canónigo, y todo el mundo se burlaba de él.

En retrospectiva, lo veo claramente como un cantante de tango.

El Canónigo no tenía nada que ver con el resto de profesores. Era un hombre estrambótico: un poeta. Las matemáticas para él eran una especie de arte, una composición musical. Cuando nos explicaba las leyes que rigen las matemáticas, yo no dejaba de escuchar música, como cuando mi profesora tocaba una sonata de Mendelssohn. En las matemáticas, la base de todo son los axiomas, la veracidad de los cuales es incuestionable, decía El Canónigo; de la misma manera que un edificio se construye desde los cimientos, la construcción de la ciencia de las matemáticas crece desde los axiomas. Es como en la música: con la ayuda de las siete notas se crean las composiciones musicales. Las notas, en las matemáticas, son los axiomas. Y si la configuración de las notas musicales construye las diferentes melodías, los axiomas hacen posible un nuevo conocimiento. ¿Cómo?, preguntábamos. ¿Cómo?, reía El Canónigo: eso no lo sabe nadie. Es aquí, precisamente, donde reside su talento, su fantasía, su don para sentir una nueva melodía, decía El Canónigo agitando los brazos como si dirigiera una gran orquesta.

El Canónigo abría su manual, pero a continuación lo volvía a cerrar con la exclamación: «¡Uf! ¡Qué aburrido!». Y dibujaba con la tiza en la pizarra todo tipo de parábolas, de hipérbolas y de elipses sobre las que el libro hablaba de manera soporífera. Cuando volvía a casa, me hundía en el manual, pero rápidamente lo apartaba. Entonces, con los escalofríos de un viajero antes de visitar tierras desconocidas, pasaba horas y horas buscando soluciones poco habituales a problemas matemáticos. Nuestro nuevo profesor habría dicho que lo que yo buscaba eran soluciones estéticas. Aunque es cierto que, cuando le enseñaba mis dibujos geométricos, movía la cabeza y me daba a entender que no todo estaba en la estética, pero tampoco en el conocimiento racional. Con su actitud, hizo crecer en mí la capacidad de analizar según las reglas de la lógica. No olvidaré nunca cómo, durante las clases, el profesor corría de un extremo a otro de la alargada pizarra, daba saltos y a continuación caía en cuclillas, repitiendo una y otra vez aquellas palabras de Einstein que decían que la cultura es lo que nos quedará en la cabeza una vez que olvidemos lo que nos han enseñado en la escuela.

Mamá, ¿recuerdas la pequeña lámpara de mesa de cuando era pequeño? Tú la cubrías con un paño de encaje, y entonces toda la minúscula habitación, que nos servía de comedor y de estudio, de dormitorio y de cocina, se llenaba de una suave iluminación dorada. Mientras yo buscaba soluciones, el resplandor de luz cálida se amalgamaba con Chopin, Schubert y los cantos litúrgicos ortodoxos que colocabas sobre el plato negro del tocadiscos. Yo temía el caos y la inseguridad que me envolvían en la escuela: mientras tú me hacías dudar de los dogmas de la ideología oficial, los profesores me obligaban a expulsar cualquier duda como si se tratara de un pecado. Pero necesitaba con urgencia alguna seguridad.

Años más tarde, después de la invasión, cuando aproveché mi estancia en Yugoslavia para pedir asilo político en los Estados Unidos y me ofrecieron un puesto de asistente en una prestigiosa universidad, me enviaste aquel paño, mamá. Como si intuyeras que la muerte te tomaría antes de que nos volviéramos a ver. Yo, en cambio, en aquella época intentaba convencerme a mí mismo de que en América sólo quería adquirir experiencia para regresar a ti y a Helena. O que, si nuestro país continuaba bajo la dominación de una potencia extranjera, os invitaría a ambas a los Estados Unidos.

Me despedí de Helena... No, de hecho no se puede hablar de despedida. Desapareció, se evaporó como una gota de agua en una piedra candente como las que hay en el borde del río Bosnia.

Comprendo que lo que hice fue intentar alejar al máximo el momento de tenerte conmigo. En aquellos años yo tenía un exceso de trabajo: inicié otro campo de investigación. Ya como ingeniero comencé a ocuparme de los coches eléctricos. Además, por primera vez en la vida, daba clases en la universidad; y todo en una lengua que no acababa de dominar.

Un día recibí una carta de la embajada checoslovaca. Me comunicaban que la justicia me declaraba culpable de haber abandonado ilegalmente el país, y se me condenaba a prisión.

Intenté no pensar demasiado en ello. Pero es que aquella carta, en el fondo, me condenaba a no volver a verte nunca más, ni a ti ni a mis amigos, ni a mi ciudad con sus puentes y sus parques, ni a mi país con sus prados y sus valles, y, sobre todo, me condenaba a abandonar mi lengua.

En aquella época estaba convencido de que mi trabajo podría sustituir para mí a mi país, a mi lengua y a una mujer. He hecho más las palabras de Russell: «La ciencia nos ofrece el esqueleto causal del mundo, pero omite todos los colores y la variedad y la individualidad de las cosas de las que éste se compone».

Pero entonces lo ignoraba. Iba de una sala de conferencias a otra, pasaba de una clase a la siguiente, sin fijarme en el tiempo que hacía ni en las estaciones del año. Durante las noches buscaba soluciones; aún ahora recuerdo una:

$$u = \begin{cases} u^+(x) & \text{if } H(s(x), x) > 0 \\ u^-(x) & \text{if } H(s(x), x) < 0 \end{cases}$$

Publiqué el primer artículo basado en mi investigación en la revista *IEEE Transaction On Power Electronics*. Me llamó el profesor Benjamín Fortner, un célebre especialista en la teoría de las ecuaciones diferenciales.

—Siéntese —dijo con voz metálica—. Probablemente se preguntará por qué le he hecho venir. Uno de mis colegas me ha mencionado el artículo que usted ha

publicado en la revista *IEEE*. Utiliza en él un método nada clásico, cosa que me interesa. Querría discutir con usted estos aspectos de su trabajo. Aparte de esto, no entiendo ni papa de sus cuestiones eléctricas.

El profesor Fortner cogió mi artículo y hundió la nariz en sus páginas:

—«El lado derecho de la ecuación es una función discontinua de un sistema de coordenadas» —leyó Fortner, y a continuación me hizo una sugerencia—: En una situación semejante no se pueden aplicar las teorías corrientes. Querría escuchar su propio comentario sobre su método para resolver este problema.

Apenas podía creer que aquel célebre matemático ignorara el conocido método de Filippov. Así se lo indiqué, añadiendo que yo, personalmente, encontraba la solución en el conjunto convexo.

Fortner me respondió como un maestro que explica a un alumno no demasiado dotado algo que todo el mundo sabe ya desde hace tiempo:

—En efecto, conozco el método de Filippov, evidentemente —dijo Fortner con lentitud, disimulando su impaciencia—, pero mire este trabajo del año 1958 y se dará cuenta de que Filippov elaboró su sistema con sólo una superficie discontinua, mientras que usted, en su artículo, ¡dispone de tres! Por ello tengo que hacerle alguna crítica, al menos formal, a su trabajo. Evidentemente es posible que en la práctica las cosas funcionen de esta manera. Pero no me refiero a eso. En nuestra ciencia es necesario hablar con más precisión. Sí, señor, casi estoy tentado de decirle que trate las matemáticas con más diligencia, ¡con más ternura!

Se llenó de ira y me dio a entender que, a partir de ese momento, yo estaba de más en su despacho.

Me enfraqué en la solución de aquel problema; no pensaba en nada más, era una obsesión. Me despertaba por la noche para levantarme de inmediato e ir a sentarme ante una enorme montaña de papeles. Durante el día, daba clases maquinalmente; mi cabeza estaba llena del intenso oleaje de mis cálculos. Cuando Bill, un amigo, me sacaba del despacho para tomar algo, no le hablaba de otra cosa que del lado derecho de la ecuación, de la función discontinua y de las coordenadas del sistema; al final no podía soportarlo y, con el vaso de cerveza en una mano, tomaba con la otra un lápiz y llenaba una servilleta tras otra en el pub. Bill movía la cabeza y jugaba inquietamente con unas tijeras plegables. Y he aquí que una mañana encontré la solución.

Aquella misma mañana llamé a Benjamín Fortner. Estaba ocupado.

No obstante, fui a verle. No podía hacer otra cosa.

Me miró con fatiga. Suspiró. Interrumpí su suspiro:

—Profesor, creo que... No, quiero decir que estoy seguro de que ahora los resultados de mi artículo científico son correctos. Se lo demostraré con mi método, me refiero al método del control equivalente.

Me imaginaba que Fortner se quedaría con la boca abierta.

Sin embargo, el matemático dijo, con una impaciencia que ni siquiera intentó disimular:

—¿Qué quiere que le diga? Bueno, me alegro de que después de la crítica que le hice no se haya dado usted por vencido.

Pero de su voz se desprendía que difícilmente mi trabajo le podría aportar algo interesante. Su mirada se deslizaba superficialmente por las hojas con mis resultados.

—Déjemelo aquí —dijo—, lo miraré más tarde.

Y apartó mi trabajo, dejándolo sobre un montón de papeles. Se perdió como una ola más en el mar.

El matemático estaba ya pensando en otras cosas, un poco como yo cuando me despedía de mis estudiantes. Su saludo no fue sino un gruñido que se escapa involuntariamente.

Al cabo de un mes me invitó para hablar. Mientras llamaba a la puerta de su despacho me preparé para otra exhibición de su indiferencia.

Benjamín Fortner me recibió con cara de pocos amigos. Protestó:

—Es que... cómo se lo diría... su trabajo...

A continuación murmuró entre dientes:

—Da gusto leer su trabajo. Es absolutamente universal, porque no depende del número de superficies discontinuas.

—Entonces... —dije.

Giró hacia mí sus ojos, repentinamente animados.

—De modo que retiro mis objeciones.

—¿De verdad?

—Es necesario que publique sus conclusiones en una revista especializada. Le ayudaré.

Una vez publicado, me sucedió algo insólito: no sólo mis colegas ingenieros, sino también los matemáticos comenzaron a tratarme con respeto.

Un día recibí la llamada de la compañía Ford. Habían leído mi artículo, habían hablado con el profesor Fortner. Me invitaron a dar una conferencia en su sede de Detroit.

Pude comprobar que los especialistas de Ford escuchaban mis conclusiones con una solicitud respetuosa pero sin ningún interés. Sin embargo, cuando comencé a extenderme sobre el control y los motores de los coches eléctricos, me prestaron mucha atención.

Poco después recibí una carta con el encabezamiento «Ford Motor Company». Habían considerado mi conferencia estimulante y me volvían a invitar a Detroit para hablar sobre los intereses que, según dijeron, ellos y yo podríamos tener en común.

Me recibieron dos altos ejecutivos. Ambos iban elegantemente vestidos con un traje azul marino impecable y una corbata del mismo color. El afeitado fresco

revelaba los rostros bronceados al sol de aquellos hombres ágiles, deportistas. El moreno de uno era dorado —probablemente por haber pasado días en la playa—, el del otro de color chocolate —seguramente por haber ido a esquiar—, aunque tanto el mar como la montaña quedan lejos de Detroit. No sólo mi americana gastada de pana gris, sino también mi pelo revuelto indicaban a gritos que yo pertenecía a otra categoría de ser humano. Mientras estábamos sentados en la sala de reuniones, ambos hombres bromeaban y dejaban escapar una risa tras otra. Nos trajeron unos sándwiches altísimos de pan de molde.

El bronceado dijo:

—Hablemos de la posibilidad de que usted trabaje para Ford.

—En un futuro, claro —precisó el deportista.

—Ahora mismo sería imposible —dijo el bronceado.

—En cambio, en un futuro... ¡por qué no! ¡Seguro! ¡Sin duda alguna! —reía el deportista mientras tomaba el vaso de leche.

Yo no decía nada. Esperaba. Me observaban, vigilantes. Yo continuaba en silencio. No había en qué reflexionar, de modo que no hice nada más que esperar lo que vendría a continuación.

Después dije:

—No tengo ninguna intención de dejar la universidad ni mi trabajo académico.

Me miraron como si fuera un animal extraño.

El bronceado dijo en voz baja:

—Piénseselo bien, John. No le obligamos a nada, *this is a free country*. Pero piénseselo bien. Son unas condiciones que no le podrían ofrecer ni las diez mejores universidades del mundo.

Un velo negro. El día de mi boda mi madre llevaba un velo negro que le cubría la cara y la hacía enigmática e inaccesible. Mi velo blanco caía hasta más abajo de mis ojos indiferentes. No... no. Más bien curiosos. Cuando examiné aquella novia blanca en el espejo, a través del encaje del velo, entrevi un rostro hecho trizas. La joven que el espejo me devolvía no deseaba al hombre con el que se iba a casar. Era una jovencita silenciosa que sentía curiosidad por el mundo que su futuro marido, un hombre muy bien situado, le haría conocer. Esperaba que aquel gran mundo la hechizara y, sobre todo, que la ayudara a encontrarse a sí misma.

Mi madre llevaba un velo negro que la hacía parecer aún más noble que cuando iba con el rostro descubierto. Desde la reciente muerte de mi padre, mi madre no se quitaba el velo negro cuando salía de casa.

¿Y mi padre? No sé nada. No lo recuerdo. Mi padre... sí, ahora lo veo... Escucha, señora silenciosa, me dijo mi padre mirando los manzanos y los ciruelos del huerto, recuerda bien lo que te voy a decir: «Mientras que el resto de seres camina con la cabeza inclinada mirando al suelo, el ser humano dispone del rostro para mirar hacia el cielo».

Después de la ceremonia subí con mi marido a su lujoso coche negro, un Hispano-Suiza. Nos dirigimos al banquete de bodas celebrado en el palacio que tenía en Praga. El chófer llevaba librea y parecía un muñeco de cera. Yo no miraba a mi marido. Me daba miedo verle, inmóvil, para que no se le estropeará el traje negro en el que iba embutido. De reojo, durante la ceremonia, me pareció que estaba a punto de soplar una vela, tan infladas tenía las mejillas.

Cuando el coche se puso en marcha, mi marido comenzó a analizar mi cuerpo. De repente me puso la mano en el pecho. Lo palpó. Lo primero que pensé es que parecía nuestra cocinera del castillo cuando palpaba los tomates y los pimientos en el mercado para saber si estaban maduros. Mi marido me observó mientras me escudriñaba. Hice un esfuerzo para que no notara mi sorpresa. Mi espanto. Imaginé que debía de ser así y esperé lo que vendría a continuación. Hundió la mano en mi escote como nuestra cocinera cuando buscaba en el mercado la patata más grande.

—Para tu edad los encuentro demasiado grandes y pesados —dijo, mirándome fijamente a los ojos.

Me tuteaba. Continuaba buscando el mejor pimiento en el montón y dijo, como si estuviéramos solos:

—¿También te acariciaba... así?

—¿Quién?

—Aquel chico, tu maestro. Tu madre me lo contó todo. Quiero saber qué expresión tenías cuando te acariciaba.

Examinó mi cara mientras la mano continuaba buscando furiosamente. Se ayudó, además, de la otra mano. Su bigote se movía como el de una marioneta.

Yo permanecí en silencio, incapaz de moverme.

Entonces juntó las manos sobre su abdomen. Se arrellanó en el asiento silbando un aria de una opereta y observando a la gente de la calle.

Me abroché el vestido hasta arriba.

Dijo, mirando a la calle:

—Y tú, ¿qué le hacías a él?

«Mientras que el resto de seres camina con la cabeza inclinada mirando al suelo, el ser humano dispone del rostro para mirar hacia el cielo», me repetía las palabras de Ovidio, y otras ideas que encontraba en las obras de los poetas y filósofos clásicos.

Conocía personalmente a mis filósofos, les hablaba de tú, les pedía consejos. Para un hombre feliz, la filosofía es un complemento de la vida, pues ya ha conseguido su objetivo. Para un hombre infeliz, las ideas de los filósofos son instrucciones para la vida. Una guía para seguir adelante.

Durante el banquete de bodas, repentinamente, mi marido me puso la mano en la falda.

—¿Y qué parte le gustaba más al chico, ésta o ésta de aquí?

No me miraba la cara, sino el pecho, como aquella vez, cuando bailamos juntos.

El banquete de bodas duró hasta bien entrada la noche. Cuando menos me lo esperaba, todo el mundo había desaparecido, tanto la orquesta como los que bailaban. Estábamos solos.

Mi marido me cogió de la mano y me mostró las salas de su palacio. En todas las paredes colgaban cuadros que no eran alegres ni de colores vivos como los de nuestra casa, sino oscuros y sombríos: paisajes y retratos cubiertos de polvo que el espectador abandonaba gustosamente.

—Este es el cuarto de baño —me señaló la única sala diáfana, cubierta de azulejos blancos y de todo tipo de grifos, duchas, lavamanos brillantes y una bañera, aún más blanca y resplandeciente que todo lo demás.

—Desnúdate —me ordenó, y cerró la puerta detrás de él.

Abrí aquellos grifos y de uno de ellos surgió agua caliente, del otro, agua fría. La ducha parecía una lluvia de abril, muy fina. El cuarto de baño comenzó a llenarse de vapor.

La puerta se abrió y mi marido entró lentamente. Lo vi a través de la niebla: llevaba una camiseta y unos pantalones cortos, como si estuviera en la playa. Parecía



salido de una película.

—Nos bañaremos, nos bañaremos —repetía alargando las palabras mientras me desnudaba—. Nos bañaremos.

Sopesó mis pechos con las manos y repitió, como si reflexionara sobre algo desagradable:

—Uf, qué grandes y pesados, unos pechos tan llenos y pesados no pueden satisfacer a un hombre refinado. Cuando tengas veinte años parecerás una anciana.

Mientras tanto yo recordaba que, en *El banquete* de Platón, Agatón dice a Sócrates... Afirmo que entre todos los dioses, siendo todos felices, Eros es el más feliz, puesto que entre ellos es el más hermoso y el mejor...

Mi marido no apartó los ojos de mis pechos ni siquiera cuando me quitó la falda. Me ordenó que me sentara en el borde de la bañera con los pies dentro del agua. Iba mojándome el pecho, el vientre, los muslos.

Yo pensaba en las palabras de Platón... No hay ningún placer superior al amor: todos los placeres, todos, son vencidos por el amor... Pensaba esperanzada, en silencio.

Mientras tanto mi marido me iba enjabonando y me apoyé en la pared blanca. Me gustó sentir el frío de los azulejos en la espalda, me mantenía tensa. Me enjabonaba como si él fuera una niñera. Dedicó un buen rato a extender la espuma por toda mi piel. Después hizo pompas sobre mi cuerpo, las soplaba y jugaba con ellas. Permanecí sentada y callada, continuaba repitiéndome las palabras de Platón... Referente a la maestría en las artes, ¿no saben que aquel de quien Eros se convierte en maestro llega a ser famoso e ilustre, mientras que aquel que Eros no toca queda sumido en la oscuridad?

Mi marido susurraba: Estás sucia, hay que lavarte bien, hasta que quedes limpia como los chorros del oro. ¡Cuánta, cuánta suciedad! ¡Por Dios! ¡Qué asco! Venga, ahora aquí, venga, venga, y aquí también, no puedo más, me produces náuseas, ¡tanta suciedad! Con una mano me enjabonaba los pechos y con la otra los muslos y me escupía palabras como ¡Puaj!, ¡buf!, no puedo más del asco, ¡puaj!, ¡buf! Y continuaba cogiendo la pastilla de jabón, haciendo espuma y soplando las pompas, hasta que se quitó las gafas como culos de vaso y, con los ojos como platos, me observó de cerca y contempló la espuma con la que me iba untando como a una rebanada con mantequilla. ¡Puaj!, ¡buf!, dejaba escapar de vez en cuando, y yo tenía la sensación de que cuanto más me examinaba, más aversión sentía, y que sólo desplegando una gran fuerza de voluntad podría continuar. Al final comenzó a pellizcarme, a arañarme y a golpearme mientras gritaba: ¡Puaj!, ¡buf!, ¡niña inmunda, sórdida, repugnante!, ¡innoble, vil, detestable! Cuando ya me harté de escuchar sus gritos, cuando sus golpes y sus pellizcos comenzaron a hacerme daño de verdad, exclamé:

—¡Basta!

Tomó puñados de agua y comenzó a quitarme la espuma del cuerpo, con mucha

dedicación, con los cinco sentidos puestos en ello, para que no quedara ni rastro, sólo resoplaba.

Después, con el mismo cuidado, me secó con una toalla para que el rincón más escondido no quedara húmedo. Me metió en la cama y con otra toalla, seca, blanca y suave, de batista, continuó secándome y masajéandome, y con las yemas de los dedos y con las palmas penetraba en los lugares más recónditos, siempre con la misma expresión de repugnancia en sus ojos desorbitados.

Yo pensé en las palabras que Aristófanes había pronunciado en *El banquete* de Platón... Si celebramos a Eros, celebraremos al dios que en el tiempo presente nos procura los mayores beneficios y con la vista puesta en el futuro nos proporciona las mayores esperanzas que nos harán más venturosos y felices...

Cuando me cansé de los masajes con la toalla y los dedos y las palmas, cuando ya hacía tiempo que estaba seca, volví a decir:

—¡Basta!

Enseguida dejó de tocarme.

Dejó la toalla en el cuarto de baño. Después se metió en la cama junto a mí y se puso a roncar.

En la penumbra me levanté, en silencio salí del dormitorio y me vestí deprisa.

Un día la costurera vino a mostrarme los vestidos, chaquetas, chalecos, faldas, corpiños y abrigos que estaba confeccionando para mí. Cuando me probaba el último, un vestido de color arena, mi marido irrumpió en el salón. Llevaba un traje azul oscuro con unas rayas verticales apenas perceptibles. Ocultaba su barriga debajo del chaleco y la americana. Tenía el aspecto de un hombre distinguido, era otra persona de la que había conocido en el estallido de luz del cuarto de baño. Recordó a la costurera que en todos los vestidos de gala confeccionara un escote bien pronunciado. «Está muy de moda ahora y quiero que mi mujer no lleve otra cosa que no sea el último grito de la moda», dijo a modo de explicación. Mientras lo decía me observaba como si estuviéramos en el cuarto de baño. Y cuanto más me miraba, más serio e irritado parecía.

Cuando se fue, la costurera y yo nos miramos y estallamos de risa. Con una voz seria, grave, afirmé: «Está muy de moda ahora y quiero que mi mujer no lleve otra cosa que no sea el último grito de la moda», y continuamos retorciéndonos de risa.

Luego, cuando nos calmamos, le dije:

—Que los vestidos sean cómodos y que ningún escote me impida inclinarme.

La costurera me guiñó un ojo mientras esbozaba un asomo de sonrisa con los labios llenos de brillantes cabezas de alfileres.

Una noche, en una recepción de altos diplomáticos, mi marido me hizo sentar en

una silla solitaria en un rincón mientras él flirteaba con las señoras esbeltas y coquetas y conversaba con los señores copa de champán en mano, pasando de un grupo a otro mientras reía, entornaba los ojos, brindaba y volvía a reír. Estaba sentada en silencio y se me llenaban los ojos de la fiesta de luces a mi alrededor. Entonces, sin embargo, comencé a ser consciente de mí, como aquella noche del baile en el castillo: todo el mundo era brillante y atractivo, todo el mundo era ingenioso menos yo. Y me pregunté: ¿por qué mis padres me obligaron a casarme con este hombre?

También ahora me veía de la misma manera que aquella noche.

Me iré. De aquí también huiré en silencio. Pero ¿adónde? Regresaré al convento. Iré completamente tapada y viviré por la idea de Dios y nada más.

Sí, ¡quiero regresar!

Regresar, de acuerdo, pero ¿adónde? ¿Al convento? ¿A casa de mis padres? Si todo eso es agua pasada que había ido a parar a otros ríos y al mar, donde, a continuación, se fundió con las otras aguas.

«Como si fuera un extranjero indigno de respeto», leí en la *Ilíada*. Más que nunca en la vida me sentía como una extranjera.

Aquella noche, mi marido me hizo pasar, con un ligero empujón, al cuarto de baño.

—Desnúdate —me ordenó mientras salía.

¿Es esto lo que llaman las obligaciones matrimoniales?, me pregunté mientras me desnudaba con una aversión infinita. Tenía miedo.

Mi marido entró, también ahora vestido con una camiseta y un pantalón corto, como si estuviéramos tomando el sol en los Baños Amarillos, aquel balneario del Moldava. Llenó la bañera y se metió en ella. Vestido, por supuesto. Me hizo sentar en el borde.

Primero me mojó con un chorro de agua y, cuando estaba húmeda del todo, comenzó a mirarme con cuatro ojos, a sondearme y a escudriñarme como un médico cuando visita a un paciente y verifica minuciosamente el funcionamiento de cada parte de su cuerpo; me palpaba aquí y allá, me pellizcaba esta y aquella parte, ahora se quitaba las gafas y me comía con los ojos casi rozando mi cuerpo.

Éstas son las obligaciones matrimoniales y, si lo aguanto, tendré un hijo, me consolaba en silencio.

Tras un momento, mi marido cogió un cepillo para fregar el suelo, de los de cerdas, para limpiarme a fondo. Cuando me hizo daño de verdad, dije en voz alta:

—¡Basta!

Y sucedió algo increíble: mi marido salió del cuarto de baño y se fue a dormir.

«La libertad, señor, es tan dura como la obligación».

Fue un grito. Mientras leía estas palabras de Masaryk, pensaba que tenía casi veinte años. Conocía las órdenes, me había pasado la vida obedeciendo las de mis padres, las de las monjas, las de *Mademoiselle* Martine de Lamartine y las de mi marido, como un perro que obedece a su amo.

Sí, he conocido la obligación, ya lo creo que sí: la de rezar, la de tocar el piano, la de ser buena hija, la de no casarme con *Monsieur* Beauvisage, la de casarme con el señor embajador von Stamitz, la de ser buena esposa.

Un sueño, como una flor, brotó en mí.

Mi marido dormía tranquilo a mi lado. Continué leyendo.

Al día siguiente me despertó el timbre del teléfono. Mi marido me llamaba desde su oficina en el Ministerio de Asuntos Exteriores; quería saber si había dormido bien. Y qué haría hoy. Adonde iría. Con quién estaba citada. No me apetecía contárselo, de modo que le dije lo primero que me pasó por la cabeza: que iría con una amiga a ver la exposición de cubismo. Después me dijo que dos días más tarde, el 28 de octubre, el día de la fiesta nacional, estábamos invitados a una recepción en el Castillo de Praga. Era una invitación del presidente de la República.

¡Masaryk! Tuve que sentarme. ¡Vería, pues, al autor de los pensamientos que leía y releía una y otra vez! ¿Quizás incluso lo conocería personalmente?

—Quiero que te pongas aquel vestido nuevo.

—¿Qué vestido nuevo?

—El que la costurera te acaba de confeccionar, ¡el que tiene el escote tan pronunciado!

—¿No tendré frío?

—¿En el Castillo? ¡De ninguna manera!

Aquel vestido no me parecía decente para una ocasión tan solemne. Se lo hice advertir a mi marido.

—Sylva, con aquel vestido pareces Afrodita. Me harás feliz. ¡Hazlo por mí!

Pero yo no quería parecer Afrodita, de eso estaba segura.

—Así que... ¿al mediodía estarás en casa? —quería saber mi marido.

No tenía ni idea. No dejaba de pensar que por nada del mundo quería parecer Afrodita y que el vestido escotado iría a parar directamente a la basura. Hoy mismo me compraría uno nuevo.

Mi marido no se daba por vencido:

—Vendré a casa, comeremos juntos.

—No sé si tendré tiempo de volver.

—Vuelve, Sylva. Me harás feliz.

Por segunda vez, en lugar de darme una orden, dijo: Me harás feliz. Lo dijo con voz suplicante, no me lo esperaba. Pero a continuación pensé: Mi marido me quiere

hacer perder el día. Cuando colgó, hice una mueca. Después pedí a la criada que me preparara el almuerzo. ¡Deprisa! Poco después ya salía a la calle. Sobre la mesa oscura, barroca, de madera tallada, que teníamos en el comedor, descansaba una hoja arrancada de mi cuaderno de notas: «No me esperes, almuerzo y ceno fuera. Sylva».

Por la noche, mi marido, armado con una manopla, me lavó los pechos y, una vez húmedos, los retorció con las manos para escurrirles el agua como si fueran dos toallas, y comenzó a susurrar: ¡Puaj!, ¡buf!, ¡sucia, impura, infecta! ¡Grasienta, inmunda, despreciable! Mientras estaba ocupado, yo saboreaba un helado de chocolate y leía las reflexiones filosóficas de Masaryk. Y cuando los gritos de mi marido, ¡puerca, sórdida, repugnante!, comenzaron a interrumpir mi lectura, grité:

—¡Basta!

Y él se fue a dormir.

El día 28 de octubre por la noche, del brazo de mi marido, entré en la sala de recepción del Castillo de Praga, festivamente iluminado. Mi marido estaba muy atractivo: había adelgazado y el traje negro le hacía aún más esbelto. Cuando comparecimos en la sala topamos con muchas miradas que nos examinaron, decenas de señoras y señores se precipitaron a dar la bienvenida a mi marido. Yo intuí que, bajo su máscara de diplomático, se sentía decepcionado por el hecho de no verme con el vestido nuevo. ¡Si supiera que hacía ya un par de días que reposaba entre otros objetos igualmente desafortunados en el cubo de la basura! No sé si estaba triste por lo del vestido o por el hecho de que yo no le hubiera obedecido. Decidí ponerme una túnica sencilla, blanca, inspirada en la Grecia clásica. Los pendientes también seguían el modelo griego. Mi peluquero me había hecho un recogido suave en la parte alta de la nuca.

Esta vez también mi marido me hizo sentar en un rincón. Desde mi silla solitaria, inadvertida, con las mejillas encendidas, devoraba con los ojos aquella fiesta magnífica. Y mientras me dejaba deslumbrar por los centenares de luces y las miles de joyas que brillaban en los cuellos de las señoras, recordé la mañana de ese mismo día. Me había levantado temprano y me había dirigido a la plaza Václavské náměstí. Aunque era muy temprano, sólo si me ponía de puntillas llegaba a ver algún hueco entre la multitud. De tanto esperar había comenzado a impacientarme. Me extrañaba que los espectadores sólo fueran checos. ¿Qué hacían la población alemana y los judíos? ¿Por qué no venían? Entonces, unos gritos interrumpieron mis pensamientos, todas las cabezas se giraron hacia la izquierda como girasoles. Un hombre elegante, erguido, pasaba por la alargada plaza a caballo: noble, en ropa de montar, con una gorra, el presidente filósofo, y tras él, como una alfombra, la procesión civil que le seguía. Me fijé que incluso los niños, sobre los hombros de sus padres,

permanecieron en silencio; nadie tenía prisa por marcharse, nadie iba a tomarse el aperitivo; todo el mundo estaba quieto y solemne como si se tratara de la celebración de un rito ancestral.

Sí, aquella noche también mi marido me hizo sentar en un rincón de la sala. Pero cuando vino a verme ya no me encontró allí. Decidí que por mi cuenta, sola, haría lo que hacía todo el mundo: pasar de un grupo a otro. Yo misma, pues, elegí los canapés que más me seducían y yo misma tomé las copas de champán de las bandejas plateadas.

Nadie me conocía. Nadie me hacía preguntas. Nadie me hacía caso.

Cuando me alejaba de uno de los grupos, oí que dos hombres se preguntaban el uno al otro quién era yo.

—Es una actriz —dijo el rubio espigado—, la vi actuar en el Teatro Nacional.

—Ya sé quién es: ¡es Pandora! —dijo el otro, un hombre bajito y calvo.

—¡Seguro! Con esa elevada arquitectura del pelo y la caja de Pandora bajo el brazo. La caja está llena de todos los males, alejémonos de esta mujer, ¡venga!

—No digas barbaridades —protestó el bajito calvo con convicción—. Aunque va vestida de sacerdotisa griega, esta mujer no es actriz.

El bajito con calva chasqueó la lengua y dijo con aire de especialista:

—Estoy seguro de que pertenece a la nobleza. Pocos ambientes parecen dignos de esta mujer joven. Sólo con su porte y su manera de caminar ha eclipsado el brillo de esta sala rococó, engalanada para la gran recepción del año.

No me convertiré en actriz. Trabajar no es digno, mis padres me lo repitieron desde siempre y me prohibieron categóricamente aceptar cualquier trabajo remunerado.

Y entonces lo vi.

Su figura alta y esbelta, su pelo blanco emanaba luz, pensé. ¿Veían también los demás la aureola que brillaba alrededor de él? Compartí mi impresión con la señora que tenía a mi lado. Sonrió y afirmó con la cabeza, pero al mismo tiempo me lanzó una mirada furtiva para comprobar si yo no estaba verdaderamente loca.

Busqué a mi marido con la mirada. Me observaba. Con una sonrisa me invitó a acercarme a él. No lo hice. Tan pronto como vi que se abría paso hacia mí, me alejé en silencio.

El presidente de la República saludó a los invitados, estrechó la mano de algunos, intercambió algunas palabras con otros, rió en más de una ocasión.

Llegó hasta donde yo me encontraba, estaba a punto de saludar a alguien detrás de mí. Entonces saqué fuerzas de flaqueza y me presenté:

—Disculpe, señor presidente, soy la señora von Stamitz. Acabo de leer su frase «La libertad es tan dura como la obligación». No me la puedo quitar de la cabeza. ¿Lo piensa de verdad?

—Sí —respondió, grave, serio—. ¿Ha leído usted *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski? ¿La libertad? Es una carga —dijo esbozando una sonrisa de disculpa.

Comprendí poco. A mi lado había una señora con un vestido de encaje negro que agitó su abanico delante de mis ojos. Aquel abanico se interpuso entre el presidente y yo como un molino de viento. El presidente me presentó a la dama:

—La señora Olvido, la esposa del embajador español.

—Perdone, ¿Olvido es su apellido?

—Olvido es el nombre de la señora.

Olvido... ¿No sería mejor llamarse Memoria?, pensé. Pero el presidente interrumpió mis pensamientos.

—¿Tiene usted una profesión o está estudiando? —me preguntó.

Ruborizada, negué con la cabeza.

El presidente frunció el ceño imperceptiblemente y se despidió. Me saludó con aquella expresión tan suya, tan distante.

A continuación oí cómo el presidente respondía a alguna pregunta de la española.

—Hay que comprender el Estado y la política, y todo en la vida, *sub specie aeternitatis*.

Se fue... En aquel momento sentí como una punzada: ¡necesitaba con urgencia que respondiera a todas las preguntas que comenzaban a acumularse en mí!

*Sub specie aeternitatis*, me repetí cuando nuestro Hispano-Suiza nos conducía a casa por las calles oscuras y sinuosas. Desde algún lugar que me pareció muy lejano oí la voz de mi marido que me preguntaba los detalles de mi conversación con el presidente. Pero yo no hacía sino repetirme, como hipnotizada, *sub specie aeternitatis*.

Al día siguiente de la recepción me desperté preguntándome: ¿Una troyana o Fedra? ¿Quizá Pandora o una bacante? Me observé en el espejo y, con un gesto violento, hice con la cabeza:

¡No!

La melena me cayó hasta la cintura.

Al subir al Hispano-Suiza pedí al chófer que me condujera al centro de Praga, a la avenida Na Příkladu. Bajé del coche y le ordené que no me viniera a recoger hasta la noche.

Me dirigí a la peluquería de moda. El peluquero Giuseppe, en realidad Josef Svoboda, dejó mi sombrilla en un armario y sacó las agujas de mi recogido. La melena se derramó por la silla como una cascada.

—¿Lavar y secar, como siempre, distinguida señora?

Con la cara tiesa como una vara hice un gesto brusco a la altura del cuello, como si dijera: ¡Cortar la cabeza!

—¡Micado!

Los dientes de Giuseppe brillaron.

Mientras él trabajaba, me entretuve leyendo un cartel enmarcado en la pared de la peluquería:

La nuestra es la época de la juventud *par excellence*. Sea su edad la que sea, tiene que parecer joven. Hoy en día ya no hay mujeres viejas. Una mujer no es considerada vieja ni cuando tiene sesenta años. El mundo ha aceptado esta idea y admira a las mujeres que luchan con valentía contra el implacable paso del tiempo. ¡Mantenerse joven es la obligación de la mujer contemporánea!

Y por tanto:

Teñirse los cabellos grises puede ser comparado con la obra de un pintor moderno que reinterpreta el lienzo de un maestro antiguo.

Salí de la peluquería no sólo con el pelo cortado justo por debajo de las orejas y con un flequillo recto a nivel de las cejas, sino, además, con algunos mechones rubios. Giuseppe aún me hizo los últimos retoques: me oscureció las cejas y las pestañas y presionó contra mi boca una barra de labios de color coral.

En el umbral de la puerta me cepilló el vestido y solícitamente me entregó mi sombrilla.

—La señora está deslumbrante ahora, ¡fascinante!

Sonreí.

Giuseppe añadió en voz baja, sólo para que lo oyera yo:

—Está hecha un bombón, señora Sylva... mmmm...

Y salí a la calle para deshacerme de mi vestido largo.

En una tienda moderna, de ropa *prêt-à-porter* traída de París, elegí las prendas de vestir actuales, también cómodas: una falda que me llegaba justo por debajo de la rodilla, una camisa masculina y una americana de terciopelo escocés, también de corte masculino. Unos zapatos con un tacón no demasiado alto y un bolso colgado con una correa. Con determinación, hice tirar mi vieja ropa junto con la sombrilla.

En el momento de pagar en la caja plateada, que tintineaba como los cascabeles de un caballo, me llamaron la atención unas letras gruesas, de color violeta, enmarcadas en un gran cartel que colgaba de la pared. Las letras violetas decían: «Chicas convertidas en chicos», y, maquinalmente, mis ojos se deslizaron sobre las líneas que firmaba una tal Milena Jesenská:

Un vestido no debe molestarme a la hora de moverme. Quiero respirar profundamente, deseo vivir sin límites y pido que mi ropa me lo permita. La actividad febril a la que se entrega el hombre moderno y a la que le lleva la vida contemporánea, cuando ni el hombre ni la mujer tienen tiempo de



permanecer sentados demasiado rato en el mismo lugar, en una época en la que dedicamos cada minuto que tenemos al deporte al aire libre...

En cuanto acabé de leerlo, me lancé a una febril actividad. Caminé por la plaza Wenceslao hasta arriba, haciendo volar mi pelo. Con la mano hacía oscilar el bolso, colgado en una larga correa. Los zapatos nuevos y cómodos me permitían balancear la cintura y las caderas a cada paso. La falda corta revoloteaba, acariciándome las piernas.

Y durante mi paseo me di cuenta de algo que no había observado antes. Era objeto de atención de la mayoría de los que pasaban. Los hombres me dedicaban unas miradas fugaces o largas, algunos sonreían con coquetería, otros me contemplaban involuntariamente, sus ojos se giraban hacia mí sin pensar. Las mujeres me lanzaban miradas llenas de admiración y curiosidad y, evidentemente, me estudiaban. Vi mi imagen en un escaparate: sí, tenía un aspecto diferente del de las señoritas checas de familias acomodadas, vestidas con una falda larga de un azul oscuro de uniforme y con una blusa del mismo color, decorada con un cuello blanco bordado o de encaje; tampoco me parecía a las orondas señoritas judías y alemanas que paseaban por la avenida Na Příkopě cubiertas de colgantes y cadenas de oro. En una tienda de deportes compré unos patines, una raqueta y seis pelotas de tenis, y ropa cómoda para dedicarme a cada uno de estos deportes. Hice enviar los paquetes a la dirección de mi palacio en Malá Strana.

De nuevo en la avenida Na Příkopě, en una tienda especializada en teléfonos, encargué mi propia línea telefónica, destinada a mis habitaciones y sólo para mi uso personal, y dos aparatos de teléfono de los más modernos, negros, redondeados y brillantes. Me arrellané en una butaca del café Arco y pedí un café vienés y un pastel de chocolate, todo en alemán; de hecho, había venido a este café porque me apetecía escuchar mi acento puro. La mayoría de clientes que tomaban allí un café y un coñac eran judíos, elegantes y bohemios, pero su alemán era el de Praga, menos cuidado que el mío; hice un gesto de disgusto al comprobarlo y, nada más acabar el pastel, salí.

De camino hacia nuestro Hispano-Suiza visité la Casa del Pueblo, ese edificio modernista donde estaba anunciada una gran exposición sobre fotografía; me entretuve tanto mirando aquellas composiciones cubistas que al final llegué tarde a la cita con mi chófer, corrí hacia el coche con todas mis fuerzas y la falda nueva me subió volando hasta la espalda. Desde lejos hacía señas al chófer del Hispano-Suiza, pero no me respondió. No me había reconocido. Una vez en casa, mi marido me observó perplejo.

Un velo negro ocultaba los ojos de mi madre y convertía su mirada en noble y misteriosa. Había pasado algún tiempo desde la muerte de mi padre, pero mi madre

no se quitaba ese velo.

Los días en que mi madre bajaba del castillo, donde vivía, a Praga y decidía verme, acostumbrábamos a comer juntas en el restaurante francés del palacio rococó de Savarin. Aquella era nuestra consagración de la primavera, pero también del otoño y del invierno. En verano, habitualmente preferíamos cenar en la terraza del restaurante de la isla de Žofín, dejando que el viento del Moldava nos acariciara los hombros descubiertos.

Durante una de nuestras cenas en Savarin, se me aproximó un hombre alto, esbelto, vestido de negro, y me saludó en el alemán de Praga. «Herr Singer», se lo presenté a *maman*. Durante una fracción de segundo, *Herr Singer* clavó sus ojos en los de mi madre; a continuación nos deseó buen provecho y se alejó. Su elegancia no la dejó indiferente. Lo comprendí cuando me preguntó «¿Quién es?» con una voz aún más apática e indolente que de costumbre.

No le respondí al instante, continué hablando de la película que había visto el día anterior.

—¿Quién es? —interrumpió mis palabras con la misma voz de antes.

No interrumpí mi narración de la película, como si no hubiera oído su pregunta.

—¿Quién es? —preguntó por tercera vez.

—Es el padre de uno de mis alumnos.

—¿Alumnos?

—Eso mismo: alumnos.

Y me encogí de hombros en un gesto de indiferencia, como quien no ha dicho nada.

—¿Tú... enseñas algo? —dijo con un horror y un desprecio infinitos.

Yo saboreaba el pollo a la naranja que regaba con un borgoña, un *Mercurey La Framboisière* de 1919. Estaba tan ocupada que no respondí enseguida. Sólo después de un rato dije con indiferencia:

—Sí, enseño. ¿Por qué?

—¿Se puede saber qué enseñas?

Me limpié los labios con la servilleta, de modo que ahora también estaba ocupada. No me gustó el tono con el que me juzgaba. El tono con el que me ordenaba unas cosas y me prohibía otras. Hasta cierto punto ya estaba acostumbrada, mi marido también lo utilizaba a menudo. Pero el presidente, aquel día, se me había dirigido de otra manera. Y si él no me daba órdenes, ¿qué derecho tenían los demás a hacerlo?

—Enseño piano. ¿Por qué?

—Desde que eras pequeña te he insistido en que una mujer de nuestra clase no trabaja. No debe trabajar. No puede trabajar. Tienes que dejar eso inmediatamente. ¿Me has entendido?

Me sentí angustiada, como cuando era pequeña, por haber sido culpable de algo. Volví a ser la niña silenciosa de mi infancia.

Me topé con la cara fría de mi madre, con unos ojos helados, altivos.

Su falta de comprensión me devolvió mi autoestima perdida.

Recordaba a la chica bonita y revoltosa de la película que había visto el día anterior.

—*Maman*, dime algo: ¿qué hace *Monsieur Beauvisage*? —pregunté melosamente.

Ahora era ella la que estaba ocupada con su plato. No respondió a mi pregunta. En cambio, aludió a sus preferidas, *Madame de Sévigné* y *Madame de Châtelet*. No escuché sus argumentos, me aburrían. Sentí ganas de decirle: Si ni siquiera eres una aristócrata de nacimiento, ¡no eres más que una plebeya! Pero recordé que tenía que obedecer las órdenes: «Abraham, toma ahora tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas, a quien has estado esperando tantos años, vete y ofrécelo en sacrificio». Y me callé.

Al salir del restaurante, resplandeciente por la lluvia, mi madre me amonestó:

—No quiero oír hablar de nada relacionado con ningún trabajo, nada relacionado con ninguna ocupación remunerada. Nada de nada, ¿entendido?

Cuando me despedí —yo me quedaba en el centro de la ciudad porque tenía una clase de conducción de coche—, *maman*, ligera como el velo de encaje que le cubría la mitad de la cara, medio entornó los ojos:

*Monsieur Beauvisage* está en Praga. Tu antiguo preceptor se ha convertido en un alto funcionario en el Ministerio de Cultura. Y ya ha publicado dos libros de poemas.

Me guiñó un ojo como si fuéramos dos conspiradoras, y el taxi se la llevó. A ella, la noble, la fría. La extraña.

Aquella noche mi marido invitó a cenar en casa a unos cuantos altos funcionarios del ministerio y a sus esposas. Según sus palabras, se trataba de una pequeña fiesta entre amigos durante la que nos revelaría una sorpresa. Aparte de nuestro servicio habitual, alquilamos cuatro camareros. Después de la cena fuimos probando un gran surtido de quesos y de vinos. Las botellas de Chambelle Musigny y de Aloxe-Corton se acabaron deprisa.

Fue entonces cuando mi marido reveló el motivo de la celebración:

—Brindo a la salud de mis amigos aquí presentes, que me han ayudado a poder aspirar y más tarde a conseguir el gran honor del que acabo de ser objeto. A vuestra salud, amigos. Y por encima de todo quiero brindar a la salud de mi esposa, Sylva, cuya belleza se verá reflejada de una manera divina en la lujosa elegancia de París. Te quiero, Sylva. A tu salud.

¿París? Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que tenía entradas para ir a ver a Voskovec y Werich a la semana siguiente, que con mucho esfuerzo acababa de montar mi escuela de música y que en invierno tenía la intención de ir a esquiar a las montañas de Krkonoše.

Y, además, estaba aquí...

—¿Nos vamos de excursión? —intenté hacer ver que me alegraba.

—¿De excursión? No, Sylva.

Mi marido probó largamente un borgoña muy especial que acababa de descorchar, un La Romanée Grand Cru de 1915. Puso cara de satisfacción y entonces rompió la etiqueta y me sirvió primero a mí, y sólo después a los demás.

Y en ese momento dijo lentamente, con exactitud, acentuando cada palabra, como un profesor de lenguas extranjeras:

—Serás la esposa del embajador checo en París, querida.

Fingí entusiasmo. No me salió bien, lo sé. Cuando me vi en el gran espejo decorado con un marco barroco, que colgaba de la pared frente a mí, noté que el esfuerzo que había desplegado me teñía los labios con una sonrisa llena de un desprecio y una altivez del todo inesperados.

Mi marido acabó de comer el *fondant au chocolat*. En el regazo, con la mano izquierda arrugaba su servilleta.

Poco después los invitados se levantaron.

Mi marido también se puso de pie. Continuaba arrugando su servilleta con la mano izquierda.

Cuando se fueron, me abrazó.

—Ven al cuarto de baño, querida. Quiero hablarte de una cosa.

—Hablemos aquí.

Mi marido puso cara de culpa y de desencanto. Con la espalda encorvada y la cabeza gacha, dijo:

—No quiero insistir. Sylva, he alcanzado este nombramiento de ensueño gracias a ti. Tu presencia en mi vida me inspira de tal manera que tengo cada vez más reconocimiento.

Me serví un poco de vino, un Charmes Chambertin, en una copa de cristal tallado. Mientras bebía oí su voz:

—Ven al cuarto de baño, amor mío.

Disfruté del vino sin encontrar a mi marido digno de una sola mirada, y mucho menos de una respuesta.

Tímidamente me abrazó por la cintura.

—¿Te alegras, querida mía?

Yo guardé silencio.

—No me cuentas nunca nada, ahora ya ni me respondes cuando te pregunto algo. Eres una mujer silenciosa, una mujer enigmática.

Como única respuesta continué en silencio sin girarme hacia él.

—¿Te alegras, querida mía? —repitió mi marido mientras pasaba su mano sobre mi cadera.

Me giré para ver aquel gran espejo decorado con un marco barroco. ¿Una mujer silenciosa, enigmática?

Al día siguiente por la noche, cuando volví de un concierto, suavemente, con mucho miramiento, mi marido me hizo sentar en el sofá junto a él. Me contó que, desde que se había casado conmigo, había cambiado mucho: era activo, sociable, emprendedor.

—Nos iremos a París la próxima semana. Comienza a prepararte, Sylva.

Pensé en mi madre, ligera como el velo de encaje que le cubría la mitad de la cara, en cómo había medio entornado los ojos, fría, en cómo me había guiñado el ojo como si fuéramos dos conspiradoras... «*Monsieur Beauvisage* está en Praga, se ha convertido en un alto funcionario en el Ministerio de Cultura... ha publicado dos libros de poemas...».

Respondí a mi marido:

—La próxima semana voy al teatro. Ya tengo las entradas.

Hoy también arrugaba un pañuelo en la mano.

—Sylva, hay alguien en tu vida.

—Me ha costado encontrar las entradas, son Voskovec y Werich. No quiero perderme la representación, eso es todo. Si quieres venir, sólo tienes que intentar conseguir una entrada.

—Sé que tienes a alguien.

—¡Qué tontería! Tengo entradas para ir al teatro y ya está. Y además tengo compromisos con mis alumnos. Yo también tengo mis obligaciones. Me reuniré contigo en París un poco más tarde.

—Ya veo, a veces tienes una mirada tan extraña. No digas nada más.

Callamos. Sentí que seguramente sí tenía a alguien si mi marido estaba tan convencido de ello.

—No digas nada, Sylva. De todos modos no te creería.

Y me empujó hacia el cuarto de baño.

—Desnúdate —me ordenó, y salió.

Como otras veces, me fue enjabonando y yo me apoyé en la pared blanca con azulejos. Yo estaba sentada y callaba, y mi marido me decía susurrante: Sylva, ¿cómo te tocaba él? ¿Así, o más bien así? ¿Dónde te acariciaba, aquí, o sobre todo aquí? ¿Y tú, qué hacías? ¿Le dejabas hacer? ¿Te gustaba que te lo hiciera? No, ¿verdad? Sylva, te lo suplico, dime sólo esto, ¿cuántas cosas le dejaste que te hiciera? ¿Esto también? ¿De verdad, amor? Me susurró al oído, se atragantaba y tartamudeaba, continuó... Sylva, ¿esto también? Pero esto no, ¿verdad? ¡También! ¡Querida, no puede ser! Casi lloraba y yo me sentía culpable y quería recuperar su confianza aunque no sabía de qué me hablaba ni a quién se refería. Continuó... ¿Cómo te tocaba? ¿Con los dedos, o también con las palmas? ¿O con la cara? ¿Así? Contempló la espuma que me extendía por cada centímetro de mi piel y gemía... Veo las huellas de las garras, de los dedos, las palmas, las uñas, los dientes y los labios, no me canso de lavarlo y no dejo de ver las señales del hombre y de su deseo, lloriqueaba y aullaba mi marido, y

al verlo así también comencé a llorar y entonces me repitió con aquella voz suplicante... ¿Cómo fue? ¿Te lo hacía así, y así también? Pero esto no, ¿verdad? Esto, tú no se lo habrías permitido. ¿O lo permitías? ¿Y quizá incluso te gustaba que te lo hiciera? No, ¿verdad? Dímelo, amor, te lo suplico. ¿O sí?... Y yo afirmaba con la cabeza y decía sí, sí, sí, y tenía ganas de dejar de existir. Esta vez no le dije «Basta», ni tampoco comí helado de frambuesa, porque mi marido me daba mucha lástima.

Hacia el amanecer oí cómo se abría la puerta de mi dormitorio. No necesitaba abrir los ojos para saber que estaba de pie junto a mi cama mirándome. Cerré los ojos con mucha fuerza. Cuando los abrí, ya no estaba. Pero durante mucho rato oí su voz que me decía al oído:

—Sylva, no me dejes, quédate conmigo...

No pensaba en París. A menudo se me aparecían los ojos metálicos medio entornados de mi madre. Los labios bajo el encaje negro pronunciaban lentamente, casi sin abrir la boca, siempre las mismas palabras... «Monsieur Beauvisage está en Praga...».

Me acostumbré a dar un paseo diario, justo después del almuerzo, en torno al Palacio Valdštejn y el Ministerio de Cultura. Quedaba muy cerca de nuestra casa.

Por la noche tenía sueños extraños. En la oscuridad se me aparecía mi marido, me miraba y con una mano arrugaba una servilleta. Su mirada emanaba angustia, y una chispa de odio. Y debilidad, sí.

Un día se me apareció así, con un pañuelo de encaje blanco en la mano izquierda. De los dedos cansados de su mano derecha colgaba un revólver.

Durante el día tropezaba con los muebles y con la gente de lo poco y mal que había dormido. Me compré una polvera y, antes de encaminarme hacia el Palacio Valdštejn, disimulaba la sombra que me envolvía los ojos. Me mareaba a causa de la fatiga y de la falta de sueño y ya ni los filósofos ni las reflexiones de Masaryk eran capaces de apartar de mí una sensación de opresión y asfixia.

Un día estaba paseando y, en el momento en que entraba en la plaza Malostranské, lo vi. Gesticulaba en una conversación apasionada, como antes. *Monsieur Beauvisage*. Era más maduro y parecía más interesante. Llevaba un abrigo negro desabrochado y, debajo, un traje azul oscuro de un corte perfecto. Caminaba en medio de unos cuantos hombres igualmente elegantes. Me estremecí y me giré hacia la pared para que no me viera. Me avergonzó mi aspecto cansado. Y no estaba preparada para encontrarme con él.

Por la noche entré en el estudio de mi marido sin llamar a la puerta.

La sala estaba a oscuras. Me dirigí al escritorio, abrí el primer cajón de la

derecha. Había un montón de papeles, en la oscuridad no los veía del todo bien. Estuve a punto de encender la lámpara que había sobre la mesa. En aquel momento sentí que algo se había movido en la sala.

Se acercó. Estábamos uno frente a otro en la oscuridad y no nos veíamos la cara.

Se oyó el chirrido de uno de los armarios llenos de libros.

En la calle un coche frenó en seco.

Tras un largo silencio dije:

—No iré contigo a París.

Mi marido calló.

Un grupo de jóvenes alegres pasó por la calle. A continuación se oyeron sus voces. Pero eso hizo que la tensión aumentara.

—No enseguida, al menos.

El silencio me asustó. Y tenía miedo de romperlo.

—Conozco el motivo —dijo mi marido en voz baja.

Un farol de gas que había en la esquina de nuestro palacio se encendió y se apagó unas cuantas veces.

—Conozco el motivo —repitió—. Como también conozco el motivo de tus largos paseos matinales.

El farol de gas hizo otro intento de encenderse y, acto seguido, se apagó definitivamente. La oscuridad era absoluta. No veía ni siquiera su silueta.

Dejó escapar una risa breve. Con voz profunda. Con dificultad.

—Conozco el motivo —repitió de nuevo—. Y sé por qué cada mañana te arreglas y te maquillas con tanto esmero. Y también sé que hoy lo has visto.

Guardé silencio.

—Y que el hecho de verle te ha impresionado —dijo con un hilo de voz.

Otra vez aquella risa. Grave. Una risa grave y pesada.

Me parecía que yo no era yo, porque no lo hubiera aguantado, no, tan cansada estaba de aquellas escenas, me parecía que había otra mujer joven en aquella sala y que yo la observaba.

De repente se me aproximó. O más bien se acercó a la otra mujer, aquella que yo observaba. Le dijo algo al oído. Primero no distinguí las palabras. Al final le suplicaba a la mujer:

—Tienes que hacerlo, ¿comprendes? Tienes que describirme exactamente cómo sucedió. Cómo te acariciaba. ¿Estabas vestida o desnuda? Te ruego que me lo digas. Lo hago todo sólo por ti. Por ti trabajo, no tengo otro motivo en la vida. Te imploro que me lo digas. He adelgazado veinte quilos, ¿no lo ves? No puedo dormir, cada vez que apago la luz te veo ante mis ojos... con él. ¿Cómo era? ¿Cómo te lo hacía? Hablemos de eso y quizá entonces me lo quite de la cabeza.

Yo no dejaba de observar a aquella mujer joven de pie en medio del estudio, en silencio, sin moverse.

—¿Cómo lo hacía? —susurraba mi marido implorando—. ¿Cómo, Sylva? ¿Cómo

te acariciaba? ¿Estabas vestida o desnuda? Dímelo, ¿no ves que estoy sufriendo?

La joven temblaba. Después dijo, sin haberlo pensado: Iba vestida. Lo dijo para romper el silencio.

La veo. Su marido la cogió de la mano y la arrastró hacia alguna parte. Ella se dejaba llevar en silencio, no se defendía.

Su marido la hizo entrar. Llenó la bañera. Y cerró la puerta.

Llegué a París unas seis semanas más tarde que mi marido. Lo primero que saqué de la maleta fue un gran candado con llave. Hice llamar a un cerrajero para que lo fijara a la puerta de mi dormitorio.

Me sentía descansada, llena de energía. Volvía a ser yo.

En el piso parisino destinado al embajador, junto a la misma Tour Eiffel, fundé una escuela de música donde, con la ayuda de otros profesores, daba clases de piano y de música de cámara, concentrándome preferentemente en la música checa: Smetana y Dvořák, por supuesto, pero también Janáček. Mandé traer de Praga diez baúles llenos de libros de autores checos, sobre todo de Božena Němcová, Karel Čapek y Jaroslav Hašek, pero también de los poetas de la vanguardia checa. Invité a los editores franceses a cenar en la embajada y conversé con ellos. Una vez publicados los libros, organicé tertulias con los lectores en las salas de la embajada. Mis amigos y conocidos comenzaron a llamarme *Ambassadrice*. *Madame l'Ambassadrice*.

Un día, después de una recepción con el ministro de Educación, por la noche, me estaba quitando la capa de humo de los cigarrillos en el cuarto de baño. De repente, la puerta comenzó a abrirse y mi marido me miró por la rendija. Cerré de un golpe y eché el cerrojo.

Aquella noche me despertaron unos sonidos extraños. Una especie de suspiros detrás la puerta. La criada, a la que pregunté al día siguiente por la mañana, movió la cabeza negativamente, horrorizada. En la farmacia me recomendaron que los mejores tapones para los oídos eran de la marca Quies. Me compré tres cajas de diez. Dormí como nunca.

Mis días estaban llenos de una actividad febril. No olvidé en ningún momento las palabras de Masaryk, que decía que organizar cosas es, en el fondo, dedicarse a la política. Sentía que no vivía en vano.

Un día me trajeron un sobre que había llegado por correo diplomático. Era de Praga, del Ministerio de Cultura. Rápidamente rompí el sello lacrado.

Distinguida señora,

Conocemos su actividad cultural en París, digna de alabanza, y



quisiéramos agradecerle todo lo que hace.

Eso estaba escrito a máquina. Había unas líneas añadidas a mano:

P.S. Gracias, querida *Madame l'Ambassadrice*. Estamos orgullosos de tener en el extranjero personas como usted.

Reciba mis más cordiales saludos.

Suyo.

Petr o *Monsieur Beauvisage*.

Me costó respirar. Por tanta felicidad. Tuve que salir. Me eché a volar sobre el Champ de Mars.

Aquella noche, a pesar de los taponos en los oídos, oí un toc-toc-toc muy bajo pero persistente. Después se hizo el silencio y me dormí. Y al cabo de un rato otra vez. Toc-toc-toc.

La criada, a la que interrogué al día siguiente por la mañana, puso los ojos como platos. Era evidente que pensaba: Esta señora está mal de la cabeza.

Toc-toc-toc, se oía cada noche.

Y yo volví a empolvarme para disimular la sombra que me envolvía los ojos.

Durante una cena oficial en la embajada, un diplomático extranjero halagó mi peinado.

—Pero tiene mal aspecto —dijo aquel señor solícitamente.

—Trabaja demasiado. Debería abandonar esta actividad que la deja demasiado fatigada —respondió mi marido.

El ministro de Sanidad, presente en aquella cena, sugirió un examen en profundidad. Al día siguiente su secretario me llamaría y me presentaría al director de una clínica de renombre.

Mi marido le dio las gracias con mucho afecto. Yo también le agradecí su iniciativa.

Aquella noche hice las maletas y pedí un taxi.

Veinticuatro horas más tarde ya llegaba a la estación Wilson de Praga. A esta misma estación, aquí donde ahora estoy tomando un chocolate que me ha hecho pensar en la taza de chocolate caliente antes de ir a dormir que me hacía preparar mi abuela...

Llegué a la estación, me parece que a la vía tres, con la cara negra del hollín del tren y con una sonrisa como un copo de nieve.

Desde mi habitación en nuestro palacio de Malá Strana hice por teléfono todos los preparativos para poder continuar, desde Praga, mi actividad de embajadora cultural

en París. Tras unas cuantas horas de trabajos de organización escribí una carta a mi marido: le comunicaba que prefería que me vieran mis médicos en Praga. Fui a la calle de Jan Neruda a comprar un sello y, mientras echaba la carta en el buzón azul de la plaza Valdštejn, justo delante del Palacio Valdštejn, la gente se giraba para ver a aquella mujer que se reía sola.

Cerré la puerta, bajé la persiana.

Dormí hasta la tarde del día siguiente. Y la noche siguiente hasta el mediodía.

Entonces llené la bañera con agua bien caliente y me sumergí. Me lavé con un jabón perfumado de rosas hasta parecer la reina de las pompas.

No pensaba en nada, los retazos de imágenes y pensamientos me daban vueltas por la mente como mariposas blancas en pleno verano... y en mi cabeza resonó la *Canción de la tierra*, de Mahler... incomprensiblemente, porque en la mente veía ciudades llenas por completo de nubes de humo, hollín e inmundicia. Y recordé lo que se hacía antiguamente, y que mucha gente debía hacer aún hoy en día: el que quería estar limpio, tenía que ir a los baños públicos; hacer el trayecto hasta allí, a pie o en tranvía, después esperar en una larga cola hasta que le tocara su turno... Y me estiré aún más en la bañera aspirando el aire húmedo y perfumado de rosas.

Almorcé una tortilla de tres huevos con queso, tostadas con mantequilla y miel, y una enorme tetera llena de té negro; después me eché el abrigo y salté a un tranvía en marcha. La chica que tenía al lado leía *La Semana Ilustrada*; a medida que iba pasando las páginas mis ojos se detenían en palabras o frases, sobre todo me gustó que «el escritor Josef Kopta hace de niñera para su hijo Petr»...

... El tranvía llegó a la parada de Prašná Brána, y salté a la acera. Compré una lavadora con la centrifugadora incorporada, el último modelo, para que nos ahorrara trabajo, tanto a mí como a mi criada. También consiste en esto la emancipación de la mujer, pensé. En unos cuantos escaparates vi unos gorros inspirados en los peinados africanos; en París eran el último grito de la moda, creación de la diseñadora Agnès B. Entré en la tienda, la vendedora me ofreció unos colgantes y unos pendientes «según el gusto de los caníbales», dijo textualmente. Así que a la compra de un traje chaqueta con una falda que apenas me llegaba hasta media rodilla, le añadí un cinturón ancho, de piel, decorado con unas plumas de inspiración africana. Y un pequeño jersey con formas geométricas. Giuseppe me arregló mi micado hasta conseguir un peinado geométrico. Todo se acertaba: las distancias y el pelo, las faldas y los matrimonios, según el deseo de cada cual.

Compré entradas para ir a ver una ópera acabada de estrenar, *El asunto Macrópulos*, de Janáček, y leí en un cartel que en dos días Furtwängler dirigiría dos conciertos con la Filarmónica de Berlín en el Lucerna. Compré dos entradas —iría con una de mis alumnas— para el primero de los dos conciertos, la *Quinta* de Mahler. Y compré más entradas para ver el teatro japonés y los ballets rusos.

La Praga nocturna desprendía el brillo de las farolas, de la publicidad luminosa, los escaparates encendidos, los rótulos hechos de colores, bombillas y centelleos

intermitentes; la multitud elegante llenaba el centro de la capital y se dirigía al teatro, las salas de conciertos, los cines, los locales de jazz o las salas de baile, para olvidarse, al menos aquella noche, del crac financiero y de la depresión. Praga me parecía nueva, sorprendente. Vi a una pareja de hombres que se habían teñido el pelo de color verde.

Cené sola, sentada en una mesa redonda del Café Louvre, pintado de rosa oscuro y con decoraciones neoclásicas en el techo. Sentía las miradas de los hombres. Acabé mi copa de vino y después, desde el taxi, devoré con los ojos mi ciudad... las luces del taxi iluminaron una S enorme, y nos lanzamos de cabeza, mi chófer y yo, a aquella S suicida... y todo esto espoleaba mi deseo de volar, arrojarme a lo desconocido, al infinito.

Al día siguiente, después de haber ido a patinar al aire libre en el parque de Grébovka, volví a casa; hice volar las botas con los patines al ritmo de mi euforia. Soplaban un viento helado y me puse la bufanda de piel blanca de armiño que decoraba mi jersey de lana blanco y largo. A pesar del frío intenso, iba por la calle con la cabeza descubierta, me apetecía lucir mi nuevo peinado *à la garçonne*. El viento helado me hacía caminar más deprisa, pero, aunque tenía frío, de camino hacia casa me desvié: me apetecía cruzar la plaza de Valdštejn.

De la puerta del palacio salió un grupo de hombres elegantes, con abrigos de invierno largos y oscuros, y sombreros calados hasta las cejas. Uno de ellos se apartó del resto; se trataba de un hombre muy atractivo: una mujer joven lo esperaba delante de la puerta del ministerio con un cochecito. El hombre cogió el cochecito y con una mano lo empujó, con la otra abrazó a la mujer por los hombros.

Me detuve. El hombre al que miraba era Petr.

Charlaba con su mujer. Entonces sintió mis ojos observándolo. Me miró, se detuvo y dejó de hablar.

Me quedé inmóvil.

Nos mirábamos en silencio. Me di cuenta por primera vez de que Petr tenía los ojos grises.

Pasado un segundo, volví a reaccionar y me giré para continuar caminando. Como antes, hacía volar las botas con los patines al ritmo de mi humor.

Cuando regresé a casa, el teléfono estaba sonando. Respondí, la otra persona colgó. Esto se repitió tres veces.

Dos o tres días más tarde me desperté durante la noche, repentinamente, aterrorizada. Mi marido estaba de pie ante mí. Con un abrigo de invierno, una bufanda y unos guantes. Llevaba en la mano su sombrero. Lo iluminaba apenas el reflejo tenue del farol de la calle.

—¿Tú aquí? —me esforcé por hablar con agilidad. El miedo sacudió de mí las últimas plumas blancas del sueño.

—Me he tomado unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones?

—Sí. Porque no queda nada bien que la mujer del embajador se marche así, completamente sola.

—¿Tanto te importa guardar las formas?

Tembló ligeramente.

—Sylva, lo sé todo —dijo solemnemente.

Como un asesino de una película de detectives barata, tenía que sonreír.

—¿Qué significa todo? —pregunté torpemente.

Era la peor de todas las respuestas posibles. A pesar de la gravedad del momento, me di cuenta de que cuando alguien nos atribuye alguna culpa, aun siendo inocentes, acabamos por sentirnos culpables.

—¿Que significa todo, Sylva? ¡Lo sabes perfectamente!

—No sé de qué me hablas y tengo la conciencia bien tranquila.

¡Qué tontería, de nuevo! ¡Disculparme!

—Estoy hablando de lo que pasó el viernes por la noche en la plaza de Valdštejn. La mirada que intercambiasteis. Bien, al menos ahora sé con certeza qué pasa.

Miró por la ventana la luz del farol de gas, como si le tuviera que dar consuelo aquella luz mortecina, bella sobre las piedras barrocas y góticas.

—No, Sylva, no me mires como si fuera un loco. Aunque es cierto que estoy trastornado. Mi fijación eres tú.

A la luz del farol de gas parecía un muerto. Lo miré desde la cama y me pareció un actor que no acaba de convencer. A continuación dio unos pasos pesados hacia mi cama, donde acabó estirándose torpemente.

—Todos mis esfuerzos... todo... por ti, Sylva. Todo, todo lo he hecho por ti.

Vi su cara exánime. No le escuchaba. Comprendí más cosas leyendo su cara fatigada, descarnada, y sus ojos llenos de fiebre, que escuchando sus palabras.

Me levanté. Hablaba y hablaba.

Pero yo no tenía ganas de escucharle. De modo que sólo capté:

—Sylva, no tengo otra salida.

¿De qué hablaba?

—No tengo otra salida —repitió—. Sólo me queda ésta.

Del bolsillo sacó un revólver.

Me quedé inmóvil. Una idea absurda me pasó por la cabeza: ¿Por qué escriben en las novelas: «El hombre sacó el arma y la mujer gritó hasta que despertó a toda la casa»? Ahora sabía que eso era imposible. Me quedé blanda. Blanda como una rana. Incapaz del más mínimo movimiento, y menos aún de hablar.

No me moví. No respiraba. Él tampoco se movía ni respiraba.

—Sólo me queda esta salida —susurró—. Lo tengo que matar. Lo que hay dentro

de mí.

¿Matar?, le pregunté mentalmente. ¿Matar qué?

Me costaba comprenderlo. Hablaba consigo mismo.

—¿Matarle... a él? Si lo hago, continuará viviendo en ti y en mí...

Permanecimos en la oscuridad. Durante un siglo permanecimos en la oscuridad. Después comenzó a hacerse de día. Se levantó lentamente y salió. Ya no me volvió a mirar.

Por la mañana no estuvo en casa. Nadie lo había visto. Ni la criada, ni la cocinera, ni el chófer. ¿Había estado en casa en realidad?

Una vez vestida me dirigí... No, evité el Palacio Valdštejn. Me encaminé hacia el monte de Petřín. Cada dos pasos me giraba para ver si alguien me seguía. Me esforcé por contemplar las hojas caídas de los árboles, que se mezclaban con la nieve.

Al cabo de unos días, el ministro de Asuntos Exteriores me llamó por teléfono. Quería verme inmediatamente, dijo con voz profunda e irrevocable.

El té que había pedido a la criada aún no estaba preparado cuando el ministro llamó al timbre.

Aquel hombre, habitualmente tan amable y sonriente, estaba serio, austero, casi severo. Fue directamente al grano. Hacía un momento había recibido la siguiente carta:

Excelentísimo señor ministro, querido amigo:

El reciente crac financiero y la crisis subsiguiente me han arruinado del todo. Estoy en bancarrota. No me queda nada en la bolsa y mis considerables bienes se han esfumado. Siento vergüenza ante mis conocidos y ante mi esposa, que, a causa de esta situación, ha quedado desprotegida. No quería que tuviera deudas, esto ha pasado contra mi voluntad.

Pongo mi cargo a su disposición de inmediato.

Y sobre todo le pido de todo corazón que explique esto a mi mujer de la manera más delicada posible. Yo mismo no podré hacerlo.

Acabé de leer. Mejor dicho, acabé de recorrer aquellas líneas con los ojos sin comprender su contenido. Estaba sentada en silencio. El ministro dijo:

—Tanto si cree la causa que su marido aduce, es decir, el crac financiero, como si no la cree... En todo caso...

Aquel hombre siempre decidido se quedó mudo.

Y con una voz apenas perceptible añadió que aquella mañana acababan de encontrar a mi marido en nuestro piso de París sin vida. Murió por la noche a causa de un disparo de su revólver, dijo el ministro con tristeza, sin mirarme.

Unos días más tarde llegó, entre otras cartas dirigidas a mi marido, un sobre que contenía una factura de un importe muy elevado de una agencia de detectives. Después de leer la descripción de los servicios comprendí que, durante todos aquellos años, mi marido me había hecho seguir a cada paso.

Volví al monte de Petřín. Quién sabe por qué razón me giraba para comprobar si me seguían.

Bajo las suelas de mis botas, entre las hojas caídas, de vez en cuando crujía la nieve. Al cabo de un rato me giré de nuevo.

No, no me seguía nadie. Estaba sola.

Sólo bajo mis pies crujían las hojas caídas.

## 5

Paseaba por el aeropuerto. En la primera planta de la terminal de vuelos internacionales, en un café, me senté a una mesa con un mantel rosa. Mentalmente buscaba una solución y con el dedo dibujaba cifras y más cifras sobre aquel mantel.

$$\frac{d\omega_M}{dt} = \frac{1}{J_M} (\Gamma_M - K_{0M} - K_{1M}\omega_G)$$

Durante un rato me distrajo una discusión entre un extranjero y una camarera asiática. Intenté concentrarme, pero las voces del café se mezclaban con las cifras; su ruido me acompañó en mi soledad.

Durante muchos años, en los Estados Unidos, después de una larga jornada regresaba a una casa vacía, oscura y fría, a una casa que no era un hogar. Aquel silencio extraía de mí la energía vital y me llenaba las arterias con una mezcla de aversión, de angustia y de vergüenza. Sólo al cabo de un rato comenzaba a distinguir los sonidos de estas casas: el crujido de la madera, el chirrido de los marcos de las ventanas, el chasquido del techo, la respiración de las tuberías, los suspiros de la calefacción. Por eso Estados Unidos es el único país donde podía haber nacido un autor como Edgar Allan Poe, ¿no te parece, mamá? A continuación alzaba la voz la nevera, con su ronroneo de gato, y al acabar su proceso de recarga era como si un hombre gordo irritado se enfadara dentro de su motor y le diera patadas. Mientras absorbía aquellos sonidos, la angustia se disipaba y podía comenzar a moverme. Ponía en marcha el zumbido del lavavajillas. La calefacción, aparte del calor, invitaba a un grupo de enanos revoltosos que no paraban de dar golpes en las tuberías de las habitaciones y los pasillos.

El silencio sólo me había gustado cuando estaba contigo. No me hacían falta las palabras para comunicarme, nunca me sentía solo.

Cada noche ponía la televisión con tal de escuchar voces humanas. ¿Recuerdas cómo en Praga criticábamos esta costumbre cuando la observábamos en las casas de otra gente? Automáticamente ponía uno de los canales de la televisión, que se llaman todos igual: WTHA, WTRD, WBAB, WBRJ, WFTY, aunque cada uno se especializa en algo: uno en las noticias políticas, otro en los deportes, otro en el nacimiento de niños; como lo oyes, mamá: en uno de los canales están naciendo niños ante una cámara de televisión las veinticuatro horas del día. De modo que ponía la televisión, de la que surgían voces llenas de confianza que pronunciaban opiniones y juicios demasiado breves y lapidarios y conclusiones y dictámenes a menudo intransigentes. La televisión me hacía compañía mientras me preparaba la cena.

Te preguntarás, mamá, si buscaba la compañía de las mujeres. Si quieres que te

sea franco, sí, me encuentro muy a gusto en su compañía y fueron varias con las que me relacioné. Te mostraré su retrato, como si de postales se tratara.

### **DAISY**

Me recordaba vagamente a Helena, sobre todo por sus largos pendientes. La invité más de una vez a cenar a un restaurante para contemplarla y proyectar en ella los rasgos de mi novia checa. Después dejé de hacerlo, había comenzado a interesarme. Un día me preguntó: ¿Cuáles son tus intenciones conmigo? No la entendí. Se explicó: Vosotros, los europeos, sois demasiado enigmáticos para nosotros, prácticos y directos; nunca explicáis vuestros planes de antemano. ¡Pero yo ignoraba mis planes y mis intenciones! Ni me apetecía pensar en eso ni quería conocer sus intenciones. Sin misterio una relación se vuelve prosaica. Durante una de nuestras cenas, Daisy me reveló sus planes conmigo, nuestro futuro en común. Ya sé que es cruel, mamá, pero no la volví a llamar nunca más.

### **WENDY**

Wendy, una compañera de la facultad, me invitó un día a un café. Mientras comíamos se desabrochó la chaqueta, aunque hacía frío, y no pude dejar de observar que llevaba un escote muy pronunciado; me pareció incluso vulgar y provocador. Wendy me dijo que su marido se había ido de viaje de negocios y que me invitaba a tomar el café y el postre en su casa. Me disculpé diciendo que tenía trabajo. Me pidió que viniera por la noche, añadiendo que nunca había estado con alguien del bloque soviético.

### **CINDY**

Tenía una melena larga hasta la cintura. Encontré en su casa a más de un amigo y conocido. Cindy era una anfitriona delicada, atenta a los deseos de los invitados. Durante el segundo plato se comentaron los temas más diversos de la actualidad social y política. Cuando tocaron el tema de la pena de muerte, Cindy expresó su opinión: «¡El que ha matado tiene que morir!». Nadie reparó en ello. A la hora del postre discutíamos sobre qué se tenía que hacer con los Estados que apoyaban el terrorismo. ¿Es necesaria una guerra? ¿Seguro? ¿O se tendría que evitar? Había todo tipo de opiniones y formas de justificarlas. Cindy esperó a que los demás acabaran para compartir su opinión con nosotros: «¡Bombardear el país, si apoya el terrorismo internacional!». Uno de los invitados objetó que los habitantes de aquel país no necesariamente están de acuerdo con las decisiones del gobierno que da su apoyo a



los terroristas. Pero en los ojos de Cindy se alzó un muro de intransigencia: «¡Bombardear todo el país! ¡Destruirlo todo!». Al percibir mi mirada de espanto, cambió enseguida de tema; más adelante ya no habló de nada más que no fuera el arte antiguo y el contemporáneo o la música clásica. Pero ya no acepté ninguna otra invitación de su parte.

## JOANNE

«¡Mentiroso!», me recriminó Joanne durante nuestro primer fin de semana juntos al pillarme escribiendo una carta. «¡Mentiroso! ¡Me habías dicho que necesitabas un momento para dedicarte a tu trabajo!». Y puso cara de enfado. Había estropeado el fin de semana. «Estás maravillosa», le dije un día durante una cena que ella había preparado para los dos, mientras contemplaba su perfil pensativo, aunque, según los cánones de Hollywood, Joanne no era una belleza típica. «¡Mentiroso!», me arrojó con dureza. Por su expresión comprendí que aquél era el crimen más terrible que alguien puede cometer: formular una afirmación que no corresponde a una verdad objetivamente demostrable. Una semana más tarde le dije por teléfono: «He estado buscándote toda la tarde». Lo dije para ocultar mi descuido, para no herirla por el hecho de haberme olvidado de ella durante algunas horas. «¡Mentiroso!», sabía ella. «Hasta ahora no ha llamado nadie». Su voz sonaba como la de un fiscal dirigiéndose al tribunal. En aquel instante vi claramente que yo no pertenecía a su cultura y que era incapaz de comportarme según las reglas de ésta, y que, además, ofendía a mi amiga al ignorarlas. Joanne, con su rostro inteligente y su expresión meditativa, me gustaba. Pero ella se apartó de mí.

## SAMANTHA

Coincidimos en una *party* en la que yo no conocía a nadie excepto a los anfitriones y probablemente ella tampoco. Samantha estaba sentada en un rincón y bebía a tragos lentos su Lambrusco de un vaso más indicado para tomar gin tonic. Me acomodé a su lado con una botella de cerveza en la mano; se me presentó como una crítica de teatro. Después me invitó con frecuencia a los teatros de Boston. Acabada la representación, solíamos ir a sentarnos con las piernas cruzadas sobre la alfombra de un restaurante turco sumergido en la penumbra, y, lentamente, bebiendo a cortos tragos el vino tinto de la costa turca, analizábamos la obra. Me fascinaba la manera en que Samantha vivía su profesión, cómo hablaba de los actores y de los directores de teatro, las cosas que me contaba sobre la angustia y el miedo escénico como motores de una buena actuación, y sobre la inspiración que le viene al actor una vez que ha salido a escena, sobre cómo la crítica negativa y destructiva puede aniquilar la

confianza de un actor; y entre nosotros temblaba la llama de una vela, con su luz mate. Samantha me invitaba cada vez más a menudo. Sin duda cada una de nuestras noches no dejaba de ser una fiesta. En una ocasión me preguntó si me apetecía tomar un café en su casa. Como un jugador de ajedrez, enseguida calculé las consecuencias de una invitación semejante: ante mis ojos apareció la imagen de unas cortinas corridas y el alba penetrando en el interior, una cama deshecha, el pelo de Samantha despeinado, esparcido sobre la almohada, y el maquillaje corrido por toda su cara. Acepté. Aunque me fui antes de que pudiera ver la cara hinchada por el sueño de aquella mujer que tanto me gustaba ver con tacones altos cuando caminaba por los pasillos de los teatros y con los labios pintados de un rojo vivo en la penumbra del restaurante turco. Fue la última invitación.

## MEI

La menuda Mei tenía un alto cargo en el Citibank de Chicago, me dijo eso añadiendo: «¡Venga a visitarme!». Así que me tomé una semana y acabé pasando todo un año sabático allí. Mientras Mei se arreglaba para ir al trabajo, yo preparaba el desayuno para los dos y lo servía en una barra que bordeaba la cocina americana de su apartamento. Bebíamos a sorbos el zumo de naranja, yo en pijama, ella con un conjunto gris de pantalón y chaqueta y el pelo corto peinado hacia un lado, como un chico disfrazado de banquero. Del bolsillo de su chaqueta sobresalía un pequeño pañuelo blanco que la hacía parecerse a un gángster de los años veinte. Antes de salir, Mei me daba un beso mientras me preguntaba sobre mi programa de aquel día. Y es que Mei sufría unos celos infundados y destructivos. Después de su jornada laboral —larga, como siempre suele ser la de los ejecutivos—, mientras tomábamos una copa de Chardonnay en un café, Mei seguía mi mirada, vigilando que no rozara a una de las jóvenes o de las señoras elegantes que gesticulaban y reían con su *dry martini* en la mano; y si algún día cogía el *Chicago Tribune* para ver los titulares, Mei escrutaba mi mirada para asegurarse de que eran las noticias lo que me interesaba. Nos desplazábamos a casa en un taxi: allí también Mei estaba atenta por si mi mirada se deslizaba hacia la acera por donde paseaban mujeres hermosas con melenas que les acariciaban los hombros y los pechos.

Un día brillante y con viento entré en una tienda de productos orientales en Rush Street para comprar una botella de aceite de soja que Mei y yo utilizábamos para cocinar en el *wok*. Una mujer japonesa o coreana me preguntó dónde había encontrado aquella botella. Comenzamos una conversación y la continuamos con una copa de vino en un café italiano junto a la tienda; la japonesa me lanzaba miradas prometedoras.

Aquella noche cenaba raviolis chinos en casa de Mei, que me preguntaba los detalles de mi actividad durante el día. Yo estaba de mal humor, hablaba poco. Al

cabo de un rato me di cuenta de que estaba enfadado conmigo mismo, no con Mei. Me sabía mal no haber cogido, en el café italiano, el número de teléfono de Kyoko. La cena con Mei se alargó hasta el infinito. Al día siguiente descubrí que ya no tenía suficientes fuerzas para continuar soportando las escenas de la menuda y atractiva Mei.

## KYOKO

Me costó mucho encontrar a Kyoko. El día de su concierto de piano en el McCormac Center yo estaba sentado en primera fila. Al final de mi año sabático, en Chicago, nos casamos.

Cuando tuve que regresar a Boston, Kyoko prefirió trasladarse a la casa de sus padres en Tokio. Un mes después me tomé unas vacaciones para ir a verla. Ella se quedó a vivir en la casa paterna, para mí reservó una habitación en el hotel Ginza, en el centro de la ciudad. No dejé de ir a uno solo de sus conciertos, compraba una entrada en la primera fila y tras cada representación le llevaba un ramo de flores. Después, ella se iba a la casa de sus padres. Un día, excepcionalmente, me invitó a tomar una copa en un café. Sobre la mesa del café desplegó la petición de divorcio. Yo no entendía nada. ¿Qué había pasado? ¿Quizá yo desconocía la mentalidad japonesa? Kyoko se quedó helada ante mi incomprensión. Firmé la petición, pagué la consumición y acompañé a Kyoko hasta la puerta de la casa de sus padres. Continué viviendo en el hotel Ginza y, como antes, iba a escuchar cada uno de sus conciertos, me sentaba en primera fila y contemplaba a Kyoko, esbelta, con el pelo largo, vestida con la ropa negra que ceñía su figura, la admiraba cuando, en el escenario, tocaba la sonata *El claro de luna* de Beethoven. Al final de cada concierto continuaba llevando a Kyoko un ramo de crisantemos blancos. Después de uno de sus conciertos, un domingo por la mañana, tomé el avión y durante todas las horas que duró el vuelo no dejé de ver a una mujer frágil, cubierta con una cortina de pelo, que se inclinaba, concentrada, sobre el teclado blanco y negro y lo acariciaba con la punta de sus dedos. Sabía que me había casado con Kyoko por esta imagen quebradiza en blanco y negro.

## ASSIA

Nos encontramos en el tren que iba de Boston a Washington D. C., donde me habían invitado para dirigir un seminario sobre la función discontinua de las coordenadas. Me hacía ilusión pensar que pasaría los ratos libres, y quizá un día entero, en la Biblioteca del Congreso. Assia, delicada, buscaba un vagón donde poder fumar; le ayudé a buscarlo, pero todo el tren era de no fumadores. Así que en

Washington entramos, en la misma estación que me recordó un templo griego antiguo, en una cafetería. Allí también fumaba Assia a escondidas, con un plato sobre las rodillas. Sus dedos temblaban mientras me decía que ser extranjero probablemente debía de ser divertido y que sin duda mi vida era más interesante que la del resto de la gente. Según como, le dije yo, puede ser también bastante difícil: tus costumbres son diferentes de las de los habitantes del país donde vives, un extranjero siempre llama la atención porque es insólito. No entiendes el sentido del humor de la gente, ellos no entienden el tuyo. Assia replicó que ella también era una extranjera: se sentía incomprendida por los demás, a los que, de hecho, ella tampoco acababa de comprender. Pero tú, le dije, tienes una lengua con la que te puedes comunicar. No me puedo comunicar, respondió ella; ya te digo que no entiendo a los demás y ellos no me entienden a mí. Pero Assia, dije con impaciencia, entre la incomprensión y la pérdida de la lengua hay una diferencia abismal. Me miró como si le hubiera quitado su postre favorito. Comencé a explicarle mi punto de vista: El esfuerzo que he tenido que hacer para aprender inglés ha hecho que olvidara bastante el checo; incluso me da vergüenza escribir cartas a mi ahora exnovia. Y mi inglés es más que imperfecto, ya lo ves; domino sólo el inglés científico que tiene un vocabulario reducido y una gramática sencilla. Assia asentía con la cabeza. Pensando que me comprendía dije: «El exilio es, entre otras cosas, no acabar de dominar completamente ninguna lengua». Assia continuó asintiendo con la cabeza. «Sí, éste es mi caso». «¿También eres extranjera? Tienes un nombre que suena extranjero, Assia». «Mis padres son americanos de nacimiento, yo misma conozco sólo los alrededores de Filadelfia. Pero te comprendo perfectamente, yo también vivo en la emigración como tú». No dije nada más. Con el coche que había alquilado en la estación llevé a Assia a la dirección que me había indicado. Después di una vuelta con el coche: la ciudad nocturna, sus largas avenidas, amplias y aireadas, con un paseo en medio, rodeadas por edificios que se suspendían sobre columnas dóricas, con sus escalinatas, fachadas y frontispicios griegos, todo aquello surgía vestido de blanco.

Y después, mamá, aquellos encuentros empezaron a cansarme. Sentía en mi interior no sé qué, algo así como cuando el concierto de Brahms para piano y orquesta irrumpe justo en medio del silencio, con su comienzo ruidoso e irremisible, sobre todo en la interpretación de Karajan. Pero no encontraba a nadie para compartirlo, para compartirme. De modo que preferí continuar soñando.

Después llegó el día en que encontré a alguien. Una de mis alumnas. Eso, mamá, se castiga duramente aquí. Si te enamoras de tu estudiante te pueden someter a un juicio y expulsarte de la universidad.

¿Quieres saber lo que pasó? Comenzaré por el final. Es una historia más larga que las demás, por la importancia que tuvo para mí.

## LESLIE

Un día, su marido vino a verme a mi despacho.

Fumaba. El humo lo ocultaba como la niebla oculta la cumbre de una montaña. Yo imaginaba —estaba seguro de ello— que había venido a hacerme reproches, al final de los cuales me entregaría a las autoridades de la universidad por haber sucumbido al *sexual harassment*.

El hombre hablaba, yo no le hacía mucho caso, sabía por dónde iría su monólogo.

Leslie estaba allí sonriente; hablábamos de cualquier cosa para que no reinara el silencio, demasiado peligroso, demasiado tentador. Hablábamos de los automóviles híbridos, de la modulación del voltaje. Y, después, hablábamos de las cosas de la vida.

Recordaba que un día, en el año 1968, en Praga, en el puente de Carlos, había visto a dos jóvenes, una morena esbelta, una rubia voluptuosa, ambas con minifalda. La morena llevaba una funda con un violín, y aun así su paso resultaba ágil. Seguí a las dos chicas a través del puente y de la isla de Kampa hasta Malá Strana, hasta la taberna U Glaubiců, donde pidieron algo para comer y una cerveza cada una. Hacía rato que se habían dado cuenta de mi presencia y se burlaban de mí. Mientras yo buscaba la manera de comenzar una conversación con ellas, la rubia se levantó para ir al lavabo y, por el camino, concertó una cita conmigo. Pero a mí me gustaba la morena, ¡por ella las había seguido a ambas! Sin embargo, fui a la cita con la rubia voluptuosa; en el cine pasé las dos horas que duró la película acariciándole los pechos, el vientre y los muslos. Conocí a la morena una semana más tarde, cuando vino a la casa de su amiga. Entonces, con la toalla en la cintura, aproveché el momento en que la rubia se duchaba para invitar a la morena al cine. Pasé la película sentado como un trozo de madera, y sólo al final me atreví a hacer una breve caricia con las puntas de los dedos en la mano de la chica.

Era violinista. En agosto la acompañé a Sarajevo, donde actuaba en un festival. Una noche, la música de Helena me cautivó de una manera especial. Durante el concierto de Bach, su violín me pareció que temblaba con un duelo oculto, contenido. Helena tocaba con los ojos bajos, su melena castaña caía ligeramente hacia el suelo. En aquella ocasión vi a Helena por última vez. Al amanecer supimos que los soviéticos habían invadido el país. Helena no estaba en su habitación. La busqué en vano durante todo el día. Desesperado, por la tarde subí a las montañas que circundan Sarajevo para ver si la encontraba. Algunos perros me salieron al paso, gruñendo y enseñando sus colmillos. Pero Helena no estaba allí. La busqué inútilmente, día tras día, por todas partes. Me sumergí en la vida académica de Estados Unidos, pero nunca he dejado de desear a Helena ni de buscarla en todas las mujeres. A ella, Helena, que un día desapareció de la orilla del Bosnia como la espuma cuando es arrastrada por una ola.

Hasta que encontré a Leslie, una estudiante que venía a verme para que la ayudara

con los cursos de doctorado.

Ahora su marido estaba sentado en mi despacho. De aquí a unos instantes el marido de Leslie me denunciaría.

Mientras su marido hablaba, yo veía a Leslie, mi amiga... Ella solía venir y se sentaba en la silla frente a mí y me explicaba cómo iba su investigación. Yo escuchaba con agrado su inglés bostoniano, tan melódico, su voz de mezzosoprano, y, sin querer, alguna vez mi mirada se deslizaba por su pecho. Leslie se dio cuenta. Sonrió, con bondad, con alegría.

Pensaba en ella, y mi mente se teñía con el recuerdo de la búsqueda de Helena, aquel agosto de 1968 en Sarajevo. Había ido a buscarla al parque de Ilidža: debía de haber ido a las fuentes del río Bosnia, aquel lugar sagrado, para explicar su dolor por la agresión contra nuestro país. No me dejaron pasar al interior del parque, caía ya la noche. Cuando oscureció, salté la valla. El agua de las fuentes saltaba sobre las piedras y, a medida que desembocaban otros riachuelos, se iba ensanchando y cantaba en medio de la noche su canción triste, su letanía llena de duelo.

Interrumpí bruscamente mis recuerdos para invitar a Leslie a hablar:

—Cuéntame algo de tu infancia.

Me explicó sus historias con los chicos, cuando eran pequeños. En verano iban a los graneros y a las casas abandonadas en el bosque, jugaban allí, se observaban, se descubrían mutuamente. Y en aquel momento yo no pude deshacerme de la imagen de estar con Leslie en un granero oscuro: Nos hemos desnudado, quiero tocar su piel cálida con mis manos, pero no me atrevo, de modo que cojo un puñado de granos y le froto el cuerpo, a través de los granos lo siento cargado de electricidad, dibujo con los granos su cintura, sus pechos; después le ordeno que se tienda y con las manos llenas de granos le hago un masaje en el abdomen, los muslos... Estiro mi mano... Rozo su cuerpo... ¡No! No quería acabar de imaginármelo.

—¿Qué te ha pasado? —dijo Leslie riendo.

No dejaba de reír con pequeñas carcajadas, mirándome con ojos brillantes, húmedos. Después abrió desmesuradamente los ojos y me observó con una mirada completamente seria. Conocía aquellas chispas. Denotaban deseo.

Me levanté y la acompañé a la puerta.

—Hasta la vista —oí mi voz de repente. Y con sorpresa escuché que añadía—: Mañana no tendré tiempo, ni pasado mañana, ni después.

Su marido no paraba de hablar, de suspirar. Decía: mi mujer, el comportamiento de mi mujer. Hice un esfuerzo por escucharle:

—Ultimamente mi mujer tiene un comportamiento extraño. En la época en que venía aquí a consultarle a usted estaba contenta. Ahora ha caído en una especie de desesperación. La llevé cuatro días a las playas de California, y caminaba como si se estuviera hundiendo en el fango.

Volví a pensar en mis cosas, no quería escuchar las lamentaciones de aquel tipo. Pero de lejos me llegaban sus palabras: «Me temo que mi mujer tiene a alguien. Un

amor que al principio era una alegría y que ahora la llena de tristeza». No escuchaba con atención lo que decía el marido de Leslie. Pensaba en mí mismo: ¿A quién le explicaré yo mi vida desaprovechada? ¿A quién? ¿A Helena? Hacía tiempo que había desaparecido. ¿A Leslie? Yo mismo la había echado. Y, sin embargo, ¡tenía ahora tanta necesidad de hablar!

—Sabe —comencé la frase... Pero si se la estaba diciendo al marido de Leslie, pensé. Pero no podía evitarlo, necesitaba hablar—. Sabe... el exilio, aunque es una experiencia enriquecedora, en el fondo es una enfermedad incurable —comencé. Y las palabras se desprendieron de mi interior como el caudal del Bosnia cuando salta sobre las piedras. No pude detenerme y le hablé de mi amiga, de las dos amigas, de Helena y de la otra, de Leslie, a la que no nombraba pero describía. De repente descubrí sorpresa, estupor, en el rostro de mi interlocutor; incluso había dejado de fumar. El humo se había disipado y le vi los ojos. Leí allí un repentino alivio.

—¡De modo que es por su culpa! —suspiró maquinalmente el marido de Leslie, calmado, apaciguado—. Mis sospechas estaban dirigidas hacia otros, pero esto... no se me habría ocurrido nunca. ¡Un extranjero! ¡Un profesor de vete a saber dónde... del Este! ¡Un extraño! —se decía a sí mismo, mirando mi pelo ralo que comenzaba a encanecer, y sin querer rozó su espeso pelo negro—. De modo que no hay ningún peligro, ni nunca lo ha habido —me pareció oír, aunque ya no estoy del todo seguro. Pero la sonrisa que se dibujaba en su cara expresaba su superioridad con más claridad de lo que lo hubieran podido hacer las palabras.

Se arrellanó alegremente en el sillón, ya no necesitaba los cigarrillos. Mientras yo continuaba hablando, él escuchaba, después se levantó y con pasos casi de bailarín se dirigió hacia la puerta. Y yo no dejaba de hablar, dirigiéndome al sillón vacío.

## 6

Veo mi reflejo en la puerta de cristal del café de la estación: un viejo es más delicado que un joven porque es débil. Débil como el agua. Débil como el aire. Y como el silencio.

El agua es más fuerte que el fuego. El silencio es más fuerte que un sonido. Lo débil es lo fuerte.

Después de la muerte de mi marido recuerdo a mi abuela; se movía por el comedor como un gato silencioso y tierno, olía a chocolate y sus dedos mágicos llenaban las salas de la casa con las melodías de *Die schöne Müllerin*, de Schubert.

Al día siguiente vino mi madre. Me cargó en el Hispano-Suiza como si fuera un paquete y me llevó al centro comercial de Praga. Me hizo entrar en una tienda muy grande y me envolvió en tela negra: los zapatos, las medias, la blusa, la falda, el abrigo, los guantes. Me vistió a mí, silenciosa e inmóvil, y al final caló un sombrero sobre mi pelo corto con mechones dorados. Una especie de bonete negro de sacerdote.

El espejo me devolvió a una monja fantasmal. Y fue entonces cuando me di cuenta.

Supe que echaba de menos la presencia de mi marido. Recordaba sus maneras, su dolor y su angustia, aquellos ojos que tantas veces me habían suplicado que no lo abandonara, y deseé volver a tenerlo a mi lado.

Le pedí a mi madre que me dejara sola. Volví a caminar por el monte de Petřín. Por algún motivo no dejaba de girarme para ver si me seguían.

¿Cómo se llamaba la esposa de aquel embajador español que había conocido el día de la recepción en el Castillo de Praga? Olvido. Olvido... Aquella noche en el Castillo pensé que la memoria era deseable y el olvido indeseable. Ahora me interesaba sólo Olvido, la canción de cuna sólo para flauta.

Mi abuela vino a reemplazar a mi madre. También la envié, con la irritación de aquellos días, al infierno. Mi abuela se quedó. Me hacía compañía como una sombra.

—Sí, el chocolate caliente es para mí. Póngalo aquí. ¡Muchas gracias!

Mi abuela. Yo sabía que estaba ahí por el olor que la acompañaba. Por las noches tocaba piezas de Schubert, pero más a menudo los nocturnos de Chopin y las sonatas de Beethoven. Y me traía otra taza antes de irme a dormir.

Cada día yo deambulaba por la casa y me hacía una única pregunta. Por qué. Me veía en París, en las recepciones donde yo era la embajadora, la admirada, la envidiada, la que brillaba. Y mi marido... No existía para mí. Me veía a mí: la embajadora joven y moderna, *Madame l'Ambassadrice*, que paseaba con una copa alargada de Moët Chandon entre artistas y ministros. Un hombre menudo la observaba en la distancia. Parecía como todo el mundo: el frac, un cigarrillo, la



sonrisa cortés de un diplomático. Pero su interior no era como el de todos: allí había... desierto e infierno. Aquel hombre de corta estatura había contratado los servicios de detectives para que siguieran a su esposa.

Pero aquella palabra única... Olvido... Olvido. La dulce canción de cuna.

Salgo del café lleno de humo de la estación.

Observo el agua. El chorro de agua sale del grifo oxidado de la pared, ya ha llegado hasta mis pies. Aquí se ha detenido. Un chorro de agua. Difícilmente nadie se fijará en él. Un chorro suave, delgado como un gusano que pasa inadvertido, pero que va allí donde quiere, se apodera de todo lo que quiere.

El agua es como la verdad. Parece frágil, pero acaba llegando a todas partes.

Me repetí estas palabras cuando abandoné para siempre el palacio de mi marido, cuando vendí nuestro Hispano-Suiza, cuando despedí al chófer, cuando pagué las deudas y conté el dinero que me quedaba para saber si podía comprarme un pequeño Skoda de segunda mano sin chófer y cuando llegué a la conclusión de que no me lo podía permitir. Cuando recogí mis cosas y las dejé empaquetadas para la mudanza, me repetí: Sylva, si te comportas como una noble orquídea, la gente te tratará del mismo modo, te admirarán y te respetarán, a ti, ¡inabordable, distante, reservada!

Sí, las abundantes deudas me obligaron a vender su palacio de Malá Strana. Y la crisis económica se dejó sentir incluso en nuestra familia. Mi madre se quedó sólo con el ala derecha del castillo, donde continuaba viviendo con mi abuela; el resto del edificio lo dejó al Estado porque no podía pagar el mantenimiento. Después de la muerte de mi padre, heredé un pequeño palacete, también en Malá Strana, en la parte de la isla de Kampa; solíamos llamarlo la Casa Rosa. Transformé el primer piso en mi vivienda, el resto lo convertí en pisos de alquiler. Ahora tenía vecinos: eran familias judías que, como tantos otros, habían sufrido el crac de 1929.

Llené el espacio de mi piso con los muebles del castillo: el piso quedaba muy reducido, pero paseaba a lo largo de los armarios de luna, los armarios roperos, las rinconeras, las credencias, los arcones, los aparadores, los vasares, los trincheros, las vitrinas y los joyeros japoneses, y con la yema de los dedos rozaba aquella madera exquisita y aquel cristal tallado, acariciaba los muebles lacados con incrustaciones de nácar y marfil, y abrazaba las lanzas, las picas y las azagayas como si fueran troncos de árboles en un bosque, me abrazaba al metal frío de las armaduras y de los cascos eternamente sumergidos en la penumbra, porque los rayos del sol no acababan de penetrar en la primera planta de una calle estrecha. Pero no hubiera querido ni el sol ni demasiado calor. Y el silencio; incluso la música había que tocarla muy bajo, haciendo apenas susurrar el piano. Algunas noches ni siquiera encendía la luz, tenía suficiente con el farol de gas que, aquí también, llegaba desde la calle. El piano no cabía en mi habitación, de modo que lo hice colocar en la sala de estar, junto a la ventana. Solía tocarlo al atardecer; la sonata para piano, opus 5, de Brahms y las

mazurcas de Chopin teñían la oscuridad que iba cayendo, aquella música que mi abuela, más que mis maestros, me enseñó a tocar. Mi abuela que, como mi sombra, parecía surgir sólo cuando la necesitaba. Aparte de esto, mi abuela vivía en el castillo con mi madre, que la necesitaba mucho más que yo. Mi madre estaba sola.

Por primera vez en mi vida tenía libertad absoluta. Todo había perdido su sentido. La única joya que decoraba mis dedos era la música tocada al caer la tarde. Tomé la costumbre de pasear por la isla de Kampa. Encontraba allí el agua viva y el agua muerta: el agua muerta de los canales y el agua viva del río Moldava. La dama silenciosa, escuchaba a veces, cuando pasaba de largo delante de un banco lleno de ancianas. La dama silenciosa, me llamaban mis vecinos de Malá Strana.

*Maman* venía a verme como antes. Teníamos un abono para la temporada de conciertos en el Rudolfinum y un palco en el Teatro Alemán; antes o después de la música, comíamos o cenábamos juntas en el Palacio Savarin.

Una tarde, en Savarin, acabamos de cenar, pero afuera llovía y ni mi madre ni yo habíamos traído paraguas. Alguien pronunció mi nombre y me saludó en alemán. Miré hacia arriba y vi al padre de uno de mis ex alumnos. *Herr Singer* me sonreía, pero bajo la educada sonrisa melancólica —la melancolía, del mismo modo que la elegancia, era característica de los hombres judíos de Praga— descubrí otra reacción. *Herr Singer* estaba extrañado ante el cambio que se había producido en mí. Leí en sus ojos que había adelgazado, que estaba pálida y desmejorada; a *Herr Singer* le resultaba desagradable ser testigo de mi metamorfosis. En la mirada de aquel hombre atractivo, de piel aceitunada, que evidentemente sabía apreciar la belleza femenina, leí que la muerte me había infligido una condena.

A continuación, *Herr Singer* giró sus ojos hacia mi madre; en ese momento se olvidó de mí. Los presenté: *Herr Singer*, *Frau von Wittenberg*. El señor *Singer* dijo:

—A la luz de su presencia, este lujoso restaurante francés ha perdido su brillo.

Aunque un hombre tan cortés y elegante como *Herr Singer* nos miraba tanto a mi madre como a mí mientras decía estas palabras, quedó bien patente que aquel cumplido iba dirigido a ella.

*Herr Singer* nos invitó a bailar, «si su luto se lo permite, apenas un momento, aquí al lado, en la plaza Wenceslao, conozco allí un sitio muy acogedor donde tocan jazz». *Maman* me miró de manera interrogativa, su mirada decía: ¡Ven!, ya has pasado demasiado tiempo de luto, los ojos le brillaban. A sus cuarenta y ocho años era esbelta, juvenil y enigmática como sólo las mujeres maduras y experimentadas saben serlo. Me acompañaron a casa en un taxi; *Herr Singer* se interesó por si su hijo podría volver a dar clases de piano conmigo. Curiosamente, esta vez mi madre no protestó. Bajé, *Herr Singer* se trasladó del asiento delantero al posterior, junto a mi madre. Les hice un gesto de despedida con la mano, pero estaban tan sumergidos en su conversación que no me vieron.

Fui directa al piano, toqué los *Intermezzi* de Brahms. Pero aquel día no me llenaba como otras veces. Pensaba en la charla del restaurante: el señor Singer me sonreía, pero no me miraba como a una mujer, sino como a una criatura digna de compasión.

¿Por qué la muerte me había cambiado tanto? El matrimonio, tal como lo había conocido, no me había llenado. Seguro que con el tiempo me habría divorciado. Pensaba en la mirada suplicante de mi marido; en su... digamos pasión, en los celos con que expresaba su amor por mí, en su muerte repentina... ¿a causa de la bancarrota? O más bien... Desde la sala cerrada, desde la decimotercera habitación, llegaba a mis oídos una voz apenas perceptible que me decía: ¿No es la mala conciencia la que te hace pensar todo eso? Todo este teatro con el duelo, las habitaciones a oscuras y el deseo de una noche eterna... Y yo preguntaba: ¿Sensación de culpa? ¿Culpa de qué? Y la voz: ¿De qué? ¡De vivir! Tú sí, y él no. Yo decía: Pero si apenas vivo. Y la voz: ¡De eso se trata! Esta es la última venganza de nuestros muertos: entristecernos para que no vivamos o vivamos poco y mal.

Para no escuchar aquella voz cerré la puerta de mi decimotercera habitación, aquel rincón secreto, con un golpe fuerte.

Al día siguiente por la mañana me desperté temprano, saqué del armario una falda del color de las nueces —desprendía olor a naftalina—, un par de medias transparentes y una blusa de un blanco roto. Pedí hora por teléfono a Giuseppe. Me corté el pelo por debajo de las orejas, me dejé unos cuantos mechones más rubios que nunca, y me puso la guinda: una cinta de color rojo pecado, el último grito de la moda. No regresé a casa hasta después de haber cenado en un restaurante lujoso; encendí todas las luces y llamé al señor Singer. Quedamos en que, a partir del siguiente lunes, volvería a dar clases a su hijo.

El piano quedaba junto a la ventana. Cuando venían los alumnos —en su mayoría hijos de familias ricas judías, como la del señor Singer— solía abrir de par en par la cortina para que se viera bien el uso del pedal. Mientras mis estudiantes practicaban sus ejercicios y yo escuchaba para corregirlos, observaba la casa que tenía enfrente, al otro lado de la calle. Lo hacía sin pensar; era gris como una nube cargada de lluvia y no tenía nada interesante. Pero un día me fijé que una mano subía la persiana y abría la ventana. Una mujer se asomó y aspiró el aire estival —el verano estaba a punto de estallar—; echó una ojeada a la calle para, inmediatamente, desaparecer en el interior. Al día siguiente se repitió la escena. La mujer se asomó para observar la calle, entonces saludó a alguien con la mano, con mucha alegría, y cerró la ventana. Otro día, a su lado, un hombre se apoyaba en el alféizar y le decía algo al oído. La mujer se mordió el labio inferior. Pero vino una ráfaga de viento y la pareja tuvo que cerrar la ventana. El viento trajo consigo una serie de días nublados llenos de lluvia; la ventana se quedó cerrada y yo me olvidé de mis vecinos.

Después, un día abrí la cortina y la mujer se asomó de nuevo. A primera vista me pareció ordinaria, pero me di cuenta de que no era así. Iba maquillada y toda la pintura se le había corrido: la de los labios, la de los ojos y la de las mejillas, y tenía el pelo revuelto. Debía de ser bastante mayor que yo, pero un poco más joven que mi madre. Se limpió la nariz con el dorso de la mano... Ahora lo veía claro: ¡estaba llorando! Miluška, una de mis estudiantes, tocaba en ese momento la sonata *El claro de luna*, de Beethoven. Abrí, apenas un resquicio para que el aire fresco pudiera entrar; ella nos clavó su mirada, seguramente debía de oír la música. Él también apareció en la ventana: miró a la mujer sorprendido y le acarició el pelo revuelto. Entonces se alejó y regresó con un gran pañuelo de caballero, limpio y planchado. Enjugó la cara de ella... sí, igual que a mí, un día, *Monsieur Beauvisage* me había limpiado el pie cubierto de barro en el parque de mi casa. Ella, entonces, rompió a llorar. El hombre, nervioso, volvió a desaparecer en el interior del piso. Lloraba a lágrima viva... ¿De dónde sacaba tantas lágrimas? Después, poco a poco, ya sólo dejaba escapar algún sollozo de vez en cuando. Una vez calmada, el hombre volvió. La abrazó, le besó el pelo, la frente.

—¿Es esto el amor? —me pregunté en voz baja.

—¿Perdone? —dijo Miluška, que no me había oído bien desde el piano.

—Nada, Miluška, continúa tocando.

Miluška hundió los dedos en las teclas.

El hombre acarició a la mujer y ella se abandonó.

Sí, eso es el amor, pensé con un asomo de celos. Frágil como una flor a la que comenzaron a crecerle espinas.

La mujer se resistió. Intentó apartar al hombre a empujones. Él se oponía. Los ojos de ella se habían hecho pequeños como dos arándanos llenos de un odio ardiente. Ofendido, el hombre se apartó. Ella le dio una bofetada. Él le gritó. Los dos desaparecieron dentro.

—Eso es el amor —dije.

Miluška me miró sin entender nada.

Hugo, mi siguiente alumno, no hizo caso de mi humor y tocó Haydn sin prestar atención a nada más.

El hombre llora porque es débil, me dije. Quien lo consuela es el más fuerte. El débil odia al fuerte: se resiste, se vengá. Quiere así sentirse más fuerte, pero no hace sino dar más pruebas de su debilidad. El odio no es, pues, ningún síntoma de fuerza.

Hugo me entregó el sobre con el dinero y salió. La relación entre un alumno y un profesor es clara. Como también lo es la de los padres y los hijos, la del empresario y los empleados. ¿Y la de un hombre y una mujer?

Al cabo de unos cuantos días los volví a ver juntos en la ventana. Estaban callados. Miluška tocaba un estudio de Chopin de manera tempestuosa. Cuando acabó, el silencio me sonó como una música más profunda y real que la anterior.

Hacía bochorno. Mi ventana estaba medio abierta.

El hombre y la mujer de la ventana estaban callados, entregándose a la tarde calurosa. De repente ella lo miró con firmeza y dejó escapar un grito. Era una orden. El hombre tembló. La mujer se alejó, enérgica, con otro grito, otra orden. El hombre se protegió la cara como alguien que ha recibido muchos golpes. Me pareció el caballo maltratado de mi infancia.

Volví a la realidad.

¿Quién es más fuerte?

Adiós, Miluška, hasta el próximo martes.

Cerré la tapa del piano y me puse un vestido nuevo. Era blanco y negro, muy ceñido, con una falda corta que me quedaba por encima de la rodilla. Los guantes negros me llegaban más arriba del codo. Las sandalias nuevas, blancas y con tacón alto, me hacían daño. ¿Y qué? Me iría a un café, pensé, o al cine, o a una fiesta a la casa de unos amigos. O a bailar, ¡y las sandalias nuevas cederían! ¡Era necesario huir,irme lejos de casa!

—¡Una copa de vino tinto, por favor!

No me apetecía tanto como el blanco, pero era fundamental que tuviera el color de las rosas para que mi sentido de la estética quedara satisfecho. En la mesa del café había un pequeño jarrón de cristal en forma de tubo con una única rosa del color de la sangre.

En los reflejos del vino sobre el mantel blanco, que decoraba la pequeña mesa del café, proyecté las imágenes de la fiesta del día anterior. Unos cuantos poetas habían leído sus versos surrealistas y, en una silla de mimbre, había quedado abandonado un único guante de cuero.

...Al primer acorde  
los bailarines agitaron unas alas de brazos de chica  
como mariposas nocturnas al primer rayo del alba...

Leyó sus versos uno de los poetas y, tras los aplausos, continuó recitando:

...las rodillas,  
unas rodillas enclenques  
como dos cráneos con sedosas coronas de ligas  
del desesperado reino del amor...,

mientras yo contemplaba fijamente aquel guante de cuero, en uno de cuyos dedos

alguien había clavado un cuchillo.

Toda aquella noche sentí pinchazos en mi dedo índice, como si el cuchillo hubiera estado hundido en mi carne.

—¡Qué naturaleza muerta surrealista! —había reído uno de los jóvenes poetas que había conocido en París, intentando entablar conmigo una charla. Pero a mí me dolía el dedo y no me apetecía hablar.

Pedí otra copa. Y, después de haber bebido la mitad, dije al camarero que pasaba volando junto a mí:

—Tráigame un cuchillo. No, éste de punta redondeada no me sirve. Tiene que ser un cuchillo con punta aguda, y bien afilado. De cortar carne, ¿de acuerdo?

Bebí otro trago de vino. Con la punta del cuchillo recorté el contorno de mis dedos sobre la mesa, toda mi mano y mi brazo envuelto en un guante negro de encaje, largo hasta más arriba del codo, donde un friso de piel blanca separaba el guante negro de mi vestido sin mangas.

Sentí las miradas masculinas: me buscaban desde todas las mesas contiguas.

Clavé la punta en uno de los huecos que quedaba entre mis dedos envueltos de encaje negro. Otra vez, en el hueco del dedo siguiente. Y una vez más, y otra. Algunos hombres se levantaron de sus mesas y se quedaron de pie, inmóviles, como si quisieran socorrerme. Mis movimientos cada vez eran más rápidos. La punta del cuchillo se clavaba en la madera de la mesa, una y otra vez.

...Qué noches tan hermosas,  
cuando la ciudad parece un reloj,  
un beso, una estrella  
o un girasol que se dobla...

iba cantando los versos de la fiesta mientras jugaba con el cuchillo. Con la punta rozó mi dedo, el anular. Qué importaba. Entonces hirió mi pulgar. Qué importaba. Más y más hombres saltaron de sus asientos. De entre los hilos negros brotaron gotas de sangre. Aumenté el ritmo mientras cantaba...

...Qué domingos tan hermosos,  
cuando la ciudad parece una pelota,  
una carta, una ocarina  
o una campana que repica.  
En la calle soleada  
se besaron las sombras de los viandantes  
y la gente se fue de allí extraña y anónima...

Un hombre se me acercó, pero no se atrevió a intervenir en mi juego. Mis guantes

ahora estaban bordados de sangre. El silencio reinó en el Café Louvre completamente lleno, aquella tarde.

De repente todo comenzó a desvanecerse y a desaparecer en una nebulosa densa a medida que yo me hundía...

Volví en sí en la cama de mi casa. Alguien me vendaba los dedos y una voz masculina decía con un acento alargado, extranjero, como si cantara:

«...El vino y la sangre, y el encaje virgen, pero negro como el deseo, todo eso bajo la bandera purpúrea de una rosa... Usted amará a alguien, hermosa extranjera, y después matará a su amado, o lo enviará a la muerte o a la hoguera, y mientras lo hace, estará convencida de que será por el bien de ambos...».

La canción se fundió con la noche.

Cuando desperté, mi abuela estaba sentada junto a la cama.

Así que mi aventura nocturna había sido una alucinación, un sueño recortado de la reciente fiesta surrealista, pensé.

Pero... sobre las sábanas de mi cama, inmóvil, yacía mi mano izquierda, desfigurada por las gruesas vendas blancas.

Aproximadamente un mes después de aquel juego con el cuchillo, una noche regresaba de una fiesta en casa de unos amigos, destacados arquitectos. Amanecía, canturreaba por lo bajo mientras caminaba un poco insegura. Me detuve delante de mi casa buscando las llaves. Entonces, de la casa de enfrente salió un hombre. No lo esperaba y me asusté. El hombre tenía el pelo largo y despeinado, una camisa sin planchar, un desaliño digno de ver. Cargaba unos paquetes o, mejor dicho, un hato enorme, como el que acostumbran a llevar los gitanos o los campesinos. Caminaba despacio y, aunque hacía calor, el hombre temblaba. No sé por qué pensé en el caballo maltratado de mi infancia.

Encontré las llaves y entré, cerrando de golpe la puerta de haya. Y de repente lo vi claro: aquel hombre era mi vecino. No lo había visto nunca al completo y, además, siempre había estado en compañía de su mujer. Aquel hombre se iba para siempre, lo supe. Y no sé por qué, sentí como si me hubiera abandonado a mí también.

Unas semanas más tarde, en la ventana de enfrente apareció un señor con el pelo corto y gafas de sol. Besaba a la vecina, en sus hombros desnudos.

Pero entre las fiestas y cenas con la élite intelectual de Praga olvidé al hombre del hato y la vecina de enfrente dejó de interesarme.

—Camarero, traiga una copa de vino blanco, por favor.

Después de colocar sobre la mesa del café el libro que me había traído, *El idiota*

de Dostoievski, encendí un cigarrillo.

A unos cuantos pasos del camarero, junto a la ventana del Café Louvre, un hombre con una cartera desgastada parecía buscar a alguien. Me resultó familiar, pero no recordaba dónde lo había conocido. Seguramente en una de las fiestas. Cuando miró en mi dirección, solté el humo del cigarrillo. Como si fuera yo a quien buscaba.

—¡Por fin! —dijo como si tuviéramos una cita.

Tomé un trago de la copa que el camarero me había servido y, rápidamente, pagué mi consumición para que el hombre no se me adelantara.

Él se había sentado frente a mí, colocó la cartera en el suelo y me observó en silencio. Yo aparenté estar leyendo mi novela. Y pensé que, mientras que todos los hombres que había conocido hasta ese momento habrían intentado entablar conversación, él permanecía callado y me miraba con aquellos ojos llenos de curiosidad.

Bebí deprisa para poder marcharme. El vino se me subió a la cabeza.

El hombre tomó mi copa por la base y bebió un trago. Lo miré con sorpresa e hice un gesto de reproche.

—Disculpe si la molesto —dijo.

Yo no dije nada. Tras una pausa, él añadió, como para sí mismo:

—Una mujer elegante leyendo *El idiota* de Dostoievski. Asombroso.

Tenía voz de bajo, como un cantante de ópera, y hablaba con un fuerte acento extranjero. Sin embargo, el juicio que transmitía su frase provocó que lo mirara con rechazo. Pero él no me hizo ningún caso y continuó.

—Está leyendo *El idiota* de Dostoievski. Es una gran coincidencia: el otro día alguien me enseñó una reproducción del cuadro de Holbein que retrata al Cristo muerto que acaban de bajar de la cruz. Dostoievski debió de haber visto aquel cuadro en Basilea, y bajo la impresión de la pintura escribió unas reflexiones sobre ella en este libro.

—Aún no he llegado hasta este capítulo —dije disculpándome.

—Dostoievski afirma respecto a ese Cristo que, después de haber contemplado la pintura, un creyente puede perder la fe.

—¿Por qué? —dije.

—Yo también me había hecho esta pregunta. No lo explica. Más tarde, mirando el cuadro con tranquilidad, lo entendí: el Cristo muerto es más humano que divino, de hecho es el hombre en toda su miseria, despojado de sus anhelos y de la esperanza de las preguntas y las dudas, y de cualquier grandeza, incluso de la grandeza de la libertad; es un hombre más solo que el Cristo de *Las siete palabras* de Haydn, que tiene el último consuelo de la tragedia. El cuadro de Holbein no es ni una tragedia majestuosa ni un drama amable en *adagio e cantabile*, sino el vacío absoluto, el Cristo de Holbein es un hombre insignificante, sin más destino que el de haber muerto, como todos los hombres, y haber caído en el olvido. Como si el pintor dijera al espectador: Este eres tú. Entonces, el espectador reconoce su propia miseria



terrenal, tan alejada de la solemnidad divina y... pierde la fe. Su dios ha muerto cuando él necesitaba de su inmortalidad.

Mi acompañante hojeó el libro durante un momento. Después de un silencio, que se me hizo eterno, dijo:

—Ahora iremos a cenar.

—No tengo tiempo para ir a cenar —respondí con aspereza.

No sé por qué, pero me miró espantado. Tenía unos ojos en los que se podía leer todo. Como los de un animal.

Se levantó y me ayudó a ponerme en pie.

—Me voy a casa —dije con la misma dureza de antes.

—Bueeeno —alargaba las vocales.

Me acompañó por las calles de la Ciudad Vieja. Nos aproximamos al muelle del río.

—Aquí, entre.

Se apoyó en la pared para dejarme pasar a mí primero. Lo miré de abajo arriba. En aquella callejuela oscura, su cara era una habitación sombría con dos ventanas tras las que se extendía el mar verde, transparente.

Me agarró del brazo y me hizo entrar en un pequeño restaurante subterráneo con una bóveda gótica. Estaba lleno, constaté con alivio. Pero el propietario parecía conocer a mi acompañante y desde algún lugar hizo aparecer una pequeña mesa para dos con un mantel blanco.

—Me quedaré, pero apenas un momento —dije.

El dueño puso entre nosotros una botella de vino tinto y una gran ración de carne asada acompañada de montañas de arroz, todo decorado con una rama de perejil.

Observé que aquel hombre alto y apuesto, tan diferente de nuestros intelectuales con gafas, pálidos y afeminados, comía de una manera exquisita.

Sostenía el extremo de los cubiertos con dedos alargados; lentamente cortaba pequeños pedazos de carne que ponía en su boca como una golondrina que alimenta a sus polluelos. Sus manos se alzaban como si no pesaran más que las alas de un pájaro. Comía despacio, con delectación, pero su interés principal iba dirigido a mi comodidad. Se daba cuenta de cada gesto que yo hacía; me sirvió vino y agua, se levantó para ayudarme a sentarme más cómodamente, me sirvió un trozo de carne, y unas hojas de lechuga, y todo con gran discreción.

—Usted es un príncipe polaco.

—No.

—Un duque húngaro, pues.

—No.

—Entonces es un conde.

—No.

—Pero es un aristócrata.

—No.

—He nacido entre la nobleza y sé distinguirla en los demás.

—En Rusia hubo una revolución.

Sus manos se echaron a volar, después se hundieron, deslizándose hacia los costados. Rusia... la revolución... una explosión... el caos... muchas cosas quedaron destrozadas. El gesto fue sencillo, claro, elocuente. Y además, hermoso. Una acuarela expresiva esbozada con dos pinceladas.

—¿Su padre era príncipe, pues?

Como respuesta, sus manos volaron hacia arriba para, a continuación, caer como alas cortadas. Se me pasó por la cabeza que no debía volver a preguntar nunca más este tipo de cosas.

¿Nunca más? ¿Es que había un futuro para nosotros?

—Se llamaba Ivan —dijo mi acompañante—. De modo que yo soy Ivanovich.

—Ivanovich, me suena a los cuentos rusos.

—Mi infancia fue un poco como la de un cuento. Me llevaban a las iglesias. A las iglesias rusas ortodoxas.

—¿Para rezar, verdad? ¡Conozco muy bien eso! ¡Los santos, dios!

—Dios, sí: como belleza. Y la belleza como dios. Una vez a la semana mis padres me llevaban a la iglesia. Fue allí donde descubrí la belleza más auténtica. Popes espirituales con larguísimas barbas blancas y una túnica negra, larga hasta el suelo; pronunciaban las palabras de la misa con voces de bajo, muy melódicas. Cuando salía de la iglesia me encontraba justo en medio de un silencio blanco deslumbrante, de la vasta soledad rusa, y me quedaba cegado por el sol helado, por la nieve y el hielo.

Mientras tanto, probé, a grandes sorbos, el vino rústico de Mělník. Mi compañero de mesa me servía más y más. Después de haber hablado de la soledad gélida de Rusia, guardó un prolongado silencio; evidentemente se encontraba en otro mundo. Poco a poco su ausencia del mundo, que era el mío, me comenzó a inquietar.

—Usted, señor Ivanovich, ¿no me pregunta quién soy yo?

—No. Lo sé. Usted es Venus nacida del silencio.

Sus palabras me sacudieron. Nunca había oído algo así. Palabras parecidas quizá sí, pero nunca dichas de esta manera. Los hombres que yo frecuentaba inventaban metáforas poéticas y las arrojaban a las faldas de las mujeres como si fueran ramos de violetas. Pero complacidos de su propio ingenio. Cuando hablaban con una mujer, en el fondo se dirigían a sí mismos. Este hombre hablaba con sencillez y franqueza, y sus palabras iban dirigidas a mí.

Disculpándose, se levantó para ir a ver al propietario. Discutieron un buen rato. El dueño decía que no con la cabeza, insistentemente: no y no. Mi acompañante señaló los cuadros de las paredes, sus ojos brillaron. Me di cuenta de que aquellos cuadros eran suyos.

A primera vista parecían un caos de colores y formas. Pero con una mirada más atenta se descubría un orden y una armonía ocultos. Y quien quería podía encontrar el follaje y las ramas de un bosque, en púrpura, violeta, malva y azul, y podía descubrir

las raíces de los árboles, el musgo y los tallos, en colores terrosos. Estos cuadros no salían de la mano del pintor sino de su interior. De un interior sin duda turbulento, pero idealista y soñador, que busca su centro. Me pasó todo esto por la cabeza en un segundo aunque no tenía razón necesariamente. Lo cierto es que aquellos cuadros desprendían angustia y necesidad de buscar refugio en otro mundo.

El propietario, un hombre joven, continuaba diciendo que no con la cabeza. Mi acompañante bajó la mirada. De camino hacia el lavabo saqué un billete de cien coronas de mi bolso y, con suma discreción, lo introduje en la mano del propietario. Con los ojos le hice una señal de que no lo mencionara. Hizo un gesto de que estaba de acuerdo, también con los ojos, mientras golpeaba a mi compañero de mesa en la espalda y le decía:

¡Bueno, Andréi! De acuerdo... ¡Pero por tu culpa mi negocio se irá a pique!

Cuando regresé del lavabo —había estado a punto de repasarme los labios con el color del coral, pero esta vez mi costumbre me había parecido inútil e innecesaria—, Andréi me esperaba con mi abrigo negro en la mano. Me ayudó a ponérmelo.

En la calle llovía. Las gotas, que humedecían mi cara, me inundaron de alegría. En el puente de Carlos comenzamos a correr. Llovía a cántaros. Nos detuvimos sin aliento a mitad del puente. Estábamos solos. Buscábamos nuestros santos. Yo quería que los míos fueran serenos y estuvieran llenos de sentido común. Andréi hacía suyos a los santos más excéntricos y estrambóticos que alzaban los brazos hacia el cielo.

De repente subió al margen de piedra del puente para detenerse en la misma postura de su santo.

Me quedé petrificada.

Al final dije maquinalmente:

—¡Baje, no me haga esto!

—No me haga esto —repetía cautivado mientras bajaba—. Una hermosa lengua la que permite expresarse así. ¡Fantástica!

Ahora sólo lloviznaba. Me sentí fatigada como si no hubiera dormido en una semana.

—Quiero descansar.

Cruzamos el puente, fatigados. Nos detuvimos para contemplar el reflejo de las extrañas luces del monte Petřín en el Moldava.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

Se puso frente a la estatua de una santa barroca con los dedos alargados, el vientre abultado y la cabeza decantada con coquetería.

Estaba ocupada observando un punto luminoso en las ondas. Esta es mi estrella, pensé.

—¿Dónde vivo? —repetí cansada—. Aquí en Praga, quiero decir. En alguna parte tengo que vivir, ¿no? Y usted, ¿dónde vive? —pregunté con insistencia.

Me miró, repentinamente enmudecido.

Me sentí irritada.

—¡Dígame dónde vive!

El hombre tembló ligeramente.

—Quiero saber dónde vive, ¡nada más!

—Lejos, muy lejos. ¿Quiere que me vaya? —dijo.

—Cállese y sígame —dije con severidad.

Me miró sorprendido.

Quizá no me había entendido. Le di la espalda y repetí mi orden, de una manera aún más marcial que antes.

—Cállese.

No sabía qué me pasaba. ¿Encontraba placer jugando con el evidente desconcierto de aquel hombre?

Andréi parpadeaba de prisa. Tenía la angustia inscrita en la cara. Como un cervatillo ante un perro de caza. Me sentía como un general antes de la batalla.

—Soy un general —grité hacia el hombre. Había entrado de lleno en aquel juego.

Él cerró los ojos como si lo hubieran golpeado. Incluso en la penumbra se veía que estaba pálido.

—Soy un general cruel y severo —marchaba yo sonoramente sobre el pavimento del puente.

El hombre no se atrevía a respirar.

—Marchemos —grité a pleno pulmón—. A marchar y a callar.

Di unos cuantos pasos de marcha militar. Me giré para ver qué pasaba.

Andréi se mantenía apoyado en el borde del puente, le temblaban las piernas. Me miró. Sus ojos estaban dilatados por el horror.

Un poco después se giró y desapareció en la niebla.

No sé durante cuánto tiempo permanecí allí, temblando y mirando fijamente la noche. Después de un largo rato, en el borde del puente, hallé la cartera que había dejado en la oscuridad.

Al día siguiente fui al Café Louvre. Encontré a una amiga que celebraba su nuevo papel en el Teatro Nacional. ¡Haré Nora!, no dejaba de exclamar, y me envió una copa de champán a mi mesa.

Al otro día me puse un jersey rosa y una falda de punto del mismo color. Me llevé, como lectura, los poemas de Nezval y de Seifert. Me fumé un paquete entero de cigarrillos. Cuando se acabaron los míos, los hombres de las mesas contiguas me ofrecieron de los suyos.

El cuarto día me dije que durante una semana, como mínimo, no volvería a entrar en el café, y me fui al teatro a ver a mi amiga en su papel de Nora.

El quinto cené en casa de una conocida periodista y traductora. La gente hablaba de los cuentos de un escritor checo en lengua alemana, un tal František o Franz Kafka, o Kafka; un actor leyó un par de cuentos en voz alta, en el original. Ya lo sé:

Odradek, ésta soy yo.

El sexto no lo pude soportar más y fui a tomar un aperitivo al Café Louvre. Para no mirar fijamente la puerta como una obsesa, iba leyendo el texto que estaba colgado en la pared, enmarcado en madera roja:

¿Tienes preocupaciones que parecen irresolubles? ¡Ve al café!  
¿No ha venido a verte y estás destrozada? ¡Ve al café!  
¿Tienes los zapatos gastados? ¡Ve al café!  
¿Eres muy ahorradora y no te regalas nada? ¡Al café!  
¿Ningún hombre que conoces te acaba de gustar? ¡Al café!  
¿Estás a punto de suicidarte? ¡Al café!  
¿Odias y desprecias a la gente, aunque no puedes vivir sin ella? ¡Al café!  
¿Tienes deudas por todas partes? ¡Al café!

El séptimo día me dije: ¿Deseas algo y no sabes qué? ¡Al café!

El octavo día vinieron Miluška y cinco alumnos más. Por la tarde, tomando té con mi madre y con el señor Singer, comprendí que se veían a diario.

A medianoche no pude más.

¡No puede ser! Eso es indagar en la intimidad de los demás, me recordé.

La cartera contenía unas cuantas monedas, un lápiz, un pañuelo blanco, limpio y planchado, y un pequeño cuaderno lleno de dibujos, direcciones y números de teléfono. Y también un billete de tren de una ciudad lejana, en la montaña, y otro billete de un pueblo cuyo nombre no me decía absolutamente nada. Y algo más: un pequeño paquete envuelto en una servilleta blanca de algodón atado con una cinta azul celeste.

¡No puede ser! Eso sí es indagar en la intimidad de los demás, me recordé otra vez. Abrí el paquete: había un paño negro. Extendí el paño sobre la cama. Ante mí apareció un guante largo de encaje negro; sus dedos tenían manchas oscuras del color de la arcilla: de sangre seca.

Bajé del autobús que me había llevado al pie de la alta montaña, con aquella cartera de piel, desgastada por el tiempo y el uso. Dos ancianas con pañuelos negros en la cabeza, tras superar su aversión, me ayudaron a orientarme.

El cielo estaba muy bajo, las gotas de humedad perlaban el aire.

Por la senda de la montaña, sin asfaltar, un carruaje prehistórico bajaba hacia mí. Junto a él caminaba un patriarca gitano de sombrero negro y, siguiéndolo, se balanceaban dos gitanas de edad madura. Una de ellas llevaba en la cabeza un pañuelo de color púrpura, la otra, uno de color azul eléctrico; no disimularon la curiosidad con la que me miraban. Cuando llegaron a mi altura, el carruaje se detuvo y me preguntaron en un checo duro, extranjero, qué es lo que venía a hacer a ese

lugar, ahora que muchos de los que allí habían nacido se marchaban porque a su alrededor todo era odio, hostilidad de los checos a los alemanes, de los alemanes a los checos y de todos a los gitanos. Dije el nombre de Andréi. Se miraron entre sí. La gitana se encogió de hombros y, apartándose el pañuelo azul eléctrico, exclamó:

—¡Ah, ah!

Miré interrogativamente. La gitana del pañuelo púrpura dijo entonces:

—¿Tiene que ir usted a la fuerza? ¿Seguro? ¿Quizá tiene hijos suyos?

Me ruboricé.

El gitano hizo una señal con la mano para que el viejo carruaje, repleto de cajas, hatos, sacos y paquetes, se volviera a poner en marcha. Me fijé en que sobre aquel montón de hatos reposaba un violín y una especie de mandolina abombada.

La gitana de azul volvió a hacer su «¡Ah, ah!» gutural.

La gitana de púrpura me hizo una amplia despedida con la mano y añadió:

—Es un buen hombre.

El gitano susurró:

—¡Tenga cuidado!

Se marcharon; se giraron y me hicieron nuevos gestos de despedida con la mano y la cabeza, el carruaje se bamboleó y las gitanas bajaron al valle con paso de danza.

Resonaban sus palabras en mis oídos. Después pasaron tres leñadores, también ellos me observaron como a una intrusa. Luego, un campesino con los pantalones llenos de zurcidos me adelantó. Llevaba una cabra atada con un cordel. Me miró con los ojos llenos de malicia antes de desaparecer tras una curva.

Un hombre alto y rubio bajó de la montaña. De repente corrió a mi encuentro.

—¡Venus nacida del silencio!

Me abrazó como si nos conociéramos de toda la vida. Le entregué la cartera, hizo un gesto como que no importaba, el mismo que había hecho el gitano. Me cogió del brazo; así me había conducido aquella noche en Praga por las calles de la Ciudad Vieja.

Me mostró los arbustos y los árboles más comunes e inventaba nuevos nombres para cada uno. Me enseñó la casa medio derruida en la que vivía.

Comenzó a llover; lo consideré el momento idóneo para acompañarme a ver la naturaleza. La lluvia helada impregnaba el bosque. Como llovía a cántaros, nos resguardamos en una cueva que Andréi conocía tan bien como el restaurante. Hablaba de las piedras, las cogía y me las mostraba, y yo veía claramente los cuadros que colgaban en la pared. Nos sentamos en una roca ancha. Mis dedos se deslizaron por la pared mientras contemplábamos el bosque de cristal tallado. Andréi dijo con una voz de otro mundo:

—No pensemos más en la gloria y la vergüenza del mundo. ¡Lo tenemos todo!

Sí, teníamos todo lo que podíamos desear. Callamos.

Andréi dijo en voz baja:

—¿Tiene hambre quizá?

Sin esperar mi respuesta, sacó de su bolsillo un pedazo de pan envuelto en un pañuelo. Con aquellos dedos largos, blancos y finos lo dividió en dos partes y me dio el trozo más grande.

Los ojos le centellearon al comprobar mi apetito. Cuando había acabado de comer, solícito, me puso las migas de su parte en la boca, poco a poco, con cuidado, me acariciaba los labios con las yemas de los dedos. Después bebimos el agua del torrente que bajaba de la alta montaña.

—¿Quiere quedarse aquí conmigo? ¡Quédese, por favor! —repitió como un niño. Quería quedarme, lo sabía.

—Me voy a buscar el autobús —dijo mientras contemplaba una nube sobre el fondo del cielo oscurecido.

Andréi siguió mi mirada. Dijo:

—Esta nube es como la vida, cambiante, fugaz. Y libre.

Me olvidé por completo del mundo; esperaba que Andréi me volviera a pedir que me quedara. Tenía en la punta de la lengua las palabras «Sí, me quedaré».

—La acompañaré al autobús —dijo con la voz llena de tristeza.

Su tristeza me llenó de satisfacción.

Andréi dijo:

—El tiempo se aferra a las ondas de las montañas, profundo e indomable.

Bajo una cortina de agua llegamos a una cabaña de madera; era la parada del autobús.

—Adiós.

¿Por qué me despedía? Quería que se quedara conmigo.

—Adiós —respondió y me estrechó la mano.

No. Andréi, este hombre de la montaña que a veces hablaba como si habitara otro mundo, no podía comprender que el no de una mujer a menudo significa sí.

Al cabo de un rato me dijo en voz baja:

—Mire, los charcos oscuros reflejan las montañas y sobre ellas flota el cielo nublado. Usted se va, la mujer nacida del silencio, y todo volverá a ser como antes. Me gustaría decirle tantas cosas. Se va, y si nos volvemos a encontrar algún día sé que entonces me escuchará. Lo sé.

Y se alejó lentamente a través de la lluvia de perlas.

Hablaba y reaccionaba de una manera diferente a la mayoría de las personas. Pero aquí, en medio de la montaña, no lo encontré sorprendente. El viento hizo resonar los bosques; el aire del atardecer, que el brillo de la lluvia iluminaba, me refrescó las mejillas y me impregnó de nostalgia.

—Sylva —dijo Andréi, que de repente volvió a estar ante mí—. ¿Por qué la gente se va a dormir ahora? ¿Y por qué se va usted precisamente ahora, cuando la tarde lluviosa trae tanta belleza triste?

—Me alegro de que haya vuelto, Andréi.

—He olvidado decirle algo. ¿Conoce esto?

Comenzó a recitar algo en ruso, en voz baja, haciendo largas pausas durante las que tenía la sensación de que era el silencio mismo el que recitaba. Los versos decían algo sobre la nieve, la prisión y una campana...

...Las montañas envuelven la prisión.

Y un océano de nieve.

La manta está fría como un trozo de hierro.

El ensueño se ha hecho ceniza.

Y aun así no todo se puede atar con cadenas:

¿de dónde vienen los repiqueteos de esta campana?

Después de un buen rato pregunté:

—¿De dónde venían, Andréi?

Cayó una piña sobre el tejado de la cabaña que alejó a Andréi de sus pensamientos.

—Serví en el Ejército Rojo. En la caballería, ¿sabe? —narró lentamente, reflexionando, recordando.

Si le hubiera escuchado atentamente, me habría dado cuenta de que para él aquellos hechos revestían una importancia capital. Pero, en aquel momento, no escuché sino la voz de mi propia curiosidad. La revolución, la guerra... ¿Qué era la guerra para mí? En mi inexperiencia no se me ocurrió que para alguien la guerra, el cautiverio y la muerte podían estar estrechamente ligados con la vida.

—¿Y qué había antes? Quiero decir... ¿antes de la guerra rusa? —pregunté.

—Nada. El vacío.

—La vida de un joven aristócrata, ¿eso es el vacío? —reí.

—Mire este torrente —dijo, cambiando de tema.

¿Por qué razón evitaba hablar de su pasado?

—¿Qué ve allí? —preguntó.

—Piedras y agua —respondí.

—Sí. Las piedras permanecen, el agua fluye; las piedras callan, el agua murmura. ¿Hacia dónde va?

—No lo sé.

—Creo que hacia el cielo lejano —dijo Andréi con la mirada puesta en las ondas del torrente.

—¿Qué vida llevaba un joven aristócrata en la Rusia de los zares? —hice una mueca.

—Si insiste... Cuando era pequeño, esperaba toda la semana con obsesión el domingo, el momento en que mis padres me llevarían a la iglesia. Largas misas ortodoxas, enigmáticas y emotivas, llenas del canto litúrgico y de la luz que esparcían



las velas, del oro de las paredes y de los colores vivos de los iconos, del olor fuerte del incienso y la penumbra, del misterio.

—¿Y después de la infancia?

—El palacio de mis padres sobre el canal Fontanka, en verano una casa de campo en Répino. Y la Academia de Bellas Artes en San Petersburgo, después la Academia de Arte en Berlín, y a continuación otra vez la de San Petersburgo.

—¿Qué aprendió allí?

—En Berlín descubrí el arte de las ciudades más antiguas del mundo. Pude admirar las estatuas de los súmenos. La de Gudea, el gobernador sumerio; fue toda una revelación para mí, me pareció la personificación de la belleza espiritual, tal como la había conocido de pequeño en Rusia.

—Piensa a menudo en aquel gobernador sumerio, ya lo veo.

Él es una piedra, yo soy el agua que fluye, pensé. La piedra dura; el agua, en un eterno movimiento circulatorio, regresa allí de donde ha salido.

Permaneció callado, reflexionaba sobre algo.

El Ejército Rojo. El ejército de caballería —dijo muy serio al cabo de un momento.

—Explíqueme, ¿cómo un joven aristócrata y artista refinado de San Petersburgo pudo ir a parar entre los bolcheviques del Ejército Rojo?

—La explicación es sencilla: yo creía en los ideales de la revolución —dijo Andréi sin ninguna sombra de broma, con los ojos fijos en la oscuridad del bosque.

Me apetecía continuar la burla, pero comencé a escuchar algo en mi interior.

—Yo también, durante un tiempo, creí en...

—Quería ayudar a la revolución —me interrumpió Andréi.

—¡Lo comprendo! —me alegré, porque me identificaba, también habría querido ayudar al mundo cuando estaba con las monjas.

—Me alisté voluntariamente.

—Lógico, ¡como yo en el convento!

—Es más fácil aplanar estas montañas y secar el torrente del que hemos bebido que satisfacer el corazón de los hombres —dijo muy bajo.

Se pasó sus largos dedos por la frente. Mirando sus manos blancas intenté imaginarme cómo debió de sentirse aquel joven, acostumbrado a la caza y a los museos berlineses, en medio de los combates.

Andréi reflexionaba.

—El viento llena el vacío de las montañas —dijo al final.

—¿De qué modo hizo la revolución un intelectual de la nobleza?

—En el Ejército Rojo, ¿sabe? —Andréi no hizo caso de mi ironía y continuó hablando muy serio, con franqueza—. Los rojos luchaban contra los blancos. Me encontré justo en medio de un gran grupo de cosacos. Ellos sabían hacer de todo: matar un cordero para cenar, quitarle la piel y las entrañas, asarlo. Volaban a caballo como Ilia Muromets, como los héroes míticos. Al principio, cualquier cosaco me

parecía un pájaro de fuego de cuento, hermoso y todopoderoso. Los cosacos sabían conquistar a las mujeres, cantar, beber. Sabían llevar el fusil como si guiasen a una hermosa mujer a la hora de bailar la polonesa. Sabían matar. Sabían matar a los corderos, las liebres, las cabras. Y a los hombres.

—¿Ha conocido la muerte? —pregunté suspirando.

No me oyó. Estaba absorto.

—¿Ha conocido la muerte? Yo sí —dije en un suspiro. Volvíamos a uno de mis temas.

El viento peinaba las frondas de los abetos y los pinos. La sierra se extendía hasta el horizonte.

—Un día, mi comandante ordenó que lo siguiera. Atravesamos a caballo más de cincuenta verstas y en un pequeño pueblo ucraniano alcanzamos a la división 33. El comandante sabía tan bien como yo que los soldados de la división, compuesta casi exclusivamente de cosacos, iban borrachos a todas partes, y allí adonde llegaban lo saqueaban todo y, según los rumores, asesinaban a los habitantes. El comandante irrumpió en una casa baja, pero grande; yo lo seguí. Un hombre herido gemía en la cama. Era judío. Aquellos pueblos de Ucrania eran casi todos judíos. En un rincón sollozaba una mujer cubierta de sangre. La habían violado hasta reventarla. Vi una docena de muertos por el suelo. Y en medio de todo, dos de nuestros soldados y una enfermera; estaban llenando sacos, cajas y baúles con las posesiones de los agonizantes. El comandante mató de un disparo a los cosacos. La enfermera cayó de rodillas ante él pidiéndole clemencia, no para sí misma, sino para sus hijos. La dejó marchar. Después, el comandante se fue como alma que lleva el diablo, porque lo perseguía un grupo de soldados borrachos. Yo me quedé. En un asalto a aquella casa, nuestros soldados, una parte de los que iban a la caza de mi comandante, invadieron otras habitaciones. En una de ellas, una familia judía permanecía oculta en la oscuridad de un rincón. Sacaron a un hombre de aquel grupo. Cárgatelo, me ordenaron. El hombre temblaba como un azogado; era de baja estatura, gordo, un típico padre de familia, con los ojos grandes enmarcados por unas gafas metálicas. Yo sólo veía aquellos ojos inundados de terror.

Andréi enmudeció. Yo no aparté mi mirada de él.

—Aquel judío de baja estatura temblaba y decía con una voz rota: «Máteme a mí, pero salve a mi mujer. Señor, se lo suplico, vigile que a ella no le pase nada, a mí máteme de un disparo ahora mismo», y señalaba su pecho.

—¿Y después? —pregunté en voz baja cuando Andréi calló.

—No lo maté. No podía. Pero vi lo que organizaron a continuación.

—¿Quiénes?

—Ellos. Los nuestros. Los cosacos. Lo vi todo. Todo.

—¿Y después? —pregunté al cabo de un largo silencio.

Andréi continuó callado.

El autobús vino y se fue.

Unos ojos inundados de miedo. Los conocía.

La lluvia intensa persistía. A lo lejos distinguí una única nube blanca bajo el cielo oscuro.

—¿Después? Después de eso y de muchas otras matanzas huí. Me oculté en el bosque. Llegué a familiarizarme con sus secretos. Pero no podía hacerlo eternamente. Al final me uní al Ejército Blanco.

—¿Los blancos creyeron en su sinceridad?

—La misma tarde de mi llegada condenaron a muerte a un joven. Un desertor, como lo había sido yo hasta aquella tarde. Aquel joven también temblaba de miedo. Lo arrastraron hacia un árbol, lo ataron. No dejaba de pedir clemencia. Hablaba de su madre, que sólo lo tenía a él. Sollozaba como un niño pequeño. Lo mataron, cinco hombres lo fusilaron.

—¿Y usted? ¿Qué pasó con usted?

—Al principio los blancos desconfiaron de mí. Después, cuando vieron que estaba...

—¿Que estaba qué?

—Desde aquel momento intentaron librarse de mí.

—¿Que estaba usted qué? —repetí.

—Conseguí desertar, también de los blancos. Llegué hasta Praga, donde el gobierno de Masaryk me concedió una beca de las que concedía a la intelectualidad rusa en el exilio.

—¡De modo que usted ha vivido en Praga!

Había dejado de llover, salimos de la cabaña. Detrás de la cabeza de Andréi, sobre el collado, volaba una nube clara. Andréi se giró para ver dónde miraba yo.

—Aquella nube blanca, libre, empuja el viento —dijo.

Se alzó el cuello del abrigo, después hizo lo mismo con el mío. Sonrió.

—Sí, en Praga descubrí a mi Venus nacida de la lluvia. Y de la música. Usted tocaba el piano y cantaba. Yo la miraba a través de una cortina de agua.

Dos hileras de montañas protegían a Andréi del mundo exterior. Alejándose de mí dijo una frase que me sorprendió. En aquel instante pensé en la gitana de azul cuando, al pronunciar su nombre, había emitido sólo un «¡Ah, ah!».

—Ruego al dios de las montañas que se lleve toda la tristeza. Y que llene nuestro interior con un calor capaz de secar las lágrimas cada vez que topemos con la maldad y el dolor del mundo.

—Y de Praga huyó a la montaña —hice un intento por sonreír cuando Andréi regresó junto a mí.

Intenté llenarlo de luz, según su deseo. Pero sobre todo me esforcé por deshacerme de la imagen de la mujer en la ventana, mi vecina de enfrente, aquella que no hacía mucho lloraba y reía junto a aquel mismo hombre. Ahora sabía por qué

la cara de Andréi me resultaba familiar.

—¿Cómo sabe que he huido? —Andréi se estremeció—. ¿Quién se lo ha dicho? —preguntó con violencia.

Me quedé horrorizada ante su transformación.

—¿Cuándo me ha espiado usted? —preguntó, repentinamente fuera de sí.

Yo me quedé callada, asustada.

—¿Dónde me acechaba, dónde me observaba usted? —gritó él con una expresión de enfado.

No comprendí la metamorfosis de aquel hombre. Su rostro era ahora blanco y seco.

—¿Qué es usted, una agente, una confidente? —continuó gritando.

Sentí miedo de verdad.

—¿Es usted una espía? ¡Tengo que ponerme en guardia! —bramó.

Yo temblaba.

Me alejé de él. Me pasaron por la cabeza las palabras del gitano: «Tenga cuidado».

—¿Así que he acertado? ¿Ha venido hasta aquí huyendo? —hice un esfuerzo por sonreír.

Andréi continuaba temblando.

—Cuéntemelo todo, Andréi, si quiere —le dije al oído intentando tranquilizarlo—. Quisiera escucharlo, su historia me interesa de verdad.

Tuvo lugar una nueva transformación. Ahora Andréi me miraba como el caballo de mi infancia miraba al carretero.

Le cogí la mano. Primero se asustó. Luego se fue tranquilizando.

Una vez calmado, me acarició la mano, tan delicadamente como si no tocara una mano humana, sino la pelusa blanca de un diente de león.

Con la mirada fija en las cumbres, dijo:

—Yo, maquinalmente, ando a tientas a través de la oscuridad vacía. Mi alma me sigue, volando, a distancia.

Tras un instante de silencio, dijo:

—¿Que si he huido? Subí por una calle de Praga hasta que llegué al final de la ciudad; luego caminé por una carretera muy larga; al pie de las montañas encontré un camino sin asfaltar que me condujo hasta aquí. ¿Es eso una huida?

Comenzó a temblar otra vez, separó sus dedos de mi mano, se levantó de un salto y dio una patada a una piedra.

—¡Y usted ahora irá a denunciarme, a explicárselo todo a ellos!

Recordé mi «¡Basta!», que tanto efecto había tenido, hacía tiempo, ante mi marido. Ante él había sido una palabra mágica.

—¡Basta ya! —exclamé.

Andréi se quedó inmóvil.

—¡Basta! ¡Estoy harta! —me desahugué de la angustia que acababa de pasar—.

¡Se comporta usted como un animal, no como un hombre!

Saltó hacia mí.

—¿Como un animal? ¡Por supuesto! ¡Qué soy sino un animal! —me escupió a la cara.

Tartamudeaba y se atragantó. A continuación dio otro salto y, casi con un grito doloroso, desapareció en el bosque.

Comencé a correr tras él. Los árboles me calmaron. Nada rompió el silencio, ni pasos ni suspiros. Sólo la música de la lluvia que se deslizaba por las ramas. El árbol se mantiene recto y erguido, no vacila como el hombre, que se inclina, se deforma, se contorsiona, pensé. Lo único que oí, después de un largo rato, fue otro autobús que vino y se fue.

La semana siguiente la pasé en cama. En la fiebre me perseguía siempre la misma imagen. Andaba a tientas por el camino que bajaba de la montaña; resbalaba en cada piedra. Una familia gitana, acampada en un valle junto a un bosque de abetos y abedules, se calentaba en torno a una hoguera. La imagen resultaba borrosa, pero intuí que aquello era vida: el calor, la luz, el consuelo.

—Lo sé —suspiró el patriarca gitano ofreciéndome una botella de la que acababa de beber. La gitana de azul y la gitana de púrpura me acariciaron el pelo y los hombros. «Lo ves, lo ves», repitieron suspirando junto a mi cara, y su aliento estaba perfumado de un licor dulce.

El primer sorbo de aguardiente que me ofrecieron me quemó la garganta. El segundo me calentó. El tercero me resultó delicioso. Y así otro, y otro más.

A continuación, seguí a tientas por el camino sumido en las tinieblas.

—¡Lo ves, lo ves! —escuché aún los suspiros de las gitanas de azul y púrpura en medio de la noche.

En la calle, la nieve se mezclaba con la lluvia. Era Navidad.

Observé la ventana de mi vecina, las velas parpadeaban en su árbol. Un señor calvo con un bigote como una línea, y que parecía un empleado de banca, cenaba con ella. Sí, quizá su nuevo amigo era un empleado, pero en su casa había un árbol de Navidad y un ambiente cálido, tranquilo y risueño. Yo, aunque en compañía, estaba sola.

—De ahora en adelante, tras la muerte de la abuela —decía mi madre despacio, sin sentimentalismos, aquella verdad que tanto me costaba asumir—, haremos la cena de Nochebuena en tu casa, Sylva, y decoraremos el árbol aquí.

El señor Singer, con quien mi madre acababa de casarse, bostezó discretamente. A mi madre, ningún gesto de Bruno Singer le pasaba inadvertido. Se irguió como un gato.

—Bruno preferiría celebrar la *hanukah*, ¿verdad, Bruno? —intenté hacer una broma aunque sabía que no celebraba las fiestas judías.

Bruno Singer se acarició el bigote espeso y brillante, de color castaño.

—Sabes muy bien, Sylva, que soy ateo.

Serví más té en las tazas de antigua porcelana.

—Suerte que no lo oye la abuela —dije, como si ésta estuviera en la sala contigua.

—Su abuela no ha sobrevivido a estos tiempos espantosos —suspiró Bruno Singer mientras cogía la taza. Su movimiento reveló que había adelgazado mucho. Recordé hasta qué punto le había sorprendido, hacía unos cuantos años, el cambio que se había operado en mí tras la muerte de mi marido.

Yo, en aquella época, no hacía sino pensar en el pasado. Bruno Singer, por el contrario, sólo miraba al futuro. Lo temía. ¿Sobreviviría su empresa en aquella época de excesos? Miré la calle y la ventana de la vecina a través de la nieve aguada. El árbol de Navidad brillaba allí como si fuera entonces lo más importante. No poseemos nada más que el presente, pensé. Y mi abuela, ahora, ya no lo tenía. La voz de la decimotercera habitación protestaba en mi interior: ¿Y cómo vive aquel a quien el presente no satisface y el futuro atemoriza? Cerré a cal y canto la puerta con tal de no oír la voz.

Estaba sentada medio girada hacia el árbol, como una bailarina japonesa. El señor Singer y mi madre tenían sus quebraderos de cabeza, pero los compartían y se hacían compañía. Bruno, Bruno, repetía mi madre tres veces en cada frase, y los ojos le centelleaban. Nunca había visto ese brillo cuando miraba a mi padre. Bruno, Bruno. El amor por un hombre había apaciguado su dolor por la muerte de mi abuela. Bruno Singer tomaba el té pasando los ojos llenos de satisfacción por las manos, el pelo y los labios de su mujer y, al dejar la taza sobre la mesita, se acariciaba el bigote, brillante como una castaña que en octubre acaba de caer del árbol bajo el embate de la lluvia.

Estaba sentada medio girada porque no me apetecía ver a los dos enamorados. Pero tampoco quería admirar el bienestar de mi vecina. Me concentré en el árbol.

Nieve pesada: mi presente, mi vida.

Se oyeron unos golpes en la entrada.

Bruno Singer palideció. ¿Quién golpeaba la puerta? Últimamente el miedo se apoderaba de Bruno Singer a cada momento, desde que los alemanes —los de Alemania, pero también nuestros alemanes, los que hasta ahora habían formado parte de nuestro país— proferían gritos llenos de hostilidad y alzaban el brazo derecho mientras clavaban las botas militares en el suelo con los calcetines por debajo de las rodillas y apretaban los dientes con aire de autosuficiente desprecio y orgullosa violencia.

Los golpes caían sobre la puerta cada vez con más insistencia. Mi madre cogió la mano de su marido. Fui a abrir deprisa.

En el rellano, ante la puerta, Andréi estaba apoyado en la pared.

Hacía tiempo que no lo veía.

Me apresuré a tranquilizar a mi madre y a Bruno. Con un gesto les comuniqué que se trataba de un visitante que había venido a verme y que no había ningún motivo para preocuparse. Regresé junto a Andréi.

¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué has venido?, pregunté con la mirada.

No lo podía soportar más, me respondió la expresión de su cara. ¿O acaso lo dijo de verdad en voz muy baja como sin querer decirlo?

Se lo presenté a mi madre y a su marido. Lo observaron sorprendidos. Ambos, con un cigarrillo con boquilla, con los zapatos limpios y brillantes, zapatos, según la última moda, de punta recortada, ambos perfumados con colonias francesas, contemplaron a aquel extraño con barba, llegado de la montaña, como si hubiera aparecido el genio de la lámpara.

Invité a mi madre a que me acompañara a mi habitación. Le expliqué que necesitaba quedarme a solas con Andréi. Le propuse que nosotros dos saldríamos a pasear por el barrio y que ella y Bruno podían acabar de tomar el té sin que nadie los molestara. De entrada se sintió ofendida. A continuación me dijo con tanta solicitud como le permitía desplegar su frialdad, sumada a su carácter reservado:

—Has de ser como una orquídea, bella y noble, fría e inaccesible, una flor que no regala su perfume al primero que pasa, sino que conserva celosamente su perfume para sí misma.

Agachó la cabeza. Añadió en voz muy baja:

—Habrà una guerra. Lo siento en el aire. Ya he sufrido una y sé que el ambiente suele estar cargado de espíritu bélico. Sylva, durante la guerra una se da cuenta de qué es lo más importante: los hijos. La vida de los hijos es fundamental, importa más que la propia.

*Maman* continuó hablando. Sus palabras sonaban como una de las letanías de las monjas de mi infancia. Sabía que me reprochaba mi relación con Andréi. Lo sabía, aunque tenía ante mis ojos otra imagen: la de la gitana de púrpura y la de azul, cuando me acariciaron el pelo con pena en los ojos, y el gitano con el sombrero negro, cuando se levantó de la hoguera y me ofreció la botella de aguardiente. Resonaron en mi cabeza las frases: «Es una bellísima persona, es como un niño. Lo que más le gusta es soñar. Estar perdido en su mundo». Y me resonaba la otra: «¡Tenga mucho cuidado!».

En la isla de Kampa, Andréi perseguía los copos de nieve que se deshacían. Corría en círculos concéntricos sobre la fina capa de nieve para, a continuación, regresar hacia mí siguiendo sus propias huellas, que formaban un círculo.

—¿Por qué ha venido? ¿Qué me quería decir? —pregunté.

—Estoy con usted. ¿No es suficiente? ¿Son necesarias las palabras?

—¿De qué quería hablar? Me interesa saberlo.

—Hacía tiempo que no la había visto.

—¡Dígamelo, no me haga sufrir!

—Hacía mucho, mucho tiempo que no la había visto.

Desde el puente de las Legiones bajamos a la isla de los Cazadores. La atravesamos de un extremo al otro; después regresamos a Kampa. Recordé que, con mi difunto marido, a veces cenábamos en la isla de los Cazadores y, durante la cena, escuchábamos algún cuarteto de Dvořák. Cenas como aquéllas me parecían ahora difíciles de imaginar.

Los copos húmedos dibujaban miles de vías lácteas contra el cielo oscurecido.

—¿Su padre es judío? —me preguntó Andréi.

—Es el segundo marido de mi madre. Mi padre murió. Bruno Singer es judío, sí.

—Como mi esposa.

No dije nada. Los copos de nieve habían dejado de bailar y comenzaron a caer perezosamente al suelo. Entre la nieve vi la imagen de una joven morena que, del brazo de Andréi, regresaba de un concierto a casa; era una noche brillante y helada, a pesar de lo cual la joven llevaba el abrigo de piel de armiño abierto, así que su largo collar de perlas centelleaba a la luz dorada de los faroles de la calle.

—Ella murió en mis brazos —dijo Andréi.

Me apoyé en la baranda del puente. Como en una gran pantalla cinematográfica desplegué ante mí la cara blanca, inteligente incluso a la hora de la muerte, de la joven morena. Este atardecer se ha estropeado, pensé.

—¿Hace tiempo de eso? —pregunté sin un interés real por ninguna respuesta.

—Murió en mis brazos. Y me pidió con el último aliento que nunca olvidara su *kaddish*, pero no he sido capaz —dijo Andréi en voz baja.

Este atardecer se ha estropeado, como todos los atardeceres, pensé de nuevo. Ya nunca más volveríamos a beber vino juntos en el Café Louvre. Nunca más.

De todos modos le cogí la mano, casi contra mi voluntad.

—Hace diecisiete o dieciocho años. Y hace muchos que no he dicho su *kaddish* —repetía él como si hablara con alguien que no oye.

Andréi continuó:

—Los rojos odiaban a los judíos, los blancos también, y los checos...

—¡Los checos y los judíos conviven en paz! —me defendí.

—Quizá. Pero los checos están resentidos contra los alemanes.

—¿Le sorprende? ¡Han ocupado nuestro país!

—Esa hostilidad existía ya antes, lo he visto en la montaña donde vivo.

—Los alemanes nos desprecian porque somos eslavos. Lo sé perfectamente, mi padre era alemán. Se da cuenta, ¿verdad, Andréi?

—Todos os odiáis los unos a los otros.

En las ramas negras, frágiles y desnudas del parque de la isla, vi la cara de Bruno Singer, deformada por una mueca de miedo. Vi las manos de mi madre unidas a las



suyas. ¿Qué pasaría con su Bruno? ¿Qué pasaría conmigo?

—¡No! —grité mientras me resistía al abrazo de aquella angustia—. ¡No! ¡Usted es un hombre muy extraño, Andréi! Todo lo ve negro, ¡váyase!

Vi el fulgor de sus ojos. Comprendí que la rabia surgía de la debilidad y la impotencia. Pero ya no podía retirar mis palabras. Andréi saltó sobre el borde del puente. Se agarró a un farol y lo golpeó con la cabeza. Eso es la impotencia, pensé.

—¿Negro? ¿Que yo lo veo todo negro? —se atragantó con sus palabras.

Intentaba mantenerse erguido sobre la balaustrada del puente, sin verla, agitando los brazos como si se protegiera de un fantasma invisible, el de la impotencia y la imposibilidad del hombre de resistirse a la maldad.

—Andréi —dije en voz baja después de haber recuperado mi voz—, baje, venga hacia mí. ¡Por lo que más quiera!

—¿Que yo lo veo negro? —dijo él con voz ronca—. ¡Pero si en definitiva todo es negro, terrible, espeluznante! ¡Infernal!

—¿Qué es lo que es negro?

—¡El mundo! ¿Qué, si no? ¡El mundo entero!

La figura sobre la balaustrada del puente se giró hacia el río:

—Si ni siquiera usted me quiere comprender, entonces quien...

—Andréi, por favor, discúlpeme, venga hacia mí, se lo suplico...

No había nadie por ninguna parte. Sólo los copos de nieve y la niebla.

Andréi se giró hacia mí y desde su altura me dijo:

—¿Es que lo puede comprender usted, una señorita nacida en un castillo?

Como Magdalena a Jesucristo, abracé sus pies. Hundí en ellos la cara.

Cuando, tras un largo rato, levanté la cabeza, me di cuenta de que las nubes se habían roto. Las estrellas iluminaban nuestra desesperación.

Andréi iba calmándose. Se sentó sobre la balaustrada, una pierna dentro, la otra fuera. La canción de la matanza había dejado de sonar en sus oídos. Pero quien la ha escuchado una vez, ¿podrá nunca olvidarla? Las palabras salían desoladoras.

—¿Recuerda que un día le conté la historia que viví durante la guerra civil rusa? Aquella misma tarde los cosacos intentaron llevarme con ellos para que les ayudara a saquear las casas. Yo me negué. Uno de ellos me explicó: «Durante siglos estos mal nacidos terratenientes judíos nos explotaron, engordaron y se enriquecieron a costa de nosotros. ¡Ahora ha llegado nuestro turno! ¡Roba lo que te han robado!, nos ordena el camarada Lenin. Y todos los dirigentes revolucionarios nos enseñan a odiar al enemigo de clase y a vengarnos de él».

Pensé que todas las revoluciones surgen del odio, se alimentan en la hostilidad y el deseo de venganza y se expresan a través de la violencia. ¿Qué otra cosa pueden engendrar sino más odio y venganza, hostilidad y violencia?

Andréi prosiguió con su historia:

—Desde una casa se escucharon llantos, sollozos y gritos de socorro. Me precipité en ella. Tres se me arrojaron encima y uno me amenazó: «¿Acaso estás en la

higuera, pardillo? ¿Sabes a quién estás a punto de ayudar, insensato? ¡Al enemigo de la revolución! ¡A los kulaks! ¡A los judíos! Ni un paso más si no quieres que te parta la cara, animal!». Pero yo oía aquellos llantos y gritos. Quería entrar para saber qué había pasado. «¡Maldita sea!», me soltó otro cosaco. «Aquí tienes lo que querías. ¡Y después no te quejes, espabilado!». Abrió con una llave la puerta de la casa y me empujó adentro. Volvió a cerrar por fuera con llave. Al principio no veía nada, todo estaba a oscuras. Lágrimas, sollozos y gritos de socorro en la oscuridad: si digo que era el infierno, Sylva, me quedaré corto. Poco a poco iba acostumbrándome a la penumbra; lo que descubrí era el horror: cadáveres amontonados unos sobre otros, suspiros de los agonizantes, lamentos de los heridos; todo eso...

Andréi saltó de la balaustrada del puente para zarandearme:

—Todo eso en una charca de sangre, ¿lo entiende? ¡No, no lo entiende!

Al cabo de un instante prosiguió:

—Ni se lo puede imaginar, sería un monstruo si fuera capaz de imaginarlo. Y también había...

Caminó sobre el puente.

—¿Quién? —pregunté mientras corría tras él.

—Había una mujer. Una joven. Los nuestros la habían violado. Ante la mirada de su padre. La joven me dijo que les había suplicado que fuera en otra habitación, no donde su padre yacía sobre un charco de sangre. No le hicieron caso. La habían violado: una docena de hombres. Ante la mirada de su padre.

Muchos heridos se apartaron de mí con terror: llevaba el uniforme de sus asesinos. Los demás me cogían de la mano y me pedían que los ayudara, a ellos y a sus allegados. Aquella noche me encontré en el corazón mismo del infierno.

Estuve acariciando toda la noche las mejillas y el pelo de aquella joven judía. Al amanecer me cogió la mano y me dijo: «Soy tu mujer». Y murió. Me pareció que sonreía. Hace dieciocho años murió mi mujer.

Andréi caminaba enérgicamente, agitaba los brazos y hablaba dirigiéndose a las estrellas. Se sentó en un banco cubierto de nieve que dominaba el Moldava. Las siluetas de los chopos, los sauces y los castaños perseguían las estrellas en el cauce del río.

Andréi hablaba como si se dirigiera a nuestras huellas:

—Desde entonces sé lo que es el odio. Y me pregunto si no hay un odio y un deseo de venganza legítimos. Si, en casos como éste, un individuo no tiene derecho a odiar. Un individuo quizá sí, me digo, pero una sociedad nunca. Una sociedad ha de poner por encima de todo la ley y la justicia. Y yo creía en los ideales de la revolución porque me atraía el sueño de la igualdad y de la justicia. Creía que se investigarían aquellos crímenes y que los infractores serían juzgados y castigados.

—¿Los castigaron? —pregunté con un hilo de voz.

Andréi explicó:

—Vino una comisión gubernamental de Moscú a investigar las matanzas y los saqueos que los soldados del Ejército Rojo habían perpetrado en Ucrania; ucranianos, polacos y judíos habían sido las víctimas. El comité investigador estaba formado por algunos ministros de nuestro nuevo país, que se denominaban comisarios. Entre ellos estaba Kalinin, uno de los abanderados de la revolución del nuevo gobierno, Lunacharski, el comisario de enseñanza, y muchos otros: el comisario de justicia, el jefe de los ejércitos, Kamenev. Sólo Lenin podía haber ideado una comisión semejante. Podía haber estado también Trotski, pero era judío, y, en la comisión que investigaba los pogroms de los primeros años después de la revolución, no había ni un solo judío.

La comisión llegó a Ucrania. Los comisarios investigaron, se reunieron. Para concluir, el camarada Kalinin dijo: «Camaradas, me place constatar que todos los presentes han hablado con toda sinceridad y franqueza. Ahora iremos a Moscú y allí tomaremos la decisión final».

Levantándose del banco, Andréi se quedó parado ante mí y dijo poco a poco, pronunciando cada palabra muy claramente:

—Escuche, Sylva: con eso despacharon el asunto. No pasó nada. No expulsaron ni castigaron a nadie. No amonestaron ni reprendieron a nadie. No pasó nada... nada... nada... Sylva.

—¿Lo entiende, Sylva? ¡Y yo había creído en sus consignas!

—¿Qué hizo?

—Tenía que huir, no había otra solución.

—¿De los rojos a los blancos?

—Sí. Y no me tome el pelo. Aunque tiene razón en burlarse de mí. Los blancos eran iguales que los rojos. Pero yo no quería que aquellos hombres que estaban traicionando los sueños de tanta gente continuaran en el poder.

Cogí a Andréi del brazo para llevármelo.

A medio camino hacia mi casa, Andréi se detuvo y puso mi cara entre sus manos. La veía, pero no la miraba.

Me di cuenta de que las formas de los árboles y de las estatuas del puente se fundían con el río. Y me di cuenta de cómo es ilusorio querer explicar el secreto de las cosas, los acontecimientos y la búsqueda de su esencia: ¡Si no sabemos dónde comienza uno y acaba el otro!

—¿Y desde entonces usted huye permanentemente, verdad? —sonreí en un intento de acercarme.

—Siempre se burla de mí. Sí, huí de los blancos para acabar en Praga, ya se lo conté. Aquí una buena mujer se hizo cargo de mí.

Vi una imagen de hacía tiempo. Un hombre y una mujer se asomaban a la ventana de una calle de Malá Strana. El hombre acariciaba a la mujer y ella se abandonaba, frágil como la flor del pensamiento. Eso es el amor, pensé con un asomo de celos.

Luego, ofendido, el hombre se apartó. Ella le dio una bofetada. Él le gritó. Los dos desaparecieron dentro. Eso es el amor, volví a pensar.

Ofrecí la cara a los copos de nieve que ahora volvían a derramarse del vacío negro. Andréi hablaba, yo me concentré en los fríos pinchazos de los copos helados. No quería oír más, deseaba comprenderlo todo a través del contacto con su mano. Andréi dijo:

—A menudo sentía... cómo lo diré... que no estaba en mi propia piel. Literalmente. No hablaba con nadie. Durante días enteros me sentaba junto a la ventana y miraba un geranio rojo. Jaroslava me dijo que me llenaba una gran angustia. Jaroslava... sabe, ¿verdad? —Andréi hizo un gesto hacia donde yo intuía a mi vecina—. Fue ella quien insistió en que me viera un médico. Tras largas discusiones, acepté. Fui al médico.

Se detuvo y me miró directamente. Se esforzaba por expresar con los ojos lo que me quería comunicar. Como si desconfiara ahora también de las palabras.

No lo entendí. Deseaba comprenderle en el silencio de la mirada. No supe hacerlo.

—¿Qué le dijo el médico?

—Era un neurólogo. Me dijo una palabra griega, el nombre de mi... de mi angustia. Me dijo que debía comenzar a curarme enseguida. Que no podía volver a casa. Que me quedaría allí. Dijo algo a la enfermera y a continuación se abrió la puerta. Aparecieron dos hombres. Me tomaron cada uno por un brazo. Me sujetaron con fuerza. Supe que no me podría liberar, así que no opuse resistencia.

Dejé de ocuparme de los copos de nieve, que se fundían sobre mi piel.

—¿Y después?

—Sin oponer resistencia pedí ir al baño. Aquellos dos me esperaban en la puerta. Pero esperaron en vano.

—¿No me diga que huyó?

—Quien está permanentemente en fuga conoce siempre todas las posibilidades. Es un sexto sentido. Escapé por la ventana. Y después continué: a pie, en tranvía, en tren, en autobús, y cuando ya no hubo ningún otro medio de transporte, subí a la montaña.

—Y en la montaña...

—Me he quedado. He encontrado un refugio.

Vi una escena de mi infancia: mi padre, al galope, perseguía apasionadamente un cervatillo. Vi a aquel cervatillo y a los perros enormes que lo acosaban. Vi los ojos aterciopelados llenos de horror e impotencia. Su salvación estaba en el movimiento perpetuo.

El farol de gas iluminaba los fragmentos de hielo que caían y, frágiles, se rompían sobre los adoquines del pavimento.

Toqué el *Nocturno en mi bemol* de Chopin. Era mi manera de reflexionar. De calmarme. De tranquilizar a alguien. Andréi estaba echado en el sofá. Silencioso, inmóvil. El ataque ya se le había pasado. Y yo ya había limpiado la vajilla rota, ya había barrido todo el piso. Lo había hecho deprisa, sin hacer ruido, mientras él dormía, extenuado. Había trozos de vidrio y de porcelana por todas partes, el suelo estaba cubierto como en un cuento de invierno. Ahora todo estaba limpio, nada le recordaría cómo...

Después, Andréi preparó un té fuerte, ruso. Le gustaba tomarlo sin azúcar. Yo también tomé el té amargo. Después de tantos años viviendo sola había perdido la costumbre de hablar en plural. Incluso de pensar en plural.

Bebimos el té amargo.

Toqué el *Nocturno en mi bemol* de Chopin.

Cerré los ojos, tocaba de memoria... Andréi había venido a buscarme al cuarto de baño. Estaba sentada en la bañera, me tapaba los oídos con las manos. Me besó los ojos, parecía que no era consciente de nada. Me llevó al dormitorio. Era la única habitación que su furia había salvado. Me acarició con las yemas de los dedos, sin mirarme. Mantuvo los ojos cerrados, como yo más tarde, mientras tocaba el *Nocturno en mi bemol* de Chopin. Andréi se apartó de mí por un momento. Sacó de la barra de la ventana la cortina de encaje blanco. Me envolvió en ella por completo, desde el pelo hasta los dedos de los pies. Eres una novia, me repetía al oído, eres una novia.

Me besó a través de los agujeros de la cortina. Cuando llegó a los pies, ya hacía tiempo que era de día. Y volvió a ser de noche cuando me tomó otra vez en sus brazos, toda envuelta en encaje blanco. Eres una novia, me repitió una y otra vez hasta dormirse.

Me dormí después, y me desperté antes.

Amodorrada había barrido los trozos y fragmentos de vidrio y los pedazos de porcelana y de cerámica. Cuando ya estaba todo limpio, me volví a tapar los oídos. En la mente no había dejado de escuchar aquel griterío. Me cerré con llave en el baño, con los oídos bien tapados. Las lágrimas me habían limpiado por dentro, llevándose todo aquel estrépito, toda aquella locura. Y después... novia... novia... escuché muy dentro de mí.

Sentí una gran urgencia de verle.

En el dormitorio, la sangre me llamó la atención enseguida. Andréi había sangrado por la nariz. En aquel instante, sin ninguna lógica, me tapé las orejas y observé aquel cuerpo dormido. ¿Orfeo?, había pensado. No, Andréi no era Orfeo, no era aquel cantante afeminado que cultivaba su dolor por su Eurídice perdida. El hombre que yo tenía delante era Orestes: aquel a quien las diosas de la venganza habían castigado por haber buscado la justicia y habérsela tomado por su mano.

Oculté la sangre debajo de una toalla blanca, ya había dejado de sangrar. Me eché a su lado. Cubrí su cuerpo dormido con mi brazo. Hay que protegerle, me dije. En el sueño, cogió mi mano y se acomodó bajo mi brazo como bajo una manta cálida.

Y después...

Bebimos el té amargo. Escuchamos el *Nocturno en mi bemol* de Chopin.

Sonó el teléfono. Lo ignoré.

Sonó el teléfono. Sonó durante un buen rato, luego enmudeció.

Al otro lado de la ventana, el farol de gas iluminaba la nieve. Parecían pedazos de un jarrón de cristal que se hubiera roto.

No deseo nada, me decía, no necesito nada, no me hace falta nada. Estoy llena, como un cántaro lleno de aire soleado. Llena de sus ojos, llena de su calor, llena de su música.

Volvió a sonar el teléfono.

—Bruno se va a luchar contra los alemanes —dijo mi madre por el auricular—. Ahora se ha ido con un amigo en una moto, van a buscar las armas.

—A buscar las armas —repetí mecánicamente. Me pareció lógico.

—Sí, Sylva, a buscar las armas, habrá movilización.

—A buscar las armas —repetí como un disco rayado.

—No quiero que salgas a la calle, los alemanes han comenzado a ocupar Praga.

*Maman* hablaba de una manera extraña, casi solemne.

—Los alemanes han comenzado a ocupar Praga —repetí otra vez, pero rápidamente me corregí:

—Lo dices con solemnidad, *maman*, casi como si te alegraras.

—Todos quieren lo mismo: defender nuestro país —respondió vagamente.

Yo callé. Pensé que Andréi se había ido. Demasiado pronto, se había ido. Y pensaba en otro hecho. La semana pasada toda una familia judía se había suicidado, una de aquellas familias que tenía un piso alquilado en mi edificio. El médico, que se había presentado enseguida, me había puesto al corriente: todos a un tiempo se habían administrado un veneno de efecto inmediato. Y entonces recordé otra vez que Andréi no estaba y que no sabía cuándo lo volvería a ver.

Al cabo de nada volví a oír la voz de *maman* que me decía en el auricular:

—¿Que si me alegra que los alemanes hayan ocupado Praga? No, no me alegra en absoluto. Pero Bruno ahora sabe lo que quiere. Se ha acabado la época de incertidumbre, se han acabado los meses y los años de miedo a lo que sucederá. Se ha acabado el tiempo de la pasividad impotente. Ahora Bruno va a buscar las armas para defender al pueblo checo contra los alemanes.

—Pero si su lengua materna es el alemán.

Era cierto.

—Sylva, ¿qué te pasa? ¿Acaso lo importante es cuál sea su lengua materna? ¡Por supuesto que no! ¿Estás dormida todavía? ¡Pareces la sonámbula de Verdi!

Delante de mis ojos apareció el rostro moreno, inteligente, de Bruno Singer, ahora lo ocultaba la sombra de una gorra militar, entre otras muchas gorras militares del

ejército de Checoslovaquia. No, no podía imaginarme al refinadísimo *Herr Singer* vestido de soldado.

Se me escapó una ligera risa, porque no sabía qué decir. Y a continuación protesté disimuladamente. Volví a pensar en el comunicado que prohibía a los civiles trasladarse a la zona ocupada, de modo que Andréi, que vivía muy cerca de la frontera con Alemania, difícilmente podría venir a Praga ni yo podría viajar a sus montañas.

Del otro lado del auricular oí un chirrido como el de las ruedas no engrasadas de un carro. Era mi madre que me respondía con una risa que reflejaba su estado de ánimo.

Cuando el hombre no tiene palabras, emite sonidos. Como un animal, dicen. Como un objeto, en realidad. Comencé a tocar el último *Intermezzo* de Brahms, opus 119.

Me faltaban las palabras.

Andréi se había ido. Por eso me faltaban las palabras.

Más tarde, *maman* llamó para informarme de que no habría ninguna movilización.

—Ahora mismo, el ministro de Defensa, Jan Syrový, está hablando por la radio. Ha dicho que éste es el momento más difícil de toda su vida. ¿Lo quieres escuchar, Sylva? —y aproximó el auricular al aparato de radio. Oí una voz grave, rota:

«...Todos nos han abandonado. Hacerse atrás y aceptar la situación creada, cuando tres grandes potencias nos han traicionado, no puede considerarse una deshonra. Por tanto, hacemos un llamamiento a nuestro pueblo para que supere su desencanto, su duelo. Lo más importante es que nos sintamos unidos. Es esencial vigilar que los elementos extraños no se infiltren entre nosotros. No sucumbáis a la confusión». Syrový dijo ahora con más énfasis: «No os desviéis del camino. Ahora, con las nuevas fronteras, reforzaremos nuestra comunidad y nuestra identidad nacional. Todo eso está en nuestras manos, y en las vuestras. Con vuestra ayuda lo conseguiremos. Confiamos en vosotros, ¡confiad en nosotros!».

Mi madre volvió a aproximarse el auricular al oído.

—De modo que ellos, nuestros dirigentes, han decidido no luchar contra el ocupante. Sabes, Sylva, con esto, a Bruno, lo han desposeído de la sensación de ser libre y de poder tomar sus propias decisiones libremente. Y añadió en voz baja que ambos, ella y Bruno, sentían que su país ya no les pertenecía.

—Hace días que no he salido a la calle —susurré por el auricular.

—Praga se está llenando de uniformes nazis, Sylva.

Y de repente dijo algo que me hizo pensar en las palabras del ministro de Defensa Syrový:

—Sylva, no sé qué será de mí. Lo único que sé en este mar de incertidumbre es

que seguiré a Bruno a donde vaya.

—Lo entiendo, *maman* —dije muy bajo.

—Sylva —prosiguió mi madre—, quiero transmitirte lo que la vida me ha enseñado. Son tres mandamientos. Desgraciadamente, yo misma no siempre he vivido de acuerdo con ellos. Escucha bien: No abandones nunca el valor de arriesgarte. Reflexiona sobre todas las cosas, para poder prever lo venidero. Haz en la vida algo que pueda ser útil incluso a las próximas generaciones. No olvidarás mi legado, ¿verdad, Sylva?

No salí de casa. ¿Por qué iba a hacerlo? Andréi ya no estaba en la ciudad. ¿Cómo podría volver ahora, cuando los alemanes de Praga deambulaban por las calles con esos humos y esa altivez y humillaban brutalmente a los que no pertenecían a su nación?

Por primera vez comprendí algo con lo que nunca antes hubiera estado de acuerdo: que una preocupación personal puede imponerse sobre el duelo colectivo.

Y es que Andréi se había ido. Había llegado demasiado tarde y se había ido demasiado pronto.

Pero ¡existía!

En la maceta del alféizar de la ventana floreció un geranio blanco y el mundo entero a su alrededor se iluminó. Cuando nevaba, el viento mezclaba los pétalos blancos del geranio con los copos de nieve.



La mala suerte comenzó, de buena mañana, con una llamada de teléfono.

Aquel día, en mi habitación del hotel, me ataba impacientemente los cordones de los zapatos y me disponía a bajar a toda velocidad al restaurante para devorar deprisa el desayuno cuando el teléfono comenzó a sonar.

Esto sucedió en Moscú, en los años noventa, en uno de los congresos internacionales. En aquella época yo vivía en los aviones y en los hoteles en Sydney y Tokio, en Londres, San Francisco y Johannesburgo. Todas las habitaciones de los hoteles eran enormes y se parecían unas a otras, de la misma manera que las salas de congresos, con sus auriculares y sus participantes de todo el mundo. Pasaba de una capital a otra sin conocer nada más que los aeropuertos y los taxis, los hoteles y los auditorios. Mientras volaba en los aviones transatlánticos, las cuestiones relacionadas con la programación dinámica de Bellman me rondaban por la cabeza.

Por la noche, después de largas jornadas en la sala de conferencias, mis colegas y yo solíamos tomar una copa en el bar del hotel y allí reíamos hasta bien entrada la noche.

Aquella vida me gustaba.

De modo que, con unos movimientos apresurados, me ataba los cordones de los zapatos cuando sonó el teléfono. Mi primer impulso fue el de ignorarlo, para asegurar el tiempo de tomarme un café. Pero volvió a sonar, infatigable. Aquella insistencia me irritó y me fascinó.

—Se equivoca —dije al presentarse una tal Yekaterina no sé qué. Estaba a punto de colgar, con mi pensamiento fijo en el café y en la conferencia que comenzaría en unos diez minutos. «¡No me equivoco!», se oyó en el auricular cuando yo ya colgaba: «¡No me equivoco en absoluto!». Las explicaciones profusas y entusiastas de aquella mujer me pusieron de mal humor porque la conferencia de mi colega de Amsterdam tenía que comenzar de un momento a otro, de manera que ya no tenía tiempo para nada. Y poco a poco me iba dando cuenta de que, en efecto, yo conocía a aquella Yekaterina, o mejor dicho, que la había conocido tiempo atrás.

Mientras estaba de pie junto al teléfono, con un zapato sin atar, me pasó por la cabeza una escena de uno de los congresos de la época en que en Moscú comenzaba la *perestroika* y la *glasnost*. Los organizadores rusos habían adjudicado a nuestro grupo una chica de guía e intérprete: era estudiante y se llamaba Katia. Eso había sucedido unos diez años antes. La chica vestía de modo diferente que el resto de jóvenes moscovitas: no llevaba ni blusas transparentes ni zapatos de tacón alto — aunque se quejaba de su padre, que no le permitía ponerse esas cosas—, además jugaba al tenis y practicaba el esquí acuático; enseguida me di cuenta de qué medio provenía aquella Katia. Un día, una gran limusina negra con chófer la trajo a nuestro hotel. Me divertía comprobar hasta qué punto era evidente, en Rusia, quién provenía de una familia comunista. Ninguno de nosotros la tomaba demasiado en serio.

El día de nuestra recepción de clausura, trajo a su padre. Nunca ninguno de nosotros había visto algo semejante en parte alguna. Los arrogantes directores de institutos científicos de Moscú hacían reverencias ante el padre de Katia como criados ante su majestad el zar. Cuanto más los ignoraba aquel individuo de cara sonrosada, más se arrastraban y se humillaban ante él. Como en el cuento de Chéjov «El gordo y el delgado», pensé sonriendo ante el hecho de que, en un siglo en el que Rusia había pasado por largas décadas de comunismo y estalinismo, no había cambiado nada. Katia presentó a su padre al grupo de científicos internacionales, el padre movía la cabeza, no sabía ni una palabra de inglés. Al llegar mi turno, Katia anunció lo que le debía de haber contado alguno de mis colegas: que mi padre era ruso.

—¿Qué hace su padre? —preguntó aquel hombre sin ningún interés.

Yo murmuré alguna vaguedad. En inglés.

Katia dijo a su padre en ruso:

—El padre del profesor Stamitz fue un prisionero político, lo enviaron a Siberia.

¿Cómo lo había descubierto? Me molestó que mis colegas hubieran sido tan charlatanes. Pero la culpa era sólo mía, y de los vasos de whisky con hielo en los bares de los hoteles que albergaban los congresos.

El padre de Katia giró la cabeza hacía mí, aquella cabeza de bulldog, como quien gira una grúa, y con la mirada fija en algún punto lejano, dijo:

—Bueno, en nuestro país, durante algunos años, se cometió alguna injusticia, como en todas partes, por otro lado. El devenir de los pueblos está lleno de momentos turbios. Además, todo eso ya es el pasado. Ahora han llegado los nuevos tiempos. No merece la pena sacar los trapos sucios y con ellos los antiguos malentendidos. Katia, preciosa, ¿qué más piensas enseñar a nuestros invitados en Moscú? Una capital magnífica, dicho sea de paso.

Me disculpé diciendo que necesitaba una copa. La necesitaba de verdad. Tomé un vaso de whisky de la bandeja de un camarero y en contra de mi costumbre me lo bebí de un trago. Enseguida me tomé otro y me incorporé a un grupo de científicos australianos que bromeaban amablemente sobre sus suegras.

A partir de entonces, Katia me enviaba cada año una postal por Navidad, que yo respondía automáticamente, como otras tantas.

Ahora estaba de pie en una habitación de un hotel en Moscú, con el zapato izquierdo sin atar y observando la pared. El empapelado se estaba desprendiendo. Me sorprendió el hecho de que los periódicos que se entreveían por las grietas estuvieran escritos en caracteres cirílicos, si bien era una cosa lógica: me encontraba en Rusia. La voz femenina en el auricular me explicaba algo con un extrañísimo acento inglés. La mujer dijo que se había enterado de nuestro congreso por la televisión y que me había buscado. Me invitaba, aquella misma noche, a un concierto o recital del coro en el que cantaba, en una iglesia. Para deshacerme de ella prometí que intentaría ir.

Cuando entré en el lugar que la mujer del teléfono me había indicado, estaba enfrascado en determinar la velocidad en los coches híbridos, y sin un aparato de medición, que resultaba demasiado costoso y poco fiable. La atmósfera de aquella iglesia ortodoxa me sacó rápidamente de mis elucubraciones. En la iglesia, tan distante de cualquier pompa barroca, todo era hermoso, todo resultaba puro y delicado, todo era oscuro y reconfortante. Mi mirada volaba de un candelabro a otro —eran redondos y las velas se consumían en ellos con llamas inquietas y mortecinas—, y me sumergí en aquella penumbra entre el brillo de los iconos y las velas. A medida que me iba entregando a la música, comencé a ver mi infancia, los parques de Praga con el césped lleno de margaritas menudas y de dientes de león, donde solía jugar de pequeño.

Recordé lo que me habías contado de mi padre, mamá, y que él te había contado: una vez a la semana, sus padres lo llevaban a la iglesia. Fue allí donde mi padre había descubierto la belleza más profunda. Popes espirituales con larguísimas barbas blancas y una túnica negra, larga hasta el suelo; pronunciaban las palabras rituales con voces de bajo, muy melódicas. Cuando salía de la iglesia, mi padre se encontraba justo en medio del silencio blanco y deslumbrante de la vasta soledad rusa, y se quedaba cegado por el sol gélido, por la nieve y el hielo.

En aquel momento, en la iglesia, yo vi todo eso, mamá, y recorrí toda mi infancia. Aquella noche absorbí la música que escuchabas tan a menudo y con una admiración casi religiosa: los cantos de la liturgia ortodoxa. En lo que respecta a Katia, no la descubrí de inmediato, pensé que quizás al final no cantaba ella. Al cabo de un rato la reconocí en uno de los cinco ángeles con el pelo largo, vestidos de fiesta con sus túnicas plateadas. Aquella música me llevó hasta nuestra casa en la avenida Francouzská. Sí, era la primera vez después de emigrar que me sentí como en casa. Además estaba Katia, aquel ángel, y la belleza divina, la suya y la de todo aquel ambiente.

Al finalizar el concierto fui a verla a la sacristía. Ya se había cambiado y ahora hablaba con sus amigos. No estaba seguro de lo que tenía que hacer. ¿Me había visto? No le quitaba los ojos de encima. Katia conversaba con sus compañeros y su mirada se deslizaba sobre mí con una indiferencia absoluta, como si no me hubiera reconocido. En mi angustia, tamborileaba con los dedos sobre una mesa: ¿sería demasiado atrevido invitarla a tomar un café? Probablemente rechazaría mi invitación.

Se me adelantó: fue ella quien me invitó a tomar una copa en un bar nocturno de la esquina. No sé qué llevaba puesto, yo la seguía viendo con aquella túnica plateada, envuelta por el canto de aquel coro angelical.

Después de un largo ritual preparatorio, durante el que bebí dos vasos de whisky, y ella, tres coñacs, mi acompañante, sentada en un sofá de terciopelo rojo, comenzó a explicarme su vida. Con voz triste me contaba que se había casado tres veces: con un ruso, con un húngaro y con un alemán. «¿Del Este?», pregunté. Katia hizo un gesto

de aversión: «¡En absoluto! ¡Occidental, por supuesto!».

El bar nocturno me parecía bonito, excitante, lleno de una voluptuosidad oculta y de músicas exóticas. En aquel momento me pareció tenerlo todo al alcance de la mano. En aquel humor alegre recordé al padre de Katia que, desde su altura de César romano, observaba a sus sirvientes que se arrastraban y se humillaban ante él. En mi felicidad despreocupada me reí cuando me sentaba en el sofá de terciopelo rojo.

—Usted se ríe de mi desgracia —respondió Katia con indignación mientras lentamente, como si estuviera en el escenario, apartaba su chal marrón que hasta entonces envolvía su figura.

Sólo entonces me fijé en que Katia iba vestida, perfumada y maquillada con un cuidado extremo. Su jersey fino, de color marrón claro, ceñía aquel cuerpo tan femenino, las joyas de oro brillaban en la penumbra del bar, aunque un poco menos que su pelo. Las uñas y el lápiz de labios también brillaban. El maquillaje hacía resaltar un cutis sin manchas ni arrugas, los rasgos de una niña protegida daban protagonismo a los ojos de una mujer joven que, hasta el momento, había vivido poco, a pesar de haber tenido tres maridos. Pero en su mirada no podía dejar de advertir algunas cualidades que frenaban mi entusiasmo: había allí un cálculo frío que denotaba una mente que se había propuesto un objetivo y lo seguía sin vacilar. Katia no era una belleza, pero sus movimientos de flor de invernadero, su cuidado de la propia apariencia, la ropa de las mejores marcas de diseñadores europeos le proporcionaban la imagen de una joven bonita.

Hice un comentario halagador de sus manos. Rió diciendo que su ocupación favorita consistía en tenderse en la bañera con agua caliente y pintarse las uñas. «Pero usted se ha reído de mi desgracia», volvió a repetir irritada.

Aún me sentía sumido en el hechizo de la iglesia, en aquella atmósfera cargada de incienso, en el resplandor de los iconos dorados donde, a la luz tenue de decenas de velas grandes y pequeñas, cinco ángeles habían cantado tu música predilecta, mamá. Aquel hechizo me ayudaba a protegerme del impacto de la penumbra sobrecargada de vibraciones erotizantes en aquel bar nocturno más bien vulgar en el que me encontraba conversando con una joven que, con su indumentaria, hacía resaltar a gritos sus atributos, convencida de su propia sofisticación.

—No, no me río de su desgracia, Katia. Si le apetece, la invito a visitarme, durante unos días, a los Estados Unidos.

Sus ojos brillaron. Dijo que el corazón le palpitaba; colocó mi mano allí para demostrarlo. Algunos hombres sentados en la barra lo observaron y no nos quitaban los ojos de encima. Quise apartar la mano de prisa, pero Katia me la sujetaba firmemente y bajo aquellas miradas masculinas se encendió por completo. Cuando los hombres se cansaron de mirarnos, puesto que no pasaba nada, y cuando Katia cerró los ojos de una manera especialmente seductora, hice el intento de acariciarla, porque me pareció que ella lo deseaba.

—Cuando vaya a los Estados Unidos —dijo sacudiéndome la mano, no tanto por

un acceso de vergüenza como por ganas de, entre risa y risa, hacerse la estrecha. Luego me invitó a San Petersburgo, a pasar allí el verano que justo entonces comenzaba. La invitación me ilusionó especialmente, pues me ofrecía la posibilidad de habitar la ciudad donde había nacido mi padre.

En San Petersburgo, Katia vivía en casa de unos amigos, y yo me alojé en el hotel Astoria. Iba alargando allí mi estancia. Aquella sensación de tener una casa, que Katia había desvelado en mí, me iba ligando cada vez más profundamente. Para mí, encontrar el hogar era mucho más difícil que enamorarme, llegar a ser célebre o ganar una fortuna. Así lo vi también durante la fiesta de aniversario en la que Katia celebraba sus veintisiete años. Con mirada retrospectiva lo veo todo como un cuarteto de cuerda con cuatro movimientos. Y como una especie de sueño de una noche de verano, vulgar y cruel.

Proyectaré esta fiesta ante ti como si fuera una película, ¿quieres, mamá?

### *Rondeau: Allegro*

El cuerpo de Katia se lanzó a volar sobre el agua, vaciló un segundo sobre si debía elevarse más arriba o dejarse caer a las ondas del placer.

¡Chaffff!

Un géiser de gotas de agua se estrelló sobre la superficie. Debajo de los pinos nórdicos, unas manchas de color comenzaron a moverse, a agruparse y a gritar. Mientras tanto, el cuerpo de la mujer había desaparecido bajo la superficie del lago para, rápidamente, emerger y volver a la orilla.

—¡O-tra! ¡O-tra! —gritó el coro de manchas de colores; una de ellas, la roja, se separó del resto. Un hombre alargó su mano a Katia para ayudarla a subir cómodamente a la orilla.

—¡O-tra! ¡O-tra!

Katia tembló de frío, pero el griterío era cada vez más insistente. Así que subió a una parte de la orilla que sobresalía del lago, movió una pierna hacia la raíz de un pino —el trampolín—, después la otra, dejó escapar una sonrisa y volvió a echarse a volar sobre el agua. Chapoteó como pudo, esta vez ni siquiera surgió un géiser, más bien el lago pareció absorber tanto el líquido como a la presa. Katia volvió a emerger a la superficie y nadó hacia la orilla para calentarse allí.

No, no había saltado al agua con destreza, y de su cuerpo, sólo exagerando mucho, podría decirse que era ágil. Katia no era delgada; capas de grasa habían ido cubriendo y deformando poco a poco un cuerpo hasta no hace mucho juvenil. Tenía unos pechos grandes y pesados, su cuerpo no era atlético como exigía la moda. Sin embargo, ahora, mientras salía de las ondas, todos sus amigos en la orilla, las

manchas de color, la miraron con alegría.

Una vez en la orilla, Katia se frotó enérgicamente con una toalla, pero no le sirvió de nada: tenía la carne de gallina, como una multitud de pequeños cráteres en Islandia. El sol estaba suspendido a mucha altura sobre el horizonte, pero ahora comenzaba a tomar un tono rosado de crepúsculo. Hacía rato que no se movía, era difícil determinar la hora.

—¿Qué hora es? —preguntó Katia.

Una de las manchas, la azul, el color de la camiseta de un joven italiano, le enseñó la hora en su teléfono móvil.

—¿Las diez menos cuarto? —Katia prorrumpió en carcajadas y no podía parar.

—¿De qué te ríes ahora? —preguntó la mujer de verde.

—Que habíamos quedado con Jan a las ocho, en el bosque que hay entre Komarovo y Zelenogorsk.

Katia se peinó con los dedos y miró hacia la nube gris que dibujaba figuras de mujeres barrocas. Como las mujeres de Rubens, esa nube también tenía el contorno luminoso. Parecía que quería llover.

Katia marcó unos números y esperó. Se oyó una larga señal, después una voz mecánica invitó a dejar un mensaje en el buzón de voz. Con un movimiento brusco, Katia cerró la tapa del móvil.

### *Andante pastorale*

Estoy intentando encender el fuego, pero el humo me irrita los ojos. En cambio, la hoguera del grupo de personas que hay a unos treinta metros a la izquierda se ha encendido perfectamente, y la de la derecha también. He llegado al bosque más de media hora antes del tiempo fijado para la cita y he elegido un lugar precioso bajo cuatro abedules altos. Desde aquí hay una vista de los alrededores de una pequeña bahía y de la playa de arena, entre las rocas que se precipitan del cielo al agua. Cuando he llegado, el bosque estaba vacío, pero mi presencia debe de haber atraído a la gente: han ido llegando unos detrás de otros, han aparcado sus coches no demasiado lejos de mi oasis de abedules y se han puesto a cocinar sus *shashliki*. Y para acabarlo de rematar algunos han dejado las puertas del coche abiertas y han encendido la radio. ¡Y a qué volumen! A la izquierda, canta un hombre con un bajo ronco; a la derecha, alguna canción de moda ruge un repetitivo estribillo.

Miro el reloj: Katia y los demás ya deberían estar aquí desde hace un buen rato. Quizá se han quedado hablando en algún lugar. Que lo pase bien, Katia con sus amigos, ¡hoy es su cumpleaños!, me digo sonriendo. Saco del coche toda la comida que he comprado en el mercado esta mañana. He seleccionado meticulosamente los quesos, las especias, las hierbas frescas, las hojas de col lombarda y todo tipo de hojas para las ensaladas. ¡Y el vino! He extendido sobre la hierba el mantel blanco y

he colocado los platos con la ensalada georgiana del color de la granada, queso georgiano color marfil, menta georgiana y albahaca, ajo adobado y, para la carne, aún más hierbas. Miro el reloj: ¡ya hace mucho que deberían estar aquí! He inflado la colchoneta y la he puesto al lado del mantel.

Falta la leña. Vuelvo a mirar el reloj: hace mucho, pero mucho que... cojo la sierra y me hundo bosque adentro. Cuanto más me adentro, más me hundo en el fango, de modo que prefiero quedarme justo en la orilla. Pero igualmente la leña está húmeda. Voy dando patadas a las piñas mientras silbo la *Sexta* de Beethoven, la *Pastoral*. Las sinfonías pastorales, pienso, se pudieron escribir hace dos siglos, antes de que toda la gente de la ciudad comenzara a ocupar las orillas de los lagos y las playas para hacer sus picnics. La melodía ondulante de Beethoven se ha apoderado de mi mente y me imagino a Napoleón con su sombrero de tres picos y a Josefina con miriñaque, ambos sentados en el bosque sobre colchonetas hinchables, con una lata de cerveza en la mano y un Lada rosa del que sale el estruendo de algún grupo de rap. A vuestra salud postuma, brindo por mí mismo con Napoleón y Josefina, y después vuelvo a mirar el reloj: ya hace mucho que... Recojo rápidamente la leña que encuentro y regreso con la carga hacia el mantel decorado. Hago la hoguera, soplo. Nada. Miro el reloj. Humo y más humo. Y me vienen ganas de desmontar la hoguera entera de una patada.

### *Tempo di minuetto*

—¡Ya estamos aquí, amor! —gritó Katia desde la ventanilla cuando el coche frenaba, y entonces comenzó a correr hacia mí con fresas en una mano y frambuesas en la otra. Me tapó la boca para que no pudiera protestar por su retraso.

El sol se aproximaba lentamente al horizonte y teñía los rostros de los comensales primero de amarillo, después de color albaricoque y, finalmente, del color de las rosas silvestres.

—¡La última botella! —anunció el hombre de la camiseta roja, mientras acometía la última ensalada, y alargó la mano hacia el abridor. Pero Katia no le dejó abrir la botella.

—¿Y los *shashliki*? Jan, con estas algas marinas sería un milagro que se encendiera el fuego —señaló hacia la leña humeante—. ¿Vamos a Répino a que nos asen unos *shashliki* en el restaurante de la playa?

Mientras yo doblaba el mantel y dejaba en el coche la cesta vacía, Katia, sin prestar atención a los paquetes con los regalos de su cumpleaños, se alejó unos pasos del grupo de colores y se giró hacia el italiano vestido de azul:

—Tommy, pásame el móvil. ¡Y no hagas preguntas estúpidas!

Al cabo de un rato decía al buzón del móvil, con una voz mudada, tierna:

—Ahora son las once o las once y cuarto de la tarde, mejor dicho de la noche.

Vamos a Répino. A la playa, a asar unos *shashliki*. Te lo digo si, por puuuuura casualidaaaaad... —y colgó bruscamente como una niña traviesa.

Llevé los paquetes intactos con los regalos al coche y los puse con cuidado en el portaequipajes.

### *Finale: Amoroso ma non troppo*

Un par de horas más tarde, solo en el coche, consulto la hora, aunque ya no tengo ningún motivo. Como si el reloj fuera mi única compañía: no puedo atarme Katia a la muñeca. En la densa luz grisácea de esta noche casi fantasmagórica puedo distinguir claramente la esfera: faltan diez minutos para la una. Así que tengo diez minutos para cruzar el Neva, antes de que los puentes se dividan en dos mitades que se alzarán para dejar que los grandes barcos entren en la ciudad.

He llegado a la encrucijada del barrio de edificios clínicos en los suburbios de San Petersburgo, de nuevo lanzo una mirada fugaz al espejo retrovisor: se ve reflejada una mujer corpulenta, vestida con un delantal, que sale de la gris construcción de la izquierda. De nuevo recuerdo la orilla arenosa del mar de Répino, y rápidamente intentó borrar aquella imagen. No hay nada que hacer. Me veo caminando por la playa en dirección al mar; por el lado de poniente el cielo tomaba un tono anaranjado oscuro, debía de ser medianoche. Llevaba con cuidado en la mano una fuente con las brochetas de cordero, los *shashliki*, que por diez rublos me habían asado en el restaurante, no muy lejos, y que, además, habían rociado con salsa picante. Vi a Katia con sus acompañantes, sentados en los bancos paralelos a la larga mesa de madera que también estaba cubierta por si acaso la lluvia decidía estropear el picnic. Soplaban el viento nocturno y Katia se encogía por el frío. Me iba aproximando a ella, la carne asada desprendía buen olor, los dientes de Katia en el crepúsculo resplandecían rosados incluso desde lejos. Y ella de repente se levantó, aplaudió y gritó: ¡Hurra! ¡Bravo!, y el resto del grupo la secundó. Me sentí como el protagonista de una película con un coche deportivo rojo más veloz que el del adversario; como el protagonista que dispara unas cuantas veces a su alrededor antes de atravesar triunfalmente, hacia el final de la cinta, la puerta de cristal y de dejar detrás de él una deslumbrante cascada de vidrios. Me aproximé con una amplia sonrisa de campeón de Fórmula 1, pero cuando ya estaba a punto de llegar, de repente me di cuenta de que ni Katia ni ninguno de los otros me estaba mirando a mí, de que su entusiasmo se debía a algo que tenía detrás. Me giré. Detrás de mí venía dando saltitos Il Mammone, el italiano voluminoso y calvo que Katia, no hacía mucho, había introducido en su séquito. Puse la plancha con la carne asada en la mesa. Pero nadie me hizo caso, el enjambre multicolor tenía toda su atención centrada en el calvo que llevaba una niña a hombros; después, gritando como una tribu india, todo el mundo se abalanzó sobre la carne.



Katia temblaba de frío. Ya me estaba desabrochando la cazadora tejana para ofrecérsela, pero Il Mammone también se estaba sacando por la cabeza su jersey amarillo. Katia lo cogió del italiano con un gesto casi solemne. Como si para ella fuera cuestión de vida o muerte. En silencio, creando expectación, se sacó la camiseta por sus pechos voluminosos, blancos y de una voluptuosidad casi absurda. Me lanzó una mirada huidiza para comprobar si yo también lo estaba viendo todo. Sí, lo veía, pero de la misma manera que los demás, me concentré en mirarla a la cara para no ver aquellos pechos desnudos en los que se dibujaban sus venas azuladas. Y después, lentamente, un centímetro tras otro, Katia se puso sobre el cuerpo desnudo aquel jersey amarillo que le quedaba ridículo. Sólo Il Mammone no se fijó en nada, estaba ocupado en elegir el trozo de carne más grande de los tres o cuatro que quedaban en la fuente. En cambio, Katia lo miraba a él; de una manera fija y penetrante, diría un escritor. Katia exclamó, una vez más con solemnidad y con aire de darse importancia: «Ojalá pudiera sentir este jersey un poco más ceñido». Il Mammone la miró distraídamente y entonces, finalmente, se percató de lo que pasaba, esbozó una sonrisa, pero le salió una mueca, e hizo sentar a su hija sobre su regazo. El otro italiano, Tommaso, colorado como un tomate, cambió rápidamente de tema:

—No hace mucho estuve pensando en nosotros, los occidentales, que, aunque no nos guste en absoluto, siempre tenemos puestos los ojos en América. ¿En Rusia también seguís este modelo?

—No —dijo Katia sin pensárselo, como si ya hiciera tiempo que se hubiese preparado para esta pregunta—. Nosotros no. Siempre hemos sido diferentes, originales.

Rusia no es Europa ni quiere ser América. Tiene su propio camino.

Katia lo dijo como un niño consentido que quiere llamar la atención. Pero todos los rusos presentes asintieron con entusiasmo.

Katia se puso de pie y comenzó a dar vueltas sobre sí misma por la playa con el jersey amarillo hasta las rodillas; giró sobre su eje durante tanto tiempo que perdió el equilibrio y cayó; se puso a reír frenéticamente. Mientras la contemplaba, observé que, detrás de ella, por el oeste, el cielo a nivel del mar variaba de rojo granate hasta violeta. Sobre mi cabeza las nubes turquesa se perseguían.

Il Mammone —lo llamaban con este apodo, derivado de la palabra *mamma*, porque era un niño de mamá, y del cuidado de su madre había pasado a los tiernos brazos de su esposa— enseñaba a su hija a contar hasta diez en un ruso más que lamentable.

—¿Nos vamos? —propuse.

—¡Cómo! —exclamó Katia, espantada—. No lo dirás en serio, ¡ir a dormir a casa a las doce y media cuando la noche acaba de comenzar! Vamos a tomar un té a Komarovo, nos desviaremos por el cementerio y visitaremos la tumba de Anna Ajmátova; después seguiremos hasta San Petersburgo para ver cómo se extienden los puentes— decidió.

De modo que me fui solo.

Pongo en su lugar el espejo retrovisor. El semáforo ya ha cambiado dos veces y ahora vuelve a estar en rojo. La señora del delantal, mientras tanto, ha llegado al cruce, se ha detenido ante un buzón de correos y del bolsillo del delantal ha sacado una carta. Después de repasar el remitente y el destinatario, se aproxima el sobre a los labios y sólo entonces lo desliza por la abertura del buzón. Y de repente siento un fuerte deseo, muy fuerte: que alguien me envíe una carta de esta manera.

Atravieso el canal Moika, rodeado por palacios de estilo neoclásico, después cruzo el canal Griboyedov. Aparco en el canal Fontanka; quiero pasear por el Jardín de Verano, pero está cerrado. Es la una y media de la noche, pienso, es lógico que todo esté cerrado. Ahora domina una luz tenue. Entro en un parque vecino por un agujero del enrejado, y vago sin ánimo por el crepúsculo hasta la iglesia del Salvador. Las cúpulas doradas de las torres brillan más ahora, bajo el cielo del color de las violetas frescas, que bajo el pleno sol estival. Pienso en nuestras veladas con la música litúrgica rusa, mamá, esas veladas llenas de tus recuerdos de mi padre. No me encuentro bien en el parque; parejas de enamorados están sentadas en la hierba y en los bancos, pasean, se abrazan, se besan con pasión. Me parecen teatrales, histéricas. No quiero verlas ahora que pienso en mi padre.

Giro por la calle Gagarin y por el muelle del Neva hacia el Ermitage. Mi padre provenía de esta ciudad, pienso, y ni siquiera sé dónde vivió, ni cómo. Me quedo mirando las ondas transparentes del río. ¿Qué fue de mi padre? El río fluye solemne, majestuoso, llevándose un día tras otro las preguntas que nunca tendrán respuesta.

Camino hasta donde acaba el andén de la estación y comienza un terreno yermo o un descampado, un patio para la basura y la chatarra: la hierba que fue verde no se sabe cuándo, trozos de vías de tren oxidadas, cajas vacías tiradas, sacos que la humedad va desgastando, colillas, tornillos, plásticos, por todas partes... y un pequeño chorro de agua. ¿De dónde viene? Ah, ya lo veo, alguien ha dejado un grifo abierto. No se puede cerrar este grifo. Todo está oxidado por aquí, también el grifo y el trozo de barandilla allí a la derecha. Así que el agua continuará saliendo... El agua es como la verdad. Parece débil, pero llega a todas partes y acaba imponiéndose. Lo que es débil es fuerte, lo que es fuerte es débil. Todo parece lo que no es, y lo que no es, lo parece. Toco los objetos, aquí, fuera de la estación, y voy a tientas como si estuviera a oscuras. Como aquella noche...

...Caminábamos por la ciudad sin iluminar por miedo a los bombardeos. Ninguna luz rompía la oscuridad de la Praga ocupada. Malá Strana, donde yo conocía cada calle, cada pared y cada piedra, se había convertido en una ciudad desconocida. Caminábamos perdidos por las calles a oscuras, las casas se iban estrechando hacia arriba en las tinieblas... ahora se iban, ahora volvían, como las olas en el mar. Andréi había venido a verme desde los Sudetes ocupados a la Praga también ocupada; había hecho aquel viaje peligroso y prohibido sólo para verme; yo no dejaba de pensar en eso mientras caminábamos.

—¿Te has fijado, Andréi? A oscuras uno vive con más intensidad.

Andréi estaba callado, sumergido en su mundo. Le expliqué:

—Quiero decir que a oscuras lo experimentamos todo más profundamente. Quizá sea así la vida de los ciegos.

Andréi no decía nada. ¡Pero yo necesitaba oír su voz! Le hice, pues, otra pregunta:

—Nos han privado de nuestro país. ¿Crees que habrá guerra?

Él continuaba en silencio. ¿No me había oído? Al cabo de un rato repitió mis palabras como si fueran una pregunta:

—¿Nos han privado de nuestro país?

—Sí. De día les pertenece a ellos. Y de noche nos obligan a no verlo.

Andréi respondió de una manera poco lógica:

—¿Ves eso? ¿Este milagro? ¿El cielo estrellado sobre nuestras cabezas en una ciudad?

Para hacer volver a Andréi a la realidad del presente repetí mi frase, que mientras tanto me atragantaba.

Andréi respondió:

—El país y la tierra se han ensanchado.

Pensé que hoy, como tantos otros días, Andréi no tenía los pies en la tierra. Dije sólo:

—¿Qué quieres decir, Andréi?

—La tierra se ha ensanchado hacia arriba, ¿lo ves? ¡Se eleva hasta las estrellas!

Subíamos por una calle empinada, creo que debía de ser la de Jan Neruda. No veía a la gente que pasaba junto a nosotros, aunque sabía que estaban ahí. Todos nos habíamos convertido en sombras. Pero oía sus voces que me resultaban más próximas que nunca.

Se oyó una explosión en la distancia. Un trueno lejano y continuado, de mal augurio. El sonido sordo fue acercándose. Eran soldados que desfilaban. Pronto el trueno estridente de las botas militares comenzó a lastimar nuestros oídos. Los soldados marchaban por el centro de la calle, ellos también convertidos en sombras. Pero aquellas sombras no me resultaban próximas, y sin embargo eran humanas.

Al ritmo de sus pasos ensordecedores, Andréi me decía al oído palabras de consuelo.

De nuevo nos perdimos por las calles sinuosas y oscuras de Malá Strana. Pero el hechizo de la noche se había roto; al menos para mí. Andréi dejó que sus ojos vagaran por el firmamento estrellado con una expresión solemne. Como si tuviera que pasar algo extraordinario que esperaba desde hacía tiempo. Como si estuviera a la expectativa de un encuentro trascendental.

Apresurando el paso, arrastré a Andréi detrás de mí. Llegamos a la cima de la montaña. Al Castillo. Bajo las estrellas, intuí la iglesia del Loreto. Bajamos por unos escalones, envueltos en unas sombras oscuras que apuntaban hacia el cielo. Sabía que eran pequeños ángeles barrocos. Andréi tropezó con un escalón y, si no cayó, fue porque se apoyó en uno de aquellos ángeles de piedra.

Fue entonces.

Entonces sucedió... Por primera vez fui testigo...

—Mira, ¡allí! —dijo Andréi—. Viene a buscarme a través de la luz del sol, caminando por una senda de arena blanca en medio de un jardín colgante. Los lirios blancos bordean el sendero, los nenúfares blancos flotan en un lago artificial.

—¡La luz del sol! —exclamé.

—Tranquila, no asustes a Gudea. El hecho de que el gran sumerio venga hacia mí es un honor muy especial. Quiero prepararme bien para recibir su visita.

Un resplandor beatífico se extendió por la cara de Andréi.

Observé que, en efecto, el sol iluminaba a Andréi, que avanzaba en un día de verano, a pesar de ser una noche de diciembre fría y húmeda. Sólo en verano nos movemos con tanta libertad y desenvoltura. Veía que Andréi no dudaba, que lo tenía todo muy claro. No, no era del todo así. Vi que Andréi miraba al corazón de la verdad y todo lo que él consideraba correcto, bueno y bello. Andréi movía los labios y emitía sonidos débiles, conversaba sin duda con alguien. Sus gestos eran amplios, sus manos volaban como una falena que sabe que tiene que ir a buscar la luz. Sonreía a su

interlocutor, se entusiasmaba con él. Se quitó el abrigo y la chaqueta, tanto calor tenía en aquella tarde estival. Yo lo iba observando: era evidente que aquella conversación había aportado a Andréi algo nuevo, quizá esencial.

La conversación duró una hora, tal vez más. Pero es posible que me hubiera parecido más larga porque había visto algo sobrenatural, increíble. Sentí un poco de miedo.

Cuando Andréi regresó de su viaje entre los antiguos sumerios se había transformado en un hombre sereno y feliz. Caminábamos despacio por el monte de Petřín. Al amanecer me atreví a preguntarle:

—¿Qué te ha dicho el gobernador sumerio? ¿No te ha dado ningún consejo personal?

Andréi me miró con ojos brillantes:

—El gran Gudea ha relacionado mi vida, mis actitudes y mi trabajo con sus ideales. Cada cual tiene que enriquecer y embellecer el mundo en la medida en que le sea posible, y un artista con más motivo aún.

Desayunamos en el Café Louvre; a esa hora éramos los únicos clientes. Acompañamos el café espeso con cruasanes untados con mermelada de frambuesa. Andréi no dejaba de reír con los ojos chispeantes.

Después fuimos a dormir a casa, mejor dicho, yo necesitaba unas horas de sueño. Andréi descorchó una botella de vino y, sentado en un sillón, cantaba, silbaba y dibujaba los árboles y la pintura desconchada de las casas que veía desde la ventana.

Al despertar, hacia el mediodía, comprendí enseguida que Andréi se había marchado. En la mesita, junto a su sillón, relampagueaba la botella de vino a medio beber y una copa vacía. La copa sujetaba una cuartilla de papel amarillo con un dibujo.

Descubrí, en el dibujo, un retrato. Un hombre con ojos grandes y expresivos y un rostro despierto y perspicaz, vestido con una túnica negra. Su cara irradiaba fuerza de voluntad. Tenía una mirada lúcida, casi clarividente, los pómulos salientes y un mentón prominente, característico de un hombre intenso, próspero y de espíritu vehemente. El único complemento de aquel hombre serenamente espiritual era una cinta, que le rodeaba la cabeza como un turbante, con inscripciones en escritura cuneiforme.

Andréi no había hecho nunca retratos. Estaba completamente segura.

Debajo de la botella encontré un papel. Una nota dirigida a mí, pensé. Leí:

El nombre que se puede pronunciar ya no es nombre...

En la ausencia del nombre está el principio del cielo y de la tierra  
y la presencia del nombre es la madre de todas las cosas.

Si no lo deseamos, nos adentraremos en su secreto

mientras que si lo buscamos, no encontraremos sino su superficie.

Esta es la puerta que conduce a cualquier enigma.

¿Quién lo había escrito? ¿Dónde estaba Andréi?

¿Cómo irá a casa? Un hombre enfermo. ¿Cómo encontrará su casa en la montaña? ¿Cómo conseguirá llegar, él, que no vive en la tierra, sino más allá? ¿Cómo viajará si está prohibido venir de la zona fronteriza? No dejaba de hacerme estas preguntas y muchas más.

Cogí un periódico para distraerme de lo que me rondaba por la cabeza. En la primera página de un periódico checo leí: «¡Sigamos al Führer durante estas fiestas navideñas! ¡Sigámoslo en esta época tan importante para Alemania y para el futuro de nuestro Reich!».

Me embargó una sensación de soledad. Yo también me sentí abandonada por todo y por todos.

Poco después se presentaron en mi casa. Ambos con el pelo claro y liso, peinado hacia un lado. Ambos delgados. Parecían hermanos. Tenían unos años más que yo. Uno llevaba un traje gris, el otro iba de marrón. Se me dirigieron a mí en alemán. Les hice pasar al salón. Eran corteses, educados, correctos. Con miradas de expertos examinaron mis partituras sobre el piano y mi colección de filósofos griegos en alemán, encuadernada en piel. Uno entabló conversación sobre la *República* de Platón, el otro apreciaba —adoraba, según su propia expresión— la *Crítica de la razón pura* de Kant. Después de esta breve charla preliminar —dicho con exactitud, en el preciso instante en que mencioné el ensayo *Sobre la paz perpetua*, también de Kant— mis dos visitantes interrumpieron en seco mis reflexiones para ir al meollo de la cuestión:

—Disculpe que la hayamos abordado así, *verehrteste Komtesse*, sin haberle pedido una cita previa —dijo el del traje marrón.

—Hemos venido con confianza, usted nos pertenece —dijo el de gris.

—¿Yo les pertenezco? —dije con un sobresalto, sin entender nada.

—Quiero decir que usted es de nuestro bando —aclaró el de gris.

Yo continuaba sin entender absolutamente nada. Decidí esperar.

—Usted es de los nuestros, eso es lo que queremos decir, y por esta razón hemos venido —repitió el de gris, frotándose las manos con satisfacción.

—Al fin y al cabo usted es una alemana —sonrió el de marrón como si sintiera el olor de su asado favorito preparándose en el horno.

—Mi padre era alemán —respondí con prudencia—. Mi madre no lo es.

—Lo sabemos —dijo el de gris, con un gesto de sorna que no acabé de entender.

—Es suficiente —lo interrumpió el de marrón secamente—. Ser medio alemán, como es su caso, para nosotros es ser alemán. Con su padre es suficiente para que usted se convierta...

Ambos callaron.

Sonrieron. Ganaron tiempo.

Me puse nerviosa.

—¿Para que me convierta...? —dije.

—En ciudadana del Reich —dijo el de gris.

—Sí, ciudadana del Reich —el de marrón sonreía como si el asado ya estuviera cortado y servido en el plato.

—¿Ciudadana del Reich? —dije con sorpresa.

—Sí, ciudadana del Reich, es decir, oficialmente alemana, *verehrteste Komtesse*. Intentamos incluir en nuestras filas el mayor número posible de alemanes —me explicó el de gris, ahora sin ninguna sonrisa, seriamente, con severidad.

Comencé a temblar.

—Piénselo detenidamente, *verehrteste Komtesse*. Lo hacemos por su bien. El suyo y... el de las personas más próximas —dijo el de marrón, con una sonrisa cortés en los labios y el resplandor de un falso diamante en los ojos.

Andréi no venía. Hacía tiempo que había pasado la Navidad, y año nuevo, y el día de reyes. El invierno se había acabado. Y en los periódicos y la radio decían siempre lo mismo:

«El presidente del Protectorado *Böhmen und Mähren* anuncia la obligación de todos los ciudadanos alemanes, y aún con mayor motivo de los checos, de saludar los símbolos del Reich, la bandera, el himno, etcétera, con la cabeza descubierta y una postura respetuosa. Aunque no es obligatorio, se apreciará el saludo con el brazo derecho en alto».

Andréi no venía.

Pero los dos hombres, el de gris y el de marrón, regresaron.

Los eché diciendo que aquel día estaba algo indispuesta. Prometieron regresar muy pronto.

—Te quiero con una falda roja, como una gitana. ¿No tienes ninguna? Vamos a comprarla. ¡Venga!

Había venido con un manojo de narcisos amarillos, pero había llegado tarde, después de mucho tiempo; como siempre, de hecho.

Pasamos por el puente de Carlos. Desde el cielo lluvioso, primaveral, las estatuas barrocas nos saludaron con la cabeza y los brazos. Entusiasmado, Andréi me explicó que había comenzado a dibujar retratos, cosa que no había hecho nunca. Pintaba a los gitanos desvencijados que vivían en las cabañas y los carros al pie de las montañas. Me explicó que admiraba su manera de comunicarse a través de las fábulas. Una gitana llamó su atención por su falda color de fuego.

—Era Susana. No, más bien Magdalena —reía.

—¿Y Yo? ¿Soy Susana o Magdalena?

—Eres tanto Susana como Magdalena. Y necesitas una falda roja, larga como la de la gitana, y el pelo también largo y suelto.

—¡Y caminar descalza tintineando con mis brazaletes en los pies! —reía yo y sacaba la lengua a las estatuas risueñas del puente.

Compramos una falda amplia, roja, que me llegaba hasta la mitad de la rodilla, zapatos negros con tacones altos pero cómodos; un cinturón amplísimo de piel negra y una americana oscura con una rosa roja de terciopelo en la solapa. Andréi lo pagó todo. Yo no disponía de aquella cantidad de dinero; dos de las tres familias judías que me alquilaban viviendas me pagaban mucho menos ahora que hacía un par de años. No tenían nada más. Andréi reía mientras pagaba. En la calle me dijo:

—¿Para qué sirve el dinero? Quiero que tu belleza esté bien enmarcada para que resalte. A partir de ahora, cada mes haremos una compra. En verano iremos juntos a los baños del Moldava; quiero verte allí con un bañador azul celeste: parecerás una de aquellas *demoiselles* que retrataba Ingres.

—Las jóvenes de Ingres no llevan bañador —protesté.

Andréi me abrazó los hombros y, al ritmo de la lluvia primaveral, saltó por encima de los charcos de agua.

—¿Ah, no? Bien, entonces tú serás... ¡una mariposa azul!

Volvíamos a casa por el puente de Carlos. La ropa vieja se balanceaba en una bolsa de malla entre nosotros como un incensario humeante en una iglesia.

—¡Mariposa azul! —me dijo Andréi al oído. Sus palabras no tenían ninguna lógica: ¡mi falda nueva era roja como un semáforo!

—Ya te veo con tu bañador azul —me explicó—. Yo veo con mucha facilidad las cosas del futuro y del pasado: me imagino a las jóvenes como viejecitas que suben al tranvía con dificultad, y a los ancianos los veo como jóvenes bien formados que llevan una rosa a la chica con la que tienen la primera cita de su vida.

Me pareció extraño eso de imaginarse a las jóvenes como ancianas. Pero no pensé más en ello. El viento hacía ondear mi falda, jugaba con ella y me descubría los muslos. En medio del puente nos topamos con Liza, completamente feliz y radiante, y con su marido, con cara de pocos amigos porque el viento jugaba también con la falda de Liza y le descubría las rodillas, los muslos y aún más. Ella, traviesa, buscaba con los ojos las miradas de los hombres, y comprobaba con agrado que había muchas miradas masculinas puestas en ella, porque nadie quería perderse el espectáculo; y es que Liza lucía unas piernas largas y esbeltas como una bailarina, aunque su cara no era tan vistosa; tenía los ojos pequeños, enmarcados en unas gafas gruesas que caían sobre su nariz como el morro de un caballo; habitualmente los hombres no se fijaban en ella y hete aquí que ahora no tenían bastantes ojos para mirarla. ¡Qué placer! ¡Qué gusto!, ser el centro de atención de todos, absolutamente todos los hombres, desde los estudiantes de instituto hasta los abuelos con bastón, y Liza, contenta, avanzaba con su marido, que ponía cara de irritación, sí, parecía el dios japonés de la ira, y refunfuñaba diciéndole a Liza que más valdría que se tapara si no quería coger un



resfriado, que se aguantara la falda a la altura de las rodillas, pero a Liza no le apetecía hacerle caso y mucho menos obedecerle, no le importaba el enfado de su marido, ella disfrutaba como nunca lo había hecho antes.

Cuando Liza y su marido se alejaron, nos apoyamos en la balaustrada de piedra mirando el río. Andréi tarareaba una canción que yo desconocía.

Bailar y danzar un poco más aún,  
y respirar el aire perfumado,  
¡aunque sea con el dogal al cuello!

Y de repente lo vi. La plaga bíblica. Langostas, nubes de langostas. Langostas de rodillas prominentes habían elegido Praga para infectarla de peste.

En el puente de Carlos, entre ambas hileras de estatuas danzantes, marchaba todo un ejército de niños pálidos, serios, sombríos, con una raya bien dibujada que separaba su pelo claro y engominado, peinado hacia un lado, con pantalones cortos y calcetines altos hasta las rodillas huesudas. Aquellas rodillas monstruosas se doblaban al ritmo de una marcha alemana que incitaba a la lucha; el ejército de niños la cantaba con una convicción escalofriante: *Die Fahne hoch, die braune Bataillonen, SA marschert in ruhig festem Schritt...*

Me tapé los oídos con los dedos. Andréi los selló con sus palmas. Me doblé sobre la baranda de piedra, me incliné sobre el río. Miré el agua, de color marrón como los batallones marrones de la canción de marcha.

Los vi allí, se dibujaban en las olas.

Eran dos. El de gris y el de marrón. Habían venido de nuevo. Una mañana, mientras preparaba el desayuno para Andréi y para mí. Pero ¿sucedió de verdad, en aquella ocasión, que aquellos dos hombres se presentaron en mi casa, o fue una pesadilla, fruto de una preocupación que en aquellos años 1938 y 1939 me hacía sufrir todos los días? Tenía pesadillas cada noche; había oído que, mientras gobernaran los nazis, los que más sufrirían serían los judíos y los rusos. Me invadió la angustia por el futuro de mi madre, de Bruno, de Andréi y de mí misma.

—¿Ha reflexionado sobre ello, *verehrteste Komtesse*?

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de convertirse oficialmente en una ciudadana del Reich —dijo el de gris.

—¿Perdón? —intenté ganar tiempo.

—Una ciudadana del Reich —repitió el de gris con una sonrisa.

—Sí, una ciudadana del Reich, *Frau von Stamitz* —dijo el de marrón como un eco.

—¿Ciudadana del Reich? —dije asustada.

—Sí, ciudadana del Reich, es decir, oficialmente alemana —me explicó el de gris, ahora seriamente, con severidad.

Comencé a temblar.

—Mi marido duerme aún —dije. Mi afirmación no tenía ni pies ni cabeza, me di cuenta.

—¿Su... marido? —rió el de gris con un sarcasmo que ni siquiera intentó disimular.

—¿Ese pintor de gitanos, su marido? —dijo el de marrón mirando en dirección al dormitorio.

—¡*Frau* von Stamitz! —dijo el de gris moviendo la cabeza como si hablara con una retrasada mental.

¿Lo saben? ¿Cómo lo saben? ¿Por qué lo saben?, me pasó por la cabeza. Temblaba angustiada.

—Piénseselo con calma, distinguida señora, es por su bien.

—Es sólo por su bien, nosotros no ganamos nada —sonrió el de gris, como si imitara a su compañero.

—Es por el bien de usted y el de las personas que le son próximas —repitió el de marrón como si yo fuera sorda.

A la altura de la puerta de mi piso, el de marrón me dijo muy bajo, casi susurrando, pasándose la mano por el labio inferior como si se lo limpiara:

—Aún hay algo más, *Frau* von Stamitz. El mayor servicio que una mujer puede hacer a la humanidad es perpetuarla con unos hijos sanos desde la perspectiva de la raza.

Los veía ahora en las olas del Moldava, el de gris, con la corbata a rayas blancas, con los ojos pequeños pero penetrantes; y el de marrón, con una cadena de oro en el bolsillo y un diente de oro en la sonrisa que le salía torcida. Mientras yo vomitaba sobre el río, Andréi me acarició el pelo y me secó la cara sudada con su pañuelo. El aire de mayo era frío y lo inspiré profundamente a través del olor a tabaco que desprendía el pañuelo de Andréi. Apoyé la cabeza sobre los pies de piedra no sé bien de qué santo, como Magdalena. Y deseé no estar en el puente, ignorar lo que pasaba, no tener que tomar ninguna decisión, sólo ser y nada más.

Contemplé las estatuas que hacía un momento habían bailado al ritmo de la primavera, mientras que ahora, negras y ásperas, hacían muecas de burla para recordar a los viandantes lo que todos sabían: ¡Este país ya no es tuyo! Tu himno dice que este país es tu hogar, pero los niños rubios con una raya rectísima que divide el pelo impecablemente alisado y engominado, con un nudo en la corbata también impecable, han acampado aquí, saben perfectamente que son los más fuertes y los más poderosos y los más grandes del mundo.

Las sombras oscuras de las estatuas en dos hileras se torcían, se retorcían y hacían

muecas, y con sus lenguas infernales lanzaban a los viandantes maliciosamente: Querías detenerlos, ¿verdad? Querías cerrarles el paso con un arma en la mano para que no entraran en la ciudad, ¿no es así? Querías decirles «¡Eh! ¡Alto! ¡Para el carro! Esta es mi casa y no te he invitado a entrar», ¿no es verdad? Mejor morir que tener extraños en casa, ¿no? Ahora las estatuas escupían a los viandantes su aliento demoníaco, burlándose: los nazis tienen los pensamientos ordenados, los nazis ignoran lo que significa el caos y lo que significa la palabra *capricho*, los nazis tienen voluntad y fuerza, y con la fuerza y la voluntad esclavizarán tu país y ejecutarán a la democracia que ahora cumple veinte años.

Observé a los viandantes: cruzaban el puente con una fatiga que se les notaba en los gestos y en el paso, en los ojos vacíos e indiferentes al hecho de que entre las minúsculas gotas de lluvia caían rayos de sol primaveral. Y las estatuas fantasmagóricas los rodeaban, agitadas, en una negra danza macabra. *Ver Totentanz*.

Del brazo de Andréi, me alejé de las negras estatuas de la muerte hacia Kampa, hacia las callejuelas sinuosas de Malá Strana. Hacia casa.

Un día en que estaba ayudando a un alumno a prepararse para el ingreso a la Academia de Música, volvieron a presentarse. No era ninguna pesadilla, los dos hombres estaban de pie ante mí, el de marrón y el de gris.

—Schubert —dijo el de marrón.

—Los *Impromptus* —añadió el de gris.

—Nuestra música alemana.

—Beethoven, Schubert, Mozart.

—Los compositores checos no se han quedado nunca atrás —dijo mi alumno, que aún no había perdido la confianza en la posibilidad de convencer a alguien con un argumento lógico.

—Los compositores checos tienen escuelas alemanas, sólo por eso no se han quedado atrás —dijo el de gris con fatiga.

—Y usted lo sabe —añadió el de marrón con más pereza aún.

Los hice pasar a otra habitación.

—Usted es de los nuestros y por eso hemos venido —repitió el de gris.

—Al fin y al cabo usted es una alemana, *verehrteste Komtesse* —sonrió el de marrón.

—Y está a punto de convertirse en una ciudadana del Reich —dijo el de gris, expectante.

Comencé a temblar.

—Debo volver con mi alumno —me disculpé.

—Esperaremos —dijo el de gris.

Era una orden.

Recordé las palabras del ministro de Defensa que había escuchado en la radio, su

voz rota, su llamada al pueblo: Lo más importante es que nos sintamos unidos. Es esencial vigilar que los elementos extraños no se infiltren entre nosotros. No sucumbáis a la confusión. Dije con firmeza:

—No. Hoy no me va bien.

—Volveremos, vendremos a verla otro día. Pronto.

—¡Volveremos tan pronto como podamos, *verehrteste Komtessel*

Lo dijeron ambos casi al mismo tiempo. Sus palabras sonaron solemnes. Como si fueran el coro de una tragedia griega.

Llevaba en la bolsa un traje de baño nuevo, de dos piezas, de color azul celeste. Había comenzado a lloviznar, los hombres se calaban los sombreros en la frente, las mujeres se cubrían la cabeza con unos sombreros preciosos o con bolsas de la compra y fruncían el ceño, inclinadas hacia delante. Más tarde, mientras Andréi y yo íbamos en el tranvía a lo largo del río, el sol volvió a asomar. Aun así, la gente corría por el muelle del río como si les persiguiera un perro rabioso. Algunos hacían gestos irritados, otros miraban el empedrado con unos ojos indiferentes, apagados. En la Praga impregnada de nazis, no había nadie que se dedicara a pasear por placer. Recordé que cuando era pequeña, un día, en el muelle, mientras paseábamos con las carmelitas frente al Teatro Nacional, habíamos topado con dos jóvenes: uno tenía la parte derecha del pelo teñida de verde y la izquierda de amarillo; el otro, la izquierda de verde y la derecha de amarillo; caminaban con las partes amarillas casi rozándose. La gente se giraba para mirarlos, algunos indignados, otros complacidos. Después, mi abuela me explicó que eran dos hermanos, dos escritores muy célebres. O quizá se trataba de dos pintores, no lo recordaba demasiado bien.

El sol brillaba y la gente huía a casa como si granizara.

En los Baños Amarillos me puse el traje de baño azul celeste de dos piezas. Nos acomodamos sobre el suelo de madera, pintado de amarillo, justo al lado del Moldava. Andréi miraba fijamente las olas; yo no pude dejar de observar que la vida en el bosque había hecho fibroso su cuerpo fuerte.

Me giré de espaldas; el sol me calentaba. Oí una conversación en alemán, venía de muy cerca. No era aquel alemán blando y dulce que hablaba una parte de los habitantes de Praga, sobre todo los judíos, aquel alemán que, antes, yo había menospreciado y que, visto desde la perspectiva actual, me resultaba familiar y entrañable. La conversación en alemán que ahora me llegaba a los oídos me sonaba como órdenes militares.

¡No pensar!, me ordené.

Pero el alemán no dejaba de llegar hasta mí, como unas botas militares que desfilaban sobre el empedrado de mi conciencia...

—Hemos venido con confianza, *verehrteste Komtesse* —dijo el de gris.

—Hágase ciudadana del Reich —dijo el de gris—. Por sus venas circula sangre alemana y usted, *Frau von Stamitz*, será una buena ciudadana del Reich.

—Tenemos que traerle unos papeles para que los firme —dijo el de marrón.

En aquel momento tuve una visión; podía observar cómo era yo por dentro. Arterias, venas y vasos sanguíneos desembocaban en el corazón como los ríos y los riachuelos en el mar, donde se funden. La sangre de mi padre... yo la veía como la música que Lully había compuesto para el Rey Sol. La sangre de mi madre... claramente, era la *Octava Sinfonía* de Mahler. La sangre de mi abuela era música para piano solo, las poco conocidas y muy íntimas piezas para piano de Smetana. Todo eso soy yo, todos estos ritmos, tonos y estados del alma, todas estas notas, atmósferas y contrapuntos circulan en mí, corren por mis venas.

¿Y yo? ¿Qué soy yo? ¿Cómo soy? ¿Quién soy?

—Le hemos traído unos papeles para que los firme.

Miré en mi interior. La sangre de mi abuela, pues, era música de Smetana. ¿Y mi difunto marido? ¿Y Petr? ¿Y Andréi? Bruno Singer es la ópera de Janáček *El asunto Macrópulos*, evidentemente. Mis alumnos son instrumentos de música. Todo eso soy yo... ¿Quién soy yo?

En aquel instante, tuve la sensación de que unas voces se amalgamaban con mis fantasías, ¿o era sólo el fruto de mis miedos más ocultos?

—Es su obligación, *Frau von Stamitz* —escuché la voz del de gris.

—Se lo imponemos, ¡es una orden! —dijo el de marrón, mientras yo pensaba en mis venas y mis arterias.

—Es su obligación moral —continuaban disparando los dos hombres.

—Es un imperativo moral.

—El imperativo moral del que habla Kant en su *Crítica de la razón práctica*.

—Es la ley moral que hay en cada uno de nosotros.

—Es la ley moral que hay en usted.

—Habrá guerra.

—Habrá hambre.

—Perseguiremos a los judíos.

—Su madre se ha casado con un hombre que pertenece a la raza judía.

—Habrá una gran persecución de los judíos, dura y consecuente.

—De los judíos, y no sólo de ellos, también de sus familiares.

—Y de los que ayudan a los judíos.

—De los que son amigos de los judíos.

—Perseguiremos a todos aquellos que no están con nosotros.

La sangre de mi madre... La de Mahler, me repetía para no escuchar las dos voces que me hablaban con tanta, tanta insistencia. ¿Cómo es la *Octava* de Mahler?

Pam pa pa pa pa pam pam...

—Quien no está con nosotros está contra nosotros —continué escuchando en aquella pesadilla. Pero después oí bien claramente las siguientes palabras:

—En cambio, quien está con nosotros...

—Quien está con nosotros obtendrá beneficios.

—Si usted, *Frau* von Stamitz, decide estar con nosotros, le aseguramos que no dejará de tener alumnos.

—Y todo tipo de beneficios.

—Y de favores.

—Siempre tendrá comida.

—Y buena. Naranjas y plátanos, higos y dátiles, entre otras delicias.

—Seguro médico.

—No tendrá obligación, como los checos, de trabajar catorce horas diarias en una fábrica.

—Nosotros sabemos favorecer a los que nos sirven. *Verehrteste Komtesse*, le recomendamos con las mejores intenciones que firme este papel. No es nada importante y a cambio usted podrá vivir mejor y ayudar a sus seres queridos desde su posición.

Entonces sucedió.

El de marrón me ofreció una pluma, el de gris aproximó unas hojas a mi mano derecha. El de marrón me animó con su sonrisa.

Hice un gesto para coger la pluma de sus manos.

En el último momento vacilé. Miré al otro hombre.

El de gris frunció el ceño, amenazador.

Yo pensé, aterrada, que si comenzaban a castigar a los judíos y a sus familias, además de a los rusos, lo acabarían pagando mi madre, Bruno, Andréi y yo misma.

Sin decir ni una sola palabra, en silencio, cogí la pluma de la mano del hombre vestido de marrón.

—¡Nooooooooo!

Un escalofrío estuvo a punto de hacerme caer al río.

Andréi me miró con los ojos deslumbrados por la brillantez del cielo.

Hundí los dedos en los oídos. Aun así escuché su voz... ¿Qué te pasa, mariposa azul? Sentí sus brazos que me protegían. Su voz me canturreaba al oído la canción de Schubert: *Darum Sylvia, tön, o Sang, der holden Sylvia Ehren...* Nos sentamos cogidos así durante un buen rato.

Lloviznaba de nuevo. Aparté los dedos de los oídos. La gente se marchó, la conversación en alemán se había alejado.

Continuábamos sentados como antes, mirando el río gris con unas cuantas pinceladas verdes. Mi traje de baño azul celeste, que yo estrenaba aquel día, se mojó

y se estiró de una manera poco atractiva, y el color amarillo de la madera pintada de los baños lo había cubierto de manchas verdosas.

Andréi se perdió. Desapareció. No, seguramente en la montaña me debe de haber olvidado. Cuando se adentraba en el universo de sus visiones se olvidaba de todo, incluso de las personas más próximas. Entonces no sabía nada de mí, como no sabía nada del mundo.

Mi madre y Bruno Singer se perdieron también.

Un día, en la radio, oí un llamamiento para que los ciudadanos ayudaran a las decenas de millares de familias que esperaban su destino en los campos de refugiados y cuya supervivencia dependía únicamente de la caridad de la gente. Recordé a mi madre y a su marido, de quienes últimamente no sabía nada: mis llamadas de teléfono quedaban sin respuesta, mis llamadas al timbre también. Primero fui al banco a sacar dinero, después me dirigí a la Asociación de Ayuda a los Refugiados, en la calle de Karolína Světlá. Un hombre joven, que se ocupaba de la oficina, me dirigió una sonrisa luminosa de agradecimiento y me pidió el documento de identidad. De mala gana, le alargué mi documento nuevo, de ciudadana del Reich. El joven me miró, ahora con una fuerte aversión no disimulada, y dijo con una voz llena de menosprecio:

—De usted no aceptaremos nada.

Subí por la calle de Jan Neruda hacia el Castillo de Praga. Sentí una debilidad repentina y, ante la embajada de Italia, me apoyé en la pared. Las estatuas se erguían en el palacio barroco, sede de la embajada, y me amenazaban con sus gritos, vociferaban y se reprendían mutuamente; y, con el dedo levantado, aquel índice amenazador de los fanáticos jesuítas contrarreformistas, sus cuerpos de piedra se retorcían en una histérica danza convulsa.

No pude pasar por su lado. Volví hasta abajo, a la columna de la peste, donde giré hacia la izquierda para emprender otro camino de subida: la Nueva Escalera del Castillo. Aunque estábamos en noviembre, quedé empapada de sudor y me quité la chaqueta marrón oscuro. Recordé el día en que la habíamos comprado, Andréi y yo: aquel día... pasábamos por el puente de Carlos, desde el cielo lluvioso, primaveral, las estatuas barrocas nos hacían gestos de saludo con la cabeza y con los brazos... Entusiasmado, Andréi me explicó que había comenzado a dibujar retratos, cosa que no había hecho nunca; que admiraba la manera de comunicarse de los gitanos: a través de las fábulas... Eso había ocurrido antes de la guerra. Mientras tanto habían pasado unos cuantos años y ahora me parecía que aquel paseo había tenido lugar en otra vida.

Subía la escalera hacia el Castillo pensando en la mañana de ese día. En un

pequeño café al lado de mi casa había tomado una taza de agua sucia que ahora, durante la guerra, se llamaba café, y para ahuyentar mis preocupaciones había cogido un periódico checo; alentaba a una «colaboración sincera con los alemanes»; había consultado otros, todos decían, con diferentes palabras, lo mismo. En el momento de pagar, hice un comentario a la dueña del café: «Según los periódicos, ¿qué quiere decir checo? ¿Ser un colaboracionista?».

Nunca olvidaré su mirada. Nunca.

Me miró con desprecio. Más aún: con asco. Como si quisiera decirme: Tú, arpía, a ti no te corresponde hablar de estos temas; mejor será que te calles, ¡monstruo colaboracionista!

A este café no volveré nunca más, me había prometido.

Como tampoco podía asomar la cabeza en la panadería de mi calle, ni en la droguería, ni en la frutería de la calle Újezd, ni tampoco en los jardines de Kampa cuando iban los estudiantes. Ya no me llamaban la señora silenciosa, como lo habían hecho tras la muerte de mi marido; unas cuantas veces me gritaron: ¡Bruja, mala pécora!, y escupían delante de mí.

¿Cómo se habían enterado, de... aquello? ¿De mi firma? De la firma y de las ventajas que recibía de manos de los alemanes. ¿Por qué había firmado, aquel día, la aceptación de la ciudadanía del Reich? ¿Quizá... quizá porque, cuando era pequeña, *maman* no había dejado de repetirme que yo era una noble orquídea aristocrática, destinada a una vida mejor que la de la mayoría de la gente?

Sí, en parte lo había hecho por eso. Y también porque no había podido dejar de obedecer una orden. Las órdenes hay que cumplirlas, me habían enseñado desde pequeña. Pero había otro motivo: después de haber oído, antes de la guerra, que los que más sufrirían serían los judíos y los rusos, había creído que, en caso de necesidad, podría ayudar a mi madre, a Bruno y a Andréi.

Bruno Singer, un especialista de las finanzas, con su rostro inteligente, intelectual, con los gestos de un hombre sensible y refinado, un perfecto *gentleman* y un maravilloso compañero a la hora de bailar al ritmo del jazz...

El día en que la había visto por última vez, mi madre me dijo... Sylva, me piden que me desentienda de Bruno, me lo exigen, ¡ellos! Para salvarme la vida me ordenan que me divorcie. Me han dicho que una aria casada con un judío, si no se divorcia a tiempo, tiene que ir al campo de concentración. Pero Sylva, si lo hiciera, ¿qué opinión tendría de mí misma? Sylva, yo quiero estar con él, y todo lo demás no tiene importancia.

En eso también mi madre me había superado. Todo lo hacía mejor que yo, siempre.

¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué ha sido de mi madre? ¿Y de Bruno? Hacerse preguntas significa no haber perdido la esperanza. Aún.

Y Petr, *Monsieur Beauvisage*, ¿qué fue de él? A los treinta años, todavía durante el gobierno de Masaryk, había sido secretario del ministro de Cultura de



Checoslovaquia; después de la muerte de Masaryk, se había alejado de la política para convertirse en profesor universitario —mi madre me lo había contado delante de Bruno, a propósito, con coquetería—. «Nunca he acabado de entender del todo los poemas de Petr», añadió *maman*, «en casa tengo unos cuantos libros de él», explicó, «la crítica canta alabanzas, pero a mí, la verdad, aquellas imágenes contradictorias que él utiliza no me dicen gran cosa». A *maman* los poemas de Petr no le decían gran cosa y yo ni siquiera había intentado leerlos... Aunque mis amigos y conocidos los apreciaban mucho. Es decir... mis antiguos amigos y conocidos. Todo el mundo se había apartado de mí con aversión. Pero ¿dónde estaba Petr? La universidad estaba cerrada. Desde el inicio del Protectorado y de la guerra, los nazis se habían llevado a los campos de concentración a más de veinte mil personas, sobre todo de la intelectualidad checa; así hacían que el terror fuera creciendo en el país. ¿Qué había pasado con Petr?

¡No!, me decía mientras subía la escalera. ¡No! Tengo que concentrarme: estoy desviando mi atención a otras cosas. ¡Más arriba, más arriba por la escalera del Castillo! No puedo, no tengo fuerzas para pensar en... eso. ¡Si Andréi estuviera aquí! ¿Por qué voy sola? ¿Por qué no me acompaña nadie? Los que no se han apartado de mí —¿cómo es que tanta gente lo ha sabido?— están en los campos de concentración. Y mis alumnos... Los judíos están en los campos, los checos tienen otras preocupaciones... Aquellos dos hombres, el de gris y el de marrón, se han encargado de traerme estudiantes, han mantenido la palabra... «Nosotros sabemos favorecer a los que nos sirven», dijeron, y lo han cumplido... Pero ahora tengo que recibir en mi casa a esas langostas con calcetines altos hasta las rodillas huesudas y enormes, como globos, para que toquen los *Impromptus* de Schubert en mi casa, los niños de la *Hitlerjugend* sólo tocan música alemana, por supuesto; la ejecutan con perfección técnica, pero fríamente, con severidad; disciplinadamente, vaya; sin ninguna pasión o misterio; ¿y qué es el arte sin pasión y sin misterio? El misterio es una cosa por la cual vale la pena vivir. Andréi no lo pierde nunca, no lo perdería aunque pasáramos cuatro vidas juntos. A menudo se transforma en otro. Andréi viene cuando quiere, se va cuando quiere, llega demasiado tarde y se marcha demasiado pronto...

Hace tiempo que no lo he visto; un día lo vi en casa de la vecina de enfrente; a continuación cruzó la calle para llamar a mi puerta, con un ramo de margaritas pequeñas, de las que crecen y florecen en el césped de los parques, en Kampa hay muchas; antes me regalaba rosas, pero ¿quién se atrevería a venderlas ahora, durante la guerra, cuando los aviones silban sobre nuestras cabezas, y quién compraría rosas si no puede estar seguro de llegar a casa? Andréi solía regalarme ramos de gladiolos en verano, brazadas de lilas en primavera, ramos de crisantemos en otoño y rosas a montones, siempre; porque no venía nunca con las manos vacías, siempre me traía un regalo y aquel día traía margaritas minúsculas como la moneda más pequeña de todas, la de un céntimo, venía con un ramito en la mano, una pregunta en los labios y el saludo con su voz de bajo, pero aquel día no presté atención ni a las flores ni a la

sonrisa ni al saludo, sólo veía que había estado en casa de mi vecina y unos círculos rojos surgieron ante mis ojos, se hicieron encarnados y se oscurecieron, y cerré la pesada puerta de un golpe para que Andréi no pudiera entrar... Escuché la llamada al timbre, después dio pequeños golpecitos con los dedos y con la palma, al final rascó la madera como un animal pequeño mientras decía en voz baja... Sylva, Sylva, amor mío... Ya era de noche y yo no había abierto la puerta, bebía coñac y café y, cuando ya no hubo nada más para beber, fumé unos cigarrillos que Bruno se había dejado en casa hacía mucho, mucho tiempo, y recordé el ramo de margaritas pequeñas y quise salir a la calle a buscarlo, pero volví a tener ante mis ojos la escena de Andréi con la vecina del otro lado de la calle: él sonreía, ella le decía algo con... sí, con una gran ternura en los ojos, él le hablaba cerca del oído, con pasión... ¡Uf! Me dormí sentada en la silla y al despertarme salí de casa corriendo, sólo con una gabardina, sin bufanda ni sombrero ni guantes, porque me había despertado con la imagen del ramo y me había echado a correr por la escalera de casa como si aún lo pudiera encontrar en algún lugar... y, en efecto, una vez en la planta baja, vi a Andréi en el umbral del piso sucio del que, hacía tiempo, se habían llevado a una familia judía, con el abuelo, los nietos y todo, no habían gritado, se habían ido como unas sombras, como si ya no estuvieran, como si sus ojos no vieran la escalera, la puerta y la calle, como si mirasen ya el corazón del horror... y su piso se había quedado abierto, yo deseaba con todas mis fuerzas que volvieran y me repetía que, si su piso se quedaba abierto, ellos regresarían, el abuelo vestido de negro con un sombrero negro pasearía cada día una hora y media por las calles como antes, hablando consigo mismo en un alemán de Praga propio de los judíos, y que los sábados toda la familia volvería a encaminarse hacia la sinagoga, siempre a pie, no a través del puente de Carlos sino cruzando el puente de Čech que conduce directamente a la avenida Pařížská donde está el barrio judío, sí, que todos juntos, vestidos de fiesta, toda la familia acicalada y de punta en blanco irían a pie para asistir al culto judío, todos juntos y unidos como una familia de osos, y es que sólo los osos son fieles a su pareja toda la vida... y en el umbral del piso estaba Andréi, de pie y con una sonrisa, temblorosa y redondeada como si pronunciara la letra e, como si fuera una pregunta o una súplica, pero, también, la mirada de mi memoria lo vislumbró con la vecina, vi que la sonrisa no se dirigía a mí, sino a la vecina con la que conversaba largamente, y ella lo devoraba con los ojos llenos de pasión, y lancé a Andréi una mirada helada.

Cuando llegué bajo el puente de Carlos aún era de noche y una sirena comenzó a aullar, ¡uuuuuuuuu!, ¡uuuuuuuuuu!, aquel día el sonido lastimoso y de mal augurio no me puso la carne de gallina, sino que me pareció el acompañamiento musical idóneo para mi estado de ánimo. Y al sonido de la sirena, que no dejaba de amonestar, ¡uuuuuuuuuu!, ¡uuuuuuuuuu!, ¡sálvese quien pueda!, ¡uuuuuuuuuu!, ¡en un momento comenzarán a caer bombas!, ¡uuuuuuuuuu!, recordé que, no hacía mucho, Andréi me había explicado que durante largo tiempo había tenido una deuda con Jaroslava, es decir, con la vecina, y que, por fin, estaba en condiciones de devolverle

la suma de dinero que le debía... que ya faltaba poco y que se lo devolvería todo, y después... Andréi había suspirado con alivio, me había cogido de la mano y me había hecho bailar con él una danza temblorosa rusa.

El estruendo de los aviones alemanes silenció la sirena y mis pensamientos; me lancé a la fuga siguiendo la corriente del río, los aviones cruzaban el cielo y bramaban entre las torres de la ciudad, yo veía monstruosos pájaros negros que rugían y volaban junto al puente donde me había escondido, ¿qué puente era ahora? ¿Quizá el de Karlín? Era un refugio insuficiente, pero al menos no estaba sola, muchas madres habían ido allí a buscar protección y abrazaban a sus hijos, no se escuchaba el grito de los niños, sólo el retumbo, el estruendo, las bombas, las explosiones y detonaciones... Comprendí que había sido yo quien había causado aquel estrépito y aquellas detonaciones, que era por mi culpa que las calles, las plazas, los callejones y las casas de mi ciudad estaban en llamas porque yo era, por parte de mi padre, von Wittenberg y, por parte de mi marido, von Stamitz, porque había admitido públicamente el hecho de serlo el día en que había aceptado convertirme en ciudadana del Reich..., pero en ese momento supe, repentinamente, por primera vez, que yo no era alemana, porque vivía entre los checos, a los que respetaba a la par que abominaba, que veneraba a la par que menospreciaba, que amaba a la par que odiaba, pero que vivía entre ellos, era uno de ellos, de la misma manera que Bruno Singer se consideraba checo, aunque la lengua le parecía un rompecabezas a la hora de leerla y un trabalenguas a la hora de hablarla y se le hacía cuesta arriba cuando tenía que escribir una carta de negocios, sí, por primera vez en mi vida lo supe con certeza y persuasión absolutas, lo veía tan claramente como el terremoto y el volcán de las bombas contra el cielo nocturno... que pertenecía a algún lugar concreto: aquí y ahora me sentía tan fuerte y tan firme con mi nueva conciencia que salí del refugio, de aquel escondite ridículo, con tal de amenazar al cielo que había permitido todo aquel horror, de maldecir al cielo... y corrí con todas mis fuerzas hacia el puente de Carlos y al amanecer vi las figuras negras que se dibujaban contra el cielo pálido, vi que hacían gestos de amenaza, vi que conminaban al cielo, vi que le enseñaban las uñas y los dientes, vi que levantaban un dedo para señalar, más allá del cielo encendido de ira... y me calmé, sabía que no estaba sola, que quizá mi madre y Bruno Singer habían ido a parar a un campo de concentración, que quizá había perdido a Andréi para siempre, pero que no estaba sola con mi negra desesperación, que aquellas estatuas negras me harían compañía y me protegerían, que pensaban lo mismo que yo, que con los puños y con los dedos amenazaban al cielo... sobre el cual no había nada, nada.

O quizás estaba... el infierno:... Por mí irás a la ciudad sufriente, por mí irás hacia el eterno dolor...

Y ahora era yo quien ascendía, ya no por la calle de Jan Neruda, sino por la

Nueva Escalera del Castillo, subía directamente hacia el cielo execrable, maléfico. Al final de la escalera encontré unas figuras negras de piedra, una puerta: unas figuras que luchaban, en un abrazo mortal se clavaban mutuamente un puñal de oro.

Las evité y continué caminando calle arriba, infinitamente... hasta que un magnífico palacio de piedra blanca me cortó el paso, una gigantesca arca blanca, apoyada en decenas de columnas clásicas... No continúes, he aquí tu objetivo, he aquí el corazón del infierno. Y antes de que sus entrañas negras me hubieran engullido, leí en el cartel que colgaba a la entrada que se trataba del Palacio Cernín, sede del Protector del Reich...

...¡Perded toda esperanza los que habéis entrado!...

Llegó el invierno. Los copos de nieve giraban en torno a los faroles de gas...

¡Tonterías! Uno es incapaz de ver la belleza cuando se encuentra mal. Y de todos modos los faroles no se encendían, ni los de gas ni los otros, sólo las sirenas aullaban para que la población estuviera informada del peligro de un ataque aéreo... ¡uuuuuuu!, ¡sálvese quien pueeeeeeeeda...!

La gente despedazaba los muebles de sus casas para hacer leña. Se comía pan enmohecido.

Yo tenía todo el carbón que necesitaba para hacer fuego en la estufa barroca de mi salón y comía pan blanco y blando, con mantequilla y jamón. Como antes de la guerra, yo tenía alumnos; como antes de la guerra, recibía mis honorarios; los niños con rodillas gruesas y las niñas con calcetines blancos tocaban Wagner y Beethoven como unas máquinas perfectas.

En Praga, faltaban las prominentes matronas judías, cargadas de cadenas de oro; faltaban los jóvenes judíos, con un cigarrillo melancólico e irónico en los labios carnosos. En Praga, faltaban las gitanas que hacían tintinear los brazaletes de vidrio y hablaban una lengua hindú gutural; faltaban los gitanos enclenques que despedían un vaho de tabaco fuerte.

Mis alumnos de gruesas rodillas abandonaban las clases y silbaban una marcha militar... *Die Fahne hoch, die braune Bataillonen...*

Salí a buscarlos; primero a mi madre y a Bruno. Me detuve en la ciudad de Kladno, en casa de la hermana de mi madre, para pasar la noche allí. Oí un extraño ruido. ¿Eran disparos? No podía dormir. No había manera de conciliar el sueño en aquella casa. Para dormir pensé en los lirios blancos que Andréi veía en sus sueños sobre los antiguos sumerios, en los nenúfares blancos que flotaban en un lago artificial.

Comenzó a clarear. Subí las persianas.

El cielo era de un azul turquesa intenso y el sol comenzaba a salir. Y ante mi

ventana maduraban las cerezas, grandes, rojas, dulces. No tenía ojos más que para admirar ese prodigio, me quedé un buen rato disfrutando de aquella mañana tranquila de principios de verano. De repente oí, en la distancia, una melodía; la cantaba un coro de mujeres. En aquel canto había algo extraño. Sentí un escalofrío. Las cerezas continuaban brillando en la mañana soleada. La melodía se iba aproximando. Me invadió el terror, no sabía por qué. Eran voces de mujeres, sólo de mujeres, voces que lloraban, se lamentaban y daban alaridos. La puerta de mi habitación se abrió; mi tía dijo, como quien no puede creer lo que dice: «Los alemanes han ejecutado a todos los hombres del pueblo vecino de Lidice, y después han arrasado y quemado todas las casas».

No tuve fuerzas para continuar el viaje que había planeado.

Decidí regresar a Praga.

Las cerezas continuaban encendidas contra el cielo abrasador del sol estival.

En una parada ante el Museo Nacional, esperé el tranvía número 22. De repente lo vi... ¿Era él? A oscuras no estaba segura... Oiga, ¿Petr? ¿Es usted? Perdona, señor, pensaba que... ¡Sylva!, se le iluminó la cara, no me tratarás de usted, ¿verdad? ... ¡Por fin he encontrado a un amigo!, pensé con alegría. Y de repente vi que el brillo en los ojos de Petr se extinguió como si apagarán la luz en un teatro. No, señora Sylva, dijo fríamente, no se equivoca usted, soy yo. Miró hacia el suelo mientras lo decía. ¿De modo que él también estaba enterado de lo mío? ¿También él, a quien tenía que contar tantas cosas? Pero él no decía nada, sólo observaba las vías con impaciencia para ver si aparecía el tranvía. Dé recuerdos a su madre, señora Sylva, dijo al fin, para no quedarse tanto tiempo en silencio. ¿Mi madre?, tenía los ojos fuera de las órbitas. Ella, sabe... De nuevo, Petr bajó los ojos. Como el caballo de San Wenceslao justo aquí al lado, pensé, y como el mismo San Wenceslao, como todo el mundo en este país. ¿Su madre también?, susurró Petr. Afirmé, casi imperceptiblemente... Mi mujer también... también se la llevaron, y no volvió nunca más. El tranvía número 22 acababa de llegar, Petr subió. Sylva, cómo es posible, cómo has podido, leí en sus labios y en su mirada furtiva. No me atreví a subir al mismo tranvía. Estaba de pie ante la puerta abierta. Cuando el tranvía se puso en marcha, movió los labios. Se te tendría que caer la cara de vergüenza, leí. Pero probablemente no había dicho eso, no había hecho nada más que desearme buenas noches, por cortesía.

Las tenebrosas entrañas del palacio de piedra blanca me expulsaron como una ballena cuando escupe una espina molesta. El resplandor del día me deslumbró. Palacio Cernín, sede del Protector del Reich, leí en el rótulo del edificio blanco. Y en mi mente resonaba una sola frase:

—No sabemos nada... y más le vale dejar de buscar a su madre y su marido judío... por su propio bien... aunque le repetimos que no sabemos nada... no sabemos nada... no sabemos nada...

Y también resonaron en mi mente las palabras que a la salida me dijo un miembro de la Gestapo, un joven con un rostro tan blanco que seguro que nunca lo había expuesto al sol. Me dijo:

—*Frau von Stamitz*, dado que es usted una ciudadana del Reich, haré lo posible para informarme sobre el destino de su madre.

Cerré los ojos, tanto me deslumbraba el palacio blanco, donde se reflejaba el sol resplandeciente, y una y otra vez leí y releí las palabras en el rótulo.

En el monte de Petřín las flores estaban a punto de florecer, maduraba la fruta y los árboles se teñían de rojo fuego. Fui comprendiendo poco a poco en mis recorridos hacia arriba, hacia el palacio de hielo blanco, donde autómatas pálidos me repetían: No sabemos nada de su madre; puesto que es usted una ciudadana del Reich, intentaremos encontrarla.

Y los árboles en Petřín estaban a punto de florecer. ¿Quién le pedía a la naturaleza que se vistiera de gala cuando los hombres quemaban y arrasaban pueblos y hacían desaparecer a las personas?

¿Cómo lo decía Andréi? «Saber que no sé es de sabios. Ignorar que sé es una enfermedad». Yo también sabía, pero hacía ver que no sabía.

Bajé al camino lleno de barro; el autobús se alejó con un traqueteo oxidado.

El sendero que conducía desde el pie de la montaña hasta la cima ascendía de manera abrupta. Caía una lluvia helada. Oculté bajo el impermeable la bolsa en la que llevaba las cartas dirigidas a Andréi que habían llegado a mi casa; sobre todo aquella que contenía la invitación, en la que yo había depositado tantas esperanzas.

Subí por el sendero lleno de piedras, broza y ramas; era evidente que no había nadie que mantuviera aquel camino en un estado transitable. Todas las viviendas, casas de campo y cabañas estaban en ruinas. Aquí se había producido una guerra de ratas. Primero los checos contra los alemanes, después los alemanes contra los checos, a continuación de nuevo los checos contra los alemanes. Hacía siete años que me había avergonzado de ser alemana y ahora aborrecía ser checa. Una familia de ratas que ha exterminado a otra... en el combate que es el padre de todas las cosas y el rey de todo, y que convierte a unos en dioses y a otros en hombres, que hace que unos sean esclavos y los otros hombres libres... Eso me lo había enseñado Heráclito.

Contra el cielo verdoso se dibujó una casa con las ventanas cerradas, el tejado agujereado y la chimenea medio derruida. La chimenea como un dedo que apuntaba al cielo... ¡es culpa tuya, cielo sanguinario! No me atreví a entrar. Temblé al pensar

lo que podía encontrarme. Hay un diablo que nos vigila, cruelmente con la espada nos da el golpe y nos hace seguir como infractores por esta fila... Todos somos pecadores o diablos. ¿Todos, de verdad?

El agua rezumaba de los troncos de los árboles y goteaba de las ramas desnudas, de las ramas negras que acusaban al firmamento cruel, rencoroso. Si es que el cielo existe. No. Sobre las nubes no había nada. El vacío, y nada más.

Por todas partes hacia donde me girara no había sino vacío. ¿Había quedado algo aparte de los árboles? Alguien debió de escuchar mi ruido, estalló de risa y entonó una canción. Esperé. La risa báquica brotó de un claro de entre los abetos, algo se movió, sí, avanzaba en dirección al camino. Pregunté por la casa de Andréi: ¿voy bien? La figura de negro se retorció y reía mientras corría hacia mí, me abrazó y a continuación se apartó y se alejó de mí, y de nuevo me acercó su aliento perfumado de aguardiente, me aproximó su cara risueña... ¿Qué hace usted aquí?, pregunté. Soy el guardián de los animales, cantaba él, de los jabalíes, los corzos y las ardillas, de los ciervos, los ratones y las cabras, yo soy el guardián, cantaba el hombre sonriente y abrazó la cintura estrecha de un abedul y bailó una polca salvaje, volvió a desaparecer en la penumbra del bosque, saltando, cantando, brincando, lanzando gritos eufóricos... Busqué con la mirada aquella figura vestida con anchos harapos agujereados, con una botella de aguardiente en la mano, me hubiera gustado tomar un trago, como hacía años de la botella del patriarca gitano, en esta misma curva, pensé, estaba su casa, entonces ya en ruinas, y hoy día desierta, como todo lo que me rodeaba, todo este paisaje montañoso habitado sólo por un hombre ebrio... que, después de haber visto lo que había pasado aquí, se había vuelto loco.

Todo estaba desierto. No vi ni una luz. Ni una flor en el alféizar. Ni una cortina de encaje. Sólo cristales rotos. Ningún hogar. Sólo ruinas. Caín y Abel. Abraham e Isaac. Níobe y sus hijas, Níobe y sus hijos.

Sin duda la naturaleza se había asustado al ver tantos ríos de sangre —la sangre llama a la sangre, la sangre provoca más sangre— y había detenido su eterno curso circular que nunca nada distrae; y este año, por primera vez en la historia de la humanidad, la primavera no llegaría aquí, aquí continuaría instalado un eterno invierno, la lluvia helada y la oscuridad.

Un gato. Y otro, y dos más, salieron a mi encuentro y me acariciaron las piernas con su pelo, más y más gatos, decenas de gatos me venían a buscar desde los robles y las encinas con su paso arrastradizo y sinuoso, y a continuación se volvieron a deslizar por entre los matorrales... Cogí uno con la mano, hacía tiempo que no sentía tanta ternura como en ese momento, con la cara hundida en el pelo cálido que temblaba. El gato saltó de mi mano... ¡Gato!, llévame con Andréi, le traigo su correo

y una pequeña barra de pan. Me entendió, me condujo hacia una casa, sí, era ésta, ¡ésta era su casa!, y me adentró en la oscuridad de su interior.

¡La casa no estaba habitada! ¿Dónde estaba Andréi? ¿Qué le había pasado? ¿También a él... se lo habían llevado? ¿O lo habían asesinado? ¿Como a los demás? ¿Como a los alemanes? Si no era alemán, ni checo, ni gitano... ¿Por qué entonces? Tenía amigos de todas las naciones, quería, y mucho, a los gitanos... Por eso mismo lo podían odiar. Todos.

Me adentré cada vez más en la casa, tropezaba con todo tipo de objetos, como una mesa donde hallé una caja de cerillas, rápidamente encendí una y lo primero que descubrí fue una vela. Atravesé las habitaciones que la débil llama era incapaz de iluminar. De repente advertí algo en la pared, una mancha oscura, y acerqué la vela. Delante de mis ojos se desplegó una pintura de grandes dimensiones... niños gitanos, una pareja de gitanos bailando que se elevaban poco a poco, todo en rojo, amarillo y naranja. En la pared de enfrente aparecía la sagrada familia gitana, teñida de azul.

En la tercera pared distinguí unas figuras masculinas, de pie, unas junto a las otras en una especie de danza ritual o de ceremonia sagrada. Vestían largas túnicas sacerdotales y se tocaban mutuamente con sus dedos alargados. Todos los sacerdotes eran iguales, todos tenían el aspecto del sabio gobernador de los antiguos sumerios: Gudea. Gudea, que periódicamente visitaba a Andréi. De modo que las figuras pintadas en la pared eran sacerdotes o gobernadores sumerios.

Me encontraba en una capilla de frescos pintados en las paredes en la que temblaba una pequeña llama. Suspiré, dejando escapar un grito de espanto. Al cabo de un momento oí, como respuesta, unos sonidos casi imperceptibles.

Seguramente era un animal del bosque; ¿por qué tener miedo?, me dije para animarme. Atravesé la sala, me aproximé a la puerta... aquellos sonidos provenían de algún lugar hacia la derecha. Había una pequeña habitación con una minúscula ventana como hundida en la pared.

En el suelo, advertí un montón de mantas para los caballos; de ahí provenían los sonidos. Los dedos me temblaban y me desobedecían cuando acerqué las manos al montón.

Debajo, había un cuerpo.

Andréi estaba debilitado, durante días no había comido ni bebido nada, ni se había levantado. ¿Por qué?, le pregunté. No podía. ¿Por qué no podías? Sencillamente no podía, después de todo lo que ha pasado aquí, dijo. ¿Después de qué? Después de esto... hizo un gesto que pretendía ser amplio.

En una pared de la habitación donde yacía Andréi sentí unos ojos que me miraban. Había allí una pintura: un hombre oscuro. Claramente no se trataba de un gitano; era un hombre de una refinada civilización, de un rostro despierto y perspicaz, vestido con una túnica negra. El único complemento era una cinta que le rodeaba la



cabeza como un turbante, con inscripciones en escritura cuneiforme.

—¿Y por la noche... vino el rey sumerio? —suspiré.

—Sí. Vino Gudea y dijo:

El nombre que se puede nombrar ya no es nombre...

En la ausencia del nombre está el principio del cielo y de la tierra,  
y la presencia del nombre es la madre de todas las cosas.

Y después el gobernador sumerio añadió lentamente, muy serio:

El enigma se puede entrever sólo cuando no lo buscamos.

Comprendí que esta visión era la de un moribundo a quien el mundo había cubierto la mente de todo el horror que se puede engendrar.

Quería que Andréi se alimentara lo antes posible con la pequeña barra de pan que le había traído, pero no me lo permitió.

—Puesto que has venido, tenemos que celebrarlo.

La alegría de mi llegada le dio fuerzas. Se arrastró con pasos débiles a la vez que se apoyaba en las paredes. Me hizo sentar delante de la casa mientras él hacía los preparativos para la fiesta.

Después vino a buscarme; me condujo del brazo al interior como el señor de un castillo a la dama de su corazón. Me hizo entrar en su capilla donde había creado una pequeña hoguera, tal como le habían enseñado los gitanos, que también encendían fuego en el suelo de las casas medio derruidas que habitaban. El fuego sagrado de los pueblos antiguos y de los nómadas, dijo Andréi.

Ahora, con los reflejos de las llamas que bailaban sobre los muros, me di cuenta de que la pintura oscura representaba una sombra. La sombra y una familia gitana dentro de ella. Todo era oscuro, sólo el rostro de una gitana era blanco, encendido. Era una mujer-luna en el firmamento oscurecido. No podía apartar la mirada de aquella pintura. La gitana encendida conducía a los suyos lejos, hacia algún lugar impreciso.

Andréi arrojó dos cojines sobre una estera agujereada extendida en el suelo. Vi que había hecho la pequeña hoguera con unas sillas que había partido en mil pedazos. Los árboles rezumaban humedad. Sobre la alfombra, Andréi había puesto dos platos con mi barra de pan duro, un botijo lleno de agua, una botella de aguardiente y dos huevos.

—Están podridos, Sylva.

Sacudió el cojín que me ofrecía como asiento. Me ayudó a cruzar las piernas para sentarme.

—No importa. ¡Son huevos!

Se acomodó a mi lado, tan débil que no podía cruzar las piernas. Me alargó el plato con los dos huevos decorados con una ramita de pino.

—Cómetelos, amor.

Cuando Alemania perdió la guerra, se acabaron las raciones que recibía como privilegio. Hambrienta, rechacé el plato de Andréi.

—No. Para ti los dos. Tú los necesitas más que yo.

Cada uno bebimos un huevo podrido.

Dudo que nunca en la vida hubiera disfrutado tanto de un plato.

El fuego crepitaba y acentuaba la delicadeza del rostro de Andréi con un polvo dorado. La mitad de su cara despedía destellos de oro, la otra mitad, permanecía sumergida en la penumbra. Sus ojos verde claro resplandecían, los dientes brillaban entre los rizos suaves y dorados de su barba. Hablaba... de una forma curiosa. Pronunciaba una frase; su voz de bajo le otorgaba importancia. Después hacía una pausa. Reinaba un silencio absoluto, y entonces Andréi, con los labios cerrados, emitía una melodía llena de duelo, en una tonalidad alta que al final se rompía y se estilizaba en un tono mucho más bajo. Era como el canto que acompaña a las antiguas liturgias. El marco de los frescos bíblicos evocaba la atmósfera espiritual de una pequeña capilla ortodoxa.

Andréi me explicó que antes de mi llegada estaba convencido de que ya no se levantaría nunca más.

—No puedes imaginarte el horror que se vivió en estas montañas. Enloquecería a quien intentara describirlo. Sabes, Sylva, yo ya había experimentado esto una vez. En Ucrania, hace veinticinco años, ¿lo recuerdas? Pero una segunda vez... no, la segunda vez no lo podía soportar.

Andréi no temía por él.

Lo abracé para que se calmara. No dejaba de temblar. Tenía la misma mirada que le conocía de sus momentos de locura. Lo estrechaba con fuerza. Se resistía. Era más fuerte. El loco del bosque. El loco entre los locos.

Desplegué una fuerza inesperada. Hice lo imposible para hablar sin parar, alegremente.

—¿Y estos gatos, las decenas de gatos?

—Perteneían a los habitantes de estas montañas. A medida que la gente se iba... digamos muriendo, los gatos se hacían salvajes para sobrevivir. En invierno, en mi casa encontraban comida y calor... hasta no hace mucho. Había veintiséis, de veintiséis casas derruidas o medio derruidas. Ahora hay veintiuno, creo, aunque hace tiempo que ya no los cuento. Los conozco como si fueran hijos míos.

No quería decirme nada más, no podía decirme nada más de quienes habían sido sus vecinos. Los que no habían muerto tenían que olvidar a los muertos para sobrevivir.

Dejé de abrazarlo. Andréi me había cogido la mano. Los escalofríos iban disminuyendo, lentamente.

Estábamos sentados mirando el fuego. La madera entonaba allí su triste canto.

—Sylva, no quiero quedarme en estas montañas de muerte.

—Iremos juntos a Praga.

—No puedo vivir en Praga. Ya lo sabes.

—Iremos juntos a Rusia. Mira.

Saqué de la bolsa una de las cartas que le había traído y que había abierto ya en Praga para comprobar si se trataba de algo urgente.

—Te invitan a la embajada soviética, a una recepción.

—No seas ingenua, Sylva. Me están preparando una trampa.

—Lo que quieren es hablar contigo.

—No confíes en ellos.

—Cuentan contigo, ¡léelo!

—Sylva, es una trampa.

—No exageres, Andréi.

—No me vengas con historias. Los conozco muy bien.

Me dije: Andréi no pasará mi prueba. No será capaz de hacer nada por mí. Yo no soy nada para él. Por otra parte, necesitaba aferrarme a algo seguro, a algo que me llevara lejos de Praga y me salvara de la destrucción.

—Es una gentileza por su parte invitarte, Andréi.

—¿Has perdido la cabeza, Sylva?

—¿No lo consideras un detalle amable que te ofrezcan la oportunidad de rehacer tu vida?

Andréi calló.

—Dime algo, Andréi.

—¿Quieres que me deje allí la piel, Sylva?

—Hay de todo entre los soviéticos...

—Pero ¡qué estás diciendo, Sylva, amor mío!

—¿Qué otro ideal nos queda hoy?

—Me quieren cazar. Estoy seguro.

Acariciaba su pelo suave. Veía el cervatillo de mi infancia, que huía desesperadamente. Y sabía que Andréi acababa de suspender mi prueba.

Andréi se iba tranquilizando, hasta que quedó suave y tierno. Y, medio dormido, susurró:

—Cuando huí de los rojos, antes de encontrarme entre los blancos, dormía en el bosque, en los campos. Un campesino ucraniano me curó en su casa las heridas y los sabañones. Me tenía encerrado en su establo. Un día vino a verme con una botella de *zubrovka* en la mano. Me contó su historia: «Los blancos me encarcelaron, por error. Después de muchas semanas me liberaron. Durante seis meses fui incapaz de hablar con nadie. Seis meses sin ganas de continuar viviendo. ¿Por qué? Por la humillación que había significado estar cautivo. Sólo al cabo de medio año del vacío más negro he podido volver a la vida». Eso, Sylva, me contó un campesino ucraniano. Sólo eso,

y ninguna otra palabra más. Sólo aquel día sintió la necesidad de hablar. Y tanto por su historia como, más tarde, por experiencia propia, entendí que no hay nada tan terrible y humillante como la falta de libertad.

La casa desprendía olor de mohó, de humedad y de gatos.

Andréi me dijo al oído:

—Quiero estar libre y desligado como una nube que pasa por el cielo... toda la vida se mueve sin obstáculos, no desea nunca nada, está satisfecha con todo y en todas partes... ahora mismo está descansando entre las montañas, a nuestro alrededor...

En aquel momento Andréi era una nube blanca que pasaba. Pero también era el fuego que nos calentaba en la habitación, y era el muro de piedra en que nos apoyábamos, y eran las cuatro paredes que nos cobijaban.

Andréi, calmado, murmuró:

—Ya no queda ningún camino que me lleve a mi casa. En las montañas vestidas de azul celeste estoy alejado del mundo... Ya no vienen a verme ni siquiera los gitanos, ni los habitantes del pueblo del valle... Ni siquiera Gudea aparece... Ni los pájaros me visitan... Sólo veo el hilo de humo azul de la vela que siempre enciendo pensando en ti, Sylva...

Andréi se iba durmiendo, pero yo no lo escuchaba, yo también le decía al oído mi verdad, mi historia secreta, como una canción de cuna... Andréi, hay algo que no te he dicho nunca, nunca te he contado que me convertí en alemana del Reich. Desde el principio de la guerra. Por eso no me enviaron al campo de concentración, Andréi. Como enviaron a Bruno y a mi madre. Ellos murieron. Seguro, Andréi. En cambio, yo sigo viva. Andréi, hay algo que te he ocultado... sabes, Andréi, ahora, acabada la guerra, en Praga me darán caza y me matarán, de la misma manera que los checos expulsaron o mataron a los alemanes de aquí, de la montaña... Me tengo que ir, Andréi, debo huir, escapar a alguna parte, aunque sea a Rusia.

Andréi dijo medio dormido:

—Pero, Sylva, ¿te das cuenta de que volver a Rusia significa ir a una muerte segura?

Pero yo no lo escuchaba. Yo sólo pensaba en huir. No podía seguir viviendo como un animal perseguido. Tenía un estigma grabado en la frente y sentía que todo el mundo lo veía y que todo el mundo me señalaba con el dedo. Y... no sólo eso. Me obsesionaba la idea de poner a prueba a Andréi, a aquella prueba que me demostraría definitivamente la importancia que yo tenía para él, si era capaz de hacer algo por mí o no.

En sueños, Andréi seguramente leía mis pensamientos furtivos e inacabados, porque dijo muy bajo:

—Sylva, tú no te das cuenta de lo que es la Rusia soviética.

—Quizá ahora, después de la guerra, después de haber pasado tanta miseria y de haber perdido a tanta gente, las cosas han cambiado.

Andréi calló.

—Intentémoslo, Andréi, y, si no funciona, siempre podemos regresar.

Andréi seguía callado. Dije:

—Yo, en este momento, no puedo vivir aquí.

Andréi permaneció callado un rato más. Después dijo con un hilo de voz:

—Amor mío, tú eres lo más importante para mí. Si no puedes vivir aquí, eso significa que nos tenemos que ir. Hoy me has salvado la vida. La vida que me has regalado quiero pasarla contigo. Iré a donde tú digas. Iré a donde tú quieras que vaya.

El fuego se extinguió. Andréi dormía gracias a mis caricias. Las ascuas silbaban e iluminaban con dificultad los frescos de las paredes. Mis ojos pasaban de las ascuas a las figuras pintadas, como si su movimiento tuviera que influir en el próximo curso de mi vida.

Al día siguiente me llevé a Andréi a Praga.

En la entrada de la embajada de la URSS, Andréi, con manos temblorosas, mostró su invitación. Un funcionario de la embajada, vestido de negro, lo recibió con palabras solemnes:

—Buenas noches, señor Polonski. Estamos muy contentos, distinguido Andréi Ivanovich, de que haya venido a pasar unas horas con sus compatriotas y de que, como buen patriota, se interese por el destino de su antigua patria que tanto ha sufrido durante la guerra.

¡Buen comienzo!, pensé, dirigiendo a Andréi una sonrisa de ánimo mientras nos dirigíamos hacia el edificio central de la embajada a través de un jardín.

—Patriota, compatriota; y patria, patria, patria —protestó Andréi con cara de enfado.

—¿Qué hay de malo en eso, Andréi?

—¿Que qué hay de malo en eso? Su arte del disimulo, su mentira omnipresente.

Andréi dio una patada a una pequeña piedra junto al camino. El polvo le enharinó el zapato.

—...con sus compatriotas, señor Lúkov, y que, como buen compatriota, se interese por el destino de su antigua patria que tanto ha sufrido...

Las palabras que el funcionario de la embajada acababa de repetir ahora al siguiente invitado sonaban como un eco, extraño y absurdo.

Una docena de camareros blancos traían botellas y copas de vodka y vino y las servían junto con el caviar, los pescados ahumados, los *blini* y el pan, y otros muchos entremeses variados. Todos devoraban con los ojos aquellas delicias que no habían visto desde hacía siete años. Pero aún no podían comenzar. El funcionario que nos había dado la bienvenida en la entrada entró ahora en la sala y se dirigió a los presentes:

—Señoras y señores, celebramos que hayan aceptado nuestra invitación a este

pequeño encuentro con sus compatriotas. Por otro lado, el hecho de haber venido aquí da testimonio de que ustedes son unos buenos patriotas y que ni en el extranjero han perdido el interés por el destino de su antigua patria que tanto ha sufrido en la última guerra...

Andréi se me acercó:

—Dice «señoras y señores» porque ésta es la fórmula de dirigirse que nosotros, los exiliados, podemos aceptar. De lo contrario, seguro que habría dicho simplemente «camaradas».

Pensé que, por culpa de su experiencia traumática, Andréi lo veía todo del lado más oscuro.

Entonces, el funcionario dio la palabra al embajador, también vestido elegantemente con un traje negro. Tenía unas cejas muy pobladas que se unían a la altura de la nariz y los ojos un poco asiáticos, y pronunciaba su discurso con una voz cascada y nasal:

—Queridos amigos, hijos de la gran Rusia, esta misma Rusia que ha aceptado generosamente proteger bajo sus alas a las naciones más diversas.

En ese momento, el embajador se detuvo para toser y beber un poco de agua, como si hubiera pronunciado un discurso largo y fatigante. Andréi aprovechó la pausa para decirme al oído:

—Dice «Rusia» en lugar de «Unión Soviética» porque sabe que, de utilizar la terminología soviética con nosotros, lo tirarían todo por tierra. ¿Te das cuenta de lo tramposos que son? Sólo deseo saber qué quieren de nosotros si se han vestido de modo tan elegante y nos han preparado un banquete tan suntuoso.

Sabía que Andréi exageraba y le respondí con un gesto condescendiente. El embajador se aclaró la garganta, frunció el ceño negro y estaba a punto de continuar cuando se volvió a atragantar y comenzó de nuevo a toser. El discurso fue pospuesto. Como después de una oración... a comer. Nadie se hizo rogar: libraban al estómago de una pena que había durado siete años.

Todos devoraban aquellas delicias, todos menos Andréi, que no tocó nada. Tampoco me ofreció los platos y las bebidas como era su costumbre. Se hacía el despistado, como si la comida no tuviera nada que ver con él.

Junto a la ventana se balanceaba un cantante con una guitarra, vestido con una camisa rusa bordada con vivos colores. Eché una mirada a la sala de la embajada: de todas las paredes colgaban balalaicas, mandolinas, platos rusos pintados a mano y cuadros de bosques de abedules nevados en la puesta de sol, en las vitrinas entreveía una gran *matrioshka* desplegada en un ejército de muñecas iguales que, poco a poco, iban decreciendo hasta desaparecer por completo. Sonreí al ver aquella exhibición de mal gusto. El cantante pasó con la guitarra entre las mesas. De repente estaba de pie ante mí, entonando una canción:

Me lo han quitado todo: la fuerza y el amor.

Mi corazón, abocado a una ciudad hostil,  
no sabe disfrutar del sol. Y siento cómo la sangre  
se me ha vuelto fría con creces.

Reconocí los versos de Anna Ajmátova, poetisa que había conocido en París, hacía tiempo, en aquella otra vida. La mayoría del público se había conmovido, las mujeres se anegaban en lágrimas, muchos hombres sacaron sus pañuelos. Miré a Andréi: él también estaba enternecido. Me quedé atónita al ver con qué sinceridad más de trescientos rusos allí presentes demostraban su emoción. Lo hacían incluso estos rusos, que habían pasado veinticinco años en la Europa Central, donde nos preocupamos de disimular cualquier rastro de sentimentalismo. Y sin duda la mayoría de los exiliados rusos provenían de la antigua nobleza. Miré a Andréi: en sus ojos tenía la estepa rusa nevada sobre la cual tintineaban las risas de las campanillas de una troica.

No afectada por la emoción general ni por la canción, reflexioné sobre el hecho de vivir en el exilio. ¿Qué hacer? ¿Mantenerse como antes, no transformarse en absoluto y correr el riesgo de ser incomprendido por la mayoría? ¿O bien adaptarse a la mayoría... al precio de la pérdida de la propia personalidad, de la identidad más profunda? Andréi había resuelto este dilema residiendo lejos de la civilización, a distancia de la sociedad intelectual de Praga, que visitaba muy de tanto en tanto para, rápidamente, volver a huir a su soledad de animal atemorizado.

¿Cómo debe de ser eso de despertarse cada día lejos de todo lo que uno siente como propiamente suyo? Ahora lo veía escrito en las caras de estos aristócratas, generales y artistas que, al primer soplo de la brisa rusa, se habían desviado descontroladamente de sus límites acostumbrados, como cuando, después de una lluvia más fuerte de lo habitual, un río se desborda. Experimentar algo tan suyo, algo que tiene el olor de sus bosques y de su lluvia, que tiene el sabor de su otoño en un camino entre los campos, para ellos debe de ser una fiesta; y saborearla de forma colectiva, en compañía de los que un día respiraron el mismo aire y bebieron del mismo río, debe de ser una fiesta de vestido largo y champán.

Vivir en el exilio significa conocer el objetivo y no poder aproximarse a él. De esta manera los dioses del Olimpo castigaban a los que habían cometido alguna falta contra ellos: Tántalo tenía la fruta y el agua al alcance de la mano, pero al mínimo intento de satisfacer su sed, desaparecían; Sísifo arrastraba la piedra ante él hacia su objetivo, pero justo antes de conseguir llegar al lugar indicado, la piedra se le escapaba de las manos, rodaba hacia abajo y él tenía que comenzar de nuevo. A Ulises le castigaron de esta manera largos años. Y Dante, que últimamente me había visitado tan a menudo, un día supo que, antes de que brillara la luna cincuenta veces, es decir, durante cincuenta meses, conocería las penalidades de vivir en el exilio...

Para ocultar mi frialdad en medio de una atmósfera de tanta emoción, me obligué a comer y beber. Pero cuando hube tomado un par de *blini* no pude más. Mi estómago

se había desacostumbrado a los banquetes.

El embajador, que evidentemente nunca había sufrido ninguna privación material, acababa de masticar la mitad de un *blin* con caviar y, después de haberlo regado con un buen trago de vodka, se levantó pesadamente con el fin de acabar su discurso. Hablaba sin espíritu ni chispa, sin ingenio ni interés, rezongaba en su discurso con una voz nasal como si quisiera quitárselo de encima cuanto antes:

—Queridos amigos, todos somos hijos de la gran Rusia, la misma Rusia que protege muchas naciones bajo sus alas. Hemos salido victoriosos de una guerra terrible, cruel y sanguinaria, en la que millones de nuestros hijos han dado su vida por la victoria. Sabemos que todos ustedes, que abandonaron Rusia por diferentes motivos, siempre han estado con nosotros y han hecho lo que han podido por nuestra victoria. Nuestra patria yace en ruinas. Tenemos que levantarla. Tenemos que ponerla en pie. Tenemos que volver a construirla. Sí, tenemos que levantarla y reconstruirla, y por tanto... Nuestra patria no quiere recordar el pasado de todos ustedes. Con gran alegría nuestra patria abrirá sus brazos a todos aquellos que deseen regresar a ella y participar del renacimiento de la gran Rusia. Nuestra revolución bolchevique proclamó los grandes ideales de toda la humanidad: la construcción de una sociedad donde todos somos iguales, de una sociedad sin clases, de una sociedad sin ricos ni pobres, de una sociedad sin hostilidad y sin odio.

Bajo la mesa, Andréi me cogió de la mano.

—¿Sin hostilidad y sin odio? —susurró—. ¡Pero si la ideología soviética y el sistema soviético se basan en la lucha de clases, en la lucha contra el enemigo burgués, es decir, en el odio!

Temblaba.

En esto me pareció que tenía razón, pensé, pero me mantuve en silencio.

—Hemos ganado la guerra —prosiguió el embajador— contra un mal terrible. Ahora estamos preparados para reconstruir nuestra patria y una sociedad sin odio. Os esperamos, amigos, para entrar, junto con vosotros, en un futuro brillante y esperanzados

Andréi me oprimió la mano con fuerza. Como aquel caballo de mi infancia que abracé después de que le pegaran cruelmente, pensé.

—Sylva, acompáñame, me tengo que ir. No me encuentro bien.

Le acaricié la mano para que se calmara. Pero en aquel momento recordé que yo no podía vivir más tiempo en Praga y que la oferta del embajador de volver a Rusia sería la salida para ambos. Andréi podía ir y ver las posibilidades que nos esperaban, y después regresar a Praga o, lo que sería mejor, invitarme a trasladarme a su país.

Le confié mi idea.

Tras escucharla, fue incapaz de proferir ninguna palabra. Sintió escalofríos de verdad. Parecía un hombre desnudo en medio de un vendaval. Después de un buen rato, dijo:

—No es el embajador quien nos lo ofrece, ¡es el deseo del propio Stalin!



—Naturalmente. ¿Y qué?

—Detrás de eso hay alguna intención malévola.

Estreché la mano de Andréi para que se calmara. Pero él no dejó de repetir:

—Quiero irme de aquí. Me encuentro mal.

Un hombre con una barba blanca y una expresión inteligente, sentado a nuestra mesa, declaró que él regresaría.

—¿Ah sí? —Andréi se extrañó.

—Sí —dijo el hombre firmemente, mientras tomaba un trago de vodka que parecía sellar su decisión.

—Pero el discurso patriótico del embajador sobre los méritos de la Unión Soviética... —protestó Andréi.

—Si ni siquiera ha mencionado la Unión Soviética —dijo el hombre con barba.

—Peor aún —los ojos de Andréi relampaguearon—, es un hipócrita. Ha llamado Rusia al país para engañarnos con un término que nos resulte aceptable. En el fondo, no sé por qué quieren que volvamos allí.

—Señor Polonski —dijo con seriedad el hombre de barba blanca—, este embajador no es nada más que un burócrata que habla como un asno, es cierto, pero su idea me gusta. El hombre ha de saber para qué vive.

—¡Pero si eso no lo sabe nadie! —Andréi se quedó atónito como un niño—. Un hombre se convence de vivir por sus hijos, otro por sus novelas o su pintura, como por ejemplo yo, otro cree que vive para la paz universal, pero, muy en el fondo, ninguno de nosotros sabe nada.

—Es un error. Tendríamos que esforzarnos para saberlo.

El hombre se acarició la barba blanca con sus dedos pálidos y alargados. Añadió:

—Aquí en Praga vamos tirando, pero, al fin y al cabo, ¿adónde nos lleva esta vida? En nuestra casa, en Rusia, entre nuestra gente, allí sí lo sabríamos y nuestra vida volvería a tener sentido. Señor Polonski —rió el hombre de la barba blanca para ocultar su irritación—, usted es un pintor, pero más bien debería convertirse en un pensador. Sí, un pensador chino, especializado en la filosofía de la fatalidad aleatoria. Usted es André el Fatalista, la versión rusa de Jacques el Fatalista.

El cantante inició una canción como si quisiera hacer un punto y aparte después de aquel monólogo unilateral.

Andréi miró fijamente el plato que no había tocado.

—Andréi —dije suavemente—, ¿de verdad piensas que la vida es el mar y que nosotros somos sus víctimas?

—No siempre somos unas víctimas. Las olas te pueden llevar al peligro, pero también a los prados perfumados de Nausica o a las manos prodigiosas de Circe.

—¿De modo que no es necesario tomar ninguna decisión?

—Sí, lo es. Pero desde el momento en que me contaste tu historia, de cómo aceptaste ser ciudadana del Reich, no he dejado de pensar en la dificultad de reconocer, en las épocas difíciles, si tu elección es la correcta.

—¿Mi historia? Yo, en silencio, siempre obedecía una orden u otra. ¿Tenemos que obedecer la orden de la autoridad moral o bien a la propia conciencia?

—A la propia conciencia... Pero la propia conciencia cambia según la época y según las circunstancias. Tú, Sylva, no estás contenta con tu elección, pero si hubieras hecho otra cosa habrías acabado en el campo de... Perdona, no quería recordártelo.

—No importa. Continúa.

—Después de que las tres potencias mundiales, en Múnich, traicionaran a Checoslovaquia, los checos decidieron luchar contra los ocupantes alemanes; eso significaba derramar mucha sangre. El presidente checo decidió lo contrario con el fin de evitarlo: desde entonces los checos van con la cabeza baja. Los polacos que, un año más tarde, opusieron resistencia con las armas en la mano hoy caminan con la cabeza muy alta; pero los nazis mataron a muchos polacos, y demolieron y quemaron su capital. ¿Cuál es la decisión correcta?

—Ofrecer resistencia.

—Asesinar a Heydrich, poniendo en peligro la propia vida, era evidentemente un acto honrado, heroico y correcto. Pero, por culpa del atentado, los nazis arrasaron y quemaron dos pueblos checos, hicieron reinar el terror absoluto y comenzaron a deportar masivamente a checos, aparte de los judíos, a los campos de concentración; entre ellos a tu madre y su marido. Desde este punto de vista, ¿era correcto el atentado contra Heydrich? ¿Sí o no?

—Sí que lo era —dije—. Me parece que sí.

—Pero no estás segura. Toma mi ejemplo. Estaba convencido de que la revolución era lo correcto. Voluntariamente me alisté. ¿Con qué resultado? Ahora sé que el régimen que la revolución impuso es tan o más injusto que el anterior, que es el terror personificado. Y también sé que la experiencia que tuve como voluntario fue tan terrible que poco faltó para que me matara. ¿Lo ves?

—¿Y qué hay que hacer entonces? —pregunté.

—Pensar en lo que te puede aportar cada paso, cualquier decisión. Como cuando juegas al ajedrez.

—¿Cómo en el juego del ajedrez? ¿Ser tan calculador?

—No exactamente calculador. Lúcido. Racional.

—¿Tú, un ruso, invocas lo racional?

—Precisamente por eso he de hablar así: para impedir que los rusos continúen vertiendo el mal a nuestro alrededor.

Andréi miró al embajador de la URSS, que tenía la servilleta puesta sobre el pecho como un niño y no dejaba de masticar. Mientras lo estudiaba, Andréi dijo de una manera sombría:

—Sabes, Sylva, en una época de calma es fácil tomar las decisiones correctas. En una época tempestuosa, en cambio, cuesta ver claro y es fácil cometer errores de los que nos arrepentimos toda la vida.

El cantante tomó la guitarra. Volvió a entonar las canciones que más habían gustado al público.

Inescrutable eres y siempre nuevo.  
Y cada día te obedezco más.  
Pero, amigo cruel, tu amor  
es la prueba de hierro y fuego.

Durante esta canción Andréi me abrazó por los hombros y me dijo al oído:

—La próxima decisión la tomarás tú, mariposa azul. ¿Viviremos juntos? ¿Dónde viviremos? Tú misma me lo dirás. Te he dado mi palabra, Sylva. Y quiero cumplir mi promesa. Soy consciente de tus dificultades. ¿No quieres continuar viviendo en Praga? Nos iremos juntos de aquí. Ya me dirás qué tenemos que hacer. Sé que tu elección será la correcta.

—¿Y si te digo que vuelvas a Rusia y que yo te acompañaré quizá más tarde?

—Haré lo que tú digas. Confío en tu buen juicio.

Le di un beso en la mejilla.

Y como una iglesia que se llena de olor a incienso, la sala de la embajada rusa se inundó con la luz de mi elección.

Al día siguiente no tuve ninguna noticia de Katia. Ni tampoco dos días después, ni al tercer día. Probablemente esperaba que fuera yo quien me pusiera en contacto con ella. No me apetecía; aquellos juegos habían dejado de divertirme.

¿Qué tenía que hacer? Me di cuenta de que había estado haciendo el idiota durante mucho tiempo, y todo por una vaga sensación, no basada en nada palpable, de tener un hogar. Por el deseo de retenerte a ti, mamá, y por el recuerdo de nuestras noches silenciosas y de nuestros paseos por los parques de Praga, me he convertido en un tonto y en el hazmerreír de todo el mundo.

Tomé el primer avión hacia los Estados Unidos.

Un día regresaba de mis clases a casa pensando en la conversación que habíamos mantenido durante la cena de la noche anterior con unos amigos y compañeros de trabajo; hablábamos de la ciencia y el arte. Buscar las soluciones de una ciencia exacta como las matemáticas es toda una aventura, decían algunos. Los otros se oponían: ¡El arte!, el arte, con su magia y su fascinación, no hay nada que se le pueda comparar. Por eso decía Cicerón que prefería equivocarse con Platón que tener razón con Pitágoras. Esta también era mi postura. Edith, una compañera de mi departamento, no estaba de acuerdo. Dios está en las matemáticas, afirmó, las matemáticas es la más elevada de las artes. «¿Un arte?», pregunté: «En las matemáticas», explicó Edith, «el estilo es tan importante como en la literatura, la música o la pintura. Una ecuación bien construida estilísticamente es para mí la experiencia estética más enriquecedora que existe».

Pensando en estas cosas, llegué a casa y abrí el buzón. Entre otras cartas, había una de Katia: se había comprado el billete de avión y en ocho días vendría a verme. Y me recordaba mi promesa de enseñarle América.

¡Qué complicación! ¡Qué mala suerte! Había ido olvidando con éxito a Katia como uno de los episodios poco relevantes de mi vida. Pero ¿cómo podía dejar de cumplir la promesa que le había hecho, con más motivo aún si ella ya se había comprado el billete? De hecho, ella se interesa por mí, me repetí, y aquella idea me resultó seductora. De modo que alquilé para Katia un piso pequeño y acogedor en el centro mismo del campus universitario. Antes de su llegada entré allí con un ramo de rosas amarillas; cuando salíamos de allí juntos, Katia, con una rosa en el ojal de la solapa de su americana, ponía cara de enfado y callaba. Estaba de mal humor porque el piso no le gustaba. Más tarde me confesó que, para su gusto, era demasiado pequeño y demasiado vacío, ideal para un estudiante, pero no para una señora. «No me imaginaba que América fuera así», dijo, y se acarició con las uñas pintadas de rosa sus rizos dorados. Así que Katia comenzó a pasar mucho tiempo en mi casa. Rápidamente hizo amistad con los rusos que vivían en Boston y los invitaba. A menudo, cuando yo regresaba por la tarde de la universidad, los encontraba en plena fiesta. Cada vez volvía a casa más tarde.

Comencé a tantear el tema de su regreso a Rusia. ¡Al fin y al cabo la había invitado a hacerme una visita breve! Katia, al oír hablar del tema, se irritaba. Y yo, para ser sincero, tampoco estaba firmemente convencido de si realmente quería que Katia se fuera. No me gustaba la compañía de los inmigrantes rusos, pero tampoco me apetecía volver a quedarme solo, sin más compañía que la luz amarilla cubierta con el paño de encaje, las matemáticas... y la imagen de Helena tocando el violín.

Helena... que desapareció un día como un grano de arena cuando se lo lleva la lengua voraz de una ola traviesa.

¿Qué debía elegir, pues?

Al final no hizo falta ninguna elección. La vida la hizo por mí. Katia, como la mayoría de los rusos, hubiera dicho que aquello era el destino; *sudbá*.

¿Por qué volví aquella noche fatídica a la compañía de Katia? Después de haber roto con ella —sí, un día le había dicho que la dejaba— optó por quedarse en América. Como mínimo mientras su visado fuera válido, dijo. Nos veíamos muy de vez en cuando.

Durante aquella cena con los rusos en un restaurante francés, Katia criticó a las mujeres americanas diciendo que eran groseras, vulgares, poco femeninas e hipócritas. Yo no estaba de acuerdo: había conocido a las americanas como mujeres rectas, simpáticas y naturales, mientras que las rusas me parecían calculadoras, raras veces desinteresadas; pero no quería generalizar y me mantuve en silencio. Sabía por experiencia propia que era muy difícil que un americano se entendiera con un europeo. A pesar de tener un aspecto y unas costumbres parecidos, somos diferentes y no nos acabamos de entender del todo, pero precisamente eso me atraía.

Pero Katia no conocía aún América; no había descubierto lo que a mí personalmente más me sorprende de todo: los americanos no son partidarios de matizar, de reconocer el color gris y de tomar el camino del medio. Quieren las cosas claras, como en el deporte, donde se sabe quién vale y quién no en función de parámetros mensurables: las canastas que encesta, las asistencias que da. Los americanos ven el mundo en blanco y negro, todo ha de ser o bueno o malo, afortunado o fracasado; las personas también, ante sus ojos, se dividen en triunfadores o perdedores. Por un momento pensé que a los regímenes comunistas tampoco les gustaban los matices y que los valores estaban claros, y también estaba claro lo que había o no había que hacer.

Katia abandonó la mesa del restaurante un poco antes que el resto de los comensales, la seguía un hombre llamado Mijail. Después, cuando yo salía del restaurante con los demás, en el aparcamiento se dibujaba una pareja; se mantenían en la sombra a una notable distancia de nosotros. La mujer tenía el abrigo desabrochado. Debajo del abrigo vi las manos de un hombre que acariciaban a aquella mujer. A juzgar por la gorra, aquel hombre era Mijail. La mujer era, sin lugar

a dudas, Katia.

Aquella noche dormí mal. No dejaba de ver las manos que palpaban aquel cuerpo voluptuoso. Al día siguiente de la cena di a una alumna los resultados del examen que no eran los suyos. Por suerte la chica se limitó a sonreír y a decirme que se trataba de un error.

Por la noche, mi sed, mi fiebre, creció de una manera insoportable. Y entonces hice algo que demuestra mi irracionalidad irresponsable y autodestructiva.

Llamé a Katia.

El primer sábado después de mi llamada ya estábamos cenando juntos en aquel mismo restaurante francés. Después de un largo período de distancia, nuestra conversación era animada. Pero yo en ningún momento pude apartar de mi vista las manos que palpaban el cuerpo exuberante de Katia.

Acabada la cena, salimos al aparcamiento. Me dirigí directamente al lugar en el que, hacía unos días, Katia se dejó acariciar por las manos de Mijail. Durante días había tenido puesto el pensamiento sólo en aquel instante. Le desabroché de prisa el abrigo. Después, cuando ya tenía su cuerpo firmemente cogido, me di cuenta de que me había atraído más imaginarme aquellas manos ajenas sobre el cuerpo de Katia que acariciarlo yo con las mías.

Una tarde, poco después, fui a recogerla a su piso. Me quedé sorprendido. Katia se había vestido con mucho cuidado. Una cadena de oro, tacones altos. La melena le caía al escote profundo de la blusa y se lo acariciaba. Ahora lo entendí: Katia era un trago de champán muy frío.

Me invitó a sentarme en el sofá. Miré el reloj: eran las seis y media. A las siete teníamos que estar en casa de Bill y Jill, que nos habían invitado a cenar. Bill provenía de una granja y había sido alumno mío, ¿recuerdas, mamá? Pero no acabó ni el primer año y abandonó la universidad para convertirse en mecánico de coches. Hoy tiene un taller propio con algunos empleados. Más de una vez a la semana me llama a la facultad: «Quiero invitarte a tomar una cerveza o dos». Y si no me llama él a mí, yo mismo le propongo una salida.

Ultimamente Bill había engordado mucho. No conocía a la mujer de Bill, sólo sabía que se llamaba Jill. Bill hablaba de ella a menudo y con placer. Bill tampoco conocía a Katia.

En casa de Katia, el sol poniente caía sobre una reproducción de una pintura marítima ceñida por un marco negro y pesado, y sobre otra de unas bailarinas de Degas, cuyo marco dorado brillaba con especial intensidad. Había algunos detalles dorados en el piso de Katia, y ahora todos resaltaban con toda su falsa pompa.

Katia colocó sobre la mesita baja que había delante del sofá una botella de champán y dos copas altas. Miré la hora: casi las siete menos cuarto.

—Katia —comencé, pero ella me tapó la boca con un dedo.

En silencio puso un plato de canapés junto a la botella. Había caviar ruso, rojo y negro.

—¿Estamos celebrando algo? No era consciente —pregunté con pies de plomo. No quería que Katia se diera cuenta de mi angustia, porque ahora comenzaba a hacerse verdaderamente tarde. En aquel momento debíamos subir al coche y no comenzar ninguna botella de champán.

—Sí, estamos celebrando algo —sonrió y se sentó a mi lado.

—Pero... —volví a mirar el reloj.

—Estamos celebrando algo —repitió Katia autoritariamente y me pasó la botella de champán. El tapón se deslizó como la seda.

Katia tomó su copa entre los dedos esbozando una sonrisa. Enseñó los dientes y las encías. Su sonrisa salía de los músculos de la cara, no del interior.

—John —dijo mirando las burbujas. A continuación se corrigió y pronunció mi nombre en checo, cosa que no solía hacer nunca:

—Jan.

Probablemente soy un tonto, pero aquel detalle me enterneció.

Al cabo de un rato, Katia dijo:

—Estoy... ¿sabes?

Eso sí que no me lo esperaba. ¿Seré yo o aquel de las manos? ¿Cuánto tiempo hacía que...?, calculé mentalmente.

Katia me observó. Sabía que esperaba que dijera algo solemne. Un brindis.

¿Un brindis?

Sí, un brindis que hablara de nuestro compromiso para toda la vida. Eso es lo que se esperaba de mí.

—¿Es Monet, ése de ahí? —me oí mientras señalaba la reproducción de la pintura marítima.

—¿Lo dices en serio? —hizo una mueca de infinito desprecio—. ¿De verdad no eres capaz de distinguir a Monet de Manet?

Me fijé en que su lápiz de labios se había extendido por la dentadura.

—Sí los sé distinguir, ha sido un lapsus —intenté explicarme.

Una mancha roja sobre los dientes blancos. Combina perfectamente con los marcos dorados de los cuadros, me pasó por la cabeza.

No le dije nada de la mancha roja.

Así que hice un brindis. Sin habérmelo pensado demasiado. Y es que no hacía falta reflexionar: en aquel momento sentí que tenía que casarme con Katia y tener el hijo. Y también pensé en el hecho de que, a sus casi treinta años, Katia se casaba por cuarta vez. Sin querer, mi pensamiento iba más allá: a los cuarenta por quinta vez, a los cincuenta por sexta vez. ¡Ideas propias de un ingenuo! Las ahuyenté de mí.

En el fondo no pensé en nada, pronuncié el brindis mientras, con la mirada interior, me veía haciendo el papel de padre: la cintura abultada, unos movimientos perezosos, pesados, yo cargando un patinete y un colchón inflable en una mano, y un

niño que se me agarraba a la otra mano gritando y haciendo ruido, una bolsa grande llena de botellas de Coca-Cola y galletas colgada a la espalda, con una expresión de cuidado paternal y de resignación, el cuerpo encorvado bajo el peso de la carga y del destino. Ya ninguna otra mujer me miraría ni por casualidad. Detrás de mí caminaba mi esposa. También engordada, envejecida y cansada, con un pequeño cubo y una pala de juguete, con un gran cisne inflado bajo el brazo, con una pelota en la otra y tres toallas mojadas colgadas en el hombro. Así los había visto yo en la playa, los nuevos padres, y los había compadecido desde la distancia que me daba el convencimiento de que a mí aquello no me pasaría nunca. Y ahora, mira por dónde.

Pero después ya no podía pensar en nada más que en el hecho de que llegaríamos muy tarde a casa de Bill y Jill. Me moriría de vergüenza.

Katia me besó.

Mientras observaba sus uñas, escuché su voz:

—Es por ti que rechacé a Mijail.

Yo no entendía nada. Ella se esforzó en explicarme:

—Mijail. Aquel que...

Por supuesto: vi mentalmente unas manos de hombre y unos pechos de diosa hindú.

—Sí, fue por ti que lo rechacé. Y ya sabes que no es ningún tipo de profesorzuelo de provincias. Es un empresario.

—Katia, son las siete y media —dije preocupado—, vamos, ¡teníamos que estar allí a las siete!

—¡John! ¿Dónde quieres ir? ¡Esta noche tiene que ser sólo nuestra!

No respondí. Me acerqué con su abrigo en la mano.

Katia protestó:

—¡Era de imaginar! —y añadió un poco más bajo—: Eres un...

En silencio ayudé a Katia a ponerse su abrigo. Era el mismo que habían desabrochado aquellas manos, lo recordaba perfectamente.

—Katia, te presento a Jill y Bill. Amigos, mi prometida, Katia.

Bill llevaba una camisa de cuadros y unos tejanos. Jill se había puesto unos pantalones blancos y un jersey de color rosa con un gran corazón dibujado con trozos de plástico rojo que brillaba. Tenía un aspecto parecido al de Bill. Era obesa. De hecho, se les diferenciaba sólo por la ropa, hasta tal punto se parecían ambos, Jill y Bill. Al ver el jersey de lana rosa se sabía que Jill era una mujer.

—*Hello* —dijo Katia al final, con los ojos muy abiertos como si estuviera en un zoológico ante unos animales extraños y monstruosos. Katia cultivaba su acento extranjero como un jardinero una palmera de mucho valor. Pero cuando hablaba en ruso, mezclaba palabras americanas. Ella no iba a comer sino a tomar un *lunch*, tampoco iba al despacho sino al *office*, no comía gambas sino *shrimps*. Le dio a Jill



su mano de uñas largas, rojas y brillantes.

Pasamos al interior de la casa. A través de la ventana se veía un gran aparcamiento delante de un enorme centro comercial. Ya había casi oscurecido y me saludaban las palabras de neón «Woolworth», «Wallgreen» e «IGA», rojas y verdes, y más rojas y amarillas. El aparcamiento estaba casi vacío y yo distinguí claramente mi Toyota negro. De hecho, debía comenzar a decir el nuestro.

Me quité la cazadora, Jill la colgó junto a la puerta. Bill ayudó a Katia a quitarse el abrigo. Jill se quedó embobada observando la cortísima minifalda de cuero, las medias transparentes y los zapatos de tacón alto que llevaba Katia, y se peinó con los dedos. Katia la miró espantada.

Bill me dio palmadas en la espalda y me hizo un gesto como cuando bebíamos cerveza juntos. Me condujo hacia mi silla en la mesa; Jill llevaba a Katia. Una vez sentados, Katia contempló las paredes:

—¿Estas vírgenes son de Florencia? —pregunté.

Bill se rascó la nuca. Jill volvió a la cocina.

—Florencia. Italia. Europa —aclaró.

—¡Claro! —Bill comenzó a reír—. Buscaba mentalmente Florence, Kentucky, Florence, Illinois o Florence, Arizona. ¡Claro! Las vírgenes son de la familia de Jill. Su madre era de Arizona y tenía vírgenes en todas partes.

Bill trajo una caja gigante en la que bailaban letras rojas: COOLER RANCH BOLD AND DARING CRUNCHY CHIPS.

—¿Te apetece? —Bill ofreció la caja abierta a Katia.

Ella se quedó leyendo las letras rojas y parecía sorprendida. Bill retiró la caja y en su lugar nos trajo un enorme saco con un letrero amenazador: GRAB YOUR BAG OF TOSTITOS. CRUNCH INTO TOSTITOS.

Jill nos consoló:

—No tengáis miedo, esto no engorda —y nos mostró el rótulo: THANKS TO OUR TOSTITOS CHIPS YOU CAN ALLOW YOURSELF MORE SNACKING FUN! GREAT TASTH, NO GUILT!

Jill puso sobre la mesa una gran cantidad de platos, fuentes, boles y sartenes: *mashed potatoes*, *coleslaw* y una ensalada de manzanas con apio y nueces. Bill se nos acercó con su paso oscilante: traía más comida. *Sweet corré*, *baked potatoes*, *hot dogs* para nuestro *dinner party!*, cantaba Jill. Katia hizo una mueca y frunció el ceño en un intento de esbozar una sonrisa, mostró los dientes manchados de lápiz de labios. Parecía un competidor japonés de lucha tradicional.

—Estas salchichas son para vosotros. Nosotros somos vegetarianos —explicó Bill mientras se sentaba.

—Nuestro médico no quiere que comamos colesterol —dijo Jill, con su voz melódica. Se puso de pie junto a Bill y le acarició el hombro con la mano. Tenía una nariz minúscula, los dientes como perlas pequeñas y las orejas de niña. Todo lo demás era de un gigante.

—Tenemos que adelgazar —dijo Bill señalando unos plátanos sobre una fuente en una esquina de la mesa. Cada plátano lucía una pegatina: NO SALT.

—El médico dice que estamos demasiado gordos — explicó Jill.

—De modo que nos hemos hecho vegetarianos —añadió Bill, y se introdujo en la boca media patata acompañada de crema de leche.

Y coméis plátanos sin sal, la etiqueta lo garantiza, reí en mi interior.

Jill vertió en su patata asada al horno cuatro cucharadas de margarina que decía: I CAN'T BELIEVE IT'S NOT BUTTER, y añadió:

—Bill, come con decencia. Hay que comenzar por la ensalada.

Bill enrojeció:

—Claro, claro.

Mientras comía y hablaba, resoplaba, como Jill. Cuando reía, roncaba.

Estábamos en silencio. Sólo Bill, de vez en cuando, me hacía algún gesto.

Katia se puso un par de cucharadas de ensalada en su plato. A continuación Jill le ofreció una botella de plástico donde se leía FREE THOUSAND ISLAND FAT FREE DRESSING, y le explicó:

—Un americano medio engorda tres kilos en Navidad; después dedica los meses de enero y febrero a adelgazar, es decir, a una alimentación poco calórica.

Katia roció sobre su escasa ensalada un poco de salsa espesa de color rosa en la que flotaban trozos verdosos y, con un gesto lento, lo fue mezclando todo. Llevaba una blusa desabrochada en el pecho, roja como una seta venenosa, del mismo color que sus labios y sus uñas. Miraba la mesa donde descansaban las manos de Jill.

Eran las manos más voluminosas que había visto nunca. Desprendían olor de limpieza, de un jabón muy especial. Era el olor de vainilla, de bizcocho, como aquel que tú hacías para mi cumpleaños cuando era pequeño, mamá.

Jill se fijó en nuestras miradas y bajó los ojos. Nos explicó:

—Este es el anillo de casada, y este otro, como una granada, es un regalo de cuando me hicieron la quimio. Hace cinco años. La medalla a la valentía, ¿verdad? —guiñó un ojo a Bill. Bill también le guiñó un ojo, y la miró como si le cantara una canción de cuna.

Al verlo, Katia se inclinó hacia mí para darme un beso en los labios. Acompañé su beso con una cucharada de maíz y me sequé los labios con una servilleta de papel. En la servilleta aparecían ositos Teddy Bears con un lazo en el cuello. Creo que me había ruborizado. Por lo del beso.

Bill me sonrió. Y cuando su mirada regresó hacia su plato, evitó mirar a Katia.

—En la fábrica donde trabajo, tengo que quitarme los anillos cada mañana — explicó Jill—. Y cuando salgo me los vuelvo a poner.

—¿Puedo pedir algo para beber? —dijo Katia, y añadió en ruso con voz suplicante—: Hemos traído una botella de vino francés, ¿dónde está?

—¿Qué haces en la fábrica donde trabajas? —pregunté a Jill.

—Oh, perdona, disculpa, ¡soy un despistado! —Bill saltó de la silla—. Lo he

olvidado por completo. Es que nosotros no bebemos durante la comida, ¿verdad que no, Jill? Por eso no os he ofrecido nada. Tenemos agua, leche, ginebra, café... y nada más. Y café con leche, claro.

—Yo tomaría... —comenzó Katia.

—La botella de vino la hemos olvidado en el coche, está en el asiento de detrás —dijo a Katia en voz baja, en inglés. Y está bien haberla olvidado, pensé.

—¿Qué haces en la fábrica donde trabajas? —volví a preguntar a Jill.

—Nosotros bebemos leche, pero sólo cuando hemos acabado de cenar, ¿verdad, Jill? —dijo Bill, mientras colocaba sobre la mesa una gran jarra llena de leche fría.

—Yo tomaré un vaso de leche —dijo.

—¡Un vaso para John! —rió Bill y me sirvió la bebida en un vaso alargado.

—¿Dónde trabajas, Katia? —preguntó Jill, mientras con una cuchara iba llenando una patata al horno con crema de leche.

—Bien, yo tomaré un poco de café, qué se le va hacer —dijo Katia.

—¿Dónde trabajas, Katia?

—En la radio.

—Katia tiene una posibilidad de trabajar en la radio local que emite sus programas en ruso para los inmigrantes. Si hay una plaza vacante —precisé.

—¿Y qué haces mientras tanto? —insistió Jill.

—Ahora, la verdad... —Katia no acabó la frase y me atravesó con una mirada indignada.

—¿Qué haces en la fábrica donde trabajas? —pregunté a Jill.

—En una radio rusa, caramba —dijo Jill—. ¿Y qué pasa ahora en Rusia? El otro día dijeron en la televisión que allí hay democracia, como aquí. ¿Tienen suficiente para comer? ¡Comed, niños! ¡Aún queda de todo! —señaló las ollas al fuego.

—En la radio, ¡guau! —dijo Bill dando un silbido—. Y también entrevistarás a las majorettes, y quizá a los propios futbolistas, ¿verdad? —miró hacia la televisión que, sólo entonces me di cuenta, estaba encendida.

—Me he hecho ensanchar los anillos, pero ahora vuelven a quedarme pequeños. Es la edad, ¡qué le vamos a hacer! —suspiró Jill con una sonrisa.

Bill olvidó el café para Katia. Pero dijo:

—A mí me encantan los Chicago Bulls. Soy de... no, no directamente de Chicago, pero sí del estado de Illinois, de una pequeña ciudad que se llama Rantoul, de hecho soy de una pequeña granja perdida entre los campos de maíz.

—¿Te gusta el fútbol americano, Katia? —quiso saber Jill.

—¿Puedo servirte un poco más de maíz? —pregunté.

—Oh, por supuesto, acábatelo, John, me harás feliz. ¿En qué fábrica trabajo? Se hacen instalaciones sanitarias, baños, wáteres, fregaderos, duchas. ¿Habéis ido ya al baño de nuestra casa? ¿No? Uy, tenéis que ir, ¡es toda una experiencia! Pero, hijos míos, dejad un poco de espacio en el estómago para el postre.

—¡Jill ha preparado un pastel para chuparse los dedos! —dijo Bill mientras lo

traía a la mesa. Era un pastel grande decorado con una salsa de color rosa y un lacito rojo hecho con azúcar.

—¡Pero espérate, hombre! —le regañó Jill, mientras le acariciaba la mano.

—¡No quiero esperar! ¡Quiero que lo vean ahora mismo! ¡Este milagro! ¡Es el mejor pastel de fresa de toda América! ¡Y lo hace mi mujer!

Jill sonrió.

Bill buscó algo en la nevera, después cerró la puerta. Y solemnemente colocó sobre el pastel una rosa azul celeste hecha de mazapán.

Jill aplaudió.

Yo me uní.

Miré a Katia. Estaba sentada con la expresión mudada, erguida, estirada, con la cabeza altiva y mirando al techo, como si quisiera ver qué había sobre los muebles. Lentamente acercó su mano a mi vaso de leche y tomó un trago. Y volvió a erigirse como una estatua. La alegoría de la distinción, pensé.

—¡Uf! —dijo Katia, mientras caminábamos por el aparcamiento hacia mi coche. No, nuestro coche.

En uno de los escaparates del centro comercial, ahora cerrado, vi, en neón rojo: SNACKS... ROOT BEER... NEWSPAPERS... MILK SHAKES... MANGO MADNESS... COCA-COLA.

Era una instalación artística no demasiado premeditada; la observé con admiración. No había nadie, sólo los edificios del centro comercial, bajos, extensos y amplios, fríos y, a los ojos de un europeo, deshumanizados, incomprensibles como América misma.

En lugar de las plazas y placitas europeas, en lugar de sus avenidas, había supermercados: la gente se encontraba por casualidad («Haven't seen you in ages, Marcial», «Hey! Isn't it great we bumped into each other, Becky?», «It sure is, Marcial»), y, según dicen, hay quien comienza nuevas amistades y quien liga allí. A mí, francamente, nunca se me habría pasado por la cabeza ligar en un súper y podría decir que la cosa más erótica que he visto allí han sido unos muslos de pollo envasados.

Un europeo se tiene que acostumbrar a la belleza fría de América. Lo sabía por propia experiencia, tardé años en acostumbrarme. En cambio, ahora me encantaba ver la autopista con los indicadores de las gasolineras que colgaban multicolores a ambos lados, me gustaba la vista del enorme espacio vacío de los aparcamientos, de día llenos de coches, y de noche desiertos. Me encantaba contemplar aquella belleza oculta de América, una metáfora de este país para el que es más importante el uso práctico del espacio, los edificios y los objetos que su estética.

Cogí a Katia por los hombros y la giré hacia mí.

Bajó la cabeza, miraba hacia el suelo de hormigón, el suelo del aparcamiento.

Seguramente no debía de tener otro punto de referencia. Yo tampoco era un punto de referencia para ella.

Le acaricié los hombros. Se mantenía inmóvil.

Le acaricié los pechos. Grandes, firmes.

Palpé el tejido suave de su blusa. Pero no sentí deseo. Katia me llevó a un lugar no iluminado a mitad de camino entre dos farolas altas. Echó la cabeza hacia atrás.

Continué acariciándola. Katia suspiraba y gemía con los ojos cerrados. Pero yo sólo ejecutaba movimientos automáticos. No sentía nada. Presioné más con mis manos sus pechos. Katia se inclinó un poco. Desabroché su blusa. Su sujetador se abría por delante. Me cayeron dos pechos rotundos, pesados.

El deseo no llegaba.

La compasión ocupó el lugar del deseo.

Abroché la blusa de Katia. Le di un beso a la altura del pelo.

Lentamente la conduje hacia el coche.

Me giré. En la casa de Jill y Bill brillaba una luz amarilla, acogedora. Pensé en ellos; cuando nos despedíamos, y luego, mientras Katia y yo nos alejábamos, Bill y Jill se abrazaron torpemente por sus hombros gordos y sus cinturas obesas. De lejos, en la baranda iluminada, parecían dos niños; dos muñecos hechos de trapo para hacer reír. Jill y Bill.

Después, cuando nos detuvimos delante de la casa de Katia, ella me miró con el rabillo del ojo —¿de una manera seductora? ¿O más bien con diligencia y aplicación? — y me invitó a subir a su casa. ¿Quieres venir a tomar una copa de vino?, preguntó. No, no me apetecía. Así que callé. Katia me puso la mano sobre el muslo.

Me mantuve en silencio. Katia puso mi mano sobre su pecho derecho. Yo continuaba sin sentir nada. Hice un movimiento para acariciarla. Nada. Había un pecho y nada más, como si hubiera habido un mueble de madera.

Katia sacó el labio inferior y cantó: *Sweet corn, baked potatoes, hot dogs*, con su acento ruso. Aquel acento un poco ridículo. O más bien triste. Patético, como mi mano sobre su pecho.

*Sweet coooooorn, baked potaaaaaatoes, hot dooooooogs*, cantó Katia mientras hacía muecas de desprecio con los labios. Ahora también tenía aquella mancha roja sobre los clientes. Yo lo sabía, aunque en la penumbra no la podía ver.

Liberé mi mano, giré la llave del motor del coche.

—¿De verdad no te apetece una copa de vino o de champán? —repitió ella.

No, no me apetecía tomar una copa de vino ni de champán con Katia. No me apetecía, estaba a punto de decir. Pero finalmente respondí:

—Sí, me apetecería mucho, pero mañana me tengo que levantar temprano, así que no puedo.

Ella se alejó perezosamente, lentamente, con indiferencia. Pero yo sabía que lo fingía. Murmuró algo sobre Mijail. Automáticamente vi ante mí sus manos. Pero nada más. Estaba tranquilo.

Estuve conduciendo, no me apetecía ir directamente a casa. Observaba la luz fría de las farolas en las calles, una corría tras otra, una era como la siguiente. La misma luz, largos intervalos entre ellas. Siempre el mismo enigma. *Sweet corn, baked potatoes, hot dogs*. El recuerdo de la vivencia de aquella noche me circulaba por las venas como el dulce vino de Oporto. Ante mí veía a los Chicago Bulls y a unas cuantas *majorettes* en la pantalla del televisor. Y un vaso de leche fría. Una luz amarilla dentro de una casa oscura. Pisé el acelerador. Tenía ganas de volar.

Katia, pensé de repente. Se había indignado. Se había enfadado. ¡Y qué!, intenté expulsar aquel pinchazo. Yo aprendería a preparar *sweet corn, baked potatoes y hot dogs*. Jill y Bill me enseñarían. ¡Tenía una nueva vida por delante!

—En Rusia conocerás a Tsvetaieva. Qué envidia, Andréi...

Regresabas a tu país. A pesar de tus protestas, yo me había salido con la mía.

—¿Tsvetaieva? Difícilmente —me interrumpiste—. Hace algunos años que se suicidó, poco después de su regreso a Rusia.

Me había salido con la mía. ¡Por fin!

—Entonces conocerás a Babel, Mandelstam...

—Pero Sylva, ¿no sabes que ambos murieron en los campos de trabajos forzados?

Me había salido con la mía. Había llegado a imponer mi criterio. Había llegado a imponerme a mí misma.

—Quiero decir que podrás conocer a artistas y poetas importantes, podría ser incluso a Anna Ajmátova, y a músicos, vete a saber, Shostakovich, ¿por qué no? —le dije. Me embrollaba, hablaba por los codos con tal de hacer algo—. ¡Qué gran aventura, Andréi! ¡Cómo te envidio!

Hablaba sin orden ni concierto para acallar mi voz interior. La que me hablaba desde la noche anterior.

Durante la noche, había oído el teléfono. No me despertó, no dormía. En silencio descolgué. «Sé que es usted», dijo una voz nerviosa, de mujer. «Usted. Usted que tiene a Andréi en su poder». «¿Yo?», dije. «Andréi es una persona libre». Era evidente, pero me sentí halagada. La voz de la mujer temblaba. «Usted, que hace con Andréi lo que quiere, que hace y deshace a su capricho...». Respondí con irritación: «La caprichosa es usted, ¿qué es esto de llamar a la gente a estas horas!». La voz de la mujer no reaccionó a mis palabras. Estaba fuera de sí: «Usted juega con él como un jugador de ajedrez con un peón. Y ahora se empeña en enviarlo a Siberia». «Andréi desea volver a Rusia», dije, y quería añadir «por voluntad propia», pero la voz se me había quedado atascada. Así que me quedé en silencio, según mi costumbre. ¡Mejor! No tenía por qué justificarme. «Disculpe, señora von Stamitz, que la aborde de esta manera. Pero reflexione, por favor, ¡aún estamos a tiempo!». Aquella mujer me suplicaba. Sus ruegos me hacían sentir bien. «Hable con él, que se lo piense», continuó. «Lo conoce y sabe que está enfermo. Ir a Rusia acabará con él. ¡Morirá allí!». En la intemperie nocturna sentí tanto frío que comencé a temblar. Tuve que sentarme. «Se lo imploro», oí desde el auricular. ¡Qué histeria!, me dije, aunque en el fondo sabía que la mujer del otro lado del hilo telefónico estaba preocupada, desesperada. «Se lo suplico en nombre de su madre, que murió en un campo de concentración porque había seguido a su marido. Por favor, señora Sylva, por lo que más quiera, hable con Andréi, a usted le hará caso...».

Colgué. Había cogido frío y quería volver a meterme en la cama caliente. Andréi dormía tranquilo. No lo desperté. No había ningún motivo para hacerlo.

No lo habría despertado por nada del mundo, y menos aún para que volviera a plantearse su viaje. Por muchos motivos, entre ellos porque sabía muy bien quién era

la mujer que había llamado.

Andréi hablaba atropelladamente, sin ton ni son, para hacer desaparecer el silencio que se había instalado entre nosotros. Y para librarme de los pensamientos fantasma que me repetían que estabas a punto de regresar a Rusia por mi voluntad y contra tu convicción. De tanto hablar y embrollarme acabé convencida de que tu viaje era fabuloso y digno de envidia, de que era una gran aventura.

Tu viaje a Rusia. Tu regreso a Rusia. A la Unión Soviética. El regreso que organizó la embajada soviética. Es decir, Stalin.

Aquella voz femenina rugía al pasar por mi mente una y otra vez. El regreso de Andréi a Rusia sería un error fatal. Yo lo sabía, lo había sabido incluso antes de que aquella mujer me llamara.

¿Cómo había sabido ella el destino de mi madre? ¿Y mis intenciones con Andréi?

Fuera como fuera, ya no estaba a tiempo de volverme atrás. Y no habría podido dar a la vecina la satisfacción de haber seguido su consejo, ni yo ni Andréi, que de aquí a un momento subiría al tren y se iría a Rusia. Al comprobar la desesperación de la vecina, había decidido firmemente que tenía que irse.

En el andén me mirabas con tranquilidad.

Me mirabas con los ojos con los que un perro dócil mira a su amo.

La desesperación de la voz de la vecina... ¿sería yo capaz de una compasión tan profunda?

Tu silencio me pesaba, Andréi. Me pesaba, aunque no estabas nervioso y sólo me mirabas a mí.

—¿Te hace ilusión volver a casa, Andréi?

—Me hace ilusión volver a encontrarme contigo.

—¿Y el regreso a tu país? Sólo tenemos un país, que es el nuestro.

—¿Por qué? ¿Qué significa «a casa»?

—Un valor. El valor más alto de toda la escala.

—Tú eres mi hogar. No tengo otro.

—Lo que dices es precioso, pero yo hablo de los campos, de los bosques, los perfumes y los colores.

—He pasado los últimos veintidós años en el bosque entre los animales, los gitanos, los árboles y las pequeñas flores. Allí era feliz, y lo era aún más cuando venías tú.

—Pero Andréi, si...

Mi parloteo persuasivo cesó. El movimiento del pico rojo de la banderita lo partió. Y el grito del silbato.

Subiste al tren, junto con otros rostros que me resultaban familiares de la fiesta



rusa. Subiste al tren, Andréi, demasiado alto y fuerte para aquella pequeña puerta estrecha, demasiado elegante para aquellos burócratas comunistas de la embajada soviética que os hicieron entrar en la oscuridad del tren, demasiado libre y demasiado natural para aquella prisión con ruedas.

Andréi, cuando subiste, ya no te veía a ti sino a una jirafa en una pequeña jaula de circo, un oso polar en un zoo. Vi a un hombre libre que entraba en una celda, daba igual si era la de una prisión o la de un monasterio. En un lugar demasiado oscuro y estrecho para su anhelo, para su libertad.

Te asomaste por la ventanilla.

—Andréi, baja —dije con un hilo de voz.

Te echaste a reír, te lo tomaste como una broma.

—Andréi, vamos a tener un hijo, quédate junto a mí.

—Sí, mariposa amarilla, quiero decir, mariposa azul, tendremos hijos, ¡por supuesto!

No lo comprendió. Sí, los tendremos. Porque yo ya esperaba a mi hijo.

Me había puesto un vestido azul celeste que debía de tener ya unos quince años. Deseaba que me vieras así en el recuerdo. Vestida de color azul celeste.

¿En el recuerdo? ¡Pero si me reuniría contigo muy, muy pronto! Y mi hijo nacería allí, en un ambiente nuevo, donde la atmósfera pesada de Praga no me caería encima. El odio. El odio contra mí, contra la madre del hijo de Andréi.

En el andén mucha gente lloraba, los que se asomaban por la ventanilla también tenían los ojos húmedos, muchos reían y hacían ondear los pañuelos y lanzaban besos al aire, discutían y levantaban la voz... una escena habitual ante un tren internacional. Pero... aquí pasaba algo extraño. Un estado de ánimo... tembloroso, palpitante.

Una atmósfera febril.

Sólo tú, Andréi, tú, con camisa blanca, desabrochada en el cuello, tú, que habías protestado contra este viaje y te habías negado a emprenderlo, tú, que al oír hablar de él habías temblado como un animal del bosque que ve a un cazador, tú mirabas con confianza.

Me mirabas con confianza. Con confianza en mi elección.

Tu confianza, tu devoción eran...

No tuve tiempo de acabar mi pensamiento. El tren se movió.

—Andréi, ¡baja del tren!

No me oíste. El tren produjo un ruido. No me di cuenta del susurro del vapor de la locomotora ni del silbato del ferroviario ni de los gritos, llantos y besos. Vi únicamente mi propio anhelo que había crecido ante mí, claro y manifiesto como una palmera en medio del desierto.

—Andréi, ¡baja del tren!

Había crecido en toda su evidencia exactamente ahora mismo...

—Andréi, ¡baja del tren!

Oleadas de pañuelos, oleadas de lágrimas.

Y en medio de todo el tumulto, tú susurrabas.

Te oigo a través del estruendo de las ruedas negras y rojas en movimiento, a través de las llamas de los gritos femeninos. Estás de pie en el tren, junto a la ventana, no notas que tantos y tantos cuerpos se aprietan contra ti. Dices sencillamente, en voz baja:

—Mariposa azul.

Bajé del tranvía en el barrio de Vinohrady de Praga. Arrastraba a Jan de la mano. Jan, que acababa de cumplir cinco años, examinaba las tiendas de la avenida Francouzská. En comparación con nuestro Malá Strana, tan empobrecido, allí había largas hileras de escaparates. Las tiendas abrían sus bocas vacías. Pero los ojos infantiles encontraban incluso en aquel desierto los brillantes tesoros de las islas perdidas del Pacífico.

Aparté a Jan de cada una de aquellas tentaciones; en la mano izquierda llevaba dos bolsas pesadas; contenían los cuartetos de Beethoven, las sonatas para violín de Brahms y los *lieder* de Mahler, la música para piano de Janáček y Smetana, todo Smetana. Y los rusos, ésta era la novedad: los tríos de Shostakovich, *la consagración de la primavera* y *Orfeo*, de Stravinsky. Y, sobre todo, el canto de los ángeles de cabellos dorados con alas blancas y una flauta en la mano —los cantos litúrgicos antiguos—, y también los de nuestro tiempo, los que había compuesto Balakirev.

Arrastré a Jan lejos del aparador donde se exhibían cinco gorras de las que acostumbran a llevar los trabajadores. El cartel sobre los artículos decía: «Por todo el país resuena la voz del odio y el desprecio contra la banda de espías y traidores que habitan en nuestras propias filas. ¡Muerte a los agentes imperialistas!». Aparté a Jan de los escaparates con la mano derecha. Aquella música había sobrevivido a la guerra que me había hecho mi primer marido, y al estruendo de los aviones nazis y sus órdenes, como patadas dadas con botas militares, y había sobrevivido a los gritos de los nuevos líderes de ahora, los comunistas que se habían impuesto después de un golpe de Estado, los discos habían sobrevivido a la falsa euforia de las fiestas del trabajo con sus marchas. Schubert y Chopin, Purcell y Martinu y Palestrina... Giovanni Pierluigi da Palestrina... el nombre por sí sólo era pura música. En aquellas dos bolsas de la compra transportaba todos mis bienes, mis tesoros.

El tesoro de Jan consistía en todo lo que veía en los escaparates mal iluminados: un tren de madera y un mono en la tienda de juguetes, una ristra de salchichas verdosas en una carnicería, un pequeño tiesto con violetas enfermizas en una floristería... No había rosas. Rosas amarillas como la arena, rosas de color crema como la piel de un ángel barroco de yeso, rosas blancas como las nubes en el cielo de primavera, ¡rosas! Del color de mi Casa Rosa en Malá Strana, que ahora ya no era ni rosa ni me pertenecía, era gris y el Estado se la había quedado... rosas rojas como el lacre para sellar cartas. Andréi ya no me las podía traer como regalo, con dedos

temblorosos, aquellas rosas... ¿Cómo son las rosas, aquellas flores de largos tallos? ¿Qué aspecto tienen?... Jan observaba un par de panecillos de Viena de color azulado en el escaparate, uno estaba cubierto de sal gruesa, el otro de comino, y el comino era verdoso; en la tienda de moda femenina se exhibían unos monos de los que llevan los trabajadores, de color azul: se inflaban con orgullo como la bandera de la nueva época; miré en el interior de la tienda: además de los cuatro monos de trabajo, también había chándals de color azul marino, otro signo de la nueva era.

Pero Jan me llevó hacia el aparador de la papelería donde se exhibían, orgullosos, algunos rollos de papel higiénico, nada más. Una papelería, ¡un baúl lleno de enigmas! Jan me pidió un cuaderno para dibujar, así que entramos; a mi alrededor, en todas las estanterías y sobre la mesa, como en una pesadilla, sólo veía rollos de papel higiénico. El vendedor hacía que no con la cabeza. No, no tenemos cuadernos. Ni uno, no. Ni blancos, ni a rayas, ni cuadriculados. Te puedo dar papel higiénico, guapo —le decía a Jan—, acaba de llegar. No estoy ciego —replicó Jan—, y en su boca infantil no pareció una provocación, de modo que el vendedor añadió:

—¿O quizá quieres papel de lija, ricura? De eso también tenemos.

Envanecido por el éxito que acababa de obtener su ingenio verbal, Jan respondió:

—Ya veo que me ofrece papel de lija por si no tengo suficiente con su rasposo papel higiénico, ¿verdad?

Me llevé a Jan deshaciéndome en mil excusas, pero el viejo vendedor reía a mandíbula batiente y le regaló a Jan un caramelo envuelto en papel de plata:

—Por esa respuesta, si fueras mayor, te habría invitado a tomar una jarra de cerveza de las grandes. De modo que ya lo sabes, dentro de unos cuantos años ven, ¡la tienes reservada!

Volvimos a deambular a lo largo de la fila de tiendas mal iluminadas, y en cada escaparate se alzaba una alfombra voladora roja con letras amarillas: «Con la Unión Soviética hasta la eternidad». «La Unión Soviética es la garantía de la paz mundial». «La Unión Soviética es nuestro modelo a seguir». «La Unión Soviética es nuestro futuro». «Con la Unión Soviética hacia el futuro radiante».

Con la pequeña palma dejan en mi mano derecha y las dos bolsas pesadas en la izquierda, entré en la casa número cinco de la calle Slovenská. Allí nos habían destinado después de quitarme la Casa Rosa, incluido el piso que yo habitaba, como castigo por haber pasado mi infancia en un castillo renacentista. Yo sólo ocupaba un ala, y la compartía con mi abuela, dije a modo de defensa, pero se habían reído de mí en mi cara y se quedaron la Casa Rosa barroca, además del castillo. No me castigaron por haberme convertido, antes de la guerra, en ciudadana del Reich. Después de la guerra, me rompieron las ventanas y, una noche, en el parque de Kampa, me dieron una paliza con golpes y puñetazos. Las nuevas autoridades, las comunistas, me habían castigado porque yo ahora había pasado a ser una enemiga de clase, un ser indeseable, alguien contra quien se debía luchar para que aprendiera a compartir lo que tenía con el pueblo.

Trasladarme de casa, irme a vivir a un barrio no tan céntrico, como me había impuesto el gobierno del Partido Comunista, era, en el fondo, un descanso, un alivio para mí, aunque iba a una casa peor. No sólo peor. Viviría en la pobreza, lo intuía. Entré en el pasillo de la casa número cinco de la calle Slovenská e inhalé el olor del sótano y el carbón. La portera nos impidió el paso con los brazos en jarras, vestida con uno de aquellos conjuntos de chándal azul marino, con las rodillas y los codos que se marcaban colgando. La portera, que estaba en los huesos, con la cabeza llena de pequeños rulos metálicos y un delantal a cuadros, me observó con unos ojos pequeños que me atravesaron. Me presenté, le tendí la mano; mi gesto no fue correspondido.

Jan y yo entramos en un piso vacío. Mi alma estaba llena de paz: aquí no me conocía nadie, podía ir a la panadería, a la carnicería y al zapatero con la conciencia tranquila. Escuchaba cómo, en mi interior, Andréi decía con su voz de bajo: «Sabes, Sylva, en una época de calma es fácil tomar decisiones correctas. En una época tempestuosa, en cambio, cuesta ver claro y es fácil cometer errores de los que uno se arrepiente toda la vida», y me invadió una gran tranquilidad de ánimo.

«¿Y los muebles, mamá?», preguntó Jan. «Los traerán mañana», respondí. Tomaba medidas con la mirada: ¿cabría aquí el piano? Debería ir junto a la ventana. Los discos, mi tesoro, los dejé con cuidado en un rincón oscuro: se erigían como una columna de vivos colores. Y mentalmente diseñaba en las paredes el espacio que dedicaría a la armadura y a los cascos de los caballeros husitas y a las espadas y las lanzas, los recuerdos de mis padres y de mi infancia. Con el servicio chino antiguo, me dije —aquel en el que, de pequeña y ya no tan pequeña, bebía chocolate caliente, sentada en una chaise longue barroca—, decoraría la mesa para recordar a mi abuela. En el nuevo piso deseaba tener un recuerdo de cada uno de mis muertos. Los cuadros de Andréi los traería personalmente y los dejaría debajo de la cama. Reposarían allí indemnes, aquellos paisajes, las figuras bíblicas, los hombres sabios de los antiguos sumerios y el entramado de las ramas, las raíces y las piedras en un riachuelo... ¿Qué sucedió aquel día?

Por la noche le leí a Jan las memorias de un célebre viajero que había atravesado el océano en una balsa. Unos cuantos animales lo acompañaban en aquella arca de Noé improvisada, entre ellos un mono. El mono estaba nervioso y daba saltos arriba y abajo por la balsa. El viajero había probado todo tipo de trucos para calmar al animal: todo había sido inútil. Al final se le ocurrió construirle, en la misma balsa, una pequeña caseta. Sólo entonces el mono se tranquilizó: lo que necesitaba era sentirse protegido.

—Como un perro que necesita una perrera —dijo el pequeño Jan medio dormido, y quería continuar, aunque los ojos se le cerraban—: No importa si no tenemos muebles, al menos tenemos una pequeña caseta para nosotros, ¿verdad que sí, mamá?

Todo cambió. Todo se volvió patas arriba. Los profesores universitarios trabajaban en las fábricas, las canteras y las cloacas. Personas a menudo sin título ocupaban las cátedras universitarias. Todo el mundo tenía que ir a vivir donde el Estado le decía. Había trabajo para todo el mundo, pero no se podía rechazar el trabajo asignado. La escuela era gratuita, para todos la misma, y en ella se adoctrinaba a conciencia a los futuros constructores del socialismo. Las prisiones se llenaron de inocentes, una vez más. Las prisiones estaban repletas, sus muros se derrumbaron y arrojaron a miles de prisioneros inocentes a los trabajos forzados, a las minas de uranio: quien entraba allí una vez, no vivía más de cuarenta años. Y, en mi interior, volvía a resonar aquella voz antigua, aquella voz de la puerta del infierno, que ya estaba ronca de tanto repetir las palabras... Por mí irás a la ciudad sufriente, por mí irás hacia el eterno dolor, por mí irás con la perdida gente... Antes de mí nada fue creado que eterno no fuera, y eternamente duró. Perded toda esperanza los que habéis entrado...

En aquel vendaval, mi vida también cambió: había perdido a los alumnos judíos y alemanes que venían a aprender a tocar el piano, había perdido la posibilidad de alquilar pisos; me encontraba, con mi pequeño Jan, sin ingresos, y Jan quería comer, y había pocos alimentos en las tiendas, sobre todo poca fruta y verdura que todo niño necesita.

Después de hacer largas colas ante decenas de oficinas, me adjudicaron al fin un trabajo: trabajaría de bibliotecaria en una pequeña biblioteca nacional, junto a la Torre de las Aguas, en el barrio de Vinohrady. El vendaval se llevó también los libros; camiones enteros y trenes de carga se llevaron toneladas de libros que habían pasado a ser prohibidos: por reflejar el espíritu burgués y la ambientación burguesa o feudal o capitalista, o transmitir un mensaje pesimista; los camiones se llevaron los clásicos de la literatura universal y de la literatura checa, y los poetas del surrealismo mundial y de la poética checa, por decadentes; estos libros ya no habían gustado a los nazis, y los nuevos líderes de ahora tenían un gusto parecido: sólo permitían el optimismo futuro y, en lo referente al pasado y al presente, el odio de clases. Si aquellos otros, de hacía diez años, habían construido su ideal sin judíos, sin gitanos, sin intelectuales y sin artistas, éstos de ahora practicaban esencialmente lo mismo. Y, de acuerdo con la doctrina de la lucha de clases, sembraron la cizaña y nos hicieron odiarnos, los unos a los otros, a la fuerza.

Las estanterías de la biblioteca donde yo trabajaba se llenaron de nuevos escritores, ensayistas, críticos, poetas...

*Vamos hacia la época obrera,  
grandes tiempos de la humanidad,  
todo lo demás es sobrante*

*fuera del amor desinteresado.*

FRANTIŠEK BRANISLAV

*¡Recordad!*

*Queremos la paz,*

*pero una paz armada,*

*que sabe, que quiere, erizarse de bayonetas.*

PAVEL KOHOUT

¡Artistas y trabajadores del arte! ¡Dad a nuestro pueblo nuevas obras, profundas e ideológicas, que retraten nuestra gran época! ¡Luchemos para crear al hombre nuevo, para crear al hombre comunista! ¡Suscitad en el pueblo los sentimientos más nobles, dignos de los fundadores de la sociedad comunista!

RUDÉ PRÁVO

Hacía dos meses que iba observando las estanterías de la biblioteca y que acariciaba con las manos mis clásicos predilectos, temiendo que también acabasen en el papel para reciclar. Balzac y Dostoievski, Tolstói y Flaubert, Turguenev y Stendhal...

Y después... Un día, vinieron. Ahora también eran dos: uno llevaba un traje marrón, el otro iba de gris. Estos dos tenían caras anchas de tanta cerveza, caras esclavas con los pómulos salientes. Eran un poco más groseros y ordinarios que los anteriores. No hablaban de filosofía, ni de música. «¡Venga a vernos!», dijeron a modo de despedida. «Al Ministerio del Interior», añadieron desde el umbral de la biblioteca.

No fui. Pero el asunto me quitó el sueño. De día atravesaba las avenidas cuando el semáforo estaba en rojo; los coches, que con dificultad conseguían frenar, tocaban el claxon con ira y furia.

Volvieron.

—¿Por qué no ha venido? ¿Es que no es de los nuestros? ¿No está con nosotros? ¿No está de nuestra parte? Venga a vernos sin falta. Quien no está con nosotros está contra nosotros.

No fui.

Por la noche me esforzaba en hacer ver que todo estaba en orden. El pequeño Jan me observaba con recelo. Se daba cuenta de que había gato encerrado. Pero no preguntaba y se portaba bien. Recortaba figuras de las patatas y el sábado por la noche hacía teatro de marionetas de patata, sólo para mí.

No podía dormir ni después de haber tomado una taza de tila o de manzanilla, ni después de una fatiga sobrehumana, ni con pastillas. Leía a Balzac. Había acabado *La*

*mujer de treinta años* y no me había enterado de nada.

La tercera vez no vinieron personalmente. Me enviaron una carta por correo. Era una orden. Venga al Ministerio del Interior. Día: el 1 de mayo, a las diez de la mañana.

Tenía que ir, lo supe.

Dos retratos colgaban de la pared: uno era de Gottwald, el otro, de Stalin.

Perded toda esperanza los que habéis entrado...

Sobre la mesa había un platito con algunas galletas. Tome una, por favor.

Me hicieron sentar delante del plato. En el otro lado estaban sentados ellos, el de gris y el de marrón. Un peinado amarillo oxigenado puso una taza dorada de café delante de cada uno de los tres.

—De modo que ha venido, ¿no? Por fin.

—Sí.

—Vaya, sí que ha tardado, ¿verdad, camarada Stamitz?

—Mmm...

—Le ha costado...

—Mmm...

—Lo más importante es que ha venido.

—Mmm...

—Que es nuestra, vaya...

—Sí, nuestra, y por eso la hemos hecho venir —añadió el de gris después de la afirmación del de marrón.

—¿Suya? —no comprendía.

—Sí, nuestra —repitió el de gris, y se frotó las manos con alegría.

—Usted es checa, ¿verdad? —sonrió el de marrón.

—¿Checa? —pregunté para ganar tiempo—. Sólo por parte de mi madre.

—Lo sabemos —dijo el de marrón.

—Ya es suficiente —lo interrumpió el de gris seriamente, con impaciencia—. Es suficiente para que se afilie al Partido Comunista de Checoslovaquia.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Sí, usted, claro, para que se afilie al Partido Comunista de Checoslovaquia, sin ninguna obligación posterior —me aclaró el de gris, sin ninguna sonrisa, severamente.

—Bien, sólo con alguna pequeña obligación sin importancia, tan pequeña que casi no hace falta ni mencionarla.

—¿Perdón? —dije.

—Nada, ¡no se asuste! Me refiero a que si ve algo, por pura casualidad, por azar...

Al verme, el de marrón interrumpió rápidamente su discurso.

Temblé al recordar que, eso, ya lo había vivido... ¿O era un sueño?

Me desperté de la pesadilla. Miré la ventana que resplandecía detrás de los dos hombres. Veían mi cara iluminada, yo distinguía con dificultad sus rasgos y su expresión. Intenté no escucharlos demasiado. Me concentré en las nubes que se perseguían al otro lado de la ventana. Y busqué en la mente la imagen de Andréi, pero en vano; por segunda vez no me visitó.

—Sería muy fácil —dijo el de marrón con voz nasal.

—Sí, sería coser y cantar —confirmó el de gris con el mismo tono de voz.

—Sería muy fácil para usted mejorar así su posición, camarada Stamitz.

—Es que usted, camarada, está perdida.

—Durante la guerra, y antes... ya sabe a qué me refiero...

—¿A qué se refiere? —dije con un hilo de voz, porque sabía perfectamente a qué se refería. Y también sabía que ahora sacarían los trapos sucios.

—El que la hace la paga.

—Usted se puso del lado de los nazis.

—Y lo hizo antes de que comenzara la guerra, ¡fíjese!

—Y como si eso no hubiera bastado, usted había sido la esposa de un gran magnate financiero, es decir, un explotador de los trabajadores...

—Eso fue antes, hace mucho tiempo —intenté justificarme.

—No importa. Lo esencial no es la época, sino el hecho —dijo el de gris.

—Usted era la esposa de un alto diplomático, es decir, un representante de la república burguesa...

—Usted es de origen aristocrático...

—En su familia no ha habido nunca ningún representante de la clase obrera...

—Ni del campesinado...

—De modo que si no quiere tener quebraderos de cabeza...

—Grandes quebraderos de cabeza...

—Sería mucho más fácil para usted mejorar así su posición, camarada Stamitz.

—Sí, sería coser y cantar.

—Su posición no es nada envidiable, debe tenerlo en cuenta...

Hicieron una pausa. Una nube oscura detrás de sus cabezas tomó la forma de un cordero negro. Una nube... aquel día, hace mil años, Andréi me había dicho al oído... Quiero ser libre y desligado como una nube que corre por el cielo... que toda la vida se mueve sin obstáculos, está satisfecha con todo y en todas partes...

De repente, el de gris hizo sonar su disparo.

—¿Acaso se arrepiente, camarada Stamitz?

—Sí.

Recordé cómo había aceptado la ciudadanía del Reich como una hostia pestilente.

—Si le sabe mal haberlo hecho, podría repararlo...

—Expiarlo...

—En fin, compensarlo, si quiere...



—¿Cómo? —dije, y continué en silencio.

—¿Quiere hacerlo o no?

—Quizá sí.

—¿Sí o no?

—Sí.

—Será fácil, camarada.

El de marrón se frotó las manos.

—Con la frente alta y sacando pecho —dijo el de gris y apuró el café. Yo no había tocado el mío. Pensaba en Andréi, que, hacía siete años, no había tocado las delicias que le habían ofrecido los funcionarios de la embajada soviética.

El de marrón se aclaró la garganta.

—No hay que ser indeciso, camarada. Y no ponga esa cara de pocos amigos. ¡No será nada! En la biblioteca usted conoce a los demás empleados y, además, se ha hecho amiga de mucha gente que va allí a buscar libros. Bien, pues su tarea sería ésta: muy de vez en cuando, pongamos una vez al mes, usted tendría un encuentro amistoso con mi colega —señaló al de gris— y le explicaría que, en la biblioteca, todo está en orden. Seguramente todo estará en orden, confío en que sí. Pero si alguna vez hubiera algo que no estuviera en orden, entonces también se lo diría, entre amigos. Eso mejoraría su situación y ayudaría a los demás.

—¿Ayudaría?

—Sí, ayudaría a quien comenzara a desviarse de nuestro camino común.

—Construir la patria socialista no es fácil, camarada Stamitz, y es necesario que todos participemos y denunciemos a aquellos que quieren hacerle daño.

—¿Acepta?

—No.

—Piénseselo bien. No hace falta que nos dé una respuesta definitiva hoy. Piénseselo con calma y regrese dentro de tres días.

Cuando ya me había levantado para marcharme, oí aún su voz.

—¿Usted tiene un hijo, verdad?

—Piénseselo bien, camarada Stamitz —me dijo aquel coro griego mientras me dirigía hacia la puerta.

En la biblioteca observaba a las personas que, después de la jornada laboral, extenuadas, venían a buscar libros, los depositaban en bolsas de la compra y se los llevaban a casa. Comenzaba a conocerles.

Al cabo de tres días no me presenté en el Ministerio del Interior.

Volvieron a llamarme al cabo de un mes; me negué a colaborar con ellos. Se lo tomaron a la ligera y me recomendaron que me lo volviera a pensar de nuevo.

Tenía miedo. Miedo de verdad. Jan tenía problemas en el colegio, y no sólo allí. Lo asaltaron en un parque. Estaba segura de que ellos estaban detrás de todo eso;

ellos, el de gris y el de marrón.

¿Estaba segura con motivo? No sabía nada al respecto.

Siete años.

Hacía siete años que llamaba a la puerta de los ministerios. Hacía siete años que rogaba que me dieran una información, una simple información.

Hacía siete años que preguntaba:

¿Dónde está Andréi?

Volví a subir al cielo.

Ascendí por la Nueva Escalera del Castillo hacia aquel cielo execrable, maléfico, abominable. Al final de la escalera encontré unas figuras negras de piedra... una puerta... unas figuras... que luchaban... en un abrazo mortal se clavaban un puñal de oro...

Las evité y continué caminando calle arriba hasta que un magnífico palacio de piedra blanca me cerró el paso, una gigantesca arca blanca apoyada sobre decenas de columnas clásicas. Y antes de que sus entrañas negras me hubieran engullido, leí en el cartel que colgaba a la entrada que se trataba del Palacio Cernín, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Me detuve para tomar aliento. Cuántas veces había llamado ya a la puerta: Por favor, ¿me puede decir dónde está? Dígamelo, por favor, ¡se lo suplico! No cierre la puerta a mi esperanza, ¡dígame! ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él? ¿Qué le han hecho? ¿Dónde ha ido a parar?

¿Dónde está el padre de mi hijo? ¿Dónde está Andréi Ivanovich, el nombre del padre de mi hijo, Jan? ¿Dónde está el pintor Polonski?

Hacía siete años que llamaba a la puerta y suplicaba. Se lo ruego, dígamelo... por favor. Así imploraba, yo, la orquídea de mi madre, yo, una taza de chocolate caliente servida en un juego de porcelana de Meissen.

¿Está vivo? Dígame sólo eso, nada más. Dígame que está vivo y me pondré zapatos de hierro y me llenaré los bolsillos con pan de hierro... y rodaré medio mundo para buscarlo. ¿Está enfermo? Como Psique, cumpliré cuatro tareas difíciles, haré cuatro trabajos imposibles.

Hacía siete años que esperaba una carta de Andréi. Siete años que cinco veces al día abría el buzón de casa para ver si había recibido una carta suya. Desde el momento en que Andréi se había marchado, no había recibido ni una sola línea. Silencio. Nada.

*Svidenii ne ineem*, no lo sabemos, me habían dicho en la Embajada de la Unión

Soviética cuando, tres meses después de la partida de Andréi, había ido allí para pedir información sobre él. No sabemos nada. No sabemos. Como decían sobre mi madre en aquella otra época. No lo sabemos, me dijo el cónsul soviético cuatro meses después de la partida de Andréi. Y al cabo de cinco, seis y siete meses me repetía lo mismo: *Svidenii ne imeem*. Las cartas a Moscú, al Ministerio de Asuntos Exteriores, y después al Ministerio del Interior, quedaron sin respuesta.

Una carta a Stalin: Distinguido señor Stalin.

Ninguna respuesta.

Otra carta, esta vez con el desesperado: ¡Camarada Stalin!

Ninguna respuesta. Ni una sola palabra.

Estaba ante la puerta que se había cerrado a mis espaldas. Ante la puerta del palacio de hielo. La puerta del Palacio Cernín, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores...

—No sabemos nada... le recomendamos que deje de buscar al pintor Polonski... por su propio bien... aunque le repetimos que no sabemos nada.

Al día siguiente de mi visita recibí una carta urgente y certificada que me comunicaba que tenía que presentarme en el Ministerio del Interior con la máxima urgencia. El de marrón y el de gris me esperaban allí.

—¿Se ha pensado mejor nuestra propuesta?

—Sí.

—¿La acepta?

—No.

—¿No?

—No.

—¿De ninguna manera, ni ocasionalmente?

—De ninguna de las maneras. No puedo continuar viviendo así. Déjenme en paz.

Rieron con gusto. El de marrón se golpeó las rodillas, el de gris se pasó la mano por la barriga.

De repente callaron, como si alguien les hubiera hecho una señal tácita. Se pusieron serios, como si estuvieran en un entierro.

El de gris dijo con tristeza:

—Usted está perdida. ¡Ya no tiene nada que hacer!

Cuando habló el otro, vi un bastón que golpeaba la mesa.

—Usted se está burlando de nosotros. Conoció a un ruso de manera íntima, pregunta por él en todas partes, como si nosotros no existiéramos.

¿Sabían algo? La esperanza me iluminó como una flecha de fuego en la oscuridad.

Los dos hombres guardaron silencio.

—¿Dónde está? —pregunté; no lo podía soportar.

Continuaron en silencio. Aguanté con dificultad la tensión. Al cabo de un rato, el bastón volvió a golpear la mesa.

—¡Su... enemigo del pueblo! —el de marrón pronunció aquellas palabras con una aversión infinita.

—¿Enemigo del pueblo? —exclamé.

No me importaba nada. Sólo una cosa era fundamental:

—¿Qué saben de él ustedes?

Callaron. E hicieron gestos en los que se mezclaba el misterio con la ironía, y sonidos como si tuvieran náuseas.

—¿Qué saben de él ustedes? —repetí con urgencia.

—¿Sobre Andréi Polonski? —dijo el de gris con asco—. ¿Sobre el pintor de escenas perversas? ¿De las orgías gitanas?

Continuaron poniendo cara de estar a punto de vomitar.

No intenté ocultar mi tensión. No me importaba nada. Los miré... humildemente. Como una pordiosera.

El de gris habló con una voz parsimoniosa, alargando cada sílaba. De la cara de los dos funcionarios no desapareció el gesto de superioridad burlona de los victoriosos:

—Señora Stamitz, usted que no es miembro del Partido Comunista, usted, que se niega a serlo, usted que es madre soltera, es decir, un ser nocivo dentro de la sociedad socialista, usted, precisamente usted, nos pide algo, ¿y no está dispuesta a darnos nada a cambio? ¡Eso no es justo!

El de marrón dijo en voz baja:

—Camarada Stamitz, tanto si es madre soltera como si no, tanto si tenía una relación con un pintor perverso y enemigo del pueblo como si no... Sólo quiero decirle que nosotros sabemos proteger a la gente que nos sirve.

—No puedo hacer lo que me piden —dije con un hilo de voz.

—¿Aún lo quiere, a aquel enemigo del pueblo? Y a su hijo, ¿quiere a su hijo? ¿Y él quiere a su madre?

—¿Por qué me pregunta todo esto?

—Mañana, en la escuela, la profesora leerá a toda la clase de Jan la historia de una mala socialista para que aprendan a despreciarla. Y será su historia, camarada Stamitz.

Me atraganté, no podía creer lo que estaba oyendo, no podía creer un chantaje parecido.

Me callé y firmé.

A la hora de cenar puse un disco con las liturgias rusas ortodoxas. Preparé croquetas de patata. Jan, después de haberse tragado veinte, me preguntó:

—Hace tiempo que no me hablas de papá. Y en la escuela me preguntan qué hace

mi padre, no sé qué decirles, y los demás se burlan de mí.

—Vivía en el bosque con los animales. Él también era una especie de animalillo que tenía miedo de la gente.

—¿Por qué dices era? ¿Ya no vive?

Esta fue la última gota. El vaso se colmó, se giró y se rompió.

Jan me secó las lágrimas con las manos.

—Papá se ha perdido en el bosque, ¿verdad? ¿Sabes qué? Cuando yo sea grande, iré a buscarlo.

—Iremos juntos, ¿quieres?

—A ti te daría miedo. Allí habrá ciervos, osos e incluso lobos.

—No tendré miedo. Si tú vienes conmigo, me atreveré.

El plato de pizarra siguió girando —se iba, regresaba, una y otra vez— e impregnaba el piso, compuesto de una única habitación, con una música propia de los ángeles, con voces femeninas argentadas y voces masculinas de color granate. Esta es la voz que tenía, quiero decir que tiene, tu padre, le dije a Jan. Cada noche escuchábamos las liturgias ortodoxas rusas. Jan soñaba que luchaba con los osos y los lobos. Antes de que se acostara, le explicaba, a modo de cuento o de canciones de cuna, cómo era la infancia de su padre: Una vez a la semana, sus padres lo llevaban a la iglesia. Allí descubrió la belleza. Popes espirituales con larguísimas barbas blancas y una túnica negra, larga hasta el suelo, pronunciaban las palabras de la misa con voces de bajo, muy melódicas. Cuando salía de la iglesia se encontraba justo en medio de un silencio blanco deslumbrante, de la vasta soledad rusa, y se quedaba cegado por el sol gélido, por la nieve y el hielo.

Y Jan se durmió tranquilamente arropado por el canto, el incienso y las velas que iluminaban la penumbra.

La puerta del Ministerio se cerró detrás de mí... Por mí irás a la ciudad sufriente... Perded toda esperanza... Tomé aliento, pero aun así me faltaba oxígeno. Me sentí débil, tenía que sentarme, pero no había ninguna silla ni ningún banco. Me apoyé en la pared, pero entonces tuve la sensación de que los muros del edificio se hundían y me enterraban bajo las ruinas.

Sostenía en la mano una carta con el nombre del funcionario que debía darme la información y asignarme el trabajo, y que indicaba el día y la hora de la cita: Hoy. Dentro de cinco minutos. ¡Ahora!

Cada día me despertaba con tensión en el estómago después de una noche en blanco; el miedo me causaba convulsiones. En la biblioteca habían despedido a casi todas mis colegas y habían puesto a gente nueva. ¿Por qué se habían deshecho de Jana, de Jarmila y de Maruska? Vivíamos con un miedo constante, como el ganado que espera su turno en el matadero. Era igual que con los nazis. Y en las reuniones... Unas veces me reprochaban un montón de cosas de manera humillante, otras veces

me hacían un pequeño elogio y yo comenzaba a levantar cabeza y a trabajar con alegría, poco después me volvían a mortificar y a humillar delante de todos los presentes. Me obligaban a rebajarme cada vez más y más hasta ser incapaz de volver a levantar cabeza.

Vejetábamos, existíamos; no vivíamos. Intentaban convertirnos en sombras, no llamar la atención; vestíamos con ropa gris, amorfa. Incluso el pelo, que en verano se me teñía de tonos dorados, lo ocultaba con un sombrero viejo. Lo que no estaba dispuesta a hacer era taparme la cabeza con los pañuelos de las mujeres rusas del *koljoz*, ni a meterme en un chándal azul o en un mono de trabajo, aquel uniforme de la nueva era. Las porteras vigilaban, las porteras acechaban, las porteras conocían cada paso de los habitantes de las casas, las porteras espiaban y escribían informes. Las porteras siempre llegaban a todas partes en el momento clave, entraban en una carnicería en el instante preciso en que uno acababa de hacer una cola de dos horas, de milagro conseguía sus salchichas o medio kilo de carne y la pagaba.

Como todo el mundo, yo también me arrastraba a lo largo de la fila de cajas como una sombra, para que nadie me viera, para que nadie se fijara en mí, para que nadie me espicara y no escribiera un informe sobre mí.

Nuestra única alegría residía en la ausencia de acontecimientos. La felicidad, la sentíamos cuando alguna desgracia prevista no acababa sucediendo.

Nos habíamos convertido en sombras. Vivíamos en el infierno. En el purgatorio de Dante.

Y ahora me pedían que, yo también, vigilara a la gente, la acechara, la espicara y escribiera informes sobre los que me rodeaban. Por eso me habían llamado, por eso había venido.

Al Ministerio del Interior. Y después... después, quizá, no me echarían del trabajo. Quizá me dejarían. Jan ingresaría en la universidad. Y, sobre todo, quizá sabría qué había pasado con Andréi.

¿Dónde, de hecho, tenía que ir, en este enorme ministerio?, me pregunté llena de aversión y de náuseas.

—Perdone, señor, ¿es aquí donde tengo que presentarme? —pregunté a un hombre de baja estatura, un visitante como yo, que estaba apoyado en una ventanilla, y le enseñé el nombre del funcionario que figuraba en la carta.

—¿Tiene el cerebro de un mosquito, camarada? ¿Aquí, en la planta baja? Tiene que subir al tercer piso, allí cortan el bacalao —dijo haciendo ruido con la nariz, pues probablemente estaba resfriado—. Aquí vendrá a buscar la pasta, una vez que haya hecho el trabajo. ¡Cobraré un buen pico! —me guiñó un ojo, hizo más ruido con la nariz y añadió en voz baja—: ¡Hoy me he sacado un montón de cuartos!

Después de haberme dado esta información, el hombre se sintió importante; separó las piernas y sacó pecho.

Miré a aquel hombre, con las piernas separadas, que sacaba pecho delante de la ventanilla, completamente engréido, aquel hombre que escribía informes sobre sus compañeros de trabajo, lo mismo que me tocaría hacer a mí: con sus dedos gordos cogía el dinero, con sus dedos gordos lo contaba, poniendo saliva en las puntas de sus dedos, roncando y bramando de tan contento.

En aquel momento me vi reflejada; sí, aquel hombre con una ancha corbata naranja, aquel hombre que cada dos por tres hacía ruido de garabatos y se ponía saliva en los dedos, que contaba los billetes con avidez, aquel hombre con una sonrisa autocomplaciente y la voz ronca era mi espejo. Así era, o sería, yo.

No me repuse hasta que estuve en la calle, cuando, con largos pasos apresurados, me alejé de aquel lugar; huí de allí con todas mis fuerzas.

Un atardecer en que Jan no había regresado aún a casa hice que la sombra de Andréi se sentara en el sofá, junto a mí. Con el ausente podía conversar cuanto quisiera, contarle cualquier cosa y estar segura de que me escucharía, que no me interrumpiría y... que me comprendería. Que no tendría que repetirle nada ni explicarle lo inexplicable. El ausente recibiría mis historias, mis opiniones y mi filosofía de la manera que yo deseara. Polemizaría conmigo, eso sí. Conozco las respuestas de Andréi. Son inusitadas, insólitas.

Mientras escuchaba las voces argentadas de una misa rusa, le conté a la figura con barba junto a mí.

Volvieron a venir a la biblioteca, un día, esta vez severos y llenos de ira. Me ordenaron que fuera a verles al Ministerio del Interior.

Les informé sobre mis intenciones. No iría a ninguna parte y deseaba perderlos de vista.

Y después, Andréi...

Me trasladaron a un pequeño cuchitril, una ratonera. Ahora vivimos en una buhardilla donde hiela en invierno y hace calor en verano. En esta casa también hay una portera, ésta es gorda, no como la otra que era enclenque, pero por lo demás es igual que la anterior.

Jan acabó el curso con unas notas excesiva e injustamente malas.

En las reuniones del trabajo me amenazan y me aplastan. Me han rebajado tres categorías. Y con esto mi sueldo se ha quedado a la mitad; no podemos vivir de él.

Mi vida significa miedo, inseguridad y terror.

Pero, Andréi, mi vida, ahora, ¡es mía de verdad! Me pertenece, ¡sólo a mí y a nadie más! He aprendido a preparar patatas de mil modos diferentes.

Jan y yo escuchamos liturgias rusas y planeamos irnos a vivir al bosque entre los ciervos, los osos y los lobos. Como, hace tiempo, hiciste tú, Andréi.

¡Andréi! Alguien sube la escalera pisando fuerte; es Jan, ¡por fin!

Esto también es una especie de plenitud.

No era Jan. Mi hijo de ocho años no había vuelto en todo el día ni en toda la noche.

Fui a la comisaría del barrio. Se desentendieron de mí: «¡No vigila lo suficiente a su hijo, camarada!».

Fue entonces cuando comencé a sospechar que los del Ministerio del Interior habían raptado a Jan para castigarme por no haber accedido a hacer de espía.

Hacía dos días que no tenía ninguna noticia de Jan.

Si no se presenta en otros dos días, me dije, iré al Ministerio del Interior y firmaré todo lo que me pidan. Haré todo lo que ellos quieran, ¡pero que me devuelvan a mi hijo! Para dejar de temblar, imaginaba lo que le diría cuando volviera. Le contaría su cuento preferido; lo había leído cuando tenía su edad. Hablaba de un príncipe que sólo podía ser feliz en los sueños, y sólo si no había entristecido a su princesa. El cuento acababa con una moraleja: «Aquel a quien le es dado reinar en el corazón de su amada, ¡que recuerde que es un bello sueño y evite despertar de él! El despertar suele ser una caída de la luz a la noche».

Hacía tres días que Jan no estaba en casa. ¿Dónde estaba?

Me reproché no haberle vigilado con más cuidado. ¡Pero no podía acompañarlo hasta entrar en el colegio! Las noches y los fines de semana se los dedicaba sólo a él, rechazaba las invitaciones de mis nuevos amigos y amigas. Recordaba mi infancia y no quería que Jan se sintiera como yo entonces. Recordaba a mi madre que a menudo viajaba a Praga para ir a un baile, o al teatro, o a la ópera, o a un concierto. Entonces se ponía su abrigo azul si iba al teatro, el de la piel blanca de armiño en el cuello y las mangas, y, si iba a un baile, entonces tocaba el vestido de encaje verde oliva, o el de satén rosa, sin mangas, y unos guantes larguísimos hasta más arriba del codo. A menudo ni siquiera se despedía de mí, era yo quien la esperaba en el gran arco que hacía la puerta de entrada, más allá del puente. Me arrojaba al cuello de *maman*, aspiraba el aroma de su perfume de la rosa pompadour y lloraba como una Magdalena y le imploraba que no se fuera. *Maman* siempre se deshacía de mí con frialdad y decía:

—¡Qué niña tan consentida! ¡Venga, vete a casa!

Pobre mamá...

Ya hacía cuatro días que Jan no estaba en casa. Si aquella noche no volvía, me dije, al día siguiente a primera hora de la mañana iría a buscar a aquellos dos hombres



y les rogaría que me permitieran entrar a su servicio a cambio de volver a tener a mi Jan en casa.

*Monsieur Beauvisage*... ¡cómo había cambiado! Aquella noche estaba sentado en el sofá de mi casa. Me lo había encontrado en una droguería de Zizkov, donde había hecho cola para comprar jabón para la ropa y papel higiénico, básicamente para no tener que volver a casa después del trabajo a continuar con aquella espera agotadora.

En la cola, me había llamado:

—Sylva von Stamitz...

Me giré, pero no reconocí al hombre que había pronunciado aquellas palabras y me asusté.

—Sylva, soy yo, Petr, me llamaban *Monsieur Beauvisage*...

Un hombre en los huesos, con escaso pelo blanco... aquella sonrisa... sí, era Petr.

Ahora estaba sentado en el sofá de mi casa, lejos de la puerta. No había ningún otro lugar donde hablar, era peligroso, decía Petr. En un susurro, me explicó su historia de escritor perseguido que había pasado dos años en las minas de uranio.

Por eso no lo había reconocido después de nueve años.

—¿Sabes cómo lo hacen, Sylva? Hay procesos políticos uno detrás de otro, para que se vea que la lucha de clases se está intensificando. La doctrina estalinista en los últimos años también se ha convertido en la fuerza motriz de nuestro régimen. La policía secreta busca enemigos de clase allí donde puede. Ten cuidado, Sylva. La misma policía se inventa las conspiraciones de los imperialistas occidentales o de los traidores emigrantes. Así me pasó a mí. Pues bien, cuando tienen un acusado, lo trabajan bien trabajado. Sé de qué va el asunto, y también sé que sus métodos a menudo superan las torturas de la Gestapo. Nadie lo sabe, no se puede hablar de eso, sólo lo sabemos nosotros, los que lo hemos vivido. La policía necesita que el crimen sea admitido, tanto si se ha cometido como si no. Con esta finalidad les atan a los acusados un saco en la cabeza y los encadenan de pies y manos. Después los ciegan con luz eléctrica, los golpean hasta que caen desmayados, les rompen los dientes, los meten en bañeras llenas de excrementos, les aplican descargas eléctricas en las partes donde más duele, a los hombres les estrujan los testículos; a este tipo de tortura, los policías lo llaman «el berrido del ternero», o también «puré de tomate»; las víctimas investigadas tienen que pasar horas de pie, cara a la pared, o al contrario, caminar sin descanso. En ocasiones incluso hacen ejecuciones fingidas, y le dicen a la víctima que puede irse despidiendo de la vida. ¿Y después? Estos desechos humanos ya no son personas: confiesan cualquier cosa, firman lo que sea. Después estas ruinas se aprenden de memoria sus crímenes y los recitan ante el tribunal. Además les recetan drogas, de manera que las víctimas, bajo los efectos de éstas, pierden todo contacto con la realidad, y ante el tribunal, o en la radio delante de un micrófono, se exaltan con crímenes que no han cometido, a veces incluso llegan a pedir una pena mayor o la misma pena de muerte.

Comencé a clavar las uñas en el sofá, después en mi mano, hasta hacerme daño,

como si con mi dolor físico quisiera ahogar otro. Pensaba en Jan, en Andréi, en mi madre, en esos seres nobles y tan débiles... Sin duda los torturadores nunca han amado a nadie, de otro modo no podrían realizar su trabajo, pensé.

—Exageras, Petr... —dije con voz apagada.

Petr guardó silencio. Vi marcas de dolor en su rostro.

Petr miró hacia una esquina de la habitación.

—Inocentes, todos inocentes, los conozco, hay miles de inocentes —musitó—. ¿De qué pueden ser culpables? La ilegalidad se ha convertido en el símbolo del poder de los comunistas. Las culpas se las inventan ellos cuando y como les conviene. Y los afectados pierden todos sus derechos, están completamente desvalidos.

Yo sólo lo escuchaba a medias. Mis pensamientos estaban con Jan, no podía concentrarme en nada más. Confié a Petr mi angustia.

—Es fácil —cogió el teléfono.

Me explicó que en un interrogatorio se había encontrado con un antiguo compañero de clase, que ahora era un funcionario superior de la policía secreta.

—Este hombre aún no ha perdido los escrúpulos por completo; ante mí sintió vergüenza. Y como para redimirse, me dijo que lo llamara cuando tuviera algún problema... algo concreto. Casi me lo suplicó, como si se tratara de un favor; entendí que lo necesitaba a modo de indulto. Enrojeció, sudaba. Para mí no lo usaría, me resultaría repugnante. Pero por tu pequeño Jan lo llamaré, y por ti también; si ya han comenzado con él, ahora estás tú en peligro.

Por la noche, al cabo de aproximadamente dos horas, Jan regresó a casa. En el umbral chocó con Petr.

—¿Este señor es... mi padre? —preguntó tímidamente.

—Es un tío —le dije, agarrándolo con firmeza—. El tío Petr.

Antes de despedirse, Petr me invitó a la celebración de la muerte de Stalin, que se hacía en el sótano de una casa de un pequeño pueblo de los alrededores de Praga.

Le dije que no iría:

—Porque no confío en que nada cambie. No lo creo.

—Yo tampoco creo en nada. En nada en absoluto —dijo Petr, y cerró la puerta tras él.

Se fue, encorvado, escaleras abajo.

Recordé algo y corrí tras él; lo alcancé en la calle. Jan corrió detrás de mí.

—Petr —dije sin aliento—, en una época de calma es fácil tomar decisiones correctas. En una época tempestuosa, en cambio, cuesta ver claro y es fácil cometer errores de los que uno se arrepiente toda su vida. Tú no has cometido ninguno.

Y con mi hijo detrás de mí volé a mi sexto piso, feliz, porque Jan había vuelto a casa, y vivo, y porque acababa de reencontrar a Petr, también vivo, y porque Petr me había perdonado mi relación con los nazis. Y me llenaba de satisfacción el hecho de

que Petr se había quedado... así.

Jan se comió veinte croquetas de patata, aunque tenía fiebre. Siguiendo el consejo de una amiga, especialista en psicología, con la que me había puesto en contacto rápidamente, no hice ninguna pregunta a mi hijo para que olvidara aquel suceso como si fuera una pesadilla y para que no le quedara en su vida como un obstáculo traumático. Metí a Jan en la cama y, en voz baja, le conté un cuento sobre Ivan, el hijo del zar, y el pájaro de fuego. Jan durmió quince horas seguidas.

Un día, cinco o seis años después de haber perdido a Jan y de haberlo reencontrado con la ayuda de Petr, recibí una carta con sello soviético y con letra rusa en el sobre. Fue en una época en la que ya no confiaba en nada y no creía en nada.

El corazón me dio brincos, pero sólo durante un segundo. Al ojearla, me di cuenta de que aquella no era la letra de Andréi.

Me escribía un amigo suyo, un tal Semion, compañero de prisión y amigo del gulag siberiano.

Casi de inmediato, después de haber llegado a la URSS, Andréi había sido condenado a trabajos forzados.

Allí había muerto.

Semion no había visto su muerte personalmente, pero cuando abandonó el campo, Andréi, según él, estaba moribundo.

Cuando se despidieron, Andréi dijo a Semion una única frase:

—La vida humana es como la espuma que hace el agua... está vacía. Tantas décadas he habitado el río de la vida, y ahora, al final, arrojo el fardo de piel: el cuerpo. Y por última vez veo cómo desciende el círculo rojo del sol, por el oeste, tras el horizonte.

Semion no olvidaría nunca aquella frase, me decía en la carta.

La última voluntad de Andréi, sus últimas palabras dirigidas a Semion fueron éstas:

—Escribe a Sylva. Escríbele y dile que está conmigo siempre, noche y día. Y dirígete a ella, no lo olvides: «¡Mariposa azul!».

¿Tenía sentido continuar viviendo? Cada mañana, al despertarme, esta pregunta me venía a la mente y un vacío me quemaba el pecho.

¿Tenía sentido? ¿O no lo tenía?

Quizá únicamente... por mi hijo. Y por el recuerdo de Andréi, por un recuerdo como la primera estrella del cielo que oscurece.

Por el recuerdo, sí...

...Pasábamos por el puente de Carlos. Desde el cielo lluvioso, primaveral, las estatuas barrocas nos hacían gestos de saludo con la cabeza y los brazos. Entusiasmado, Andréi me explicó que había comenzado a dibujar retratos. Yo tenía treinta y tres años, caminaba con paso de danza con un joven adornado con una barba rubia, entre nosotros hacíamos balancear una bolsa con la ropa vieja, porque yo llevaba puesta la nueva. Habíamos comprado una falda ancha, roja como un coche deportivo, que me llegaba hasta media rodilla, zapatos negros con tacones altos pero cómodos, un cinturón amplísimo de piel negra, y una chaqueta oscura con una rosa roja de terciopelo en la solapa. Andréi lo pagó todo; con aquella compra agotó su beca mensual para que yo fuera como el chocolate espeso con una buena capa de nata, servido en una taza de porcelana de Meissen y adornado con un melindre que acaba de llegar directamente del horno del pastelero.

Aquel día, el viento me inflaba la falda, jugaba con ella y me descubría los muslos. En medio del puente topamos con Liza, completamente feliz y radiante, y su marido, con cara de pocos amigos porque el viento jugaba también con la falda de Liza y le descubría las rodillas, los muslos y aún más. Y Hugo, el marido de Liza, se ponía enfermo viendo lo que veía, y Andréi se dio cuenta y lo apartó un poco para entretenerlo y le explicó anécdotas, historias y chistes, para que Hugo no sufriera al ver que los hombres se iban acumulando, cada vez había más que observaban con placer aquella función insólita en la que las protagonistas eran dos faldas, una verde y otra roja, dos faldas como dos banderas que el viento hacía ondear, dos faldas bajo las que, de vez en cuando, aparecía la ropa interior de encaje, de color rosa y azul celeste, transparente, que se dejaba ver durante un segundo para ser ocultada inmediatamente por las faldas, y los que cruzaban el puente no podían pasar de largo, no podían pensar en los negocios o en el partido de fútbol de la noche anterior o en sus transacciones financieras, se giraban y se detenían para tener el placer de entrever las dos banderas, la roja y la verde, que ondeaban y destapaban dos pares de muslos de mujer joven y, a modo de guinda, su ropa interior de encaje, transparente, que sólo se dejaba ver apenas un breve instante. Y cuando nuestros maridos quisieron acercarse, constataron que el muro de personas, que el muro de hombres que los separaba de nosotras era tan denso que no lo podían franquear, de modo que se quedaron como parte del público, ellos también, los espectadores de la última fila, y contemplaron aquel milagro de la naturaleza que el viento primaveral les regalaba...

Recordé aquel día hoy, al cabo de treinta años, hoy, cuando también soplaba el viento como en aquella primavera del treinta y ocho, también era el mes de mayo, pero no había faldas para voltear porque las jóvenes de ahora llevaban unas faldas tan cortas que no había en ellas material para ondear y con el que jugar, además las minifaldas, según la moda, se ceñían tanto al cuerpo que no ondearían ni con un vendaval. Las jóvenes quedaban muy favorecidas así, sus minifaldas casi desaparecían debajo de sus larguísimas cabelleras, y en el puente de Carlos había cantantes armados con unas guitarras de color naranja, se apoyaban en las estatuas

negras, cada uno de los cantantes era también poeta, y todos eran hermosos y tenían unos cuerpos bien formados, y todos tenían talento y escribían versos líricos y cantaban versos épicos, el viento jugaba con sus melenas y ellos ofrecían a los viandantes todo lo que poseían, su sonrisa, su belleza y sus ilusiones, les regalaban sus poemas cantados y acompañados con la guitarra de color naranja y sonreían a los que pasaban de largo, todos cantaban la canción y el poema que habían compuesto y que habían acompañado con la música que les pedía su estado de ánimo, porque querían dar vida a una idea... la idea de que tenían que abrirse de par en par puertas y ventanas para que en el edificio de nuestro país pudieran correr algunas ráfagas de aire fresco, primaveral, libre y juguetón, como aquel aire que, hacía treinta años, jugaba con mi falda roja y con la falda verde de Liza, descubriendo, de vez en cuando, nuestros muslos desnudos y nuestra ropa interior de encaje, aquel mismo viento ahora soplaba y jugaba con el pelo de los jóvenes de las guitarras y con las melenas perfumadas de las jóvenes, preciosas todas, que paseaban por el puente con la sonrisa en los labios, la sonrisa que dedicaban a los jóvenes de las guitarras, apoyados en las estatuas negras, y todas aquellas jóvenes hermosas se apresuraban para llegar a tiempo de firmar alguna de las muchas, muchísimas peticiones que llenaban Praga, estaban en cada esquina, en cada plaza, en cada portal de un edificio importante y en todos los puentes; era primavera, la primavera de Praga, y el viento la arrastraba y esparcía por todas las ciudades periféricas, todos los pueblos y todos los campos de nuestro país... y yo me dirigía a la biblioteca donde trabajaba, era mi trabajo, pero allí me encontraba como si estuviera en casa, y yo también llevaba una hoja de papel con una petición para ofrecerla a los lectores para que la firmaran si les parecía interesante, y para que el viento fresco de la primavera, aquel viento juguetón que todos nosotros invitábamos, penetrara hasta nuestra biblioteca...

Semion me hizo saber más y más detalles de la vida de Andréi tras su llegada a la URSS. Me escribió algunas anécdotas en las cartas que, evidentemente, tenían que haber pasado por la censura. Pero no conocí toda su historia hasta que no me encontré con Semion personalmente en Moscú. Jan y yo habíamos aprovechado las reformas de la década de los sesenta para emprender el viaje que nos aproximara al rastro de Andréi y a su destino.

Tan pronto como el tren llegó a la estación de Moscú, Andréi fue detenido junto a todos los demás emigrantes que regresaban a su país de origen después de aceptar la oferta de la embajada soviética. Los alojaron en unas barracas provisionales. Al cabo de algunos días se llevaron a Andréi a un interrogatorio, con los ojos vendados.

Cuando le quitaron la venda de los ojos, Andréi se encontró en un despacho tapizado y lujoso. Lo recibió un hombre joven. Se presentó:

—Soy Nikolái Braguin, especialista en arte y literatura, empleado de la KGB.

Cuando vio dónde se encontraba, Andréi sintió que el mundo se le venía encima.

Semion nos repitió la narración que le había hecho Andréi.

—No se asuste, señor Polonski, ¿por qué se asusta de este modo? Deje de temblar, no estoy aquí para perseguir espías. He acabado los estudios en la facultad de Filosofía, y ahora no intento hacer nada más que conversar con usted en un ambiente amistoso, distendido, y comprender qué querría hacer usted en la nueva vida que ahora comienza.

Andréi no dijo nada. Le costaba controlar sus temblores y temió tener un ataque.

—¿Cómo se imagina su trabajo dentro de nuestra patria soviética?

Andréi desplegó algunos de sus lienzos ante aquel hombre. Farfulló algo en el sentido de que tenía la intención de continuar en la misma dirección que hasta entonces, y desarrollarla; confiaba en que pronto podría organizar una exposición individual en Moscú, como acostumbraba a hacer en Praga, e incluso podría enseñar su arte en la Academia de Bellas Artes.

Braguin observó las pinturas fríamente.

—No, con esto no iremos a ninguna parte. Nuestro país no necesita este tipo de arte.

—¿Por qué no? Quiero continuar con lo que me han enseñado los grandes artistas rusos: Chagall, Tatlin, Goncharova, Kandinski, Malevich.

—Todos esos pintores representan el arte occidental decadente.

—¿Occidental? Todos los que he citado surgen de las más profundas tradiciones rusas.

—Se han inspirado en Occidente, burgués y depravado. Muchos de ellos acabaron exiliándose.

—Perdone, pero se equivoca, señor Braguin. Todos esos artistas buscaban las raíces en la espiritualidad rusa.

—Así era antes de la revolución. Era una tradición impropia del alma rusa, impuesta desde el siglo XVIII por los artistas franceses y alemanes a los que los zares occidentalizados invitaban a Rusia para que engordaran con el sudor de nuestros campesinos. Nosotros, por suerte, hemos acabado con esa tradición.

—Sólo hay una tradición cultural, señor Braguin, y no se puede cambiar por otra.

—Sí, se puede. Nosotros hemos transfigurado, casi diría que hemos regenerado la tradición burguesa y aristocrática, y hemos sustituido la tradición de los poetas malditos, borrachos y drogadictos, por el espíritu de un pueblo trabajador.

—La revolución rusa inspiró a Tatlin y Malevich para hacer una obra nueva, revolucionaria.

—Lo que está diciendo es divergencia ideológica dirigida contra el pueblo soviético.

—Lo que estoy diciendo sólo es una cosa: que puesto que soy una persona que se dedica a la creación, necesito libertad.

—Si con su arte celebra la libertad, la fe y el progreso que reinan en la Unión Soviética, entonces nos podemos poner de acuerdo.

—Hablo de libertad, no de ideología. Para un artista la libertad es el aire que respira, la *conditio sine qua non*, sin la libertad no puede crear nada.

—Usted y yo no coincidimos del todo. Personalmente estoy convencido de que un artista no debe tener plena libertad.

—Pero si no la tiene, ¿cómo ha de desarrollarse libremente?

—Un artista no ha de tener plena libertad —dijo Braguin firmemente— porque un artista existe para servir a la patria, como cualquier otro trabajador; su esfuerzo ha de ir encaminado a hacer más grande aún la Unión Soviética.

—Lo que me ofrece ahora es que me ponga al servicio del poder.

—¿Del poder? No. De la patria. Y de la idea del comunismo que estamos construyendo.

—Es decir del poder. Las palabras *patria* y *construcción* son eufemismos para decir «poder». Me está ofreciendo aquí un cuchillo de carnicero, largo y afilado, metido en una hermosa funda hecha de piel fina y decorada con diamantes.

—Sus metáforas poéticas están aquí fuera de lugar. Lo único que puedo hacer es repetirle que el mayor éxito que ha conseguido nuestra patria es precisamente la libertad y la igualdad entre todos los que vivimos en ella. Y no permitiremos que nos las arrebaten de las manos.

—¿Libertad? ¿Igualdad? Las prisiones soviéticas y los campos de trabajos forzados están llenos hasta los topes de presos políticos.

—A las prisiones y los campos han ido a parar aquellas personas que obstaculizaban y aún obstaculizan la creación de una sociedad verdaderamente libre e igualitaria.

—La libertad significa, antes de nada, libertad de decisión. Y eso, en este país, no es posible. Usted y los suyos lo deciden todo para todos.

—¿Por qué ha vuelto, entonces? —inquirió Braguin en voz baja.

—¿Por qué? Para enriquecer a mi país.

—No, usted ha venido para molestar, para ser un obstáculo, un estorbo. Para destruir lo que nosotros estamos construyendo: nuestra libertad, una libertad con límites.

—Una libertad con límites es una prisión.

—Diga lo que quiera, pero es una libertad hecha a la medida del hombre. El hombre no soporta más de lo que le dan.

—Subestima al hombre.

—Al contrario. Nosotros comprendemos al hombre. Usted no lo entiende en absoluto, porque vive en una torre de marfil, como todos los artistas, de hecho.

—No sé si comprendo a la gente mejor o peor que cualquier otra persona, pero a pesar de todo tengo confianza en la gente. En cambio, usted...

—No es suficiente con la confianza. Usted, señor Polonski, en el fondo no quiere al hombre, por eso lo quiere martirizar ofreciéndole algo que el hombre es incapaz de comprender, algo que lo supera y, en definitiva, que le hace daño.

—Si alguien hace daño a alguien son ustedes, la KGB...

—Nosotros castigamos y expulsamos a aquellos que nos estorban a la hora de llevar a cabo nuestro objetivo.

—¿Qué objetivo?

—El de vencer, el de tener el poder firmemente en las manos, y desde la postura de la autoridad esparcir la felicidad. El de vencer, ya lo hemos conseguido. El de tener el poder en las manos, también. Ahora sólo hace falta, desde la posición de la autoridad, dar al hombre lo que necesita e imponerle los límites allí donde sea necesario. Por su propio bien.

—¿Sabe a quién me recuerda, señor Braguin? Es paradójico, pero sus opiniones se parecen mucho a las que proclama el Gran Inquisidor, aquel prototipo de gobernador autoritario que Dostoievski describió en *Los hermanos Karamazov*.

—¿Paradójico? ¿Por qué? Cualquier gobernador de verdad sabe que, si quiere mantener la autoridad, tiene que ofrecer algo al pueblo. Los emperadores romanos ofrecían a sus súbditos pan y circo, la Iglesia católica un poco más: milagro, enigma y autoridad. La Iglesia católica tenía razón, es exactamente eso lo que el pueblo necesita, y nosotros se lo daremos según el modelo de la Iglesia.

—¿Según el modelo de la Iglesia católica?

—Hay que ofrecer a los hombres una visión del mundo clara y única que sea para ellos un referente sólido en su vida. Y esto la Iglesia lo ha sabido hacer durante milenios. Y cuando fue necesario, utilizó la Inquisición para afirmarse.

—Pero... ¡si su lucha va dirigida contra la Iglesia! ¡Ustedes reprimen y represalian a la Iglesia tanto o más que al enemigo de clase!

—No me interrumpa. Hemos ofrecido al pueblo el milagro de la electricidad, el milagro del armamento —gracias a él pronto nos convertiremos en una superpotencia mundial— y muy pronto daremos al pueblo el milagro de los vuelos interplanetarios; este país será el primero en sobrevolar el cosmos, se lo prometo.

—En detrimento del pan del que hablaban los romanos.

—En eso, los romanos no tenían razón. El pueblo necesita el milagro más que el pan.

—¿Y en lo que respecta al enigma?

—Nuestros representantes son enigmáticos. El camarada Stalin es inaccesible y al mismo tiempo resulta omnipresente, sus fotografías aparecen en todos los periódicos, su imagen decora todas las plazas y todas las oficinas. Y el día 1 de mayo la gente se lo encuentra elevado bien alto en la tribuna, junto al cielo.

—Y tenemos el tercer don, la autoridad. No me haga creer, señor Braguin, que esto también hace que la gente sea feliz.

—Lo hace más que cualquier otro de los dones. El pueblo necesita por una parte un hombre fuerte al que someterse, por otra, una autoridad moral, o una conciencia moral si quiere, que liberará al pueblo de su propia conciencia. De todo esto la Iglesia también sabía.



—La verdadera autoridad es la autoridad moral, justamente. Pero no estoy de acuerdo con su opinión: cada uno tiene que buscar la autoridad en su interior, y perfeccionarla.

—Usted es un típico intelectual, señor Polonski. ¿Cuánta gente es capaz de hacerlo? Yo le hablo de las masas y de su bien. El pueblo necesita un dios, y nosotros se lo ofrecemos.

—¿Y si su hombre de las masas un día deja de creer en su dios? No me diga que eso no puede pasar. Creo que eso es incluso probable, más aún, ¡es seguro!

—No. Si una persona necesita algo en lo que basar su existencia, se aferra a ello con todas sus fuerzas y deja de hacer preguntas.

—En ciertas condiciones, las masas pueden desligarse de sus ídolos. E incluso pueden odiarlos. Hasta el más intocable de los dioses puede acabar pisoteado por el suelo. ¿Por qué el hombre de las masas no habría de sentir hostilidad contra su presidente? Si martiriza al pueblo, Stalin le demuestra que no es mejor que él, sino que es igual, o peor.

—Usted es un típico intelectual, señor Polonski, se lo repito. Su noble ética interior es para unos cuantos elegidos; en cambio, ¡yo hablo del pueblo! ¡Nosotros construimos el paraíso para todo el mundo! —y dijo en voz baja—: Entre en nuestras filas, señor Polonski. Nosotros sabemos favorecer a la gente que nos sirve.

Andréi olvidó en parte dónde se encontraba y después de tantos años le fue tomando el gusto a conversar con alguien en su lengua materna sobre un tema que le interesaba. Por eso no se dio cuenta de que, hacía ya un buen rato, Braguin había comenzado a perder la paciencia.

—De modo que usted afirma, señor Braguin, que hay dos posibilidades: o la libertad sin felicidad, o la felicidad sin libertad, tal como lo creía el Gran Inquisidor. ¿Es así?

—Algo parecido, sí —dijo irritado Braguin. Volvió a mirar a Andréi como un juez, en un interrogatorio, juzga al detenido.

Andréi, que mientras tanto se había relajado, se puso a cantar con una alegre ironía una canción de las juventudes comunistas soviéticas:

*De todos los países que me vienen a la cabeza,  
sólo en éste se respira libremente.*

En aquel instante Braguin se puso severo; su metamorfosis de hombre en burócrata fue absoluta; únicamente los mimos del teatro saben cambiar de expresión tan rápidamente.

Dijo:

—Este tema es demasiado serio para bromear con él.

Y añadió de una manera oficial, como si ante él se desplegara todo un auditorio lleno de camaradas:

—Hay demasiados elementos enemigos que amenazan nuestra patria como para poder relajarnos y dejar de tener mano de hierro sobre la educación de nuestro pueblo soviético.

En ese momento Andréi comprendió que cualquier discusión posterior era inútil. Se dio cuenta de que los burócratas comunistas temían la ironía más que cualquier otra cosa, porque no la entendían. Aun sabiendo que ahora ya tenía pocas esperanzas de éxito, hizo un último intento:

—Sin embargo, me gustaría trabajar en el campo que domino y en el que he adquirido un nivel aceptable como para que mis colegas me aprecien. Estoy seguro de que de este modo podría ayudar a nuestro país.

Braguin se levantó y dijo secamente:

—Ésta es su patria. Pero tenga en cuenta, se lo ruego, que nuestra entrevista se ha acabado.

La amabilidad inicial de Braguin había desaparecido por completo.

—Lo mejor será, quizá, que coja el primer tren y regrese a Praga —dijo Andréi, pensativo e intentando superar el temblor interno.

—Usted ha regresado del exilio y no se le permite ningún viaje. Usted es ciudadano de la Unión Soviética y sus leyes son válidas para usted. Y según estas leyes a nadie se le permite viajar sin la aprobación de las autoridades soviéticas.

Mientras Braguin lo acompañaba a través de la sala alargada hacia la puerta, el temblor de los músculos faciales de Andréi se hacía cada vez más evidente. Al llegar al umbral, antes de que le volvieran a colocar la venda en los ojos, Andréi miró a Braguin fijamente. El funcionario soportó su mirada con frialdad y añadió:

—Lo que pase con usted a partir de ahora ya no es cosa de mi competencia.

Mirándolo fijamente, Andréi preguntó en voz baja:

—Dígame algo: ¿por qué hace este trabajo?

Braguin no se inmutó y respondió con firmeza:

—Soy un militante del Partido Comunista y sigo a nuestro líder. No hay honor más alto para un soviético.

Al día siguiente llevaron a Andréi ante el juez de instrucción de la KGB. Cuando le quitaron la venda de los ojos, el juez dejó escapar de manera sombría:

—Pase, Polonski.

Puso cara de mayor amargura aún y continuó:

—Lo tenemos todo claro. Usted ha venido aquí para hacer divergencia ideológica. Andréi comprendió que el informe de Braguin lo había puesto definitivamente entre los enemigos de la patria.

El juez de la KGB dijo:

—Sabemos perfectamente quién es usted: el servicio de espionaje checo lo ha enviado con el objeto de llevar a cabo una labor de espionaje en contra de nuestra

patria soviética. Aquí tiene una hoja de papel y una pluma. Escriba su confirmación.

Andréi tembló visiblemente:

—¿Yo, un espía? ¡Es una equivocación!

—Sólo hay algo que puede aligerar el castigo por haber participado en el espionaje contra nosotros: una confesión y los nombres de los que le han enviado aquí.

Andréi no dejaba de temblar, perdió el control sobre sí mismo.

—¡Pero qué dice! ¡Qué barbaridad! ¡Yo soy un pintor! —gritaba con impotencia.

—Escriba su confesión.

Andréi fue subiendo de tono a medida que comprendía que estaba atado de pies y manos.

—¡Tonterías! ¡Qué estupidez! Yo pinto, ¡nada más!

—¿Así que se niega a escribir su confesión?

—Naturalmente, ¡me niego! ¿Qué quiere que confiese?

—Entonces... haremos servir otros métodos. Ésta es su elección.

A pesar del estado en el que se encontraba Andréi, a punto de sufrir un ataque, se dio cuenta aún de que aquéllas eran las mismas palabras que, el día anterior, le había dicho a Braguin.

El funcionario de la KGB añadió con voz metálica:

—Acaba de firmar su propia condena.

¿Cómo pudiste evitar sufrir un ataque ante aquella gente, Andréi? Tú, que tenías un ataque siempre que te ordenaban o te obligaban a hacer algo contra tu voluntad. Así era siempre, desde los tiempos de la revolución y de tu servicio en el Ejército Rojo. ¿Cómo pudiste dominarte ante aquellos verdugos de la KGB?

Te proyectaste tu propia película. Miraste a los asesinos con tu mirada interior, que tenía el poder de transformar las cosas. Semion me lo explicó: los viste como a unos sacerdotes con las manos manchadas de sangre, que oficiaban en una ceremonia fríamente espeluznante, unos sacerdotes que ofrecían sacrificios a su dios sanguinario. Había sido así desde tiempos inmemoriales. Viste hombres vestidos de negro con rostros sombríos. Todos tenían la misma expresión, todos utilizaban palabras idénticas, frases idénticas. Se movían en las salas y los pasillos de aquel Palacio del Terror, sede de su culto sanguinario. En los pasillos no los viste porque te conducían con los ojos vendados, pero los percibías con tu visión interior... en aquel palacio que transforma a hombres vivos en condenados a muerte, como había pasado tantas veces en la historia de los hombres, cuando unos imponen sobre otros una verdad única y, si hace falta, los condenan a muerte.

A muerte: porque el gulag significaba una muerte casi segura.

Semion, también pintor, me contó la historia de Andréi, aunque sabía que una conversación así era peligrosa tanto para quien hablaba como para quien lo escuchaba.

Ambos pintores pasaron diez años juntos en el mismo campo de concentración de trabajos forzados en Siberia. Diez años; Semion por ser judío: lo acusaron de cosmopolita. A Andréi lo condenaron, según dijeron, por haber pertenecido durante veinte años a los servicios de espionaje de una potencia enemiga.

Durante diez años Andréi y Semion fueron tirando y se ayudaron el uno al otro más con la amistad que con los pobres medios de los que disponían. Cuando, durante el primer invierno después de su llegada, Andréi cogió una pulmonía, Semion, ayudado por los demás presos, lo cargó en un trineo y lo cubrió con una capa espesa de ramas de abeto; así evitó su muerte segura.

—Y otra cosa, señora Sylva —me dijo Semion en voz baja—. En el fondo, lo que salvaba a Andréi eran sus visiones de las visitas de la Antigüedad, sus alucinaciones sobre la llegada del gobernador sumerio, Gudea.

Animé a Semion a que me lo contara brevemente.

—Gudea me sale al encuentro, me susurró Andréi una noche en la que ya todos los prisioneros dormían —contó Semion—. Sonreía a su interlocutor, se entusiasmaba con él. Yo lo observé: era evidente que aquella conversación había aportado a Andréi algo nuevo, quizá esencial, algún pensamiento de importancia vital; alguna revelación, posiblemente una verdad profunda. Al día siguiente, Andréi se despertó animado y rejuvenecido. Así fue, señora Sylva: de día Andréi sufría como todos nosotros, pero a diferencia de nosotros él tenía su vida interior nocturna en la que se refugiaba.

Aun así, su salud, al final, se vio afectada y, cuando ya no pudo resistir más, sucumbió a la extenuación y las enfermedades.

Diez años en el gulag: la salud de Andréi no lo pudo soportar, murió en el año 1955; tenía cincuenta y seis años. En aquella época, dos años después de la muerte de Stalin, rehabilitaron a Semion por haber sido injustamente encarcelado; Semion abandonó el campo de trabajo. Lo enviaron a vivir a una pequeña ciudad en Siberia. En el año 1957 lo dejaron marchar también de allí, y él regresó a Moscú. Entonces comenzó a buscar a la amiga de Andréi, Sylva, para darle noticia de la muerte de Andréi y transmitirle el último mensaje de éste:

«Las ambiciones de toda una vida, junto con una infinidad de asuntos mundanos: lo arrojo todo, con un gesto de mi mano, al espejo transparente de un largo río siberiano».

Y algunas palabras a modo de firma:

«Me has acompañado en este mundo, me acompañarás también en el otro, mariposa azul».

La inauguración de una exposición de Semion. Moscú. Para aquella ocasión me puse mi mejor vestido: blanco perla, de punto, con la falda que me llegaba justo por encima de la rodilla. A mis sesenta y pocos años —hablo de 1967— aún tenía la melena rubia como cuando era joven, sólo unos cuantos hilos blancos la aclaraban un poco más. La llevaba suelta; me llegaba hasta los hombros.

Semion me cogió del brazo para presentarme como una invitada muy apreciada del extranjero. Jan caminaba a mi derecha.

Jan... Todavía en Praga insistía en que quería acompañarme a Moscú para buscar a su padre. Conseguir el visado para visitar la URSS no era nada fácil; no me lo concedieron hasta después de muchos años de idas y venidas al consulado soviético. Y si me lo concedieron fue con una larga lista de condiciones: no ver ni hablar con nadie, aparte de la persona que me había invitado, fue una de ellas.

Jan, en aquella época, había acabado la universidad; las autoridades políticas no le habían permitido ingresar en la Academia de Música a causa del origen de sus antepasados. De la teoría musical y el solfeo a las matemáticas sólo hay un paso, dijo Jan; después de las matemáticas había pasado a la cibernética. A continuación, había conseguido el primer trabajo en un instituto de investigación científica, y durante sus primeras vacaciones, que cogió a principios del invierno, deseó conocer el país donde había nacido su padre. «Y donde murió», estuve a punto de decir. Pero guardé silencio.

Aún en Praga, Jan insistió en que lo fuera a ver a su trabajo; estaba muy orgulloso. Aquél era su primer año profesional.

Entré en el instituto científico donde Jan trabajaba. La mayoría de las mesas estaban vacías. Los hombres, después de lanzarme un vistazo indiferente, habían vuelto a inclinar la cabeza sobre su trabajo. Jan me explicó que, justo antes de mi llegada, una de las científicas, Hana, había irrumpido en la sala anunciando a todos los presentes que, en la Casa de la Moda, habían recibido abrigos de piel artificial. Si iban corriendo, quizá con suerte aún conseguirían algunos. Una oportunidad así, ¡abrigos de piel!, exclamó Hana. ¡Pasa tan pocas veces! Inmediatamente, ocho científicas se habían lanzado a la persecución de los abrigos.

Jan me acompañó en un recorrido por el instituto cuando las ocho científicas ya habían regresado de su caza. Intentaba presentarme a sus colegas, pero ninguna de las mujeres prestaba atención, y una de ellas le había gritado: «¡Eres tonto! No ves que ahora estamos ocupadas!», mientras se abalanzaba con el resto de mujeres sobre su presa, aquellos paquetes enormes, como un cazador cuando consigue cazar un jabalí muy grande. Siete mujeres desarrollaron siete paquetes como aves de rapiña, el papel de embalar volaba en todas las direcciones de la sala, y al final sacaron de las

cajas su botín. Siete mujeres no tenían ojos más que para mirar los siete abrigos de piel claramente artificial, los hacían ondear en el aire, de modo que sobre los escritorios del instituto científico flotaron siete abrigos decorados con una capucha, todos blancos, no de color sal y pimienta ni blanco roto o blanco marfil, no: los abrigos eran blancos como la leche acabada de ordeñar, blancos como las paredes de un hospital o como el vestido de una novia. La señora que hacía el número ocho, Květa, no había tenido suerte, sólo quedaban siete abrigos blancos de piel. Siete señoras maduras de talla grande se probaron los abrigos blancos de piel artificial, unas alzaban el cuello a las otras o centraban la capucha, se anudaban y se desanudaban el gancho del cuello.

—Květa, ¿no me queda demasiado justo? —preguntó una señora entrada en carnes, y con un peinado fijado con laca, a la señora Květa, que estaba de pie con los brazos en jarras y que, con una envidia bien intencionada, admiraba a sus colegas más listas y afortunadas.

—¿Justo? ¡Venga! Estás perfecta. ¡Te viene como anillo al dedo! ¡Pareces una colegiala!

—Květa, estoy hecha un lío. ¿No soy demasiado vieja para llevar un abrigo blanco? Ya sabes, no había ningún otro color...

—¡Déjate de historias! ¡No seas tonta! Este color blanco como la nieve te favorece. ¡Con este abrigo pareces Blancanieves!

—¡Llevaré botas blancas, para ir toda de conjunto! —decidió la señora del peinado fijado con laca.

Siete mujeres con abrigos blancos, siete Blancanieves, giraban entre los escritorios del instituto científico de Praga, siete Blancanieves sin ningún enano se tocaban, se daban golpes y se observaban de lejos y de cerca, siete Blancanieves tomaban decisiones sobre cuándo y dónde llevarían el abrigo nuevo y a quién sorprenderían con su nuevo aspecto.

Cuando me marché, siete Blancanieves ondearon las mangas blancas y amplias de sus abrigos en señal de despedida.

¿En qué pensaba antes de que las Blancanieves me hicieran perder el hilo? Ah, sí, en Moscú, en la inauguración de la exposición de Semion. Me puse mi mejor vestido y me cepillé escrupulosamente el pelo suelto.

Sin embargo, el camino hacia la inauguración resultó complicado. Con los zapatos de tacón alto que me había puesto pisaba el barro y me hundía a cada paso. Al ver que en más de una ocasión estuve a punto de caer de bruces en el fango, Jan y Semion me ayudaron a caminar. La periferia de Moscú no está pavimentada, dijo Semion en voz baja. Los coches aparcados ante los bloques de casas uniformes estaban envueltos en papel de periódico y plástico.

Semion me regaló un ramo de crisantemos blancos; con uno de ellos decoré mi

vestido. Durante todo el camino, Jan no dejaba de observarme con mirada inquisitiva. Y es que aquella tarde la había pasado con Semion y no había permitido a Jan que nos acompañara. Esperaba que Semion me diera detalles de la vida de Andréi, además del nombre de sus verdugos. No quería que Jan supiera aquellos nombres; tenía miedo de que intentara vengarse y que, de este modo, estropeará su vida. Como Andréi había estropeado la suya. No: era yo la única responsable.

—Mamá —Jan interrumpió mis pensamientos de camino hacia la inauguración de Semion—, ¿has sabido algún detalle sobre la vida de mi padre? ¿Dónde está, en qué campo de trabajo?

Guardé silencio.

Jan lo comprendió. Probablemente, en el fondo, no esperaba nada más.

—¿Y sabes —profirió Jan con un hilo de voz— los nombres de las personas que enviaron a papá a Siberia?

—No. Supongo que no hay manera de saberlo.

Jan aceptó en silencio mi mentira, aun sabiendo que no le había dicho la verdad. Respetó mi deseo de no revelar los nombres y no insistió más.

Semion caminaba a nuestro lado. Tuve la impresión de que no escuchaba, que no comprendía el checo ni nuestra manera de hablar. Iba murmurando alguna melodía.

Me cogió del brazo para introducirme en la sala y presentarme a la gente como una invitada del extranjero. Jan caminaba a mi derecha, quizá a medio paso por detrás de mí. Esperaba una sala de exposiciones blanca, espaciosa, resplandeciente de luz, tal como las conocía en Praga. En cambio, aquello era un cuchitril, un taller o un garaje en un bloque de pisos de la periferia convertido en sala para aquella noche. Apenas un par de bombillas débiles y parpadeantes iluminaban aquel antro. Los presentes recibieron nuestra entrada con aplausos. En aquel momento me volví a sentir joven, como cuando tenía veinte años y en las recepciones en el Castillo de Praga y en París deslumbraba a los hombres y conversaba con los ministros, los diplomáticos y el mismo presidente Masaryk.

Cuando me repuse del primer deslumbramiento, me di cuenta de que, en realidad, había ido a parar a una fiesta completamente diferente de la que había previsto. Las observaciones sobre la vejez que Baudelaire había hecho en el París de su época eran demasiado frívolas para describir el espectáculo que entonces me rodeaba. Lo que tenía a mi alrededor eran ruinas humanas. Hombres y mujeres con rostros pálidos y amarillentos, donde faltaba un ojo, o los dientes, o una oreja, y casi siempre el pelo; una red espesa de arrugas, cicatrices, marcas y estigmas estaba grabada en aquellas caras donde el sufrimiento extremo había expulsado para siempre la ilusión y el deseo, es decir, la vida; viejas criaturas con un bastón o dos, con muletas, sin una mano o un brazo o una pierna, con la nariz rota, con el vientre protuberante, con uno o dos muñones, con los hombros caídos hacia delante, con una joroba.

Eché una ojeada a los cuadros expuestos: era obra gráfica y dibujos a lápiz y tinta china; en ellos se reflejaba lo mismo que en la sala: sombras medrosas que se

arrastraban junto a una valla de alambre espinoso.

—Semion, ¡qué horror! —dejé escapar de manera incontrolada.

—No. Es mi vida. Esto es lo que yo he visto en mi vida. Un artista dibuja lo que ha visto.

—Semion, dígame algo, ¿Andréi también dibujaba este tipo de... —estaba a punto de decir cadáveres, pero me corregí a tiempo— personas?

—¿Andréi? Dibujaba siempre, aunque estaba estrictamente prohibido, se arriesgaba mucho dibujando. Al principio sus temas eran pájaros de fuego, ninfas y princesas que montaban lobos grises y héroes que luchaban con un dragón; a menudo dibujaba las más dulces criaturas que se sentían atraídas por monstruos y seres salvajes, no sé por qué. Y también trazaba ciervos, ardillas, osos, mariposas y ranas, árboles, arbustos, nubes y montañas. Repartía los dibujos entre los prisioneros, que los escondían entre las mantas; aquélla era una de las pocas alegrías que teníamos. Eso fue al principio. Después... después Andréi también se hizo más indiferente, desganado; bien mirado, cada vez le faltaban más las fuerzas. Se concentraba en poder controlar sus ataques, pero a menudo no lo conseguía. Sólo durante las noches se reanimaba, vivía en su sueño sobre el sabio de la Antigüedad que lo venía a visitar. A veces pronunciaba su nombre o, medio dormido, repetía frases extrañas que sonaban como poemas.

—¿Se han conservado algunos de sus dibujos? —pregunté esperanzada—. ¿Sería posible comprarlos en algún lugar, o a alguien?

—¿Conservados... adquirirlos...? No entiendo su pregunta —dijo Semion desorientado.

Me di cuenta de que, cuando nos horrorizamos de algo, decimos en voz alta frases banales, como si su superficialidad nos pudiera salvar de la caída al abismo que nos estremece.

—Perdone, me parece que no he acabado de comprender del todo la situación.

—Tiene suerte de que así sea. Nadie de los que entonces estaban entre nosotros la entiende.

Pensé que para acabar de comprender una situación realmente a fondo, sobre todo si se trata de alguna tragedia, es necesario que uno se encuentre personalmente en ella y la experimente en su propia piel. De lo contrario, se es propenso a llegar a conclusiones superficiales, por desconocimiento. Del mismo modo que, cuando uno oye hablar de infortunios ajenos, sólo puede sentir un horror verdadero si se imagina a un ser querido y próximo, o a sí mismo, en aquella situación.

En este punto, Semion se giró hacia una mujer prematuramente envejecida, con los ojos rojos y la piel gris, que se había acercado para saludarlo.

Busqué a Jan con la mirada. Un anciano con el pelo blanco había dejado caer su bastón, Jan lo recogió del suelo y se lo alargó al anciano con una sonrisa. El anciano —parecía Tiresias, el profeta ciego de la mitología griega— lo observó fijamente con los ojos llenos de tristeza, como si, desde una tumba tenebrosa, hubiera entrevisto un



rayo de sol. A mí también, un momento antes, me había espiado de aquella manera; había sentido sus ojos en la cara. Al darse cuenta de mi mirada, el anciano bajó las pestañas blancas y, apoyándose en su bastón, se giró hacia la pared para examinar las obras allí expuestas.

Semion nos invitó, a Jan y a mí, a que nos acercáramos a la mesa donde había dos botellas solitarias de vodka. Jan y yo recordamos las inauguraciones que se hacían en Praga, con vino tinto y blanco, con las mesas llenas de canapés multicolores y pastas de té.

—Semion, siendo un gran artista como es, ¿por qué no expone en las galerías del centro de Moscú?

Me miró como si le hablara en el dialecto de los montañeses del norte de China sobre la mejor manera de ordeñar el ganado.

—¿En las galerías? ¿Yo? ¡Pero si allí sólo pueden exponer los favorecidos por el partido! ¡Yo soy un marginado, señora Sylva! ¡Soy judío, y por añadidura un antiguo preso político!

¡Cómo podía haber preguntado tal disparate! Estaba molesta conmigo misma y puse una cara muy seria. Pero una copa de vodka me incitó a hacerle más preguntas.

—Semion, ¿por qué no hay jóvenes en su recepción, por qué no hay nadie que no parezca acabado de llegar del infierno a hacer una breve visita a la tierra para, a continuación, volver allí de donde ha venido?

—Como respuesta le contaré una historia. A mi regreso de Siberia me separé de mi mujer. Sí, la abandoné, aunque ella me había esperado con lealtad durante todos aquellos años.

—¡Es terrible! No entiendo nada; ¿cómo puede ser? ¡Explíquemelo!

—Al regresar, yo había cambiado; había cambiado hasta en las raíces. La vida corriente con sus alegrías cotidianas ya no me decía nada. No lo puedo explicar, hay que vivirlo. Mi mujer y yo nos esforzamos en que todo volviera a ser como antes. Pero vivíamos el uno al lado del otro como dos sordomudos. Lo mismo pasaba con mis hijos; mis hijos me resultaban lejanos e incomprensibles, eran como dos extraños de un país cuya lengua desconocía. No los veo casi nunca, como máximo un par de veces al año, en la celebración de sus cumpleaños. Para mí, mis hijos y mi mujer son superfluos y me resultan indiferentes. No lo puedo expresar mejor. Como mucho, dibujando me aproximo un poco a la verdad. A mi verdad.

—En sus dibujos hay seres del infierno, como le he dicho.

—Señora Sylva: un hombre que ha estado en el gulag —o en un campo de concentración nazi, es lo mismo— acaba siendo incapaz, ya no digo de tener amigos, sino de entenderse con otras personas que no tengan su experiencia. Una opción es... suicidarse, como lo han hecho unos cuantos de los nuestros. Para nosotros la vida existe sólo entre aquellos que han vivido lo mismo, que viven entre sus allegados como unos seres extraños e incomprensibles. Un hombre que ha sobrevivido al gulag o a otra manera de intento de exterminio del hombre por el hombre queda herido para

siempre. El mundo que nos envuelve es un exilio para nosotros. Eso nos humilla; somos unos permanentes humillados. Y la humillación es tan dolorosa como la tortura física a la hora de un interrogatorio, en la prisión o en un campo de concentración, sólo que es otro tipo de dolor. Somos exiliados por segunda vez, ahora somos unos exiliados en libertad.

Se calló. Y yo también. Y una vez más aquel Tiresias con su bastón giró hacia nosotros sus ojos de ciego vidente. Respiraba rápidamente, con excitación, como si quisiera decir algo y no pudiera. En sus ojos se erguía el dolor. Al tropezar con mi mirada bajó las pestañas blancas.

De camino hacia el hotel permanecimos callados, tanto Jan como yo.

Durante el viaje de regreso a Praga, en el avión, Jan no estaba tampoco con ánimo hablador. Miraba fijamente los objetos sin verlos. Él no podía saber hasta qué punto le agradecí su silencio.

Durante el viaje de regreso a Praga me pareció oír cómo, hacía más de veinte años en la estación de Praga, a través del estruendo de las ruedas del tren en movimiento, a través de las llamas de los gritos femeninos, tú, Andréi, susurraste, sencilla y confiadamente:

—¡Mariposa azul!

—Señores, aquí tienen los tres kebabs, uno con patatas fritas, dos con arroz *pilaf*. ¡Enseguida traigo el vino! —cantó el camarero con un fuerte acento extranjero ante nuestra mesa. Tenía suficiente experiencia como para poner los platos con arroz delante de los adultos y el de patatas fritas delante del niño.

Yo había elegido aquel restaurante persa en Nueva York para nuestra celebración privada. Aquella tarde habíamos ido a ver *Hamlet*, en una adaptación para marionetas. Nuestro hijo, Petr, que aquel día cumplía nueve años, devoró el espectáculo desde muy cerca, sentado en una esquina del escenario entre otros niños. Su madre, Katia, estaba sentada en la platea sin haberse quitado ni siquiera el abrigo de piel deseado que yo le había regalado recientemente con motivo de sus treinta y siete años.

Petr... ¿Te suena este nombre, mamá? ¿Recuerdas a la persona que se llamaba así? Sólo lamento que no hubiera nacido mientras aún vivías. Le puse el nombre de tu amigo, aquel señor que, hace medio siglo, me tranquilizó después de que la policía me dejara marchar. «Petr», le dijiste entonces, «en una época de calma es fácil tomar decisiones correctas. En una época tempestuosa, en cambio, cuesta ver claro y es fácil cometer errores de los que uno se arrepiente toda la vida. Tú no has cometido ninguno». Yo no lo entendí, pero la frase se me quedó grabada. De vez en cuando pensaba en ella, y cada vez llegaba a la conclusión de que las personas deberían vigilarse siempre para no tomar decisiones equivocadas y arrepentirse de ellas. Probablemente no he vivido las cosas que experimentaste tú, mamá. Me dijiste que aquel señor, el tío Petr, me había salvado la vida. No sé nada al respecto. Nunca volvimos a hablar de eso. Pero quería que mi hijo llevara aquel nombre en honor a la persona que, según tú, tanto había hecho por mí.

Un restaurante persa en Manhattan... Ahora que camino por el largo pasillo del aeropuerto —el avión que tanto espero aún no ha llegado—, busco en la memoria donde quedaba aquel restaurante para que lo puedas imaginar, mamá. Pero ¡cómo me estoy liando!, si tú no has estado nunca en Nueva York. El restaurante estaba en los alrededores de la calle 75 y Lexington Avenue, eso mismo.

Era sábado por la noche, estaba lleno hasta los topes de gente que tenía ganas de divertirse, comer bien, reír y contarse su vida, muchas historias, anécdotas y chistes. En una de las mesas había un matrimonio con un hijo que comía a regañadientes, la mujer no paraba de hablar por el móvil y el hombre hacía tímidos esfuerzos por disimular su aburrimiento y una y otra vez intentaba comenzar una conversación imposible.

Mi mujer, Katia, se quejaba constantemente de la manera de vivir en Estados Unidos, sobre todo en nuestra pequeña ciudad universitaria llena de profesores y científicos nada preparados para la vida mundana, entre los que no había nadie que la admirara. Katia me daba algo de pena, siempre arreglada como si saliera de una

revista de moda, siempre con elegancia. Los días en que comenzaba su letanía de lamentaciones, que eran muchos, yo, en general, guardaba silencio. Aprecio este país por todo lo que me ofrece, cosas que no podría encontrar en mi país. Me garantiza la libertad individual. Este país de abogados poderosos y muchos procesos judiciales — que, es cierto, muchos critican por su individualismo desenfrenado y su utilitarismo — funciona bien a nivel social, porque garantiza la primacía de la ley sobre el poder, sea grande o pequeño, y la igualdad de todo el mundo ante esta ley.

El hombre solo, aunque acompañado por su familia, saca un trozo de carne de una brocheta y lo corta en dos mitades desiguales —algo que parece ser, desde el punto de vista matemático, una formulación torpe porque, si son mitades, tienen que ser iguales—, y en su soledad entre enjambres de personas se proyecta mentalmente una escena que se ha repetido varias veces en su vida.

Estaba sentado con dos hombres que mostraban sus dentaduras blanquísimas mientras reían y mordían sus sándwiches, y acompañaban cada bocado uno con leche, el otro con Coca-Cola, y me daban golpes en el hombro y la espalda.

De repente, el bronceado dijo:

—Hablemos de la posibilidad de que usted trabaje para la compañía Ford.

—En un futuro, claro —precisó el deportista.

—Ahora mismo sería imposible —dijo el bronceado.

—En cambio, en un futuro... ¡por qué no! ¡Seguro! ¡Sin duda alguna! —reía el deportista mientras cogía el vaso de leche.

Yo no decía nada. Esperaba.

Me observaban, vigilantes.

Yo no salía de mi silencio. No había en qué reflexionar, de modo que no hice nada más que esperar lo que vendría a continuación.

El bronceado repitió lo que acababa de decir un momento antes, el deportista añadió algunas palabras parecidas a las de hacía un momento.

—John, hablemos de la posibilidad de trabajar para nosotros.

Yo permanecí en silencio.

Después dije:

—No tengo ninguna intención de dejar la universidad ni mi trabajo académico.

Me miraron como a un animal raro.

El bronceado dijo en voz baja:

—Supongo que se da cuenta, John, de que, en Ford, su sueldo no podría compararse al que tiene en la universidad.

Yo continué en silencio. Después repetí:

—No tengo ninguna intención de abandonar la universidad ni mi trabajo allí.

El deportista pronunció una cifra de miles de dólares. Me pareció tan fantástica y desorbitada que, al principio, ni siquiera la relacioné con mi persona. No comprendía

de qué se trataba, así que preferí no decir nada.

Un poco más tarde volví a decir que no. Me pasaron por la cabeza unos versos que me habías enseñado tú, mamá: «Quien dijo “No” no se arrepiente. De nuevo “No”, si fuera preguntado, diría. Y sin embargo por tierra le derriba aquel “No” —el justo “No”— para el resto de su vida». Mientras me repetía mentalmente los versos, pensaba en Helena y en qué hubiera dicho ella a todo esto. Creo que hubiera estado orgullosa de mi rechazo. Si aquel día no hubiera desaparecido en el abismo de la noche como la barca de Caronte que llevaba el cadáver de Eurídice a través de las ondas del Leteo.

Oí que el bronceado me decía:

—Piénseselo bien, John. No queremos forzarle a nada ni presionarle a hacer una cosa que no quiere. Vivimos en un país libre, *this is a free country*. Pero piénseselo bien. Sería una locura no querer aceptar unas condiciones que no le podrían ofrecer ni diez de las mejores universidades del mundo.

Katia hablaba por el móvil, Petr jugaba con las patatas fritas, ya frías. Yo aparentaba comer con entusiasmo mientras me dejaba llevar por los ríos y riachuelos de mis pensamientos. Desde el principio sabía que la estructura misma de las ciencias exactas proporciona una esperanza, por no decir una seguridad, de que los resultados de la investigación científica son objetivos, objetivamente válidos, aplicables y sujetos a ser valorados objetivamente. Las ciencias exactas se mueven siempre entre certezas absolutas.

Pero poco a poco comencé a tener dudas. ¿Un descubrimiento nuevo? De acuerdo, pero ¿hasta qué punto es nuevo de verdad? ¡Si se ha producido con base a los axiomas aceptados y sólo existe en función de ellos! Los axiomas... si han sido aceptados, fue tras largas y arduas investigaciones. Pero yo pensaba en las leyes de Newton, en aquellos axiomas de la física: en algunos casos habían dejado de funcionar, hasta que llegó Einstein y los corrigió ligeramente; pero al corregirlos fundó una ciencia nueva. En mis dudas pensé también en la medicina: en revistas especializadas había leído que no es una ciencia, sino un conjunto empírico de hechos, y que por eso mismo no es capaz de garantizar una curación totalmente correcta.

¿Dónde está la infalibilidad de la ciencia?

Metido en mi soledad en medio de las risas y la vivacidad del restaurante, de repente entrevi el color azul celeste de un recuerdo. Sí, aquel papel de carta era de color azul celeste. Eso fue... poco después de la cena en casa de Jill y Bill. Petr aún no había nacido, pero ya lo esperábamos y planeábamos casarnos pronto. Aquella mañana, Katia se estaba duchando. Mi mirada se deslizó por las líneas escritas; la carta estaba escrita en ruso. No debería hacerlo, me dije, pero continué leyendo. ¿Era una carta que Katia no había enviado? No, más bien se trataba del borrador de una

carta que, sin duda, Katia después pasaría a limpio y enviaría. Me faltaba la primera página:

¿Recuerdas, Sasha, cómo un día irrumpiste en mi casa gritando: «¡Tenemos que dejarlo!»? Te miré de arriba abajo con frialdad: «No me montes escenas. Vete. Vuelve en tres días y hablaremos». Y añadí en voz baja, amenazante: «Eso si en tres días aún me apetece verte». Tú, en aquel momento, me tiraste al suelo y yo, Sasha, te lo perdoné todo a causa de las cosas que pasaron entonces. ¿Lo recuerdas? Nunca había estado contigo como aquel día, después continuamos en la ducha y en el sofá y en el balcón, hasta bien entrada la noche, ¿lo recuerdas? No sé qué te dijo tu mujer aquel día. ¿Y recuerdas aquella noche cuando me lanzaste sobre la nieve cuando volvíamos de un restaurante cerca de Moscú? Contigo siempre vivía emociones tempestuosas. Cada vez que me veías afirmabas que aquella situación era insoportable, que te ibas a divorciar al día siguiente, me lo repetías una y mil veces y de aquella manera me obstaculizabas el camino para conocer a otros hombres... encuentros que eran más que posibles, lo había comprobado. Por ejemplo, con un italiano que vivía en San Petersburgo y que todo el mundo llamaba Il Mammone, y sobre todo con un ruso emigrado a los Estados Unidos que se llama Mijail, un empresario y no un mafioso como tú. Y también con un americano.

Sí, era aquel de quien te hablé durante mi última visita a Moscú, mientras besaba tus muslos firmes de deportista y tiernos al mismo tiempo. Yo besaba tus muslos desde las rodillas hacia arriba y tú, Sasha, me repetías, primero susurrando y más tarde gritando y jadeando, que me querías y que ibas a casarte conmigo.

Ahora que te escribo, he vuelto a recordar tu cuerpo... aquellos brazos que me alzaban como a una pluma, aquel abdomen musculoso que tanto me gustaba acariciar...

Pero volvamos a los hechos: estábamos echados en el suelo y yo besaba tus muslos, arriba y arriba. Y entonces, en aquel preciso instante, levanté la cabeza y dije en voz baja pero con superioridad: «¿Dices que me quieres? No eres el único. Tengo un amante que quiere casarse conmigo». Y tú, tú me abofeteaste y te fuiste. Te amé con pasión por haberme hecho esa escena, Sasha, porque era la prueba de tu frenesí erótico por mí. Pero no me casaré contigo ni aunque te acabaras divorciando de verdad. No, Sasha, no quiero casarme con un ruso, ni aunque sea rico como tú. No es que me importe la manera en que ganas el dinero; eso es asunto tuyo. Sencillamente, no quiero un ruso. No confío en los rusos. No confío en ellos porque los conozco. Me conozco. Un americano diría que somos unos losers natos.

¿Dices que tú no te has hundido? Por ahora no. Pero ya lo veremos. No te creo y ya está.

Sasha, quiero que me entiendas. No lo hago por mí. Ya sabes que quiero tener un hijo, siempre lo has sabido. Y lo quiero tener en las mejores condiciones, le quiero

dar todo, quiero que vaya creciendo como un ciudadano de un país occidental y civilizado, que tenga buenos colegios y la mejor educación, además de una sanidad óptima.

Quiero ser un ama de casa que se ocupa de la familia. Aunque mi americano es de origen checo, una verdadera pena; pero ya le quitaré de la cabeza cualquier idea sobre las raíces. En casa hablaremos en inglés y nada más, aprenderé a preparar los platos de aquí. Seremos americanos, seremos de aquellos que tienen todas las oportunidades por delante y hacen de la vida lo que quieren, y no de los que son sus esclavos.

Mi americano no es un hombre espabilado y emprendedor como tú, Sasha. Es un poco torpe en lo que respecta a ganar dinero, y en otras cosas también. Pero lo cambiaré, no lo dudes. Ya he comenzado. Durante mucho tiempo no quería tomar ninguna decisión en su relación conmigo, así que le he obligado a tomarla. Además, he sabido que tiene la oportunidad de ganar mucho más dinero del que gana. ¿Por qué no lo hace? Porque es un típico intelectual y dice que tiene que dedicarse a aquello que siente que es su misión. Pero cuando haya nacido nuestro hijo, ¡ya lo obligaré a ocuparse de él! Lo forzaré a ganar dinero de verdad, ya sé que no lo pones en duda, porque me conoces, ¡tú, sí!

Me dices que venga a verte a Moscú de nuevo, que saldrías corriendo a mi encuentro y me llevarías entre los dientes cualquier cosa que te pidiera. Cada noche, sí, cada una de las noches que tiene el año, deseo tu cuerpo. Y sueño con lo que haría contigo: comenzaría allí donde acabé la última vez: en tus muslos firmes, cubiertos de vello dorado. Te besaría allí, mi lengua te acariciaría arriba y más arriba... Pero no lo haré, no, Sasha. He decidido ser fiel a mi marido. Él no sabe nada de ti. Nunca sabrá nada de ti. No quiero cometer ningún error. Pero Sasha, amor mío, prométeme sólo una cosa...

Dejé de escuchar el ruido de la ducha. Guardé rápidamente las hojas de papel azul celeste en su lugar y me encerré en mi estudio.

Cuando Katia salió de casa, volví a entrar en el dormitorio para acabar de leer la carta; pero sólo encontré la superficie de madera brillante de la mesita de noche. Las hojas habían desaparecido.

Hice un gesto de indiferencia. ¡Qué me importan las historias de cama de los ex amantes histriónicos de Katia! Me sentía aliviado por no tener que elegir entre mi curiosidad y el sentido más esencial de la decencia que me ordenaba: ¡no leas las cartas que no van dirigidas a ti!

Pero aquel día sí que cometí un gran error; debí haber aprendido algo del texto que había leído. Habría podido prevenir muchas de las cosas que vinieron más tarde.

Poco a poco iba comiendo el kebab persa y pensé en otra cena, poco antes de haber leído la carta de Katia, cuando ella y yo cenábamos *tête-à-tête* en un restaurante y planeábamos nuestra boda. Aquel recuerdo tiene un color salmón, como las paredes

de aquel restaurante pequeño y no demasiado iluminado.

Me aburría prever los detalles de nuestra boda. Aproveché un momento de silencio para recitar a Katia los versos que tanto me habían influido. Ella no los entendió. Probablemente no eran demasiado explícitos. Presumí de que, de vez en cuando, me venían a ver dos hombres que intentaban persuadirme de trabajar en Ford.

Katia abrió desmesuradamente los ojos.

—Tienes que aceptar esa propuesta —dijo casi sin aliento.

Como única respuesta dejé escapar una sonrisa.

—Tienes que aceptar ese trabajo —repitió Katia como si la hubieran hipnotizado—. ¡Piensa que vamos a tener un hijo, John!

Por la noche soñé que el deportista y el bronceado, aquellos hombres que ignoraban qué era el fracaso, estaban en la mesa en compañía de Katia, también bronceada y deportista, con la sonrisa feliz de una mujer que ha nacido para el éxito y es consciente de ello. Estaban sentados en un restaurante con las paredes pintadas de color salmón y abrían al máximo sus bocas para poder morder sus sándwiches altísimos, hablaban como si estuvieran compinchados, reían y se daban golpes en la espalda, bebían leche y proferían exclamaciones de alegría.

Yo estaba sentado en una mesa en un rincón, no demasiado deportista, pálido, sin alegría, con la espalda encorvada, el pelo escaso y las manos en las mejillas, bebía vino tinto y susurraba: Quien dijo «No» no se arrepiente.

Aquel sueño se repitió más de una vez. ¿También tenías sueños recurrentes, mamá?

Mi padre los tenía... Me parece que te debo una explicación, mamá. Durante mucho tiempo no estuve seguro de lo que le había pasado a mi padre, y me he hecho una idea sólo después de su muerte.

Según tu información sobre los ataques que sufría cuando recibía una orden, aunque le hubiera sido dada en broma, intenté entender su estado psíquico. Mis colegas especialistas en este campo me explicaron lo que tú y yo ya sabíamos: que las experiencias de la guerra le habían causado un trauma. En lo que respecta a las alucinaciones, éstas eran una especie de éxtasis místico. El choque emocional, que mi padre había sufrido de joven durante la guerra civil en Rusia, «trasladó» su cerebro a una propensión que le facilitaba llegar al éxtasis, al estado místico. Por eso mi padre era un pintor genial: las personas que tienen la capacidad de llegar a una experiencia mística suelen ser geniales, saben llevar su arte más allá que los demás. Es interesante la convicción que tienen mis colegas de que el origen de la religión y de la fe duradera se genera en las experiencias místicas. Según su opinión, la experiencia de dios, la experiencia religiosa, es el fruto de una de las funciones del cerebro humano. Pero lo esencial de todo lo que me han explicado es que, gracias a esta capacidad de soportar el mundo de otra manera, estas personas, muchas de ellas autistas y visionarias, son capaces de soportar sufrimientos terribles a los que la mayoría de la



gente difícilmente sobreviviría. Con sus éxtasis llenos de visiones pueden crear su propio paraíso, que nadie, ni siquiera sus carceleros ni sus torturadores, es capaz de arrebatárselos.

¿Qué pasó con mi padre, mamá? ¿Sobrevivió al gulag o no? ¿Y cómo se llamaba aquel alto funcionario de la KGB que firmó su veredicto? Tengo la certeza de que lo supiste cuando fuimos a Moscú a finales de los sesenta. Nunca quisiste decírmelo, me ocultaste aquella información para que no me vengara y no estropeará mi vida, supongo. ¿Cómo se llamaba aquel hombre, mamá?

Pero, de hecho, ¿qué importancia puede tener saber su nombre! No es significativo que el padre de mi mujer fuera el asesino de mi padre; lo esencial es que podría haberlo sido. Y que yo me haya unido a su mundo, voluntariamente. Ahora por fin, mamá, he comprendido tus palabras: en una época de calma es fácil tomar decisiones correctas; en una época tempestuosa es difícil y muchos toman decisiones equivocadas. La soledad y el exilio también pueden ser una época tempestuosa.

¿Quién fue el asesino de mi padre, mamá?

La venganza, ¡cuántas veces he pensado en ella! ¿Para castigar el mal? ¿O para desahogarme? Y es que la venganza puede aliviar el dolor, apaciguar la frustración y aportar satisfacción personal. Pero... ¿quién sabe dónde está la justicia? ¿Matando a un criminal, traeré la justicia al mundo? ¿O más bien multiplicaré el mal que ya existía?

Petr dijo:

—Ya me gustaría comer sólo patatas, como papá de niño, y dibujar sobre papel higiénico imágenes que no se acaben nunca, como el padre de papá. ¿Y tu padre, mamá, qué hace?

Observé a Katia: me pareció desamparada, ella, tan rusa, en un país extranjero que no llega a entender y que no la comprende. En este país Katia aplicaba los axiomas de su país natal que, en el nuevo contexto, no funcionaban. La lengua, además, separaba a Katia de la sociedad americana; en las tiendas, las vendedoras no la entendían bien, ni Katia tampoco acababa de comprender lo que le decían, ni lo que le indicaban los empleados de los bancos o de la oficina de correos.

—Mi padre trabajó en las altas esferas del Partido Comunista —dijo Katia.

La interrumpí, no podía hacer nada más. Aquel tema me resultaba demasiado doloroso.

—Katia, tu padre trabajó en la KGB. ¿Por qué?

—Era su deber.

—¿Deber? ¿Hacia quién?

—Hacia los que se lo habían ordenado.

—No te entiendo.

—Mi padre creía en el partido y en el objetivo de la revolución bolchevique.

Cuando pudo afiliarse al partido, lo dio todo. En casa nos explicaba ilusionado sus leyes y las decisiones que nos llevarían hacia un futuro mejor. Por eso había que vigilar y condenar a todos aquellos que se opusieran. Mi padre siempre decía que era un soldado de la patria y que cumplía sus órdenes.

Tomé mi vaso de agua y bebí dos largos tragos. Petr me miró. Conté hasta diez. Tardé mucho hasta llegar a la cifra diez. Seguí la mirada de Petr: mi mano temblaba. Petr me la cogió con la suya.

Volví a la realidad. Katia y Petr me miraban expectantes.

Acabé el vaso de agua.

¿En qué pensaba, de hecho, antes de haber comenzado aquella conversación estéril? Pensaba en la felicidad, sí. Es cuando alguien nos comprende, me dijo Bill hace tiempo.

—Petr, ¿qué es la felicidad? —puse a prueba a mi hijo.

—¿Me estás haciendo un examen? —Petr puso mala cara.

—Dime, ¿qué te imaginas cuando alguien dice la palabra *felicidad*? —insistí.

—Te puedo decir qué es la felicidad para un hámster: es cuando se escapa de la jaula. ¿Te acuerdas?

—¿De qué?

—Que un día nos fuimos de fin de semana y olvidamos cerrar la puerta de la jaula y el hámster salió y pasó tres días jugando con los flecos de la alfombra y se metió por todos los rincones. Y prefirió roer la alfombra antes que comerse las cosas exquisitas de hámster que habíamos preparado para él en la jaula.

—¿Y qué más es la felicidad, Petr?

—Te lo estoy diciendo. La felicidad es ser un hámster. Él no hace nada, se pasa todo el día echado, y cuando se harta de comer, pasea un rato, roe alguna cosa aquí, alguna cosa allá, después juega y vuelve a dormir. Yo, cada mañana, tengo que ir al colegio, por la tarde clase de francés, después clases de dibujo y de violín, y ya no me queda tiempo para jugar. Ser un hombre es una locura. Yo no quiero ser un hombre.

—¿Y qué es la felicidad, no para un hámster, sino para el hombre?

—Para el hombre, no sé... quizá...

—¿Ver teatro de marionetas? ¿*Hamlet*?

—Sí, y cuando tú vienes a verme y te quedas sentado conmigo en el escenario en el suelo y no te importa que todos los demás sean niños y tú me coges la mano y te ríes con los niños, no con los grandes.

—¿Y qué más es la felicidad, Petr?

—Pues... *Hamlet* entre los sepultureros.

—¿*Hamlet* entre los sepultureros?

—Sí. Con ellos tiene cosas de que hablar. Con la pánfila de Ofelia no demasiadas. Ni con la reina, ni con el rey, ni con todos aquellos nobles.

Bajé la cabeza y comí un poco más de arroz *pilaf* con el fin de quitarme de la cabeza la idea sobre mi propia felicidad. Mi libertad es mi hijo, pensé, el hecho de

poder educarlo y vivir en su mundo. Y también mi libertad está en mi gran «No», seguí enumerando. Y para desviar mis pensamientos antes de que se detuvieran sobre el papel de la ternura y la comprensión, bebí un largo trago de vino y continué comiendo. Y recordando...

...Era el 20 de agosto de 1968. Helena y yo habíamos cenado una brocheta parecida en una de aquellas pequeñas plazas empedradas de Sarajevo, bajo unos árboles que no sé cómo se llamaban. Eran árboles, o más bien plantas trepadoras con flores de color violeta. Desde una ventana en una esquina surgían melodías melancólicas, llenas de aflicción. Una *sevdalinka*, dijo Helena. La *sevdalinka*, lánguida y triste, es una canción tradicional bosnia. Son canciones sobre algo o alguien que se ha perdido. Sobre el paraíso perdido, al fin y al cabo. Después de cenar, nos acabábamos el vino que quedaba en la botella y con voluptuosidad nos dejábamos acariciar por la brisa que, por la noche, soplaba por las callejuelas estrechas del barrio turco de Sarajevo. Una familia se había instalado en una mesa alargada en el otro lado de la pequeña plaza. Helena y yo permanecíamos en silencio, escuchábamos las risas de los recién llegados. Una de las mujeres se había puesto a cantar, los niños se habían unido, después un hombre, y luego otro. Todos juntos cantaban en voz baja, casi susurrando, una melodía nostálgica en lengua eslava, de la que captábamos palabras sueltas como si fueran pelotas de ping-pong. Por la noche, en un teatro situado en un jardín, el violín de Helena interpretó el concierto de Bach en mi menor.

Durante aquella interpretación, me pareció que su violín temblaba con un duelo oculto, contenido. Helena tocaba bajando los ojos, su melena castaña caía ligeramente sobre sus hombros. Tocaba, y su música y mis reflexiones se confundían con el canto del muecín que llegaba desde algún pueblo de los alrededores, o quizá una madre musulmana cantaba una canción turca mientras zurcía unos calcetines. La melodía oriental acariciaba el concierto de Bach con su ala blanca.

Fue aquella noche cuando vi a Helena por última vez.

Al amanecer supimos que el ejército soviético había invadido nuestro país. Helena no estaba en su habitación. La busqué en vano durante todo el día. Desesperado, por la tarde subí a las montañas que circundan Sarajevo para ver si la encontraba. Caminé angustiado por los senderos que conocía de haber paseado con ella. Algunos perros me salieron al paso gruñendo y enseñando los dientes en el atardecer perfumado de piñas y musgo. Pero Helena no estaba. La busqué en vano, durante días y días, por todas partes. Me sumergí en la vida académica en Estados Unidos, pero nunca he dejado de desear a Helena ni de buscarla en todas las mujeres. A ella, Helena, que un día desapareció de las orillas del Bosnia como la espuma en la arena cuando es arrastrada por una ola.

Al amanecer me lancé a correr por las callejuelas estrechas de Bascarsia, el barrio

musulmán de Sarajevo. La gente comenzaba a ir al trabajo, y yo tropezaba constantemente con ojos llenos de sueño. Cuando el sol cubrió la ciudad de bochorno me hundí en la silla de un café en la acera de una calle, exhausto, luchando contra el mareo. Una mujer musulmana me trajo un café tan espeso que se podía masticar. Un chico me puso delante un pedazo de *baklava*, ese postre balcánico tan dulce, y un vaso de agua. No llegaba a distinguir a las personas: veía sombras grises que caminaban de manera absurda. Sólo había algo que sabía con certeza: Helena no se encontraba entre aquella gente. Sarajevo, me dije mientras tomaba aquel café turco, aquella ciudad llena de campanarios de iglesias católicas y ortodoxas, de decenas de sinagogas abombadas con inscripciones incomprensibles caligrafiadas en oro, de mezquitas turcas con las torres delgadas y tan blancas como velas en el mar. Al atardecer, cuando Helena ensayaba, yo pedía un vaso de aquel vino rústico que desprendía olor de barricadas de encina y de melancólicas noches con el cielo estrellado... Aquellas noches, cotidianas e inolvidables, como los habitantes de aquel país. Y me perdía observando, en el reflejo dorado de la cúpula de la mezquita del otro lado de la calle, la imagen de aquella calle, un fragmento del mundo, en aquel instante todo mi mundo. Ignoraba cuánto tiempo había pasado. Cuando las sombras que llegaban al café comenzaron a pedir carne a la brasa para cenar, me levanté dejando algunas monedas sobre la mesa. La mujer me las devolvió sonriendo. Ella también era una de las sombras.

Tenía que ir a buscar a Helena al parque de Ilidza. Ella debía de haber ido a las fuentes del Bosnia, aquel lugar sagrado de los bosnios, para explicar su dolor por la agresión contra nuestro país al agua que allí nace. No me dejaron pasar al interior del parque, caía ya la noche. Cuando oscureció, salté la valla. El agua de las fuentes saltaba sobre las piedras y, a medida que desembocaban otros riachuelos, se iba ensanchando y cantaba en medio de la noche su letanía llena de duelo. Dedicué los siguientes días a buscar a Helena en Sarajevo y sus proximidades. Todo en vano.

Entonces comprendí que, sumergido en mi propia angustia, había olvidado el duelo que experimentaba mi país por la invasión de los tanques soviéticos. Y sentí que era un egoísta y que no tenía derecho a compartir aquella tristeza con mi pueblo. Pero, dicho sea de paso, me esforzaba más bien —con una buena dosis de compasión por mí mismo— en creer aquella confesión mía, en el fondo noble, como toda confesión.

Al día siguiente de haberlo pensado, ya estaba en la cola ante el consulado americano en Yugoslavia para pedir asilo político en los Estados Unidos. Puesto que era un científico joven y había obtenido buenos resultados, al cabo de un tiempo de espera me concedieron lo que pedía.

Katia volvió a hablar por teléfono. Le hice un gesto de que me gustaría charlar. Cerró la tapa del móvil.

Quizá para animarme antes de comenzar una conversación con Katia, hice un gesto un poco brusco y tiré mi copa de vino. Petr sonrió. Katia saltó de su silla y comenzó a sacudirse con la servilleta como si un enjambre de abejas enfurecidas se le hubiera arrojado encima. Petr puso su servilleta sobre la mancha en el mantel blanco. El camarero llegó al instante con una copa limpia, la llenó, ordenó un poco la mesa y todo quedó como antes. Sólo Katia permanecía de pie y todos los comensales del restaurante la miraban atónitos por la sorpresa. Yo me ruboricé. Petr dijo con calma y decisión:

—Siéntate, mamá, ¿qué te pasa? ¿Por qué continúas de pie?

Pero Katia se mantuvo igual: la estatua de la indignación.

Petr dijo con la voz inocente de un niño de diez años:

—¿Qué quieres, que todo el mundo te mire, mamá?

Y cuando el local volvió a llenarse con el zumbido de las voces y las risas, Katia se sentó. Yo pensé, dando la razón a Petr: Katia había montado aquella escena para sentir los ojos de todos los presentes fijos en ella. Este ha sido su minuto de gloria. Pero no tuve tiempo de acabar de pensarlo del todo, porque en aquel momento Katia apartó la servilleta de Petr para dejar al descubierto la magnitud del horror de la mancha de vino.

—¡Tú siempre encuentras la manera de estropearme el día! —dijo con aversión sin mirarme, y continuó frotándose el muslo.

Su frase hacía alusión a otra cena, aquella vez con unos amigos de la facultad. Entonces Katia había dicho aquellas mismas palabras ante mi colega y su mujer: «¡Tú siempre encuentras la manera de estropearme el día!». Los amigos americanos se habían quedado estupefactos ante aquella frase hostil. A partir de aquel instante, la esposa de mi colega la miró con disgusto. Sólo a la hora de despedirnos creo que la volvió a aceptar: fue cuando Katia habló de nuestro hijo y de su parecido conmigo.

Aquella noche, al volver a casa, Katia me fue explicando entre risas algunas historias, como si fuera otra. Enseguida le perdoné su mal humor. La abracé.

—Ahora tengo derecho a pedirte tres deseos. Pero me limitaré a uno —había dicho sonriendo—. Soy modesta.

Y de nuevo me enseñó sus dientes blancos. Eso pasaba tan raramente que había prometido a Katia que cumpliría su deseo.

Me lo dijo al oído:

—Aceptarás ese trabajo en Ford. En beneficio de Petr, no pienso en mí. Pero tenemos un hijo, John, ¡piénsalo!

Poco tiempo después vinieron a verme: el bronceado y el deportista, ambos elegantemente vestidos con trajes oscuros impecables. Me invitaron a un restaurante francés, no como antes a tomar un sándwich en un café.

Una vez sentados, el bronceado dijo en voz baja:

—Supongo que te das cuenta, John, de que en Ford tu sueldo sería incomparablemente más elevado que el que tienes ahora en la universidad.

Yo guardé silencio. Después volví a repetir:

—No tengo ninguna intención de abandonar la universidad ni mi trabajo allí.

El deportista pronunció una cifra de miles de dólares. Me pareció tan fantástica y desorbitada que, al principio, ni siquiera la relacioné con mi persona. No comprendía de qué se trataba, así que preferí no decir nada.

Un poco más tarde volví a decir que no.

El bronceado dijo:

—Piénsatelo bien, John. No te obligamos a nada. *This is a free country*. Pero piénsatelo bien de verdad. Sería una tontería no querer aceptar unas condiciones que no te podrían ofrecer ni diez de las mejores universidades del mundo.

Quizá si continuara trabajando en la universidad y al mismo tiempo hiciera algo para ellos, pensé, no me retractaría de mi gran «No», ni me traicionaría a mí mismo.

—John, ¿y si decidieras trabajar para nosotros desde tu oficina en la universidad?  
—el bronceado pareció haber leído mis pensamientos.

—Recibirías de nosotros un buen sueldo —el deportista completó la frase.

—Harías feliz a tu mujer —el bronceado me guiñó un ojo.

—Dejaremos a tu disposición una base experimental —me tentó el deportista.

—Un motor eléctrico y dos aparatos para medir, un técnico, o quizá dos, si hace falta...

—Un sueldo para un técnico o dos, claro...

—Y tu sueldo... ¡mmmmm! —dijo el bronceado.

—Incluiría también viajes muy frecuentes a Detroit —explicó el deportista.

—Tu sueldo... ¡oh! ¡Sería para chuparse los dedos y volvérselos a chupar! —exclamó el bronceado.

Para algunos hombres llega un día en que deben pronunciar el gran «Sí» o el gran «No», me repetía mentalmente. Y una y otra vez me repetía: «No». Pero al mismo tiempo me decía que si trabajaba para Ford desde mi universidad no traicionaría mi gran «No» y Katia dejaría de protestar.

Asentí con la cabeza.

—Entendido. Estoy de acuerdo.

Me despertó el tañido de enormes campanas, como las que acostumbraba a oír, de jovencita, en casa de mis padres; provenían de un pueblo no demasiado lejano. Campanas...

Su sonido no auguraba nada bueno. Se oía muy cerca, sin ninguna pausa... ¿Campanas? Era el *dies irae*.

Me levanté y, desde la ventana de mi buhardilla en el barrio de Vinohrady, observé el río de enormes objetos metálicos que afluían por la avenida Francouzská. El rugido de aquellos monstruos infernales acallaba el espanto de los hombres, el llanto y los gemidos. Sólo se oían los golpes y su eco, los golpes de metal que batían el empedrado; aquellos monstruos eran los amos absolutos de la Praga adormecida, de la ciudad que ahora se despertaba violentamente por la noche en medio del rugido de aquellas metálicas fieras salvajes. Irrumpieron en el circo en el que se convertía nuestra ciudad para que sus habitantes se convirtieran en el espectáculo de un emperador perverso. *Morituri te salutant, Caesar!*

Incluso un pájaro que sufre tiene derecho a piar, y también un perro a ladrar, y es por eso que los lobos aúllan; a los habitantes de Praga no les estaba permitido llorar o quejarse, porque el alboroto metálico apagó sus lamentos.

Cogí el teléfono cuando me pareció haber oído su sonido entre un monstruo de hierro que se iba y otro que venía hacía aquí; no oía casi nada en el auricular, el estruendo de la calle lo arrastraba todo. Estaba segura de que Jan me llamaba. Que mi hijo, desde Sarajevo, donde se encontraba, quería saber qué pasaba aquí, y cómo estaba yo, cómo estábamos todos. Y que quería decirme... que me decía aquellas palabras que, aunque yo no las podía oír, las sabía, las conocía, sí, las oía... Mamá, no volveré a un país humillado, no puedo vivir en un país que, a partir de este momento, vivirá sometido para siempre, que temblará bajo las órdenes de una potencia aún más que hasta ahora. Y yo sabía que Jan tenía razón, y que firmaba mi propia sentencia cuando dije... Jan, hijo mío, no vuelvas... Sí, sabía que firmaba mi propia sentencia de muerte porque nunca más volvería a ver a mi hijo, porque no podría salir del país para verlo y él no podría venir aquí a verme, lo sabía perfectamente mientras profería aquellas palabras proféticas...

Aquí no se podrá vivir, Jan.

No podía quedarme en casa por más tiempo; aquella pesadilla me arrojó a la calle. Hacía horas que el sol había salido.

Los tanques se abrían camino entre la multitud, la gente los evitaba. Algunas personas se apartaban con un salto en el último momento. Los jóvenes corrían con motos alrededor de los tanques, a una velocidad increíble, recorrían el espacio entre uno y otro. Cerré los ojos: me pareció que un hombre con una camiseta roja estaba a

punto de caer, con la moto, bajo las correas metálicas. En el último instante se lanzó hacia la derecha, fuera del recorrido del vehículo blindado y armado.

Las cámaras fotográficas enfocaban los tanques y disparaban sus objetivos. Las de filmar ronroneaban. Cerré los ojos. Cuando los volví a abrir había un niño: tenía una piedra en la mano levantada. En cualquier momento podía lanzarla. ¿Contra ellos? Era joven, casi una criatura. No había odio en sus ojos. Sólo excitación. Y tensión. Se había dejado llevar por el ambiente general. Por la ebriedad del momento. Esperaba una aventura. Una piedra grande. Era fuerte. Levantó la mano aún más. En un abrir y cerrar de ojos la lanzaría. Era pesada, demasiado pesada para llegar arriba del tanque. Se infundía ánimo: hizo un gesto violento. Extendió el otro brazo para marcar la dirección. Cogió ímpetu. Marcó la dirección hacia la parte superior del tanque. El oficial del tanque apuntó su ametralladora hacia el niño. Para asustarlo, para amenazarlo, me dije. El niño detuvo su ímpetu. Estaba tieso como una estatua. Incliné el brazo un centímetro hacia atrás. Estaba preparando su ataque. ¿De verdad? ¿No será más bien que su brazo había caído un poco hacia atrás? Ellos aguantarían su ataque, aunque se produjera. Son fuertes, están armados hasta los dientes. Pero el tanque avanza y el niño no se aparta. ¡Apártate!, quería gritarle desde donde me encontraba. Y al mismo tiempo quería exclamar: ¡Detened el tanque! Pero la voz no me salía de la garganta. Demasiado tarde. Cerré los ojos.

Cuando los volví a abrir, había un alboroto entre la gente. El oficial introdujo la ametralladora en el interior del tanque. Vi los ojos de la gente, aterrorizados. No entendía nada. El cerebro no me obedecía. Pensaba sólo en una cosa: ¡Aquél era Jan! ¡Mi pequeño Jan! ¿Dónde está Jan? Las mujeres gritaban, algunas lloraban. Los hombres arrancaban adoquines de la acera. Las mujeres también lanzaban piedras.

La columna de tanques se alejó del lugar.

¡Jan!

Lancé un grito que no se oyó, ahora tampoco: todo el mundo chillaba y bramaba, y yo me fui, con pasos inseguros, lejos de aquel enjambre, necesitaba despertar de la pesadilla y tener la seguridad de que aquel niño no era Jan. Jan me había telefoneado por la mañana. Jan ya no era un niño. Jan estaba en el extranjero, lejos de cualquier peligro...

Jan no regresaría a casa.

El aguijón de aquella conciencia se me clavó en el estómago. Jan no regresaría. Ya no podría ir a verlo, la frontera se había cerrado, o se cerraría pronto. Una vez más se había cerrado la puerta de la jaula. No lo volvería a ver. Nunca.

¡Nunca más!

Observé a la multitud desesperada, pero sólo sentí mi propia desgracia. El resto no era sino el decorado de mi propio dolor. Observé la estatua de San Wenceslao a caballo, tanto el jinete como el caballo tenían la cabeza baja. El caballo avanzaba con dificultad, como a disgusto. No trotaba, iba tropezando. En Praga todo era triste. Jan se había ido y no regresaría nunca más. Por segunda vez en mi vida, el día de la



invasión soviética, comprendí que una preocupación personal se impone sobre el duelo colectivo.

De nuevo me obligaron a cambiar de casa, ahora a un piso con una sola habitación en un edificio de paneles prefabricados en la periferia de Praga. En la biblioteca me dejaron como pensionista, con el sueldo más bajo de todos. Y yo, que había vivido en París, yo, a quien la gente había tratado de *Madame l'Ambassadrice*, yo, que había conversado con el presidente Masaryk, ahora vivía sola y apartada de todo, y sólo excepcionalmente tenía invitados en casa, simplemente para que las cuatro paredes se impregnaran un poco de voces humanas y no sólo de mis recuerdos.

Me vi... yo era Sylva, la mujer silenciosa que ahora tenía el pelo blanco; y es que, después de que Jan se fuera al exilio a los Estados Unidos, el pelo se me había vuelto del color de la leche. Ni la ocupación nazi, ni la guerra, ni la pérdida del hombre amado, ni el terror de los años estalinistas habían sido capaces de teñir mi pelo del color de la nieve; la pérdida de mi hijo, sí.

Hace cinco años que no veo a Jan.

Cinco años... ¿qué son cinco años en comparación con toda una vida? ¿Qué son *sub specie aeternitatis*?

No. Cinco años son toda una eternidad. Para una madre, sí.

¿Y Andréi? Veinte, veinticinco, veintisiete años sin haber visto a Andréi. Veintisiete años que se extienden hasta el infinito.

Miré por la ventana. Cuando los rayos del sol poniente alcanzaron los pisos más altos y dejaron de deslumbrarme, contemplé los edificios a mi alrededor: ¡qué uniformidad la de la construcción comunista, sin ningún detalle de imaginación, sólo trivialidad, mediocridad y aburrimiento! Para los comunistas la belleza no significa nada, no buscan el placer estético. El anhelo de la belleza innovadora y de las emociones estéticas son señales de la burguesía y de la aristocracia decadente, es decir, de sus enemigos de clase. El otro día, en la biblioteca, hojeaba un libro sobre la historia del arte y, recordando a Andréi y sus sueños sobre los sabios sumerios, examiné con atención la Puerta de Babilonia que está en el Pergamonmuseum de Berlín, perfectamente reconstruida. La inscripción, en escritura cuneiforme, dice más o menos: «Construyo un edificio de una belleza monumental para que, gracias a su esplendor solemne, permanezca para toda la eternidad en la memoria del pueblo, para que la humanidad siempre pueda disfrutar de su sublime magnificencia». En cambio, a los comunistas la belleza les da miedo —como temen el humor y la ironía—, porque no la comprenden. Por eso no les importa construir algo duradero; al contrario, derriban los monumentos dedicados a sus propios líderes tan pronto como uno de ellos cae en desgracia. Quizá no quede nada del régimen comunista dentro de

unos siglos. Sólo miles de edificios uniformes, insípidos y aburridos, con aire provisional, que testimoniarán, ante las nuevas generaciones, la amargura de unas vidas aburridas, insípidas y malogradas.

Y entonces vi un geranio rojo en el alféizar de la ventana. Se alzaba, contento, después de la lluvia, estirándose perezosamente y sacudiendo sus tallos, consciente de su hechizo. Destacaba del fondo de los edificios como una luz en la oscuridad.

Cinco años... veintisiete años... ¿tiene sentido continuar viviendo?

¿Lo tiene? ¿O no?

Sí, lo tiene. Vivir por la memoria de mi hijo y la del que fuera mi amor, vivir por un recuerdo como un geranio rojo en una calle gris.

Y en caso de que ya no quedara ni memoria ni recuerdo alguno, hay que vivir por la flor misma.

Anocheció. Me vi reflejada en la ventana repentinamente oscurecida; vi a Sylva con el pelo blanco... la mujer que tenía al hijo y al amado, cada uno en un exilio diferente. La observé... aquella mujer que había conversado con el presidente Masaryk, la que había vivido en París, ella, *Madame l'Ambassadrice*...

Observé cómo Sylva colocaba la vela en medio de la mesa, pensando en otra vela, hacía tiempo, en el Café Louvre de Praga. Observé cómo Sylva la disponía junto al jarrón con una flor. La llama parpadeaba; como las alas de una mosca que acaba de nacer, pensó Sylva y sonrió porque el Café Louvre le venía a la cabeza una y otra vez... Pero una ráfaga de viento le recordó que aún tenía que recoger la ropa tendida si no quería que se quedara congelada durante la noche.

Estaba todavía húmeda. Con un movimiento rápido, Sylva volvió a cerrar la ventana. Lo haría un poco más tarde. La llama de la vela estaba quieta; ahora esparcía paz y serenidad. Aquel día, en el Café Louvre, sentada en una mesa redonda, recordó Sylva con los ojos fijos en la oscuridad helada del otro lado de la ventana. ¡Bum! Una ráfaga de viento abrió la ventana de un golpe y apagó la vela con un soplo airado.

Sylva acabó de recoger la ropa tendida y la tiró, completamente mojada, a un barreño, cerró la ventana y, con un movimiento automático, dejó el barreño bajo el lavabo del cuarto de baño. Consultó el reloj: aún tenía tiempo, antes de que viniera... No importaba quién iba a venir, puesto que no sería Andréi... Se giró hacia la ventana. Ya había oscurecido por completo y algunos perros ladraban en la calle. El ladrido de un perro, que tanto le gustaba en los pueblos en torno al castillo de sus padres, aquí, en este edificio, le recordaba las calles solitarias y enfangadas de la periferia.

En aquella época, en la Praga de los años veinte y treinta, en aquella Praga elegante, vanguardista y libre, ¿cómo eran los perros? Sylva se esforzó por recordar temas más agradables... Otro aullido —esta vez del perro faldero de la vecina— y a continuación el grito estridente de su ama histérica. Exhausta. Como yo, pensó Sylva,

sintiendo ganas de rugir como la vecina, o mejor aún, de aullar como el perro. De pie en el suelo de linóleo, imaginó que se hundía en el fango, con los zapatos puestos, como cada mañana cuando se apresuraba para coger a tiempo el autobús que la llevaba hasta la última parada de metro, el metro hasta la estación del tranvía y el tranvía hasta la biblioteca.

Cogió una caja de cerillas. Esta era su ceremonia cotidiana: mano... cerilla... llama. Vela... flor... copa. En aquella época, cuando Praga se parecía a París... estaban sentados juntos ante una pequeña mesa redonda.

El teléfono, hay que responder, pensó Sylva, sombría, mientras escuchaba el timbre estridente. ¿Quién podía ser? Sólo acabar el sueño, acabar de representárselo mentalmente hasta el final, pensó, y se tapó los oídos con los dedos. No había nada que hacer, el teléfono le había interrumpido la película de manera definitiva. Había que recomponer los fragmentos...

—¿Diga?... Ah, buenas tardes, *Monsieur Beauvisage*. ¿Vienes ya?... No, no me he olvidado, ¡por supuesto que no! De verdad, Petr, ¡la cena está a punto! Hombre, puedes traer una botella de vino si quieres... ¿de Mělník? ¡Ni de broma! Sí, hombre, claro que te estoy esperando...

¿Por qué había dicho que la cena estaba a punto si no era cierto? Para liberarse, claro. Sylva sacó de la nevera una tabla de madera con tres o cuatro quesos, entre los que reinaba un camembert con su fabulosa capa de armiño, blanca como la nieve en la cumbre de la montaña.

Sesenta y siete años. En cinco o seis tendría que jubilarse definitivamente. Y la vida se acabaría. ¿Qué quedará de ella, única e irrepetible, de ella, que tocaba como un ángel al piano, no sólo los nocturnos de Chopin sino también a Schönberg y Berg? No la lloraría ni un marido desesperado, ni un hijo vestido de luto. No dejaría tras de sí ni un libro de poemas, ni un cuadro con un ramo de mimosas pintado al óleo. Sólo algunas velas en el fondo del cubo de basura, velas, testimonios de sus noches sin otra compañía que el ladrido de los perros.

De sus noches con él. Una flor en un jarrón, una mano, una cerilla, una llama en la penumbra, un sueño...

A los viejos les gusta elogiar los tiempos pasados. Qué ridículos son, al fin y al cabo...

Deprisa, ¡hay que vestirse! Sylva se enfundó una falda negra. ¿Para quién se vestía con tanto cuidado? Para sí misma. Dejó escapar un suspiro; se examinó: ¿no le quedaba aquella falda algo pequeña? ¡No! No en vano se dedicaba al yoga. El primer día la profesora les había dicho: «Los adeptos al yoga han de estar siempre tranquilos, relajados, además de amables consigo mismos y con los demás». Al oír esto, Sylva supo que continuaría con el yoga. No conocía ningún otro ambiente en Praga donde las personas fueran amables o estuvieran relajadas. Todo el mundo llevaba en el

trabajo y en el metro su ración de ansiedad, preocupación, envidia, miedo y aburrimiento. En cambio, Sylva, cada miércoles por la noche, iba a hacer yoga con personas que se esforzaban por convertirse en seres amables y tranquilos mientras intentaban la postura de la cobra o el león.

El timbre. Un último vistazo al espejo, Sylva se alisó las cejas pobladas y oscuras. Miró por la mirilla... Petr estaba de pie ante su puerta, con una impaciencia angustiosa fruncía las cejas y se arreglaba el pelo gris. Sylva abrió. Petr la abrazó con los ojos redondos que conservaban algo de ingenuidad, y su cara se encendió.

—¡Qué oscuridad! ¿Estás haciendo yoga? —dijo Petr mientras entraba y buscaba un interruptor—. ¿Encendemos la luz?

—¡No!

Sylva cogió la botella de su mano y observó la etiqueta: un vino joven de Mělník.

—No quedaba nada mejor —dijo Petr a modo de excusa al observar la expresión de desagrado de ella.

Sylva movió la cabeza, sonriendo como quien perdona la vida a un ser inferior. Repentinamente un pájaro comenzó a picar en su interior, abrió el pico y... Sylva sintió unas ganas locas de beber vino, una copa tras otra, beber y reír, encontrarse en París, olvidar el fango de la periferia de Praga, las caras malhumoradas, beber en compañía de un músico, un violonchelista, claro, brindar y observar desde lo alto de un restaurante en un primer piso los bulevares parisinos encendidos, y volver a brindar alegremente en medio de las luces de la metrópolis. Cogió el sacacorchos y abrió la botella. Ya se veía qué harían con la otra.

—¡Vámonos de viaje! —dijo Petr, cogiendo la copa de las manos de Sylva y presentando un prospecto de una agencia de viajes—. ¿Qué te parecería visitar España? Quizá nos darían los visados.

El mirlo en el interior de ella volvió a abrir el pico. Sylva se imaginó unas nubes doradas de mimosas, todo un árbol de mimosas, el vellocino de oro de los argonautas, un bosque de mimosas, encendidas al sol.

—¿En España hay bosques de mimosas como aquí los hay de abetos? —preguntó.

—Quizá sí, no lo sé... pero seguro que tienen bosques de palmeras.

—¿Y por qué ir a España, por qué no ir a París?

—Quiero conocer la Costa Brava, dormir en un hotel blanco y escuchar el susurro de las olas. Y después todo el día al sol.

Los dientes le brillaban a la luz de la vela, como si el sol del sur lo hubiera bronceado. Detrás de él, Salvador Dalí cogía el mar por un margen para descubrir qué había debajo. La Costa Brava... Iría a ver la casa de Dalí, y la tocaría con sus manos. Probablemente las paredes arderían de tanto sol. Sylva pondría la palma sobre un muro blanco y se dejaría impregnar toda por aquel calor dulce, para no sentir frío nunca más, ni cuando se levantaba de madrugada en medio de la oscuridad, ni cuando se apresuraba, aún despeinada, a través de los charcos hacia la parada del autobús, ni

por la noche, cuando hacía el mismo trayecto de regreso y a continuación abría la puerta de su pequeño piso húmedo. Bebió un buen trago de vino.

Petr se levantó y caminó a grandes pasos por la habitación; dos pasos hacia aquí, dos hacia allá, acarició con los dedos el casco que un día había protegido la cabeza de un caballero, luego tamborileó con los dedos en el pecho de la armadura. Sobre la silla que había junto a la ventana destacaban algunas hojas. Petr se inclinó para leer, más de una manera automática que por un interés real:

Ha llegado la época del olvido impuesto, la época oscura, de una ofuscación forzada, la época de caminar obligadamente ciego, mudo y sordo entre la oscuridad.

Mientras leía, Petr recordó que Sylva le había contado que una médico, a la que las autoridades permitían, muy de vez en cuando, participar en algún congreso científico en Europa occidental, le había ofrecido la posibilidad de llevar clandestinamente una carta para Jan y enviarla desde allí a los Estados Unidos.

Mientras leía, Petr se dio cuenta de que Sylva había buscado con dificultad las palabras más apropiadas, que con mucho esfuerzo había formulado las frases que describían su situación y la de todos ellos, ahora, cinco años después de la invasión soviética. Petr sintió que Sylva había escrito todo aquello a disgusto: se daba cuenta del alcance de la tragedia común, no quería que su hijo sufriera por ella y, sin embargo, se esforzaba en informarle con la máxima exactitud.

Probablemente ya sabes, Jan —decía la carta de Sylva—, que las nuevas autoridades comunistas, las neoestalinistas, han hecho retroceder la cultura veinte años, hacia las profundidades de los años cincuenta. Muchos escritores checos se han exiliado, del mismo modo que los músicos, los pintores, los directores de cine y los científicos más destacados. Es todo un éxodo checo. El otro día leí estas palabras en el samizdat: «A Sócrates, antes de obligarle a beber una copa llena de cicuta por haber ofendido a los dioses locales, le ofrecieron la posibilidad de exiliarse. El filósofo afirmó que prefería escuchar las leyes de su país; sólo después se exilió, a través del cielo griego, hacia el cosmos, donde ha vivido hasta ahora, como un ciudadano del mundo».

Yo siento algo parecido, hijo mío —continuaba la carta de Sylva—. Aun así, te agradezco de todo corazón tu invitación para que me reúna contigo en América y me quede allí. No sé si sabré transmitirte mis pensamientos con claridad. Durante toda la vida he obedecido órdenes, he cumplido los deseos de los demás: de este modo me iba perdiendo, poco a poco, a mí misma. No sabía quién era yo, cómo era y cuál era mi lugar. Mi manera de ser fragmentada me hacía daño, pero sobre todo hacía daño a los que me rodeaban. ¡Si supieras de qué cosas soy culpable! Mi primer marido se

suicidó, tu padre fue enviado al gulag siberiano por mi culpa, durante la guerra traicioné a mi país... y todo eso porque obedecía otras voces que las que debía haber escuchado. Me casé con un marido que no quería, hice que tu padre regresara a Rusia para probar que me quería y me hice ciudadana del Reich por miedo, porque me faltó el valor de darme cuenta de cuál era mi lugar en ese momento, cosa de la que mi madre no dudó. Ahora, por fin, parece que me he encontrado a mí misma. Creo que nunca más ningún dios podrá ordenarme que mate lo que más quiero.

Me he refugiado en mi interior, Jan —decía la carta—. Voluntariamente me he apartado de mis amigos y colegas, de las discusiones y debates culturales y políticos que organizan los disidentes en la más estricta clandestinidad. Quizá me lo critiques. Pero es que sólo confío en lo que pueda hacer por mí misma, intentar hacerme feliz con las pequeñas cosas de cada día. Me he atrincherado en mi soledad en la periferia de Praga como quien busca refugio en un monasterio, he huido del mundo con el que no tengo ningún vínculo en esta época en la que la hipocresía reina más que nunca. Durante las épocas más oscuras, la de Hitler y la de Stalin, la escala de valores morales se comenzó a deteriorar, ahora aquel proceso continúa, ya no sabemos qué es el bien ni qué el mal. En Moscú, el señor Semion, ¿te acuerdas de él, verdad, Jan?, me dijo que un hombre que ha sobrevivido al gulag o a otro tipo de exterminio resulta herido para siempre. El mundo que lo rodea es un exilio para él. Es un humillado permanente. Y la humillación es tan dolorosa como la tortura física a la hora de un interrogatorio, en la prisión o en un campo de concentración, sólo que es otro tipo de dolor. Me he refugiado en mi interior, como en una cartuja, del mundo que me humilla, que nos humilla a todos los que vivimos en este país. No me falta nada, dependo de mí misma, el cielo gris y lluvioso del otoño me hace la misma ilusión que una magnífica mañana resplandeciente. No me falta nada... No, a ti no te quiero mentir. Hay algo que sí me falta. Echo de menos la ternura.

—¿Qué hace tu hijo, Sylva? —preguntó Petr.

Sylva se mantuvo en silencio.

—¿Qué hace tu hijo, Sylva? —insistió Petr.

—Vive en América, es un matemático de renombre, especializado en cibernética. Investiga en el campo de los coches que funcionan con electricidad —dijo Sylva sin pensar.

—Un exiliado —suspiró Petr.

—Sí, un exiliado —repitió Sylva con la misma voz cansada.

—Tantos emigrantes... cuándo se detendrá el río de las personas que se van cada día, clandestinamente...

—Los comprendo —respondió Sylva reflexionando—. Quieren vivir a su manera, no según las órdenes. Y aquí no pueden hacerlo.

—Nos dejan debilitados.

Sylva guardó silencio mientras dejaba la huella de sus uñas en la cera que había caído de la vela sobre el plato.

—Este éxodo nos debilita. ¿No te sientes más débil, Sylva?

Sylva continuó dibujando con las uñas una flor, un trébol de cuatro hojas, un osito con las orejas redondas. Mentalmente se encontraba lejos de la conversación. La llama en la oscuridad se grababa en su mente.

—Tú ya debes haber cenado, ¿verdad, Sylvette? Así que me lo zamparé todo —dijo Petr sin esperar la respuesta de Sylva.

Su trabajo de vigilante en un aparcamiento lo ha cambiado, pensó Sylva, ya no es aquel *Monsieur Beauvisage*, tan elegante, con un regusto de poeta maldito. El entorno en el que vivimos nos ha cambiado a todos.

—¿No te parece que, con tantos exiliados, nos hemos quedado debilitados? ¿No te sientes más débil, Sylvette? —Petr jugaba con el último trozo de camembert en el tenedor antes de metérselo en la boca—. ¡Nam! —dijo.

Sylva quería irse. ¿Dónde tenía su bolso? ¿Y el abrigo?

¡Pero si estaba en su casa! No podía huir. Tenía que aguantarlo, costara lo que costara. ¿Cómo puede cambiar tanto una persona?, se volvió a preguntar.

—¿Cuánto te ha costado este queso francés que me he zampado en un santiamén? ¿Doscientas coronas? ¿Cuántas horas tengo que trabajar para ganarme este placer fugaz que no dura más que un par de minutos?

Petr cogió un lápiz y, dibujando cálculos complicadísimos al margen de una página de periódico, pretendía averiguar cuánto tiempo tenía que trabajar para ganarse dos minutos de voluptuosidad gastronómica, cuántos días, cuántas horas y probablemente cuántos segundos.

—Sabes, Petr, quien puede se va de aquí, escapa de este ambiente moribundo como quien huye de una plaga.

—No tenemos incentivos ni libertad, es cierto. Pero ¿y qué? Puedes disfrutar de lo que hay en tu interior.

—Con eso no todo el mundo tiene suficiente. ¿A quién le interesa tu trabajo, si nadie, en el fondo, quiere que trabajes? ¿Cómo se puede vivir así, y más aún si eres joven?

—Para mí es suficiente.

—Quizá para ti sí. Pero una persona joven necesita la confrontación con el mundo exterior, incluso para conocerse a sí misma. Y cuanto más amplia es esta esfera, mejor.

—Nuestros disidentes tienen suficiente con nuestro país. Escriben aquí sus novelas y reflexiones filosóficas para la gente de aquí. Y aunque no las pueden publicar, se esfuerzan por sonreír.

—Petr, el esfuerzo por estar alegre no es alegría, sino una mueca convulsa.

—Entre ellos hay amistad, lealtad.

—¿Entre quiénes? —sonrió Sylva con fatiga.

—Entre los disidentes.

—Amistad, sí, ahora que tienen un enemigo común. Pero si vivieran en libertad, ya verías como cambiarían esas relaciones cordiales.

—Eres una pesimista. No negarás que son personas que saben enamorarse y buscar el incentivo en el amor.

—En el gueto de los disidentes, la promiscuidad es un sucedáneo de las libertades ciudadanas fundamentales.

—Lo ves todo gris, no, negro, Sylvette —dijo Petr moviendo la cabeza.

—Los conozco bien, a tus disidentes, gracias a Helena, una joven violinista que ha perdido el trabajo en una orquesta por ser disidente. Hace tiempo era amiga de Jan. Entre ellos hay tanta tristeza como entre todos nosotros; tristeza, tedio, oscuridad.

—¿Tristeza? ¿Seguro? Yo diría más bien espíritu trágico, tragedia.

—No, Petr. Lo idealizas. Tragedia significa brío, vuelo, fogosidad, *pathos*, solemnidad. Nosotros vivimos en un vacío lleno de aburrimiento sin ningún tipo de majestuosidad.

—Hablas como si sufrieras una injusticia, Sylva.

—No, no es eso —Sylva miró la cera que continuaba cayendo al plato—. No siento ninguna injusticia del destino. Recuerdo sin desdeñarme de nada todos aquellos años de humillaciones, primero por parte de los nazis y ahora, desde hace un cuarto de siglo, por parte de los comunistas.

—Sylva, es bueno desdeñarse de lo que ha sido negativo en nuestras vidas.

Sylva no respondió hasta al cabo de un largo rato. Fue un grito, aunque susurraba.

—Si me desdijera de todos aquellos años... ¿qué quedaría de mi vida?

Petr objetó algo, pero Sylva lo oyó como el rumor lejano de los árboles. Miró la llama y su mente jugó con otra noche, muy lejana.

—¿Todavía sigues haciendo cálculos, Petr? —dijo sonriendo al ver los márgenes del periódico.

Petr apartó el periódico y el lápiz. Abrazó a Sylva. Su mirada se detuvo en los labios de la mujer.

—Sí, no dejo de hacer números. Es la deformación de una persona que se pasa el día cobrando dinero en un aparcamiento. Y también cuento los obstáculos que tendré que superar aún antes de tenerte... como yo quiero. Así.

Petr la abrazó ahora con fuerza. Sylva observó que estaba emocionado.

En cambio, ella no lo estaba en absoluto. Su mente seguía ocupada con otras imágenes.

Sylva se deshizo del abrazo de Petr.

—Siempre dices nuestro, nuestro —dijo—. Nuestros disidentes, nuestro país, nuestra nación. ¡Uf!

Sylva frunció el ceño. ¿Era capaz de querer una nación, un país, un colectivo? Y a continuación se oyó cómo decía:

—Déjame en paz con los colectivos. ¡Yo quiero vivir! ¡Quiero que me dejen vivir,



respirar! ¡Quiero ser yo!

—¿Perdón?

—¡Quiero poder ser yo, nada más!

—Yo sí creo en trabajar por un colectivo.

Sylva dijo para sí que le gustaba este *Monsieur Beauvisage* con los ojos brillantes... como entonces, en aquella época remota, en aquel castillo remoto.

—Vivimos en un cementerio, Petr, ¿no te das cuenta?

—¿Qué será de nosotros?

—Eres un actor trágico —Sylva dejó escapar una risa cansada.

—No, hablo en serio. ¿Qué pasará con nosotros?

Sylva bebió un buen trago de vino. Se acercó a la ventana y, mirando la oscuridad, dijo más bien para sí misma:

—Nos tienen dominados con el miedo.

—¿Con el miedo?

—Por medio del miedo nos mantienen en un estado de temor constante. Tenemos miedo de que nos castiguen. Que nos castiguen por un crimen o por una infracción que no hemos cometido. Sabemos que no lo hemos cometido y, aun así, tenemos miedo.

Petr miró la copa de Sylva, sin verla. Dijo:

—Sí, tengo miedo. Yo también. Pero sé que tendría que dejar de tenerlo, expulsar este obstáculo que se interpone en mi camino hacia la paz.

—No lo conseguirás, Petr. Todo el mundo tiene miedo. Siempre y en todo actuamos bajo la influencia del miedo. Y es humillante.

Petr abrió y cerró los ojos varias veces, descontroladamente. Sylva pensó que era un tic nervioso que le habría quedado de la época de la prisión estalinista.

Él dijo:

—Pero no te parece que...

—Venga, Petr, no te engañes a ti mismo. Nuestra vida no es nada más que una humillación con mayúsculas.

—Pero... quizá puedes ignorarlo y...

—¿Ignorar qué? ¿Ignorar que en cualquier momento te pueden quitar lo poco que te queda? ¿Ignorar que te han llegado a rebajar, a mortificar? ¿Que lo han conseguido?

—¿Qué quieres decir con que lo han conseguido? Conmigo no, Sylva.

—Contigo y con todos, Petr. Han hecho de nosotros lo que querían: unos seres rutinarios, absorbidos por los problemas de cada día, sin ideales ni ilusiones. Somos capaces de desvivirnos durante meses y meses por el deseo de unos visados para ir a España. ¿No te das cuenta de la energía malgastada que todo eso supone? Y mientras nos morimos por eso no nos dedicamos a las cosas que merecen realmente la pena.

—Sylva, te diré algo. No estarás de acuerdo, ya sé que me dirás que es una tontería, pero yo, francamente, lo siento así: incluso en la prisión se puede ser libre.

—Una bonita frase. Inténtelo, *Monsieur Beauvisage*.

—Eres maliciosa, lo sabía. No hace falta que lo intente. Lo sé. Mi trabajo consiste en cobrar la tarifa en un aparcamiento. ¿Sabes lo que más me gusta de ese trabajo modesto?

—No lo sé, la verdad. ¡Pero si te mueres de frío, si no te han puesto ni una cabina de protección!

—Lo que más me gusta de ese trabajo es el hecho de no tener que fingir nada. Si me apetece hablar mal del régimen, lo hago. En cambio, tu trabajo es diferente, claro.

Sylva miró hacia un casco de hierro forjado y fijó la mirada directamente en los ojos del caballero armado. La llama de la vela bailaba sobre el metal: el caballero había vuelto a la vida. La respuesta de Sylva iba dirigida a él:

—Sí, todo el mundo finge creer en la ideología comunista, los de abajo y los de arriba. Yo no. Me lo han quitado todo, me han desposeído de todo. No tengo nada. Por eso me siento libre.

—No entiendo tu lógica, Sylva.

Sylva volvió a responder dirigiéndose a uno de los caballeros armados que temblaba al ritmo de la llama nerviosa de la vela.

—Me han desposeído de todo, incluso del piano. Me han privado de la posibilidad de moverme, de viajar, me han quitado a mi hijo y a mi amor. Ya no me pueden quitar nada más. No soy nada, no tengo nada, no deseo nada. Soy libre. Quizá ésta es la ironía del régimen: te lo quita todo y así te hace libre.

Sylva esbozó una sonrisa melancólica y siguió:

—Petr, esta mañana encontré en aquel armario un álbum de fotos. Con muy pocos de los que aparecían en aquellas fotos podía encontrarme aún en las calles de la ciudad o en las salas de conciertos. Mi madre, mi padre, mi abuela, Bruno, el segundo marido de mi madre, todos están muertos. Jan y sus amigos más cercanos se exiliaron en los Estados Unidos, Canadá y Suiza. Con las fotos en el regazo me deslicé en un ensueño: tuve la sensación de haber ido a parar a la orilla del mar, donde sólo había sauces negros y arena negra bajo el cielo gris oscuro. En aquella arena cavé una fosa y la llené con la sangre de unos animales muertos que yacían allí en la orilla. Y de repente aparecieron las almas de las personas que ya no volveré a ver, y aquellas sombras deambulaban alrededor de la fosa llena de sangre. Los habitantes del reino de las sombras, los habitantes del infierno venían a mí, figuras en blanco, negro y gris que con dificultad se distinguían de la arena negra y de las rocas negras que encerraban aquella cala. En esa extraña procesión reconocí a mi padre, mi madre y mi abuela, a mi primer marido y a todos mis amigos. Y cuando las sombras de los muertos pasaron de largo, mi madre se detuvo y se dirigió hacia mí: «Te has ganado la ira de los dioses, hija mía».

La sombra de mi madre contemplaba el horizonte con Tiresias, el adivino ciego, que también estaba allí, no demasiado lejos de mi madre. Y Labios Negros —mamá —lentamente pronunció el veredicto; lo oí acompañado de un eco de ultratumba:

«Te has ganado la ira de los dioses, hija mía, porque no usaste la cabeza, sino que te dejaste arrastrar por las opiniones de los demás».

Yo añadí con un sollozo:

«¿Qué puedo hacer para reparar mi falta, mamá?». Pero mi madre no me oyó. Labios Negros continuó conjurándome con su oráculo:

«Tu amor, el padre de tu hijo, no ha abandonado la esperanza de volver a verte; a menudo llora por ti. Tu hijo cumple su destino, pero está solo. Solo, hija mía: busca amparo en el trabajo febril y ya se ha ganado prestigio mundial. ¿Y yo? El deseo de verte y la aflicción al comprobar que me habías olvidado cuando sufría en el campo de Terezín me acortaron la vida».

Mi madre se alejó, y con ella se alejaron también las demás sombras. Las personas que me conocían me habían saludado al pasar delante de mí y a continuación desaparecieron en la niebla.

Escucha, Petr: sólo la sombra de mi primer marido pasó en silencio, con la cabeza gacha. Incluso muerto me guardaba rencor y no me perdonaría por los siglos de los siglos.

—Te comprendo, Sylva —dijo Petr, aunque no la comprendía en absoluto, o quizá precisamente por eso. No podía comprenderla porque pensaba en otra cosa. Después de un rato de silencio añadió:

—En *La cartuja de Parma*, Stendhal habla de Fabrizzio, que, cuando está encarcelado en la torre, es más feliz que en libertad.

—Es una novela. No te dejarás influir por un disparate como ése, ¿verdad? La libertad es sinónimo de felicidad, al menos para los grandes espíritus.

—Sí que me dejaré influir, y con mucho gusto. Fabrizzio era feliz porque en la torre estaba su amor, Sylva.

—No un amor, una ilusión. No sea ingenuo, *Monsieur Beauvisage*, que ya no es un niño.

Petr se levantó para acercarse a Sylva. Se inclinó hacia ella.

—Sylva, ¿quieres que... quieres casarte conmigo? —dijo con una voz insegura.

Sylva pensó que Petr, ahora, tenía el mismo aspecto de hacía tiempo en el castillo, en una situación parecida. ¿O no había sido parecida la situación? ¿Cómo sucedió entonces?

Sylva permaneció inmóvil. Pensaba en aquella época en el castillo.

—¡Después de cincuenta años, Sylvette! —añadió Petr. De modo que él también pensaba en lo sucedido entonces, se dijo Sylva. Petr dejó escapar una risita para ocultar que se había atragantado.

Sylva se apartó de él, echó la cabeza hacia atrás y se hundió en la oscuridad del pasado, iluminada por las farolas del puente de Carlos.

De nuevo se liberó de los brazos de Petr para ir a sentarse a la mesa.

—Sylvette —repitió ella.

Como respuesta se oyó el ladrido y después el aullido de un perro. La ventana

temblaba por las ráfagas de viento. Sylvette, dijo ella a media voz. El viento susurraba al otro lado de la ventana, como si la amenazara. Sylva contempló largamente la llama, hasta que le hicieron chiribitas los ojos.

Lentamente aproximó la cara a la vela. Tomó aire y lo soltó en un soplo.

La vela se apagó.

Sylva se acercó a Petr.

—No soy Sylvette —dijo metálicamente en la oscuridad. Y añadió con el mismo tono—: Sí, me casaré contigo, Petr.

Desbocada, se precipitó a través de las tinieblas.

Un perro aulló en la calle. La luz gris anunció que había comenzado a clarear.

Al cabo de un rato, el primer autobús de la mañana había pasado tocando el claxon, y, durante un instante, iluminó la pared de la sala.

Me acerco a la pantalla que informa de las llegadas para ver si el avión de Helena ya ha aterrizado.

No hay ningún cambio.

¿Dónde estaba?

—¿Le han gustado el kebab y el arroz? —preguntó el camarero mientras volaba hacia el otro extremo del local.

Moví la cabeza indicando que sí e intenté sonreír con la boca llena.

—¿Y el vino, nuestro *shiraz*, acompañaba bien? ¿Otra botella?

El acento del camarero era tan extranjero que parecía que hablara en persa.

Volví a indicarle que sí.

Katia continuaba hablando por teléfono, sin entusiasmo. Cada vez se me hacía más evidente que quizá nunca llegaría a acostumbrarse a vivir en los Estados Unidos. Pensé en ella y en el pastel que me había preparado para mi aniversario, decorado con seis velas simbólicas; Katia, que, por Navidad, siempre llenaba la casa de plantas rojas y adornos multicolores; Katia, que iba a comprar al supermercado y preparaba la comida y fregaba los platos; Katia, que lavaba la ropa, la tendía y la planchaba; Katia, que hacía callar a Petr cuando yo trabajaba en mi estudio de casa; Katia, que en mis días difíciles me hacía masajes en la planta de los pies para tranquilizarme.

Daba gusto verla. Los hombres se fijaban en ella, y ella también en ellos; los observaba con los ojos entornados. Katia me estaba sonriendo. No, no era a mí. Aquella sonrisa coqueta acompañaba la frase «No te creo ni una sola palabra», que había dicho por teléfono.

Nunca le pedía a mi mujer ni a mi familia que me acompañaran a los congresos; siempre iba solo a todas partes. ¡Solo! Aquella palabra que antes temía me sonaba ahora a los frutos amargos del jardín de las delicias.

Incluso, no hace mucho, había ido a Praga, también solo. Tantas veces me habías hablado, mamá, de los cafés de Praga, de sus guardarropas donde colgaban largos abrigos de invierno. Había ido a Praga para disfrutar de los diferentes ambientes que se creaban en torno a las mesas del café y, sobre todo, para imaginarme, sentada en una de ellas, a la pianista Sylva von Stamitz: un cigarrillo con una boquilla larguísima en los dedos de una mano, delante de ella una copa alta donde chispea un vino de color granate a medio beber.

Y pasaba las horas allí, porque podía estar solo y disfrutarlo, pero no me sentía solo. Quizá también buscabas allí una soledad llena de gente, de sus conversaciones, de sus emociones. Quizá también habías sido una extranjera en tu propio país.

Un día, pues, estaba en un café donde colgaba un cuadro con una ninfa verde y desnuda que se había sentado en la mesa de un señor muy correcto. Mientras miraba el cuadro, pensé en algo completamente diferente, en la fábula de Esopo sobre el grajo y los cuervos. Un grajo, que era más grande que el resto, decidió irse a vivir con los cuervos. Como explicación, dijo a los grajos que abandonaba que sólo ellos, los cuervos, eran una compañía digna de él. Pero no gustó a los cuervos, que encontraron sus plumas feas y su voz desagradable, y lo atacaron a picotazos. El grajo, al final, quiso volver entre los suyos; pero ya no lo quisieron. Así que ya no tenía ahora a nadie que lo aceptara. Era un extraño en todas partes y enfermó de soledad.

Conozco muy bien esa sensación.

Estaba sentado en un café, entonces, ante un gran cuadro de una ninfa y un señor vestido de frac. Aparté los ojos de mi lectura y busqué con la mirada si en algún lugar descubría a Helena. Me llamaron la atención tres hombres con el pelo blanco, sentados en la mesa de al lado. Dos de ellos eran casi calvos, el tercero hacía ondear su melena. Dos de ellos... ¡sí!... ¡habían sido compañeros de trabajo! Habían pasado treinta y cinco años, pero creí reconocerlos aún. Eran mayores que yo, y sus elegantes trajes con corbata hacían lucir su buena presencia. En aquel café el trío parecía venido de un mundo diferente, del mundo antiguo, quizá de la Praga de entreguerras. Probé el vino blanco y me dejé llevar por sus voces: las voces de Antonín, Pavel y Dušan.

—En Holanda han descubierto la manera de mantener viva la conciencia de alguien que acaba de morir.

Pavel bebió un trago de su coñac, se acarició la calva como quien se alisa el flequillo despeinado y miró para asegurarse de que la frase había hecho el impacto deseado en sus amigos.

A Dušan, evidentemente, no le hizo ningún efecto, ninguno. Miró fijamente, primero a la ninfa verde desnuda y después deslizó su mirada sobre la cortina —era de encaje y estaba gris por el humo del café— que el viento primaveral de Praga hacía ondear en la ventana abierta.

—¿Mantener la conciencia de los muertos? —dijo Dušan en voz baja, más para sí mismo que para los demás—. Sólo les faltaba eso a los muertos. ¡Pero qué barbaridad!

Un ataque de tos lo hizo callar. Cuando se le pasó, Dušan lanzó a sus amigos una mirada de disculpa, pero, en aquel café ruidoso, parecía que sus compañeros de mesa no se habían fijado en su ataque de tos y seguramente tampoco habían escuchado sus palabras.

—No es exactamente como dices —Antonín dejó de leer el editorial en el periódico y sacudió con energía la ceniza del cigarro. En Holanda no han descubierto la manera de mantener viva la conciencia de alguien que acaba de morir. No. Sólo han estudiado qué pasa después de la muerte y han encontrado que la conciencia no se pierde enseguida. Yo también lo he leído.

Antonín golpeó con los nudillos la autoridad indiscutible: el periódico.

Quizá para disimular su falta de memoria, Pavel agitó la mano en dirección al camarero y le indicó, con un gesto, que quería otro coñac.

—Pienso en mi muerto —dijo Dušan de repente, mientras seguía con los ojos la cortina que ondeaba y esparcía polvo que sólo se veía a través de los haces de luz—. Tenía el mismo nombre que yo, Dušan, y su padre también se llamaba Dušan. Los rusos tienen una palabra para indicar este tipo de dobles homónimos: *tiozka*.

Un nuevo ataque de tos sacudió el cuerpo de Dušan, que apartó la cara de sus amigos. Cuando dejó de toser, se quedó inmóvil un momento para retomar aire. Respiró profundamente y observó la cortina que ahora se inflaba y esparcía polvo a su alrededor.

—¿Quieres que cierre la ventana? —se ofreció Pavel.

—No hace falta, el aire nuevo de primavera, mmmm —dijo Dušan—. Tenía setenta años, mi *tiozka*. En nuestro instituto había un compañero que se llamaba Kočí. Antes de llamarse Kočí había tenido un apellido largo, alemán, pero se lo cambió por uno corto y checo. El colega Kočí no era tonto del todo, pero tampoco era muy brillante: la mediocridad en estado puro, vaya. Desde el comienzo de nuestra colaboración en el instituto fue evidente que en sus trabajos científicos —si es que sus refritos mezclados de cualquier manera se podían llamar así— el colega Kočí se inspiraba en los textos que había publicado mi homónimo. Como en todas partes durante los años del comunismo, en nuestro instituto a menudo organizábamos reuniones: cualquier cosa que se discutiera era enfocada desde el punto de vista de la ideología única. Ya lo sabéis. Un día el colega Kočí dijo en una de aquellas reuniones sobre el *tiozka*". «Camaradas, en mi opinión tendríamos que rebajar al camarada XY —es decir, al *tiozka*— a un puesto de menos responsabilidad. En la dirección no necesitamos a personas que no sólo no son miembros del partido, sino que además no respetan de manera activa nuestro régimen político y nuestra ideología». Nadie protestó; era impensable, ya lo sabéis. Teníamos miedo, por supuesto. Nos habríamos jugado el puesto, nuestro futuro como investigadores y el futuro de nuestros hijos. Tienes razón, Pavel, eso no es ninguna excusa. No lo es, en absoluto. Pero ¿quién puede considerarse libre de culpa? El *tiozka*. Él sí. Después de esta intervención de Kočí, le obligaron a abandonar el puesto directivo que ocupaba y, después de la invasión soviética de 1968, lo expulsaron del trabajo. Pero el *tiozka* continuó investigando y escribiendo sus artículos, eso sí, y no sé exactamente cómo, pero se mantenía al corriente de los últimos avances científicos que había en Occidente. ¿Cómo se ganaba la vida? Trabajaba en las canalizaciones en las montañas del norte de Bohemia, ya lo sabéis. Y por las noches, en una caravana, estudiaba y escribía. Me daba a leer sus artículos, que no podía publicar en ninguna parte, y seguramente se los daba también a otras personas, porque pronto sus reflexiones y sus análisis aparecieron recogidos en aquellas mediocridades del colega Kočí que él llamaba artículos académicos. Y nuestro director... ¿Me preguntáis quién era nuestro

director? ¿No lo habéis adivinado? ¡Después de la invasión de 1968, el colega Kočí se convirtió en el director del instituto, por supuesto! Bien, continúo: así que no pasó mucho tiempo y el colega Kočí ya insertaba en sus artículos pasajes enteros de los estudios de mi *tiozka*, naturalmente sin citarlos.

Con la llegada de la democracia —prosiguió Dušan—, el colega Kočí se quedó en su lugar, pero tuvo que admitir que el *tiozka* regresara. Sí, las nuevas autoridades democráticas obligaron a Kočí a hacerlo. Y después, Kočí reprochaba constantemente al *tiozka*, una y otra vez, que durante su ausencia del instituto, mientras se dedicaba a un trabajo físico, se había abandonado y actualmente sus métodos no servían para nada. Pero, eso sí, cogía los artículos y durante años los guardó en su cajón. Sin publicarlos, claro. De modo que el *tiozka* volvió a escribir para el cajón, con la diferencia de que antes de la caída del muro escribía para su propio cajón, cuyo contenido alguien saqueaba de vez en cuando, mientras que durante la democracia escribía únicamente para un cajón de otro al que nadie acudía jamás. El *tiozka* lo sabía. Enfermó de tanta impotencia. Pero ¿por qué cuento esto? ¿De qué hablábamos?

—Me parece que has comenzado a explicar el entierro de tu homónimo —dijo Antonín.

—Hablábamos de la vida después de la muerte. Gracias —sonrió Dušan y tosió—. Asistí al entierro del *tiozka*. Ante su ataúd hablaba el director del instituto, el colega Kočí. Largamente, detalladamente y con grandilocuencia halagaba la vida llena de méritos del muerto. La gente lloraba, vi las lágrimas.

Las gafas de Antonín relampaguearon en dirección a Dušan. Antonín se rascó la mejilla:

—¡Qué cara! ¿Y no protestaron sus amigos, los conocidos, la familia?

Dušan observó la cortina, cuya orilla gris acababa de acariciar la cabeza de un hombre sentado junto a la ventana. Tomó aliento y dijo con voz ronca:

—La mujer del difunto, la mujer del *tiozka*, estaba sentada delante de mí. Suspiró sonoramente y dijo: «¡Qué discurso tan bonito!».

El camarero trajo la cuenta a los tres clientes y les pidió que pagaran la consumición porque se acababa su turno. Antonín comenzó a leer la columna del periódico mientras se acariciaba la calva. Dušan observó la cortina de encaje gris.

¿De qué hablábamos, mamá, antes de recordar la charla de aquellos tres hombres? Ah, sí, del hecho de que un emigrante suele estar solo en el nuevo país. Mi amigo Bill me dijo un día que la felicidad consistía en que alguien nos comprendiera.

En Praga visité a mis antiguos amigos, cené con los ex colegas y compañeros de escuela. Todo lo que encontraba me resultaba pasado, como si perteneciera a otra vida; ¿lo entiendes, mamá? Mis conocidos me explicaban su vida, aquellos veinte años de podredumbre que se había instalado en el país después de la invasión



soviética: una época gris y llena de humillaciones, en todas partes, en las tiendas y los tranvías, en las oficinas y durante las vacaciones, en el trabajo y en los restaurantes. Me interesaba conocer los detalles; ellos me respondían: «Tú no lo has vivido con nosotros, tú no tienes nada que ver».

Creo que todo el mundo deseaba que me sintiera culpable. Mis conocidos no querían oír hablar de la soledad de un exiliado en el país donde le ha tocado vivir, de su marginación, de su parálisis por el desconocimiento o el mal conocimiento tanto del idioma como del fondo cultural. No querían oír hablar de que el exilio es una enfermedad incurable. Mis conocidos se complacían en pensar en lo superiores que eran ellos, unos hombres fuera de lo común por haber sido víctimas de una dictadura implacable y haber sobrevivido, abandonados de todo el mundo, mientras Occidente se enriquecía y enriquecía. Eran las grandes víctimas del siglo XX, y ahora el mundo entero estaba en deuda con ellos, tenían todo el derecho a que les fuera devuelto de repente todo lo que durante tantos años les había sido robado. Ahora se sentaban y esperaban la justicia de la Historia. Y yo les dejaba hablar, en silencio, sin hacer preguntas, asintiendo con la cabeza, porque las historias de mis amigos me interesaban de verdad.

En Praga intenté descubrir el enigma de tu muerte repentina, mamá; a tus setenta y pocos años tu muerte fue prematura; de hecho, toda muerte lo es. Me dijeron que, por un desgraciado accidente, te intoxicaste con el gas de una estufa, con un amigo. Nadie supo decirme nada más. Me gustó el hecho de que, en tus últimos días, tuvieras un amigo. ¿Quién era? Me imagino un señor distinguido, delgado, con el pelo blanco, aquel que me presentaste cuando era pequeño: el tío Petr. ¿Era él, mamá? Nunca lo sabré.

Al llegar a Praga me di cuenta de que no tenía adónde ir, porque tú no estabas en ninguna parte. Hasta entonces me había imaginado, desde mi despacho solitario, que sería suficiente con ir a Praga para oír tu voz y ver tu mirada solícita, una mirada, mamá, que descubría rápidamente lo que ocultaba la expresión con la que yo deseaba encubrir lo que sentía. Desde entonces nadie ha tenido ningún interés en quitarme de la cara la máscara de investigador reconocido y marido feliz. En Praga, la misma noche de mi llegada, fui al piso donde tú y yo habíamos vivido; ahora lo ocupaba un hombre que no me dejó entrar. Sólo entonces comencé a comprender que, si quería estar contigo, no me quedaba otra opción que hablarte como ahora. Fui también al castillo de tu infancia. Un guía mostraba a un grupo de turistas vuestras arañas de cristal veneciano, vuestras copas de cristal tallado de Bohemia, los cubiertos de plata y los armarios japoneses que habían pertenecido a la abuela de tu padre. En aquel castillo antiguo, la imagen que yo tenía de ti adquirió una especie de solemnidad y grandilocuencia, una belleza distante, casi extraña. Te veía de pie en medio de esas paredes cubiertas por cuadros de los antiguos maestros holandeses, noble, distante, inabordable. Te impregnó la atmósfera de aquel castillo que, como todo lo que pertenece a un pasado remoto, parece incuestionable, absoluto, de una sabiduría

incomprensible e irrecuperable.

Tu muerte, mamá, ¿fue un suicidio? Nunca lo sabré con certeza. Eras una mujer fuerte, lo tuviste que ser para criar sola a un hijo en la época estalinista y para aceptar pasar la vejez en soledad, sin la ayuda y la ternura de un marido o un hijo; había que tener una fuerza interior extraordinaria. Y quizá fuiste firme también en la muerte, si es cierto que tú misma elegiste la manera y el momento.

En aquella tarde de viernes, una tarde como otras tantas, cuando me dirigía desde tu castillo hacia Praga, mientras el sol se vislumbraba entre las nubes bajas de plomo, me di cuenta de que en aquel momento, para mí, una vida se acababa y comenzaba otra. Sí, mamá, también a los cincuenta años la vida se puede acabar y comenzar de nuevo. Regresé a la ciudad con el coche de alquiler, avanzando por pequeñas carreteras bordeadas de manzanos, y sentí que había renacido, no necesariamente a una vida mejor, pero sí diferente, en la que tú no estarías. Con nostalgia, casi dolorosamente, se apoderaron de mí los perfumes, los sabores y la atmósfera que años atrás había experimentado contigo: la taza de chocolate de los domingos, el humo que desprendía y que yo imaginaba que iba a mezclarse con las nubes pesadas del otro lado de la ventana; nuestros paseos por el Petřín cubierto de hojas, tú tarareando una melodía de Janáček, creo que una del ciclo que habla del camino tapizado de hierba; y los domingos por la tarde, las visitas a aquel pequeño mundo, curiosamente mantenido, de las casas de las amigas de tu madre donde yo descubría, en aquellos años cincuenta uniformemente oscuros, el hechizo de la Praga de antes de las dos guerras: los pasos frágiles de las ancianas que las pesadas alfombras silenciaban, el gesto respetuoso con el que los comensales se trataban, el juego de porcelana de Sèvres, el líquido ámbar que, mientras me lo servían, producía una música que se amalgamaba con las finas melodías de las *fantasías* de Schubert que, infaliblemente, alguien tocaba al piano.

Avancé en coche por la estrecha carretera, dejando atrás los pequeños pueblos con unos nombres melancólicamente hermosos, y me di cuenta de que la vida a la que acababa de nacer, aquella en la que tú no participarías, se llenaba sin embargo de los olores y los sabores y la atmósfera que habíamos vivido juntos. Me di cuenta de que, para que uno pueda evocar las sensaciones más profundamente enterradas en su interior, necesita una distancia: la distancia del espacio y del tiempo; pero también, y más importante, la distancia que entre el presente y las vivencias del pasado interpone la muerte.

Pero volvamos al presente. Estaba, pues, en el restaurante con mi familia. Petr me hacía burla y me sacaba la lengua para que su madre no lo viera.

Katia hablaba por el móvil, tenía voz de aburrimiento. Hace poco, cuando Katia había visto una foto de Helena, había hecho un gesto de desagrado. Con una mueca de indiferencia, con superioridad, apartó aquella foto.

La foto había caído de un sobre que llegó después de mi regreso de Praga; contenía una carta o, mejor dicho, una nota escrita con aquella letra que me resultaba tan familiar y que observé con tanta ternura:

«Ya sé que has estado en Praga. ¡Todo acaba sabiéndose! ¿Por qué no me has avisado, traidor? Entre otras cosas, tengo un regalo para ti: una especie de dietario o de memorias que tu madre me confió poco tiempo antes de morir y que me pidió que te entregara».

El sobre también contenía el recorte de un periódico con una foto de Helena tocando, otra vez, en Sarajevo. «¿Te recuerda algo esta foto?», había escrito Helena al margen del papel de periódico.

En ese momento Katia esbozó un gesto de desprecio: «¿Así que es... ésta?», dijo como si observara un monstruo. ¿Era porque a los ojos de una joven de treinta y siete años, los de Katia, una mujer de cincuenta y seis es poco menos que un hombre de Neanderthal?

Yo pensaba todo lo contrario. Helena no había cambiado: a sus cincuenta y seis años ya no era una joven-primavera, sino una mujer-verano, la diosa de las cosechas. Helena era la mujer de las cien sonrisas, la señora de las mil miradas, la violinista de las diez mil melodías.

Helena me anunciaba que, dentro de poco, el cuarteto en el que tocaba haría una actuación en los Estados Unidos y que ella personalmente me traería tus memorias, mamá.

Decidí viajar a Nueva York, al aeropuerto, para recibir personalmente a Helena. Solo. Con una flor.

Katia no está contenta, ni ahora, después de que...

Desde el principio me reprochó el hecho de rechazar la colaboración con la industria del automóvil donde tendría un sueldo incomparablemente más elevado, y me castigaba por mi negativa con su silencio obstinado que en ocasiones duraba días enteros. Y yo también me empecinaba, ¡en aquella cuestión no daba mi brazo a torcer!

¿Que fui testarudo? ¿De verdad? Pero si al final había cedido aceptando una colaboración, al menos parcial...

Pero no dejé la universidad, ¡me mantuve fiel a mí mismo!

No la dejé, pero la colaboración con la industria del automóvil me ocupaba tanto tiempo que sólo con un gran esfuerzo físico y mental pude continuar manteniendo un buen nivel científico. Sin embargo, presentía que no podría hacerlo para siempre. Katia insistía en que necesitábamos más dinero.

Y luego, un día...

—*¡Next stop: Detroit!*

La voz del piloto había despertado a Katia en el avión que hacía la ruta de diversas ciudades del Midwest.

Danielle, una colega de París, con una copa de champán en la mano, estaba sintiendo deseos de bostezar. Su mirada se deslizaba de una persona a otra; en aquella recepción que había organizado la Ford Motor Company había descubierto a más de una persona influyente con quien estaba interesada en conversar. Pero no podía librarse de uno de los anfitriones que no paraba de hablar. Sólo cuando un joven con bigote rubio se lanzó hacia el charlatán, Danielle y yo nos escabullimos para ir a hablar con otros colegas que formaban pequeños grupos. En aquel momento vi a Katia. Si había venido con ella, ¿cómo había podido olvidarla? Katia llevaba una minifalda con un estampado de leopardo. Además, se había puesto un largo collar de perlas. Su apariencia más bien artificial contrastaba con la sencillez de la parisina: un vestido largo gris con un fular de seda de color fucsia.

Katia se divertía con un par de hombres: lanzaba miradas hacia el techo, después hacia el suelo, luego a los ojos o los labios de un hombre o del otro. Sostenía en la mano un montón de papeles que mostraba riendo. Aproveché el momento en que Danielle hablaba con la mujer del director general de la empresa para echar un vistazo a los papeles de Katia. Parecían los planos de un edificio.

El bronceado, uno de los hombres que acompañaba a Katia, me soltó:

—¿Te diviertes, John?

El deportista me dio un golpecito en la espalda:

—Una fiesta magnífica, ¿verdad, John?

—Sí, sí, John se divierte estupendamente, ya lo sabemos —dijo Katia lentamente, con frialdad.

—¿No encuentras fantásticos los canapés, John?

—¿Ya has probado los *taco chips* con sabor indio? —interrumpió el deportista al otro.

—No digas tonterías, si el sabor es japonés —protestó el bronceado.

—¿Te diviertes, verdad, John? —dijo el deportista dándome otro golpe en la espalda.

—Más o menos. Un colega suyo me contaba sus aventuras en mi país —dije mientras me esforzaba por ver lo que había en los planos que Katia estaba dejando en una carpeta.

—¿En mi país? ¿Verdad que has dicho «en mi país»? —preguntó el bronceado.

—¿Todavía dices «en mi país»? —se extrañó el deportista.

—En mi país, ¡guau! —repitió el bronceado—. Pensaba que tu país era éste,

Estados Unidos.

—¿Qué problema hay con los Estados Unidos, por qué no puede ser tu país? —el deportista se extrañaba cada vez más.

—Ninguno. No hay ningún problema. Sólo que aquí no he pasado mi infancia. Y mi madre nunca ha estado aquí. Se trata de eso, ¿sabes? —intenté explicar mis sensaciones.

—Pues olvídalo, olvida el país donde naciste y sé americano. ¡Venga!, ¡bienvenido al club! Te aceptamos encantados —rió el deportista.

Sonreí guiñando un ojo en dirección a Katia. Pero mi mujer no me correspondió. Puso cara de burlarse de mí.

—Mira —el deportista se dirigió al bronceado—, ahora que John tiene un país y un hogar, ya le podemos revelar el secreto, ¿qué te parece?

—John —comenzó el deportista solemnemente.

—En esta nueva vida, en la que tendrás un país y un hogar, también habrá... —proseguía el bronceado mientras reflexionaba en lo que debía decir.

El deportista le ayudó:

—Poseerás...

—Tal como exige tu estatus...

Me pareció encontrarme en una película fantástica. Comencé a tener una sospecha terrible. Me atraganté al tomar un sorbo de champán.

—¡John! ¡Tendrás una casa grande! —exclamó el deportista.

—¡Con piscina!

—¡Nos invitarás allí!

—¡Un jardín!

—¡Organizaremos picnics!

Volví a atragantarme.

—Te espera una nueva vida.

—Una *vita nuova*. ¿Es así como lo decís en Europa? ¿Lo he dicho bien?

—Calla, si es americano, no digas tonterías.

—Es la cerveza. ¡Una *vita nuova*, John! Una casa magnífica, ¡qué envidia!

—¡También a mí me da envidia!

—Suerte que no la ha visto mi mujer; si no, también querría una como la tuya.

—Y también mi mujer.

—John, hoy es el gran día de tu vida. Tienes una casa nueva. Para pagarla, el banco ya te acaba de conceder una hipoteca para veinticinco años.

—¡Con un poco de suerte podrás acabar de pagarla aún en esta vida! —reía el bronceado.

—Tu mujer te ha traído una sorpresa, John. ¡Los planos! ¡Sí, los planos de tu nueva casa que ya han comenzado a construir!

—¡Con un poco de suerte podrás acabar de pagarla aún en esta vida! —el bronceado repitió riendo su broma—. Pero no te preocupes. Todo está preparado.

—¡Nosotros también tenemos una sorpresa para ti, John! —brilló el deportista. Y anunció solemnemente—: Hemos traído para ti un contrato para trabajar directamente aquí, ¡en la Ford de Detroit!

El deportista lo dijo con un tono de voz como si fuera el presidente de la Academia sueca y me acabara de otorgar el Premio Nobel.

Katia sacó los planos y los contratos y ambos hombres comenzaron a desplegarlos ante mí.

Bebí un trago de champán.

El fular fucsia cortó el aire denso de la fiesta y desapareció.

Tras la recepción en Ford, cogimos un taxi.

—¿Te lo has pasado bien, Katia?

Ninguna respuesta.

—¿Estás cansada?

Silencio.

—¿Quizá no te encuentras bien?

Esta pregunta también se quedó sin respuesta. Tratándose de Katia, este tipo de silencio significaba que yo había hecho algo mal.

—¿Te duele la cabeza, quizá?

Sin respuesta.

—¿Puedo hacer algo por ti?

El silencio fue su única respuesta.

Ibamos en un taxi hacia el hotel Hyatt Regency, donde nos habían alojado en Detroit. El silencio se interpuso entre nosotros como una montaña de hielo. No era la primera vez.

Al día siguiente me desperté temprano. Katia dormía aún. Me acerqué a la ventana. El frío helado había dibujado en el cristal imágenes chinas en miniatura: acantilados con pinos, ramas nudosas llenas de flores. Me quedé embobado. Contemplé aquella maravilla, aquel dibujo hecho con tinta blanca sobre papel de arroz. ¡Cuántos detalles cotidianos me había perdido por las llamadas grandes tareas!

¿En qué me he equivocado?, me pregunté. ¿Cuál ha sido mi decisión errónea?

En el cielo gris blanquecino con un asomo dorado de Detroit, los copos de nieve dibujaban centenares de arcos; me imaginé un bosque de invierno y una tempestad de nieve rusa; vi una ventana de madera pintada en medio de un bosque de abetos y, en la ventana, los ojos grises de una mujer que buscaban a alguien... ¿Adónde han ido a parar aquellas heroínas rusas, aquellas Tatianas y Natashas, las Sonias y Dunias, las protagonistas de Pushkin, Tolstói y Dostoievski, mujeres que los hombres no podían dejar de venerar? ¿Dónde están aquellas mujeres, transparentes como copos de nieve, aquellas jóvenes que cantan liturgias ortodoxas como ángeles de las pinturas renacentistas?

Los copos de nieve se precipitaban como centenares de bailarinas con sus vaporosos tutús en un escenario gigante. Muchos héroes rusos acabaron logrando la

paz. ¿Qué tengo que hacer yo para conseguir la calma? ¿Tengo que ser duro e inflexible, o mejor blando y dócil? Un árbol rígido se rompe con el viento, solías decir, mamá.

Resolví mi dilema de acuerdo con mi naturaleza: si aquella mañana Katia se mantenía en su silencio obstinado, yo también conservaría mi posición inflexible; si, por el contrario, se despertaba de un humor amable y comunicativo, intentaría llegar con ella a un punto intermedio.

Durante el desayuno, que hice traer a la habitación del hotel, Katia acabó confesándome que el día anterior la había medio olvidado por otra mujer.

El fular fucsia dividió la habitación por la mitad para, finalmente, detenerse justo en medio y caer al suelo.

Estaba cansado.

Estaba tan cansado que cuando Katia me puso delante los formularios que tenía que firmar, tomé la pluma de su mano. Firmé todos los contratos, tanto el de la casa como el de la hipoteca y el del trabajo en Ford con dedicación completa. Deseaba paz, la paz del exiliado, la del que hace lo que su nuevo país le dice que haga.

Katia se sintió visiblemente aliviada, pero al cabo de un rato su cara volvió a adoptar la expresión de aburrimiento habitual en ella.

Comimos en silencio unos huevos con beicon y los acompañamos con un café templado. La mañana se iba oscureciendo, ¿o ya se había hecho de noche? Los copos de nieve ya no bailaban; estaban empapados de agua y caían al suelo, pesados. Pero yo no los veía, sólo los intuía, porque hojeaba el periódico *Detroit Free Press*.

Katia se levantó de la silla y se fue al lavabo. Su cara y su voz anunciaban al mundo: Soy una víctima. Antes, las mujeres eran víctimas de la violencia, ahora, en nuestro mundo civilizado, son víctimas de una indiferencia brutal. Yo, una mujer sola, que ha nacido para dedicarse a algo más elevado, soy una mártir, sí, de la apatía de mi marido y de los hombres saciados que ha producido la civilización occidental. Y del futuro de mi hijo.

Y tenía razón.

Acepté aquello que durante décadas me había negado a hacer. El bronceado y el deportista se frotaron las manos con satisfacción y aplaudieron como niños. Seguramente, mi claudicación les reportaría alguna recompensa y la felicitación de sus superiores.

Trabajo para la compañía Ford, cada semana me desplazo en coche o en avión a Detroit. Casi no me queda tiempo para mis investigaciones científicas.

Tenemos una flamante casa nueva con piscina. Katia ha llenado las paredes con reproducciones de Monet y Manet en marcos dorados. En los estantes y las vitrinas

no queda ningún espacio vacío, hay objetos dorados por todas partes, además de las cajas pintadas y esmaltadas rusas, los iconos en miniatura, los paños bordados, los platos pintados y decenas de fotografías: Katia se baña, con un bikini naranja, en Lake Placid; Katia esquía en Vermont; Katia con vestido de noche en la Metropolitan Opera House de Nueva York; Katia con Petr en la piscina; Katia en una recepción en Washington, de mi brazo; Katia haciendo esquí acuático en Lake George; Katia jugando al golf en Cape Cod; Katia con un vestido de verano, amarillo como las alas de una mariposa.

El camarero nos sirvió unas bolitas orientales, probablemente muy recargadas, y llenó nuestras dos copas con un vino casi negro. Katia llegó con el móvil pegado al oído.

Mamá, estos días, cuando me retiro a mi estudio, ya no pienso casi en mis investigaciones. A veces reflexiono sobre mi vida, sobre estar arraigado en mi soledad y ser extraño y taciturno y no pertenecer a ningún lugar. En los Estados Unidos puedo vivir, y vivo aquí de una manera no demasiado interesante pero cómoda, aunque no tengo nada que me ate. En Praga no podría vivir, porque me siento emocionalmente atado y encuentro una injusticia cruel a cada paso.

¿Preguntas por mi trabajo? ¿Si me siento arraigado en mi trabajo? No me hables de eso, mamá, te lo suplico.

Te contaré lo que me pasó el otro día.

En un congreso internacional en Los Angeles me encontré con el célebre matemático McMasters del Massachusetts Institute of Technology, cuyo trabajo admiro por encima de muchos otros. Al verme, el profesor, con una copa de champán en la mano, se apartó del grupo que le acompañaba.

—Querido profesor Stamitz —se precipitó hacia mí—, ¡qué alegría verle! Recuerdo perfectamente sus investigaciones de los años setenta y ochenta referentes a la función discontinua de las coordenadas. Después de sus primeros pasos, muchos de nosotros hemos continuado desarrollando esta área que parece tan prometedora. Perdona, quizá lo he pasado por alto, pero últimamente echo de menos sus artículos en nuestras revistas. Seguro que es culpa mía. Me gustaría informarme de sus últimos resultados.

McMasters bebió un trago de su copa de champán, maquinalmente, sin darse cuenta, tan concentrado estaba en nuestra conversación, y prosiguió:

—Me gustaría compartirlo con mis colegas. ¿No querría usted pronunciar una serie de conferencias en nuestro instituto?

Su invitación me hizo mucha ilusión y, a continuación, puse al profesor McMasters al corriente de los últimos resultados de mi trabajo: había encontrado



muchas aplicaciones de mis artículos teóricos en la práctica, había adaptado mi teoría del control a los motores de los coches eléctricos, todo esto para Ford. Otra aplicación interesante a la que me había dedicado era el control automático de los motores Diesel; se trata de un modelo no lineal, de orden elevado y con muchas incertidumbres.

El profesor McMasters me miró como si no me reconociera. Pensé que lo que le había enumerado no le había satisfecho lo suficiente, de modo que añadí el control climático en los automóviles comerciales. Y le ofrecí:

—Cuando quiera, estoy a su disposición para discutir estas cuestiones con usted y sus colegas. Esperaré con ilusión que pronto me avise.

El célebre profesor casi me interrumpió:

—Gracias, profesor Stamitz, pero...

Hizo una pausa muy larga. Después acabó su frase:

—Pero... Yo me refería a otro tipo de cosas. No sé si me explico.

No sabía qué responderle. Pero el profesor cambió el tema de la conversación: Durante la jornada de ayer, ¿no había exagerado el presidente del congreso los métodos de simulación?

—¿Los métodos de simulación? —no le comprendí—. ¿Cuáles? Ah, sí, bueno, quizá tiene usted razón. Escuche...

Pero el célebre matemático ya se despedía de mí:

—Me alegro de que usted se haya acostumbrado al nuevo ambiente, el de la industria. Si vuelve a publicar un artículo puramente científico, matemático, mándemelo.

Y huyó. Yo ya no le interesaba, porque no le interesaba la industria. Él es un verdadero científico, un investigador puro, como lo había sido yo.

¿Quién soy yo?

El que ha abjurado incluso de su último refugio. Del trabajo científico. De su gran «No».

Me había casado con una buena chica, tal vez; la hija de un alto funcionario de la KGB, que tiene en su conciencia miles de vidas humanas, de personas inocentes, hombres y mujeres como mi padre. ¡De qué cosas es capaz el ser humano con tal de no estar solo!

Katia sueña con su amante perdido, de la misma manera que yo lo hago con mi amada de hace tiempo. Somos dos soledades encadenadas por nuestra debilidad.

Aquí, en el aeropuerto, hay tantas escenas de despedida y bienvenida, de abrazos, besos y lágrimas. Tengo que ir a buscar la pantalla con las llegadas, quizá el avión en el que Helena vuela ya ha llegado.

Ay, la espina de la rosa me ha hecho daño. A Helena le gustaban las rosas de color rojo oscuro, las que tienen el aroma del vino envejecido, el perfume del jardín nocturno en verano y de los lugares secretos de la mujer amada.

Por fin yo también estoy esperando a alguien. Por fin yo también estoy esperando a una mujer con impaciencia. Cómo envidié al hombre al que una mujer, en la periferia de San Petersburgo, había escrito una carta que, antes de depositarla en el buzón de correos, besó. ¡Cómo le envidio a Bill su voluminosa Jill!

Y sólo ahora, después de tanto tiempo, me doy cuenta de que tú, Helena, tú no querías emigrar nunca, afirmando que el hombre sólo tiene una casa, que tú aquel día desapareciste de Sarajevo a propósito. Sí, desapareciste de Bosnia para facilitar mi decisión de regresar a Praga o emigrar. Por eso te esfumaste, Helena. Por eso te ocultaste como un grano de arena en la playa: para ofrecerme la libertad de decidir. Y al actuar así, salvaste mi anhelo, mi deseo de ti, que me ha acompañado siempre y sin el que mi vida habría sido un viaje en un eterno invierno.

Me dirijo hacia la pantalla de llegadas. Sólo unos cuantos pasos y sabré si el avión de Helena ya ha aterrizado.

Las letras brillan con luz verde y anuncian: el vuelo de la línea OK 2901, de Praga a Nueva York, lleva un retraso de duración indefinida.

Algunos días después de la cena en la que *Monsieur* Beauvisage había devorado los quesos en mi casa y a continuación me había pedido que fuera su esposa, un desconocido me entregó un sobre grande, de color marrón: ¿*Madame* Sylva von Stamitz?, preguntó. Este sobre es para usted, *Madame*. Y añadió en voz baja, en ruso: Es de Moscú. Y desapareció.

En el sobre encontré un montón de pedazos de papel arrancados de un periódico, del papel higiénico, de una servilleta: todos los trozos estaban cubiertos por una escritura densa hecha a lápiz, con letra borrosa y casi ilegible. Entre ellos, una pequeña hoja extraída de un cuaderno. En ella, mi corresponsal misterioso, que no había firmado su misiva —cosa que no me sorprendió: ¿quién no tendría miedo de enviar material prohibido?—, me escribía unas líneas a modo de explicación: a través de un mensajero de confianza me enviaba las notas clandestinas que Andréi había escrito, durante los años cincuenta, en el campo de trabajos forzados donde había sido confinado. Andréi las había redactado en Siberia, sumergido en un estado de ánimo muy extraño: después de la muerte de Stalin había creído que algunos de sus compañeros se irían del campo, se llevarían a escondidas sus notas clandestinas y las enviarían a mi casa. Todas iban dirigidas a mí. Por ese motivo, en el sobre figuraba un *von* que indicaba mi origen y que yo, desde el final de la guerra, ya no utilizaba. El remitente misterioso —¿quizá Semion?— no hacía referencia al modo en que las notas habían llegado a sus manos, y cualquier pregunta por mi parte, me constaba, quedaría sin respuesta.

¡Unas cartas de Andréi! No podía esperar, me devoraba la impaciencia, de modo que cogí un puñado para llevármelas a la biblioteca. Helena vino a devolver unos libros y, cuando no había nadie cerca, me dijo en voz baja, como quien no quiere la cosa:

—¿Qué hace, señora Sylva? ¿Lee notas clandestinas? ¿Los comunistas le han metido a alguien entre rejas?

Y me guiñó un ojo.

La sangre se me subió a la cabeza de vergüenza por mi inexcusable ingenuidad, quizá también por miedo. Escondí de prisa las notas en mi bolso.

De repente tuve una idea inaplazable. Con el auricular entre el oído y el hombro, con la mano izquierda sobre el brazo de Helena, marqué un número de teléfono.

Al cabo de un instante Helena oyó cómo yo decía en el auricular con voz cálida, pero firme:

—Buenas tardes, *Monsieur* Beauvisage. Petr, discúlpame, si puedes, por lo que te voy a decir. Me precipité en mi decisión del otro día. Sí, exactamente, eso significa que no me casaré contigo. Perdona mi ligereza. Aunque... No tengo perdón. Ya lo sé.

Y colgué.

—Helena, por primera vez en mi vida, o quizá como mucho por segunda vez, he

tomado una decisión propia y libre.

—¿Qué dice? —Helena abrió mucho los ojos.

—Hasta ahora siempre he ido cumpliendo las órdenes de los demás.

—¿Usted permitía que le dieran órdenes? —Helena me interrumpió y me miró como si me viera por primera vez—. Jamás habría dicho eso. ¡Jamás!

—Me llamaban la mujer silenciosa. Sólo una vez tuve fuerza suficiente para tomar una decisión mía, y acabó en un desastre. Antes y después siempre actué siguiendo los deseos de los demás. Como Abraham cuando Dios le ordena que mate a su hijo.

Por la noche extendí las notas clandestinas sobre la mesa de la cocina; el resultado fue un *collage* gris amarillento. Algunas palabras, en ocasiones frases enteras, se habían borrado por completo. Cada noche volvía a mis notas como quien regresa a casa. ¿A casa? ¡Pero si aquellos trozos de papel me daban miedo! Aun así, cada vez que me sentaba ante la mesa cubierta de papeles tenía la sensación de que, después de un largo viaje lleno de obstáculos y sufrimientos, temblorosa y muerta de frío, llegaba a una habitación cálida donde una pequeña luz amarilla iluminaba las páginas de un libro abierto y una taza de café humeaba: tenía la sensación de llegar a casa.

Después de un mes o dos, como en un calidoscopio, la historia de la vida de Andréi justo antes de su muerte comenzaba a tener contornos cada vez más definidos. Me iba proyectando aquellas escenas del final de su vida en las paredes de mi piso, en las paredes de la biblioteca y en las ventanas grises y sucias de los medios de transporte donde cada día pasaba más de una hora y muchas veces más de dos. Al final me pude confeccionar una película, hablada y en color.

Leila estaba sentada con otras dos enfermeras en el hospital del campo. Las tres mujeres bebían té en torno a una mesa.

—Si no quieres decirme su nombre, dime al menos cómo es —comenzó Nadia.

—Guapo y...

—Guapo, ya me lo imagino —dijo la descarada Olga con despecho.

Sin querer, las dos mujeres observaron la enorme nariz de Leila, aquella patata que era el primer signo de identidad de aquella georgiana angular y poco agraciada.

—Guapo, con un buen cuerpo, fuerte y...

—Pero si aquí, en el campo de trabajo, todos se convierten en esqueletos para una clase de anatomía —rió Olga.

—Los transforman en pétalos de flores, en hojas de otoño, soplas y nada, ya no están —Nadia hizo una mueca de desprecio.

—Quizá no es un prisionero, Nadia —recordó Olga a su compañera.

Nadia puso cara de incredulidad. Era evidente que no confiaba en que Leila pudiera tener un amante guapo y fuerte. Y no sólo eso. Nadia no deseaba que Leila tuviera un enamorado fuerte que la protegiera y que... Y todo lo demás.

Pero Leila se mantuvo en sus trece:

—¡Es asombroso! Y dulce. ¡Es un artista!

—¿Cuándo lo veremos? —preguntó Olga secamente.

—Ya me lo pensaré.

—¿Lo traerás aquí? —preguntó Nadia con indiferencia fingida.

—Sí, queremos verlo —repitió Olga automáticamente y bebió el té aguado.

Leila se hacía la estrecha. Quería alargar aquella escena que le producía tanto placer. Sonreía con suficiencia. Ella, gris y mediocre, despertaba ahora interés y quizá incluso envidia. Y además podía charlar sobre el hombre en torno al que zumbaban sus pensamientos.

Leila miró un rincón en el que distinguió una escoba y una pala llena de basura. En la basura vio una cabeza dorada que brillaba. Le hubiera gustado llevarla a sus compañeras como prueba. Ella, Salomé, envuelta en siete velos vaporosos, se aproximaría bailando de puntillas con la cabeza dorada de San Juan en una bandeja. Sí, en una bandeja de plata, no en una pala llena de basura, ¡por supuesto!

—Dentro de una semana lo traes, ¿qué te parece? —guiñó un ojo Olga, que se negaba a creer que Leila tuviera un amante.

—¡Mañana mismo quiero verlo! —Nadia dio un puñetazo en la mesa. Y añadió malhumorada—: Me voy a ver a aquel hombre de la espalda rota. ¡Hace una hora que me ha llamado!

—Mañana, ¡de acuerdo! —gritó Leila mientras Nadia cerraba la puerta.

Al día siguiente había un hombre sentado en la silla de Leila.

Olga y Nadia lo conocían del hospital, pero les parecía que hoy lo veían por primera vez. Lo miraban fijamente, escrutándolo. No, ésta no es la palabra adecuada. Lo devoraban con los ojos: ¡Ese era el enamorado de Leila! En efecto: era un hombre, sin ningún tipo de duda era un hombre, un hombre vivo. Sentado allí, de carne y hueso. ¡Un hombre!

Después de unas cuantas frases introductorias, a nadie le apetecía hablar.

—¿Ya puedo irme? —preguntó el hombre en voz baja.

Leila, que estaba sentada a su lado, lo fulminó con la mirada. El hombre tembló y se quedó sentado. Y continuó temblando como un neurasténico, como un trastornado.

Olga y Nadia se despidieron. En la puerta giraron la cabeza en dirección a Leila; Olga dijo de pasada:

—Quien lava la cabeza del burro pierde el agua y el jabón.

Nadia parecía pensar. Un prisionero, ¡uf! ¡Una insignificancia!

Pero la amargura en los labios de las dos mujeres solas testimoniaba que ellas no

eran capaces ni de eso. Y que les gustaría, sí, ¡cómo les gustaría ser capaces!

Leila lo veía. Leila brillaba.

Ella, la tonta. La mosquita muerta que se ha convertido en una estrella. Sus compañeras la envidian. La envidian por su hombre. Un hombre guapo como... un pecado. ¡Como un vicio! Leila se embriagaba con las palabras y con su éxito como con un vino fuerte.

Y si no era guapo —esto, después de diez años de trabajos forzados en las minas, estaba por encima de las posibilidades humanas—, al fin y al cabo era un hombre.

Un hombre... Leila lo miró con el afecto digno de una protectora y con un orgullo casi maternal. Pero, además, en su mirada había otra cosa. La voluptuosidad. La voluptuosidad que Leila escondía dolorosamente y con pudor, la voluptuosidad de una mujer, la voluptuosidad por un hombre con rizos finos y claros... y cuando le rapaban la cabeza, con los ojos de un animal asustado en el bosque.

Leila lo miró, pero no podía acoger los ojos de él con los suyos.

Desvió la mirada en dirección a la del hombre y encontró la naturaleza muerta con una escoba y una pala llena de basura, la misma que el día anterior.

—Se aburre —dijo Leila para interrumpir el silencio.

—¿Yo, aburrirme? ¿Con tres mujeres hermosas? —el hombre sonrió dolorosamente.

Poco a poco dejó de temblar.

Leila se ruborizó.

—¿Hermosa, yo? ¡Exagera!

Nunca en su vida nadie le había dicho algo así. Al contrario, su padre le decía siempre: ¡Espantajo!

El hombre guardó silencio. Observó la escoba. Leila recordó el dibujo que, un día, él le había regalado. Con dificultad se había reconocido a sí misma: el dibujo retrataba a una mujer de aspecto agradable que, si no era exactamente una belleza, sí parecía interesante, original e inteligente. Ni rastro de su nariz como una patata; más bien eran evidentes unos labios sensuales como las olas del mar en verano. Leila había colgado el retrato con cuatro agujas junto a su cama. Por las noches lo contemplaba con ardor y una y otra vez se hacía una promesa: al hombre que era capaz de verla así, tenía que retenerlo a su lado costara lo que costara.

De repente, Leila se dio cuenta de que el hombre había hablado, no de una, sino de tres mujeres hermosas. La enfermera se estremeció de rabia, dirigida tanto a él como a las dos compañeras más favorecidas.

—¿Has trabajado en nuestro proyecto? —le dijo sin darse cuenta de que, en su furia, lo tuteaba.

—Tenía que ir a la mina, porque vino El Látigo...

—¿Y a mí qué? ¡No me importa! ¡No me vengas con cuentos, puñetas, vulgar minero, traidor de la patria! ¿Te piensas que te mantengo en el hospital para que vivas a cuerpo de rey? ¿Cuándo vas a caer del burro, liante?

El hombre palideció, se levantó para irse, se apoyó en la mesa. A medida que él se ponía blanco, Leila se animaba y le enseñaba los dientes, como si le hubiera absorbido la energía:

—¡Enséñame lo que has hecho, dibujante de pacotilla, mendigo!

El hombre dio un traspié, como si estuviera borracho. Temblaba. Parecía estar a punto de sufrir un ataque.

Leila observaba las fotografías de los trabajadores del koljós siberiano y las comparaba con los retratos que el dibujante había hecho. Con el dinero que Leila obtenía de la venta de los retratos solía comprar algún tentempié.

—¿Por qué pones ojos de besugo? ¡Dame también este último retrato despreciable y vete a freír espárragos! No me apetece mantenerte más en el hospital como si fuera una tonta. Por mí te puedes romper la columna en la mina como el listo ese de compañero tuyo esta mañana.

—¿Perdón? ¿Me lo puede repetir? ¿A quién le ha pasado qué?

—¿Qué importa? ¡Lárgate, sabelotodo!

—Perdone, ¿le he dicho algo que la ha molestado? —dijo el hombre al cabo de un momento.

—¿Molestarme? ¿Me tomas el pelo? Yo, tonta de mí, me sacrifico por ti, ¿y tú qué? ¡Te encaprichas de la primera mujer que se te cruza por el camino!

—¿Yo encapricharme? ¿De quién?

El hombre miró a Leila con unos ojos muy abiertos en el fondo de los cuales había una súplica. Leila se deshizo bajo aquella mirada. Cerró la puerta con llave.

—Leila, preciosa, dígame quién se ha herido en la mina.

—Después.

—Por favor, se lo suplico...

—Ahora toca otra cosa. ¡Mira! ¡Mira lo que te he traído!

Leila extendió sobre la mesa una manzana troceada y dos caramelos de color rojo veneno que nadie, aparte de un niño con pañales, habría tocado ni con la punta de un dedo. Los ojos del hombre se encendieron. Hizo un gesto como de quien quiere coger algo de mucho valor antes de que desaparezca, pero inmediatamente se lo pensó. Apartó las rodajas y se las ofreció a Leila.

—No quiero, gracias, señorita Leila.

—¡Maldito aristócrata! ¡Te estás muriendo de hambre y no dejas de hacer demostraciones de tu nobleza! ¡De superioridad de quien está por encima de nosotros, unos burros plebeyos, vulgares y corrientes! ¡Tú, el artista, siempre un señor!

Leila quitó el papel transparente para introducir el caramelo en la boca del hombre. Se arrimó más a él y observó de cerca cómo el caramelo que se deshacía con un color fucsia venenoso teñía sus labios, su lengua y sus dientes.

Leila cogió la manzana y la aproximó a los labios de él. Mientras él la masticaba, ella se levantó para coger su cabeza y apoyarla sobre su cuerpo huesudo. Jugaba con su pelo corto, su cuello, su pecho.

El hombre hizo un esfuerzo por liberarse de la violencia de aquellos dedos apasionados, pero Leila no se lo permitió. Lo oprimió aún más estrechamente contra ella y le acarició el pelo, las mejillas, los hombros. Mientras sus manos estaban ocupadas, Leila emitía sonidos de voluptuosidad, de una fruición como no había conocido nunca, hasta ahora, a sus cincuenta años. Leila gorjeaba, tarareaba, arrullaba, silbaba y aullaba de delectación como una madre meciendo a un recién nacido, como una adolescente con su primer beso.

—Señora Leila, algunos compañeros de aquí han podido abandonar el campo después de muchos años. ¿Cree que a mí también me permitirán que me marche algún día?

—Estás enfermo, Andréi, antes de nada tenemos que curarte, amor —suspiraba Leila, lánguida.

—¿Y después permitirán que me marche?

Leila dejó escapar otro suspiro.

En ese momento todo su interior gritó: ¿Irte, tú? ¡Sólo cuando yo esté muerta!

El joven médico examinó al hombre.

—¿Ha ido a la mina hoy?

—Sí.

—¿Ha escupido sangre al toser?

—Sí.

—¿Sabe que su enfermedad es incurable?

—¿La tos? No cree que... quizá en verano...

—No, no hablo de la tos. ¡Eso es lo de menos!... La otra enfermedad. Me parece que aquí, con los trabajos forzados, ha empeorado.

—Ya sé que...

La enfermera Leila, sin aliento, entró en la consulta.

El hombre le hizo una señal, pero ella no lo vio. Su atención se concentró únicamente en el médico. Sin embargo, parecía que éste ni siquiera se había fijado en su llegada. No, de hecho sí que se había fijado. Ahora que ella estaba aquí, la voz compasiva del médico se había revestido con una capa gris de aversión.

—Sí, su enfermedad original ha empeorado.

Leila sonrió con deleite y poco faltó para que aplaudiera como una niña pequeña.

—Sí, ha empeorado, por supuesto, ¡cómo ha empeorado! —repitió la enfermera con entusiasmo.

El médico decidió hacerse el sordo.

El hombre le preguntó con voz muy débil:

—Doctor, ¿y qué significa eso en mi caso?

—Que ya se curará por su cuenta.

—¿Usted dejará de cuidarme?



—Sí.

El médico no vio, porque no podía, que Leila se había colocado a su espalda para no perderse ni una palabra.

—¿Acaso se va usted de aquí, doctor?

—¿Yo? No —rió el médico—. Es usted quien se va.

—¿Yo? —El hombre no podía creer lo que había oído—. ¿Yo? ¿Cómo es posible? Doctor, por el amor de Dios, no se burle de mí...

El paciente temblaba, una lágrima le corrió cara abajo, y otra.

El médico le puso la mano sobre el hombro: él también estaba conmovido.

—Acaba de llegar su rehabilitación política. El coronel Tertz me lo ha comunicado esta mañana. Me preguntó si era posible, desde el punto de vista de su salud, dejarle en libertad. Y me ha ordenado estrictamente que no le diga ni una palabra al respecto —el médico se encogió de hombros—. No debía haberle dicho nada, pero no podía renunciar al gusto de compartir con usted esta alegría. De modo que sólo puedo desearle mucha suerte una vez que esté en libertad.

El paciente se desplomó sobre la silla, su cuerpo debilitado era incapaz de continuar controlándose; unos profundos sollozos lo sacudieron por completo.

Los dos hombres se abrazaron. El paciente emitió sonidos de agradecimiento y humedeció la bata del médico.

La enfermera Leila dio algunos pasos y se plantó delante del médico de una manera tan decidida y enérgica que éste no pudo continuar ignorándola.

—¡No! —dijo Leila con tono amenazador—. Nosotros no haremos eso, doctor. Nosotros no enviaremos a este hombre a la muerte.

—¿Quién habla de muerte? Estamos hablando de libertad —dijo el médico, y apartó disgustado los ojos de la cara de ella. Leila parecía un fauno, viejo y decrepito, en celo, pensó el médico.

—Para él, la libertad significa la muerte. Nosotros, doctor, nos lo quedaremos aquí y lo curaremos. El enfermo lo necesita como el aire que respira.

—¿En las condiciones de aquí? ¿En un campo? Usted es... —el médico pudo controlarse con dificultad.

—¿Qué es lo que soy? ¿Un espantajo?

—Quería decir que lo que usted se propone es una locura. Aquí, este hombre moriría.

—Nuestra obligación es curarlo. Es un esquizofrénico.

—¡Lo han rehabilitado!

—Lo haremos por nuestra cuenta. Usted y yo. El coronel Tertz ha pedido su opinión. Usted le dirá la verdad: el prisionero Andréi Polonski está gravemente enfermo, sus ataques de esquizofrenia de segundo grado son tan frecuentes y peligrosos que no le permiten prescindir de nuestro cuidado.

—Enfermera Leila, el paciente Polonski no es un esquizofrénico de segundo grado, sino un hombre que sufre una ligera tendencia esquizoide. Y no lo olvide:

¡aquí el médico soy yo!

—Precisamente. Usted es el médico y revela los secretos políticos a los prisioneros, y lo que es peor, revela los secretos militares sobre las rehabilitaciones. Desgraciadamente, me veo obligada a denunciar su falta a las instituciones adecuadas. Lo haré en caso de que usted se niegue a colaborar conmigo.

En un segundo el rostro del médico joven se transformó en una cara arrugada propia de un anciano. A continuación se controló, metió las manos en los bolsillos y con las uñas clavadas en las palmas, dijo:

—Este hombre tiene derecho a abandonar el campo. Y nosotros haremos lo que podamos para facilitarle la libertad.

El cuerpo huesudo de Leila se estiró ante el médico como si fuera a luchar. Leila dijo con voz fuerte y clara:

—Sólo después de mi muerte.

Leila sopló con alivio. Por fin me han dejado sola. ¡Sola contigo!

La ternura le iluminó la cara masculina.

—Amor, tú, mi único amor —susurraron los labios de Leila, y durante un instante se acercaron a la frente febril del paciente.

De la boca medio abierta del enfermo surgió un resoplido ronco, casi imperceptible:

—¡Mariposa azul!

El estallido de ternura desapareció del rostro de Leila de inmediato. ¿A quién iban dirigidas aquellas hermosísimas palabras? A ella no, desde luego. Nunca nadie le había dicho algo parecido.

Leila preguntó con la voz de un inquisidor:

—¿A quién te refieres con eso de mariposa azul?

En lugar de una respuesta, desde la cama se oyeron los suspiros del hombre que acababa de despertarse.

—¿Quién es la mariposa azul, Andréi? —preguntó Leila con la misma voz, añadiéndole un matiz de obstinación.

—Mi mujer —una voz empañada surgió desde la almohada.

Leila guardó silencio, como si se negara a creer lo que acababa de oír. A continuación dijo con dureza, con tono desafiante:

—¡Tu mujer! ¡Mira éste! ¿Y por qué demonios yo, tan tonta, te estoy haciendo de madre, criada, médico y enfermera? Trabajo para ti, no duermo y me agoto cada día por ti hasta lo indecible. Y a ti tanto te da una cosa como la contraria, tú vas tirando, no tienes que ir cada día a la mina, no te importa que yo esté enfermado de tanta preocupación por ti, mientras que tú, sí, tú, desagradecido, ¡vas cantando mentalmente con tu mujer!

El cuerpo de Leila se sacudió, después la furia hizo que se levantara,

amenazadora, como Polifemo sobre el pequeño Ulises atemorizado. Su cara, crispada y contraída, estaba surcada por profundas arrugas y parecía la de un anciano enfurecido.

El enfermo balbuceó con dificultad:

—Hace quince años que no he visto a mi mujer, ¿se da cuenta, señorita Leila? Hace quince años que no sé nada de ella. Quince años, señorita Leila, se dice pronto, pero...

Una sombra se extendió por todo su rostro; debilitado, recayó en un sueño tranquilo.

Con fijación, férreamente, Leila examinó su cara.

Cuando se aseguró de que el enfermo estaba profundamente dormido, se levantó.

Se acercó a la ventana. La abrió de par en par.

Ráfagas heladas de viento irrumpieron en la habitación y congelaron todo lo que allí estuviera vivo.

La enfermera destapó el cuerpo del enfermo. Mientras lo hacía, observó al paciente con unos ojos que, de nuevo, la ternura iluminaba.

—Amor, amor, por fin eres completamente mío —dijo con ardor, y observó el temblor del cuerpo del hombre, y sus labios que, de tanto frío, se habían vuelto azules. Con dulzura, amorosamente, aproximó sus labios, resecos, a los de él.

—Ahora por fin me perteneces por completo, amor mío...

De repente oyó unos pasos que provenían del pasillo. De un salto cubrió al enfermo y cerró la ventana.

El joven médico abrió la puerta.

—¿Todo bien, señora Leila? —le preguntó, y a continuación añadió—: ¡Qué frío hace aquí!

—Tengo que poner más leña en la estufa —dijo Leila secamente con la mirada fija en el suelo.

—Usted ha aireado la habitación. No tiene que hacerlo en ningún momento. Eso mataría al enfermo; lo que necesita es calor, energía.

Leila continuó mirando fijamente el suelo no demasiado limpio; parecía afligida. Sin embargo, bajo sus párpados medio entornados saltaban llamas de odio.

El médico joven, al que la vida aún no había desacostumbrado a ver en las personas primordialmente los atributos positivos, reconoció en la postura de la enfermera sólo la culpabilidad de sus párpados bajos; no sabía ver la obstinación de aquel rostro convulso.

El médico dijo amablemente:

—Ponga más leña en la estufa, señora Leila, y váyase a dormir. El paciente está descansando y usted también necesita algunas horas de sueño.

El médico no pudo ignorar el dardo llameante de hostilidad que Leila le había lanzado debajo de sus párpados. La enfermera respondió en voz baja, pero metálica:

—Ya me cuidaré a mí misma, doctor, no se preocupe.

El médico, un ruso, cerró la puerta pensando que nunca llegaría a comprender a aquella enfermera. Es una georgiana, vete a saber qué le pasa por la cabeza, se dijo mientras soltaba el pomo de la puerta. Es de Georgia, se repitió, una cultura tan lejana a la rusa. Nuestra enfermera se parece cada vez más a un fauno decrepito, sonrió el médico mientras se echaba en la cama, miraba la oscuridad y se deslizaba en el sueño.

Ella estaba sentada en la cabecera de la cama y con frenesí, con delirio, acariciaba las mejillas y la frente del paciente, devoraba con los ojos sus labios entreabiertos. Descansa, amor, descansa, querido, mi amigo, no quiero hacerte sufrir, sólo me aseguro de que no te apartes de mí, de que no me abandones, sólo deseo que seas mío... mío, amor.

El fin justifica los medios, continuó Leila con sus reflexiones; ¿quién lo dijo? ¿Quizá Lenin? ¿O más bien Marx? Alguien lo escribió y yo hago mía la frase: El fin justifica los medios... Leila recordó que, hacía tiempo, cuando Andréi era un prisionero político como cualquier otro, sin el privilegio de descansar en el hospital del campo, Leila buscaba los medios que la llevaran a proteger y hacer suyo al hombre que le parecía más sensible y frágil de cuantos hubiera conocido nunca. Entonces se fijó en un guardia forzado y de baja estatura al que todos en el campo llamaban El Látigo. Provenía de Georgia, como ella; hablaban la misma lengua, tenían costumbres parecidas; trabaron rápidamente amistad y la desarrollaron hasta el punto de entenderse casi sin palabras.

El Látigo era originario de las montañas georgianas y, a pesar de ser hijo de un kulak, admiraba la revolución rusa y creía ilimitadamente en su ideología. Cuando era joven, había recibido indicación de que aquellos que iba a vigilar en el campo de trabajo eran prisioneros políticos y, por tanto, enemigos del poder soviético. Él, El Látigo, que vivía y respiraba únicamente la idea de la construcción del comunismo, odiaba mortalmente a los que vigilaba; sentía contra ellos un resentimiento tan profundo como si fueran sus enemigos personales. Durante las clases se tomaba a pecho las instrucciones de las autoridades militares y en la práctica cumplía sus órdenes a rajatabla. «Caminando hacia la mina, a quien dé un solo paso en falso le disparas, camarada: es un enemigo y quiere huir». De manera que, en la mina, El Látigo golpeaba en el vientre a aquellos que, según su imaginación, no eran bastante rápidos trabajando, y durante el regreso al campo disparaba sobre los hombres exhaustos que, fatigados, daban algún traspié o caminaban en zigzag.

Este era el hombre a cuyo cuidado Leila había puesto a su amado.

—Trátalo con severidad, camarada, es un obstinado enemigo de la patria soviética. Es un parásito. Imagínate, ¡es un pintor! —Leila hizo una mueca de desprecio.

El Látigo escupió con aversión.

—Hermano —continuó Leila—, este Polonski, este aristócrata, necesita la mano de hierro de El Látigo. ¡Pero no me lo mates! —rió la enfermera con chispas en los

ojos.

El Látigo lo captó todo.

Al cabo de dos o tres días de la mano de hierro de El Látigo, después de unos cuantos puntapiés con las botas militares, Andréi fue incapaz de levantarse. Se lo llevaron al hospital del campo.

¡Por fin!

Por fin Leila podía quedarse con él las veinticuatro horas del día.

Le acariciaba la cabeza, la frente empapada de sudor, su mano se deslizaba voluptuosamente por su cuello, por su pecho.

—Descansa, mi alegría. Tu Leila está contigo, querido —le decía al oído con los ojos húmedos.

De vez en cuando, el paciente abría los ojos, miraba a Leila con la mirada de un perro fiel, y volvía a cerrarlos.

—Tu Leila está contigo, querido, vida mía, tu Leila te cuidará con toda la ternura, con todo el amor, tu Leila ni siquiera duerme para poder estar contigo siempre, sin interrupción. Mi alma, tu fiel Leila... te quiere.

Al día siguiente, cuando el paciente se durmió, Leila se aseguró de que todo el mundo también dormía. Sólo después abrió de par en par la ventana para exponer el cuerpo enfermo de su amado al frío siberiano. Ella recibía con entusiasmo aquellas ráfagas heladas, sólo éstas podían conservar al amado tal como lo quería tener: incapacitado, dependiente.

De repente... la puerta se abrió y el joven médico compareció en el umbral. Hoy no sonreía.

—¿Qué significa esto?

La enfermera se repuso del susto en un abrir y cerrar de ojos:

—¡Será mejor que me lo explique usted, doctor, qué significa esto de irrumpir en la sala de un enfermo grave!

—Le he prohibido abrir la ventana. ¡Esto lo puede matar!

—Lo único que lo puede matar es su comportamiento. Como enfermera sé perfectamente cuándo he de airear la habitación.

Leila comprendió, sin embargo, que un enfrentamiento con el médico no conllevaría nada bueno, de modo que se ocupó de tapar al enfermo con la manta y cerrar la ventana.

—Ya ve, doctor, que le hago caso —dijo para calmar al médico.

El médico se marchó. La preocupación le grabó una arruga profunda en el centro de la frente.

Al cabo de unos días, cuando el médico vino para examinar al enfermo, el paciente de Leila estaba tan débil que no podía ni sentarse en la cama.

—Cómo puede ser... esto no es normal... —protestó el médico mientras lo

auscultaba y le tomaba la presión.

Hoy estaba sombrío; el enfermo lo reconoció con dificultad.

—Señor Polonski, ¿qué medicamentos le da la enfermera Leila?

El paciente no quiso responder.

El médico comprendió que no le sacaría nada, y cambió de tema:

—¿Qué pintores rusos le han influido más?

Andréi se animó:

—Malevich, Tatlin, Jawlensky, Kandinski, y más que ninguno el gran Chagall.

El médico no conocía la obra de Tatlin ni la de Malevich; en cambio, se mostró entusiasmado con los cuadros que Chagall había realizado de su Vitebsk natal y con la manera en que había retratado la revolución rusa. A continuación preguntó:

—Dígame, Andréi, ¿qué medicamentos le da la enfermera Leila?

El paciente esbozó un gesto hacia unas pequeñas botellas sobre la silla junto a su cama.

El médico examinó cada una, por fuera y oliendo su interior.

—Esto está bien. ¿No le da nada más?

—¡Doctor, si supiera todo lo que la señorita Leila hace por mí! —lloriqueaba el enfermo—. Es tan abnegada, ¡tan desinteresada! ¿Qué haría yo sin ella?

—A pesar de todo, tenga los ojos bien abiertos. ¡Hasta la vista!

El paciente se extrañó de la desconfianza del médico.

Al día siguiente el médico regresó; el estado del paciente no presentaba ninguna muestra de mejoría.

—¿Seguro que sólo le dan estos medicamentos?

El médico volvió a oler cada una de las botellas.

El paciente se encogió de hombros.

El médico lanzó una mirada inquisitiva.

El paciente sonrió para calmar al médico.

El doctor no reaccionó. Se mantuvo serio, la arruga vertical embellecía su joven rostro.

—Recuerde, Andréi, haga memoria...

—Bueno... si lo quiere saber todo, entonces... Pero esto no tiene ninguna importancia.

—¿Qué es lo que no tiene ninguna importancia?

—Que la enfermera Leila, cuando se lava las manos siempre coge algo del botiquín, aquel donde se guardan las vendas y esas cosas. Y quizá pone unas gotas en mi vaso de agua. Puesto que me lo ha preguntado... la verdad es que yo no le he prestado demasiada atención.

El médico saltó hacia el botiquín. Sacó algunas botellitas, examinó su contenido. Y después...

—¡Ya está! —exclamó—. ¿Qué demonios hace esto en el botiquín?

—Doctor, prométame que... —suplicó el paciente.

Pero el médico ya no estaba allí.

Habló con Leila, la amonestó con severidad advirtiéndole que desobedecer a un médico y llevar a cabo la cura de un paciente por cuenta propia era, para una enfermera, una falta grave. Sin mencionar explícitamente el nombre de la enfermera, el médico recomendó a las autoridades del campo de trabajo que dejaran en libertad a Andréi Polonski, para que él mismo acabara curándose.

Leila, que había escuchado detrás de la puerta y había oído la conversación sobre el arte, llamó a su aliado para que la ayudara. Entonces, el guardián del campo, El látigo, presentó a las autoridades militares una denuncia contra el médico. Su argumento era claro: el médico hacía propaganda antisoviética al hablar con el paciente Polonski sobre el arte burgués, el de los emigrados y los traidores de la patria soviética.

Las autoridades del campo dejaron que el médico eligiera la opción que prefiriera: la de dejarse trasladar, a modo de castigo, a otro campo con unas condiciones aún más severas que las de éste, situado en una isla pequeña del Pacífico, en el Extremo Oriente, o un sello en el libro de trabajo declarando que el médico no servía para ejercer la medicina; en este caso, en el futuro, no encontraría trabajo en ninguna parte.

El antiguo prisionero político Polonski se marchó del campo sin haberse curado del todo. Lo enviaron un par de años a la ciudad siberiana de Tomsk, y después a Moscú, donde trabajó cargando carbón en las calderas.

¡Hoy ha llegado el día! ¡Hoy!

Me he levantado más temprano que de costumbre para dar brillo a los antiguos cubiertos de plata y para limpiar las copas de vino, de cristal tallado, para limpiar todo lo que provenía del castillo. He comprado una botella de vino Tokay y otra del Rin y las he puesto en la nevera. He frotado a fondo el juego de té chino antiguo, aunque estaba limpio como una patena. Y mientras abrillantaba los exquisitos objetos antiguos, en el espejo de un cuchillo he visto reflejada una fotografía de mi infancia, más bien de mi adolescencia, enmarcada y colgada de la pared. En la foto bailaba con un joven apuesto. Así lo vi en el reflejo de un cuchillo ancho de los utilizados para comer pescado. *Monsieur Beauvisage*... Me ha perdonado mi ligereza, mi amigo leal de toda la vida.

Esta mañana, cuando he salido del bloque, la muralla de edificios de paneles prefabricados, habitualmente amenazadora como una hilera de guerreros grises, se escondía tras el velo gris de la humedad. Lloviznaba dulcemente, así que me he sentado en mi banco. El rojo. Enseguida un gorrión ha venido volando hacia mí.

¡Un gorrión!

Aquel día también vino un pájaro, sí, creo que era un gorrión. Aquel día, no hace mucho, quizá dos años —a mi edad todo parece haber pasado recientemente—, pues aquel día, cuando regresaba de la biblioteca a casa, me senté en un banco para dejar que las imágenes vinieran, cuando un gorrión saltó a un charco de agua y a continuación salió de allí dando un brinco, completamente mojado, y con las alas esparció cientos de gotas a su alrededor. Le arrojé migas de pan que siempre llevo en el bolso. Mientras el pájaro devoraba eufóricamente los pedazos, me levanté al sentir que había cogido frío. Llevaba una bolsa de la compra llena de libros; pensaba con ilusión en el momento en que, una vez en casa, me prepararía un té bien fuerte y dulce y me sentaría junto a la ventana para leer un libro.

En el buzón de casa encontré un aviso de correos en el que se me comunicaba que tenía que ir a recoger un telegrama que acababa de recibir.

¡Jan!, pensé enseguida, y con las piernas que me temblaban, eché a correr hacia la oficina de correos.

Estaba cerrada.

Durante la noche, visiones de color púrpura de accidentes de coche se mezclaban con escenas blancas de salas de operaciones.

Por la mañana, me entregaron en correos un telegrama. Lo rasgué inmediatamente.

¡No tenía nada que ver con Jan!

Ninguna otra cosa me parecía importante. Me senté en un banco ante el edificio de correos. Estaba mojado, pero no me importó. Flotaba en el aire con mi banco, me elevaba por encima de los edificios grises y saludaba a los mirlos que me salían al encuentro.

En el telegrama había una única frase en francés:

JE SUIS VEUF, JE SUIS SEUL, ET SUR MOI LE SOIR TOMBE.

Sin firma.

Reconocí el verso, era de Víctor Hugo.

¿Quién me había enviado aquel telegrama misterioso? No daba con la respuesta.

«Soy viudo, estoy solo y sobre mí cae la noche», traduje el hermoso alejandrino.

En correos, la empleada hojeó un momento en un cuaderno grande. Después me anunció con una voz cansada, oficial:

—Este telegrama ha sido enviado desde Moscú, señora.

Después, un día, recibí una carta. Hace medio año. Alguien me buscaba. Un hombre me buscaba. Le respondí con aspereza, no quería que comprendiera lo que pasaba en mi interior. Y recibí su respuesta:



Querida Sylva,

¡Me alegra mucho que haya contestado mi carta! Me hace pensar que usted también se acuerda de mí y de la felicidad que compartimos hace tiempo. «Querido», esta manera tan habitual de dirigirse a una persona suena maravillosa salida de sus labios, mejor dicho, de su pluma. Mientras leía la palabra sentí un calor físico.

Ha mencionado los recuerdos. Por mi parte le aseguro que los momentos que pasé con usted fueron los más hermosos de todo cuanto he vivido hasta ahora. Entonces pensaba que siempre estaría tan bien como en esos momentos.

¿Recuerda aún el regalo que me ofreció? ¿Quizá no? Se lo recordaré yo: una tarde, en un café, el Café Louvre que hay en el centro de Praga, yo admiraba su guante de encaje negro y a usted que jugaba con él. Durante muchos años lo he guardado. Siempre que sentía el deseo, sacaba su larguísimo guante de encaje negro con los dedos manchados de sangre y lo extendía ante mí. Siempre que veo aquel encaje negro salpicado de sangre seca, la siento a usted, Sylva, la veo y la siento cerca de mí.

Me gustaría estar informado de más detalles de su vida y, naturalmente, espero volver a verla. Iré a buscarla donde sea desde cualquier parte del mundo.

No vuelva a desaparecer. Se lo suplico de todo corazón.

Suyo.

Árbol viejo.

P.S. El árbol viejo ya no tiene ramas ni hojas, pero de todos modos el viento de la primavera ha removido sus raíces y han brotado flores.

En cuanto leí estas palabras, en el jardín de mi vejez despuntó una flor blanca.

La segunda carta de él, hace medio año; mi respuesta, mis dudas; después su tercera carta. En la cuarta me escribiste, amor —entonces ya habías pasado a tutearme—, que desde lejos ibas siguiendo la vida de tus antiguos compañeros del campo. Que casi no salías, que no veías a nadie. Vivías en un pequeño cuartucho, durante las noches trabajabas en las calderas. No buscabas a nadie, nadie te buscaba a ti. No tenías amigos. Pero sí seguías a las personas próximas en la distancia, y conocías la evolución de la obra pictórica de Semion.

Me explicaste que un día, hace pocos años, Semion inauguró su exposición en Moscú...

...Había allí decenas de personas, o más bien de ruinas humanas. Hombres y mujeres con rostros pálidos y amarillentos, donde faltaba un ojo, o los dientes, o una oreja, y casi siempre el pelo; una red espesa de arrugas, cicatrices, marcas y estigmas estaban grabados en aquellas caras con ojos faltos de ilusión y deseo, es decir, faltos de vida, viejas criaturas con un bastón o dos, con muletas y sin una mano, o un brazo o una pierna, con la nariz rota... todos ellos eran mis hermanos gemelos.

En aquel momento Semion entró en la sala acompañado de una mujer joven. Al menos a mí me pareció joven. Llevaba un vestido blanco marfil por encima de la rodilla, los rizos dorados le caían libremente sobre los hombros.

Aquella mujer llevaba unos pendientes de perlas.

Yo reconocí aquellas perlas.

Era como si, de repente, un rayo de sol vespertino hubiera penetrado en el subsuelo oscuro que habitábamos nosotros, las sombras grises, como si el rayo de sol penetrara allí para enseñarnos que la vida existe. En algún lugar.

Un joven de unos veintitrés años acompañaba a aquella mujer. Su hijo.

Me acerqué para examinar los pendientes de perlas de aquella señora.

Eran los mismos.

Mi último regalo a ti, Sylva.

Tu hijo tiene tu pelo, tu piel dorada, tus labios. Pero su figura es la mía, así era yo, antes, cuando vivía en el bosque. Y tu hijo tiene mis ojos.

Tú, Sylva, no me reconociste.

No me extraña. Por un lado no me esperabas. Por otro, pensabas que estaba muerto.

Además, no podías reconocerme. Soy uno de aquellos despojos humanos.

¿Quién de aquellos hombres destrozados podría ser Andréi? Me proyecté mentalmente la película de aquella extraña recepción del reino de Hades y Perséfone...

...Había buscado a Jan con los ojos. Un anciano con el pelo blanco había dejado caer su bastón, Jan lo recogió del suelo y se lo tendió con una sonrisa. El anciano — parecía Tiresias, el profeta ciego de la mitología griega— lo observó fijamente con los ojos llenos de tristeza, como si, desde una tumba tenebrosa, hubiera entrevisto un rayo de sol. A mí también, un momento antes, me había espiado de aquella manera; había sentido sus ojos en mi cara. Al darse cuenta de mi mirada, el anciano bajó las pestañas blancas y, apoyándose en su bastón, se giró hacia la pared para examinar las obras allí expuestas.

¿Podría haber sido Andréi?

Sí.

¡No, por Dios! ¡Andréi, el héroe legendario, el héroe del bosque que cazaba pájaros de fuego! ¡No! ¡Tengo que ahuyentar esos pensamientos!

Pero ¿cómo lo reconoceré hoy? Después de tantos años, de tantas décadas de sufrimiento... ¿Era él, eso?

A los setenta años la vida se acaba.

¿O quizá... comienza otra? Tiemblo en la estación, envuelta en la niebla. Hace frío, hace tres días que llueve y sopla este viento tan fuerte. Pero si tengo frío es sobre todo porque estoy esperando.

En casa lo he dejado todo preparado, todo brilla allí, incluso los cascos y las lanzas, las armaduras y las copas, todo aquello que conozco desde mi infancia en un castillo espacioso y elegante al norte de Bohemia, todos aquellos objetos que ahora se amontonan de manera absurda en mi piso de la periferia. He limpiado el polvo de las plantas y he decorado el antiguo jarrón de cristal tallado con algunas ramas de lilas, de lilas blancas que esparcen el perfume de la primavera que este año tarda en llegar, he decorado la mesa con un libro, sólo uno, aquel que dice... en todas las épocas terribles de la historia humana, en algún lugar hay un hombre que está sentado en un rincón y se dedica a cultivar su caligrafía y a hacer un collar de palabras raras y exquisitas... Sí, he decorado la mesa precisamente con aquel libro porque aquella persona soy yo, yo soy la que está sentada en silencio en un rincón y, mientras la historia pasa desbocada a su lado, ella se ocupa de las joyas de las palabras y de las perlas de las notas musicales.

Sí, éste es mi camino diario, ésta es mi vida, éste es mi viaje cotidiano hacia la biblioteca, últimamente voy a pie desde casa hasta el tranvía y desde el tranvía hasta casa, y no sólo a pie, sino alargando el camino al máximo, porque mientras veo cosas admirables, prodigios, veo la luz y los colores y las sombras en las caras de la gente, cada rostro es un poema sinfónico, un cuarteto, una sonata o un trío, en aquellas caras leo, o mejor dicho, escucho las pasiones de las sinfonías de Mahler y Beethoven, de otras caras me llega la tensión y la angustia del Shostakovich de cámara o el profundo dolor del primer movimiento del *Stabat Mater* de Dvorak, alguna vez tengo la suerte de caer en la tierna melancolía otoñal de los *Heder* de Schubert, y sólo esporádicamente tengo la fortuna de intuir la exultante alegría de Mozart. Así camino y escucho la música que se desprende y emana de la gente, yo, que había tenido un piano Pleyel, un palco en el Teatro Nacional y en el Teatro Alemán y las mejores grabaciones... Ahora no tengo nada, pero la música suena en mi interior de una manera más clara y nítida que antes, sólo tengo que salir a la calle y ya escucho todo

el concierto completo, espontáneo, inesperado e insólito, no hace falta que busque la música en las salas, no es necesario que me desplace al centro histórico de Praga, no me hace falta el hechizo evidente de aquella Praga, prefiero descubrir la belleza, la música y la poesía donde generalmente no las esperamos, por la mañana camino bajo las grises murallas de los bloques y la ropa tendida en las ventanas, que me indica qué personas son sus propietarios, ondea al ritmo de las marchas versallescas de Lully y de los pasos de las hadas en las óperas de Purcell, y cuando paso por delante de los mismos muros por la noche, las ventanas iluminadas con diferentes colores me hacen imaginar a las personas que viven, se quieren y sufren detrás de aquellos cristales azules, ocres, verdes, amarillos... mientras me acompaña, tocando sus majestuosas composiciones al violín... el mismo Johann Sebastian Bach.

No me hace falta contemplar el río Moldava desde el puente de Carlos para buscar en sus olas el poema sinfónico homónimo de Smetana. Tengo suficiente con mirar un tronco de árbol en mi periferia, o una brizna de hierba seca, tengo suficiente con un charco lleno de fango y un tubo oxidado para oír el poema sinfónico *Moldava*, y el piano y el violín del río de mi vida, oigo incluso el pedal apenas pisado del piano, la cuerda rota del violín, la nota que se le ha escapado al violonchelo, todos aquellos tonos falsos que han formado y forman parte de la corriente de mi río y que no pueden dejar de pertenecer a la sinfonía de mi vida.

Todo preparado, el vino y los canapés con diferentes quesos, decorados con trozos de tomates rallados con cuidado, todo reluce con un resplandor de limpieza, yo también me he vuelto a duchar y me he perfumado y al secarme el pelo lo he hecho sin prisa para que quedara con volumen, mi melena blanca que él no conoce, porque la última vez, en la exposición de Semion, me vio con el pelo de antes, el castaño claro que, con la ayuda de la manzanilla, me quedaba dorado... aquel pelo que se me ha vuelto blanco desde que Jan se fue. Jan partió y su regreso es imposible porque su hogar no se halla en ninguna parte, su hogar ha dejado de existir... porque ha cambiado hasta convertirse en extranjero. Aquel que abandona su casa se convierte en un eterno vagabundo, un extraño con un deseo en el corazón, un anhelo que nunca se puede cumplir, se convierte en un extranjero con casa en cualquier parte del mundo... y en cualquier parte significa en ninguna.

En ninguna parte, querido Jan.

En ninguna parte, Andréi, amor mío.

Sobre mi pelo parece que se derramó leche, mi cara es una finísima telaraña, y una madeja de estilizados hilos serpea sobre mis manos, Andréi. Nunca me has visto así, amor, no me reconocerás, ya no soy yo, esta mujer no es aquella Sylva, la que vivió en París y fue tratada de *Madame l'Ambassadrice*, no, ya no es la musa de los

surrealistas. Aquella Sylva que el pintor Semion y sus amigos llamaban Sol, en ruso, *solnishko*, el pequeño sol; la Sylva de setenta años, que coinciden casi con los del siglo, es otra persona. ¿Quién es esta mujer solitaria con narcisos blancos sobre la cabeza y con un encaje que la araña ha grabado profundamente sobre su rostro? Es ella, Sylva, y no es ella: entramos en los mismos ríos y no entramos en ellos, somos y no somos. Sylva ya no es tu mariposa azul, ahora tiene el pelo cubierto por una capa de hielo blanquecino y la piel de la cara como una página en blanco sobre la que alguien ha derramado hojas de té secas. ¿Y el interior? En el interior de Sylva ha crecido un jardín, el jardín de las delicias lleno de frutos amargos entre los cuales brilla una única manzana perfumada, blanca. Esa manzana maduró ahí cuando supe que aún estabas vivo, amor.

Andréi, en casa te espera el aroma fresco, tierno, de las lilas blancas... en casa, Andréi: ¿dónde está tu casa? ¿Qué significa estar en casa para ti? ¿En el bosque de las montañas checas? ¿En las calles de Moscú? ¿Entre los escudos que cubren las paredes demasiado bajas de mi nido de golondrinas en la periferia? En aquella guarida de ardilla hay un jarrón de cristal tallado lleno de lilas, tierno y blanco como la vejez, hay, sobre la mesa, dos velas, una un poco más corta, dos velas encendidas, doradas, candentes, dos velas y dos llamas, y aquellas dos velas se consumirán y dos personas se irán conociendo con los ojos... no entrarás dos veces en el mismo río, y el río de nuestro afecto, nuestra ternura y nuestra voluptuosidad, el río de nuestra comprensión ahora será diferente... será un río de la vejez, un río del silencio compartido, un río quieto de olas blancas.

¿Quién es Sylva? A los setenta años la vida se acaba, o comienza de nuevo.

¿Quién es Sylva? No entrarás dos veces en el mismo río...

¿Quién es Sylva? El suyo es el río del silencio y la soledad, el silencio con un geranio rojo y las alas de un gorrión.

Me dirijo hacia la salida de la estación. Me iré de aquí. No quiero verte, no quiero ser testigo de tu cambio. Y no quiero ver mi propia transformación reflejada en tus ojos.

No, no es eso, me dice mi voz interior. Te engañas. ¡No es eso!

¿Y qué es, entonces?, le pregunto con una voz debilitada.

Esto: Te avergüenzas. No porque tengas el pelo blanco. Se te cae la cara de vergüenza porque eres culpable ante él.

Hace un instante, por la ventana del café de la estación observaba a escondidas la gente que recibía a los viajeros de tu tren; lo he visto todo. He visto incluso la columna donde habíamos quedado en que nos encontraríamos. Pero a ti, Andréi, no te he visto, no quería verte, por eso no he ido hacia el tren ni me he acercado a la columna, nuestro punto de encuentro... para no ver al hombre del bosque, mi héroe mitológico, debilitado, arrugado, pálido.

Por mi culpa.

¡Hacia la salida! ¡Huir de aquí! ¡Lejos!

Lluvia y más lluvia inunda la calle, una lluvia blanca, un aluvión que me engulle. Hay que deambular, siempre adelante, mucho tiempo, dejarse caer en un café cualquiera a tomar un vaso de vino, sí, una buena copa de vino blanco como la lluvia, con el fin de celebrar la definitiva entrada en el imperio de la soledad. Y a continuación caminar más, no volver atrás, avanzar sin ningún traspíe, trotar sin detener el paso, mucho tiempo, y después aún más, hasta el desfallecimiento. ¿Por qué me voy si he venido con esperanza, con ilusión, con deseo? No lo sé. Sólo sé que tengo que hacerlo. Debo irme. Huir, ¡rápido!

Y él, ¿qué hará cuando no esté? ¿Habrá ido hacia la columna, nuestro punto de encuentro?

La columna. Alguien se ha acercado, con una sonrisa. Alguien que ha esperado mucho tiempo, la sonrisa transformada en arrugas de preocupación. Y después de mucho, mucho tiempo, aquella persona se ha ido. Andréi. ¡Cómo he podido hacerlo, dejarlo marchar! Y él... se ha ido.

Pero... ¡si incluso ahora, a los setenta años, la vida aún puede comenzar! ¡Aún estamos a tiempo! La vida ha temblado en mí como un mirlo en primavera, se ha agitado como un gorrión en un charco de agua, y ha abierto el pico. Regreso a la estación, me dirijo al andén. Me encamino hacia el café delante del que nos teníamos que encontrar, junto a la columna. Me apoyo en la puerta cerrada del café. Miro la columna: ¿es la misma ante la que Andréi me despidió hace treinta años? Pienso en el riachuelo de las montañas de Andréi; yo soy la piedra, él, el agua. La piedra dura, el agua, en un eterno movimiento, regresa allí de donde ha surgido. Sólo una mirada furtiva, sólo veré un momento a Andréi, y me iré. Sólo una mirada, como la de la esposa de Lot. Una única mirada, y después, ¡que me convierta en estatua de sal!

No. No debo hacerlo. No puedo. No sé nada, no puedo reflexionar. Sólo sé que no debo hacerlo. Tengo que irme. Huir, ¡rápido!

Llueve, diluvia, ahora la lluvia es negra; la gente, inquieta, se da empujones y golpes, con los codos y los paraguas, como si fueran armas medievales. ¿Qué habría pasado si me hubiera quedado en la estación? Me veo, contemplo nuestra columna... me veo, me mantengo apoyada en la pared, contemplando la columna con la pintura desconchada, la observo como si en ella estuviera mi vida. Una columna que se erige en vano hacia el cielo, porque nadie se apoya allí. Una columna sobre la que descansa toda la bóveda de la estación, la bóveda que protege de la intemperie decenas de andenes. Una columna sencilla, desnuda, hermosa. Una columna hacia la que alguien ha venido, ha esperado allí mucho rato, y se ha marchado. Una columna solitaria.

Ahora que definitivamente me alejo de ti, Andréi, veo, entre una gota y otra de lluvia negra y lluvia lila que no dejan de derramarse del cielo, otra mirada. Veo unos ojos fijos en la columna. Desde un rincón lleno de telarañas un anciano observa la columna. Tiene los labios reseco y los ojos hundidos. Pero sobre sus pestañas tiemblan... la espera y la fatalidad, la inseguridad y la esperanza. Y el resplandor de la última ascua de la vida. La mirada del anciano, ribeteada con las pestañas blancas,

se fija en la columna vieja como si fuera una diosa a la que ha venido a hacer una ofrenda. Una mirada como las alas blancas de una gaviota. Una mirada como la llama de la vela del Café Louvre. Una mirada como la llama que se refleja en la copa de la que bebíamos ambos. Mientras me abro paso entre el pesado telón lila de la lluvia, me veo a mí misma, en la estación... Yo tampoco aparto los ojos de aquella columna; después, mi mirada se fija en el anciano. Nuestros ojos se encuentran. No nos movemos, no respiramos. Y, por último, en nuestros labios ha aparecido una sonrisa apenas perceptible.

Así podía haber sido si yo no hubiera decidido abandonar la estación. Pero no podía hacer otra cosa.

Los canapés, preparados para él, decorados para él, en casa, se están secando. En vano lo he limpiado y lo he abrigado todo, en vano me he puesto las perlas. En vano ha hecho su maleta, ha buscado los regalos y ha comprado el billete, en vano ha emprendido este largo viaje. Ahora debe de estar de pie en el andén, con dos maletas pesadas en las manos, llenas de regalos que ha ido eligiendo durante mucho tiempo, con los ojos ilusionados, los ojos que ahora buscan a Sylva. Lo veo con la mirada interior: un hombre anciano en el andén se frota los ojos, piensa que no es posible. ¡Sylva! ¡Sylva! ¿Dónde estás, mariposa azul? No. Sylva no está. Sylva no ha venido. Está solo.

Solo, para siempre.

Como yo. Dos soledades. Dos ríos que fluyen separados. Dos velas que se han extinguido.

Caen gotas negras y pesadas, gotas de brea. Estoy empapada. ¿Dónde tengo el paraguas? ¿Lo he dejado en la estación? No. Lo tengo en la mano, cerrado. No importa. No importa estar calada hasta los huesos si él está de pie en el andén, solo, decepcionado, desesperado.

¡Lejos!

## Agradecimientos

Para escribir esta novela he tenido la suerte de contar con el asesoramiento del psicólogo Petr Knotek (Hospital Motol, Praga), el musicólogo y director de orquesta Joan Grimalt (Universitat Pompeu Fabra, Barcelona), los especialistas en matemática aplicada Vadim Utkin (Ohio State University, EE.UU.) y Enric Fossas (Universitat Politècnica de Catalunya), y los historiadores, escritores y literatos checos y españoles Vladimír Karfík, Alexandr Kliment, Karel Šiktanc, Montse Rodés, Simona Šulcová y Kepa Ugarte. Asimismo agradezco el inestimable asesoramiento lingüístico de Laura-Remei Martínez-Buitrago y Aurelio Major.

M. Z.





Monika Zgustová (Praga, 1957), es una escritora y traductora checa pero emigró con su familia a Estados Unidos, donde se doctoró en Literatura Comparada en la Universidad de Illinois. Desde los años ochenta vive en Barcelona (Sitges). Es una de las figuras clave de la introducción de la literatura checa en España, en especial de autores como Bohumil Hrabal, Milan Kundera, Václav Havel, Jaroslav Hasek y Jaroslav Seifert.

Ha traducido más de 60 libros del checo y del ruso al castellano y al catalán, tanto ficción como poesía, y ha recibido prestigiosos galardones como el Premio Ciudad de Barcelona (1995) y el Premio de las Letras Catalanas (1991). Como escritora de ficción es autora de una biografía novelada de Bohumil Hrabal, *Los frutos amargos del jardín de las delicias* (1996), y de las novelas *La mujer de las cien sonrisas* (2001); *Menta fresca con limón* (2002); *La mujer silenciosa* (2005, finalista del Premio Nacional de Narrativa); *Jardín de invierno* (2009) y *La noche de Valia* (2013), escritas en catalán. Ésta última le valió el premio Joaquim Amat-Piniella (2014).

Es, además, coautora del diccionario ruso-catalán y colabora habitualmente en diferentes medios de comunicación. *Las aventuras del buen soldado Svejk* es un clásico de la literatura checa (Jaroslav Hasek) que por primera vez se ha traducido al español directamente de su lengua original (2008), y por el que recibió el XIII Premio de Traducción Ángel Crespo (2010). Por la recopilación *Cuentos de la luna ausente* (2010) ganó el premio Mercé Rodoreda.